

PECADO INOLVIDABLE

J. KENNER

TRILOGÍA TENTACIÓN II



Lectulandia

Pecarás.

La joven periodista Ellie Holmes ha aceptado el oscuro pasado del magnate Devlin Saint y está dispuesta a amarlo a pesar de todo, aunque está segura de que todavía conserva secretos que no desea compartir. Tal vez para no asustarla... Tal vez para protegerla de una verdad que ni siquiera él puede asumir.

Pero esos secretos se convierten en sombras al acecho. Alguien está decidido a castigar los pecados de Devlin Saint haciéndole daño a la mujer que ama. Ellie sabe que cuando el cielo se cubre de peligro, solo la confianza puede salvarla de una decepción que le dolería más que cualquier ataque.

Ya no puede imaginar una vida sin ese hombre atormentado y apasionado. El mundo sin Devlin no tendría sentido y está dispuesta a luchar por él, aunque eso implique revelar al mundo toda la verdad.

Julie Kenner

Pecado inolvidable

Trilogía Tentación - 2

ePub r1.0

Titivillus 06-10-2023

Título original: *My beautiful sin*

Julie Kenner, 2021

Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo & María del Mar Rodríguez Barrena

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

1

Devlin Saint se apoyó en un codo y miró a la mujer desnuda que dormía a su lado, con esa piel tan clara iluminada por un rayo de luz de luna y la suave melena ondulada revuelta sobre la almohada blanca.

Con cuidado, le acarició un hombro desnudo y después fue descendiendo por el brazo, deleitándose con su calor y con la suavidad de la piel que sentía bajo la palma de la mano.

Era suya, pensó.

Esa idea brilló con luces de neón en su cabeza, y tuvo que contener una risa sarcástica. No había sentido ese afán posesivo por una mujer desde su primer amor, y por aquel entonces era un hombre muy distinto. Con un nombre distinto. Y un aspecto también distinto.

En los años transcurridos desde que dejó atrás a Alex Leto para convertirse en Devlin Saint, las mujeres habían sido algo desechable en su vida, y no esperaba que eso cambiase. Ninguna mujer lo había hechizado ni desafiado. Ninguna mujer había dado alas a su corazón. No había sentido el menor afán posesivo por ninguna de ellas. Solo por su primer amor perdido.

La misma mujer que, por un milagro que no merecía, estaba acurrucada a su lado en ese instante, mientras su piel clara le atormentaba los sentidos y su mente se afanaba por creer que volvía a ser suya después de tanto tiempo. Que, por algún motivo, pese a quién era y a lo que había hecho, creía lo suficiente en él como para luchar por regresar a su vida.

Su El. Su amor. Su luz.

Se había convertido en su corazón muchos años antes. En la mejor parte de sí mismo. En la parte que le hacía desear ser mejor.

En esa parte a la que se había aferrado, la que había atesorado e intentó mantener viva durante los infernales años que pasaron después de que ella se fuera.

No quiso dejarla y, al mirarla en ese momento, no recordaba cómo encontró la fuerza necesaria para ello. Pero tuvo que hacerlo. No le quedó otra

alternativa. No lo hizo por sí mismo, sino por ella. Para mantenerla a salvo. Porque estar con él en aquellos días fríos y negros no habría sido vida.

«¿Y ahora? —le preguntó con severidad la voz de su cabeza—. ¿Ahora es distinto?».

Suspiró y se levantó de la cama con cuidado de no despertarla. Cruzó el dormitorio hasta la puerta corredera y clavó la mirada en el océano iluminado por la luna. La noche era silenciosa, tranquila, y se dispuso a disfrutar, muy consciente de que esos momentos eran demasiado escasos.

Después se volvió para mirar a Ellie y se deleitó con el brillo que la luz de la luna arrancaba a su piel. Desde que la conocía, siempre había brillado desde dentro, tan indomable y fulgurante como una llama que le iluminara el camino.

¡Si es que lo era todo para él!

Despacio, a fin de no despertarla, regresó a la cama y se tumbó junto a ella para acariciar de nuevo esas suaves curvas.

Se merecía que lo colgaran por haberla abandonado. Y se merecía que lo colgaran en ese momento por luchar por ella. Por reclamarla. Por acercarla a él en vez de alejarla cuando tuvo la oportunidad, además de la fuerza necesaria para hacerlo.

Sin embargo, no soportaba la idea de estar sin ella. Por eso le permitió entrar en su órbita, a sabiendas de que era un lugar muy peligroso.

Era un cabrón egoísta, pero ¿cómo alejarla cuando por fin había comprendido lo muerto que había estado por dentro los últimos diez años? Ella lo había devuelto a la vida. Había conseguido que se sintiera completo.

Él había dicho la verdad cuando juró protegerla. Ojalá pudiera hacerlo. Porque los lobos acechaban. Pronto atacarían, soltando una andanada de secretos que había intentado contener. Secretos que había ocultado a ojos del mundo. A ojos de la opinión pública, que lo consideraba un filántropo ermitaño y misterioso.

Y sí, secretos que todavía ocultaba a El.

No secretillos, como la identidad de su padre o la verdad sobre la muerte de su tío. Eran confidencias muy íntimas y mentiras peligrosas.

Su mayor miedo era volver a perderla cuando todo saliera a la luz.

De momento era suya, y sus secretos estaban a salvo.

E iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que las cosas siguieran así.

2

Me despierto con la sensación del cuerpo de Devlin pegado al mío, abrasada por su calor. No me muevo, me limito a respirar y a disfrutar de la todavía novedosa sensación de tener cerca al hombre que quiero.

No sé qué hora es, pero la luz del sol entra a raudales en el dormitorio a través de los huecos de las cortinas que cubren las ventanas orientadas al este. Tengo los ojos entreabiertos y la mente aún abotargada por los rescoldos de la pasión y el deseo mientras observo las diminutas motas de polvo que flotan a la luz del sol.

Supongo que son más de las diez, y aunque sé que deberíamos levantarnos de la cama, no quiero hacerlo. Me encantaría quedarme aquí para siempre, a salvo entre los brazos de Devlin, lejos de las garras del mundo exterior.

«No sabes dónde te has metido. Descubre la verdad. No te fíes de nadie».

El recuerdo del mensaje que recibí anoche me produce un escalofrío. No se lo enseñé a Devlin. Pero no sé si lo hice para proteger la íntima sensualidad de nuestra noche juntos o porque me asustaba lo que asomaría a su rostro, lo que podría verse obligado a contarme. Y por la sombra de los secretos que ocultaba.

Al fin y al cabo, todo lo que he descubierto de un tiempo a esta parte ha estado a punto de hacerme polvo. Descubrir que es el hijo de uno de los criminales más famosos de la historia ya fue un mazazo. Pero cuando me enteré de que fue él quien mató a mi tío Peter hace unos cuantos años, mi mundo se puso patas arriba.

Necesité largas conversaciones y profundas reflexiones conmigo misma hasta llegar al fondo de mi alma y aceptar la verdad; hasta comprender sus motivos y no solo perdonarlo, sino reconocer lo mucho que lo necesito. Anoche vine a verlo con una muda de ropa y la determinación de convencerlo de que las cosas podían salir bien entre nosotros.

Y entonces me llegó el mensaje.

¿Y si hay otra horrible revelación? Quizá pueda hacerle frente en este momento, a la luz de la mañana. Pero ¿anoche? ¿Con velas, besos y el ardor de la reconciliación?

Ni hablar; ni siquiera me lo planteé.

Así que, en vez de enseñarle el mensaje, me tragué los miedos.

Ni siquiera me he planteado la posibilidad de que el misterioso mensaje se refiera a otra cosa, no a Devlin. Por supuesto, se refiere a él.

Me dijo sin rodeos que aún guarda secretos. Pero los secretos son huidizos. Rara vez se quedan en un cajón. Alguien más está al tanto de lo que trata de ocultar.

Sin embargo, no sé si el mensaje pretendía ser una advertencia o una amenaza. En cualquier caso, quería separarnos.

Pero no lo permitiré, y saco fuerzas de la certeza de conocer al hombre que tengo al lado. Al hombre real, no a la fachada que le enseña al mundo.

Salvo que sé que eso no es del todo cierto, y me estremezco. No porque conozca los secretos que oculta, sino porque temo que me quiere lo suficiente como para alejarse si dichos secretos me convierten en un objetivo. Al fin y al cabo, ya lo hizo una vez.

Esa certeza me agobia, y cierro los ojos anhelando volver a dormirme. Deseo despertar de nuevo, pero en esta ocasión sin recordar el mensaje. Quiero que se convierta en los restos de una pesadilla. En algo que pueda olvidar.

En algo de lo que no tenga que hablarle.

Como si el torbellino mental que tengo en la cabeza lo hubiera despertado, siento que su mano sube por mi muslo hasta acariciarme la cadera. Me roza la nuca con los labios, y mi cuerpo responde de inmediato: se me endurecen los pezones y noto un deseo palpitante entre los muslos.

Sin decir una palabra, me doy media vuelta y me encuentro ese rostro cincelado que me sonríe. El pelo oscuro, que le llega a la barbilla, le enmarca la cara, y esos ojos, de color castaño claro en este momento, me miran con una ternura y una intensidad tal que me duele el corazón.

Hemos pasado por mucho en muy poco tiempo. Secretos, mentiras, promesas. Sus revelaciones me impresionaron y horrorizaron a la vez, pero aquí sigo, a pesar de que hizo lo posible por alejarme.

Ahora hay alguien más presionando, insinuando secretos aún más sombríos. Pero no me importa. También estoy luchando contra esa persona.

He pasado de odiar a Alex Leto por alejarse de mí hace tantos años a amar de una forma tan profunda a Devlin Saint que sé que sacrificaría lo que fuera

para mantenerlo a mi lado. Es cierto que lo rodea cierta oscuridad, pero me gusta pensar que soy la luz que necesita en su vida.

Sé, sin lugar a dudas, que yo lo necesito en la mía. Y sería idiota si dejo que mi confianza en él se tambalee por unas amenazas anónimas y casuales.

Me mira a la cara serio, y el silencio que nos rodea parece cargado de posibilidades. No le pongo fin. En cambio, uso el índice para recorrer suavemente la cicatriz de su rostro.

De joven no la tenía, y aunque aún no me ha contado la historia completa de lo que le sucedió, sé que es una marca de identidad del hombre en el que se ha convertido. Le divide en dos la ceja derecha y le recorre la mejilla, porque por suerte el ojo no recibió el menor daño de la afilada hoja que lo hirió. Termina en el labio superior, bajo ese bigote tan bien recortado que acaricio con suavidad antes de tomarle el mentón con la mano, encantada de sentir la aspereza de la barba en la palma.

Cuando éramos jóvenes siempre iba afeitado, pero por aquel entonces era una persona distinta. Y la verdad, no me quejo. El Alex Leto al que quería en aquella época llamaba la atención, no cabe duda. Pero Devlin Saint lo tiene todo. Seguridad, autocontrol y un toque de peligro, envuelto en un hombre que los dioses debieron diseñar en un día de gran inspiración.

Y lo mejor de todo es que es mío.

—Hola —digo con un hilo de voz que apenas se oye.

No replica. Al menos no con palabras. Se mueve hasta dejarme de espaldas en el colchón y se coloca a horcajadas sobre mí, mientras me acaricia el cuerpo y se inclina para besarme en la boca.

Es un beso lento y apasionado, y me dejo llevar, ansiosa por fundirme con él. Separo las piernas porque necesito todo lo que esté dispuesto a darme, y doy un respingo al recordar un detalle.

—Espera —susurro al tiempo que le doy un apretón en los hombros—. ¿Tienes un condón?

Me percató de que duda más de lo previsto antes de estirar el brazo para abrir el cajón de la mesita de noche. Tal vez no se haya dado cuenta de que ha vacilado, pero yo sí. Y sé por qué.

Anoche nos olvidamos de usar protección. Pero eso no supone un problema, pues llevo un implante anticonceptivo subcutáneo. Sin embargo, antes de que Devlin apareciera, no puede decirse que me anduviera con mucho ojo. Llevo años sin tener cuidado. Al contrario: desde mi pasión por los coches veloces hasta los polvos con desconocidos, me he pasado gran

parte de los últimos diez años haciendo equilibrios al borde de un volcán metafórico y desafiando al mundo a darme un empujón.

No temía a la muerte. La retaba, la tentaba a que se atreviera a reclamarme, como había hecho con toda mi familia.

Ahora, sin embargo, sé lo que es el miedo.

Ahora tengo algo que perder. Ha pasado un tiempo desde que me hice las pruebas para saber si había pillado algo y me atormenta la idea de que pueda contagiar alguna enfermedad a Devlin.

Pero desde su perspectiva... En fin, seguro que ha pensado que anoche no lo presioné porque por fin estábamos juntos. Así que ¿qué pensará si se lo pido ahora?

Sin embargo, no dice nada. Se pone el preservativo y me mira con una sonrisa alegre mientras dice:

—Toma dos.

Me río, un poco más de la cuenta porque la broma es un pelín tonta, y le echo los brazos al cuello.

—Bésame —murmuro—. Hazme el amor.

—Nena, es justo lo que pretendo.

Estamos más que preparados, como si nuestros cuerpos abrazados mientras dormíamos hubieran bastado a modo de preliminares. Arqueo la espalda, suplicándole en silencio que me la meta, porque este hombre es lo único que deseo: las caricias de sus manos, su polla dentro. Todo sucede muy rápido y con frenesí, al tiempo que nos dejamos llevar por el torbellino de pasión y deseo.

No tardo nada en jadear, al borde del orgasmo.

—Ahora —me dice—. Córrete, nena.

Es una orden que no puedo desobedecer, y estallo a su alrededor, aprisionándolo en mi interior y haciendo que se corra conmigo, de manera que ambos caemos juntos al vacío, dando tumbos una y otra vez hasta que acabamos agotados y jadeando, abrazados, mientras la luz del sol invade el dormitorio y recibimos el nuevo día.

Me desperezo con languidez, él se aparta de mí y se quita el condón.

—Esto es mejor que la alarma del despertador —digo.

—Un cumplido precioso —replica con deje burlón mientras me acaricia el pelo—. ¿Te apetece un café?

Hago ademán de incorporarme en la cama.

—Siempre —contesto—. Voy a poner la cafetera.

Niega con la cabeza y se inclina para besarme en los labios con delicadeza.

—No, quédate aquí. Me gusta la idea de que estés en mi cama el mayor tiempo posible.

Levanto una ceja y me inclino hacia atrás.

—¿Vas a traermme el desayuno? Igual hasta me acostumbro y todo...

—Esa es la idea. —Me guiña un ojo, y me río.

Me quedo sentada en la cama disfrutando de las vistas, él se levanta y se pone unos pantalones deportivos que estaban en una silla.

Me da la espalda cuando echa a andar hacia la puerta, y contemplo ese culo tan perfecto mientras se aleja. Suspiro de felicidad. Jamás se me ha pasado por la cabeza que pudiera ser mío de nuevo, no después de todo lo que perdimos de jóvenes.

Siento que el miedo me atenaza el corazón, y soy incapaz de controlar el temor de que lo nuestro sea efímero, como la otra vez. De que no sea permanente. De que las sombras oscuras de nuestra juventud regresen para perseguirnos, y de que todos mis celos sobre el regreso a Laguna Cortez acaben cobrando sentido.

Dejé Manhattan y regresé a mi ciudad natal para escribir un artículo sobre la Fundación Devlin Saint, además de tener un plan para investigar las circunstancias que rodearon el asesinato de mi tío Peter, que sucedió hace ya diez años. Pero aunque nació y me crié aquí, era como volver al infierno.

Esta ciudad representa el sentimiento de pérdida de mi vida. Mi madre murió en un accidente de tráfico; mi padre, en acto de servicio. Y después mi tío Peter, que se convirtió en mi tutor al morir mis padres, fue asesinado de un disparo en la cabeza, dejándome perdida y sola.

La noche que murió fue la primera vez que su asistente, Alex Leto, y yo hicimos el amor, ya que nos rendimos al dolor, al sentimiento de pérdida y a la pasión.

Yo tenía diecisiete años, él casi veinte, y el deseo que existía entre nosotros acabó alcanzando el punto de ebullición. Alex me colmó por completo y me hizo vibrar. Me ayudó a olvidar el horror de la muerte de mi tío, al menos durante aquellos preciosos instantes.

Me tranquilizó y me dijo con palabras y con su cuerpo lo mucho que me quería.

Y luego me hizo trizas. Porque aquella fue la última vez que lo vi.

Cuando regresé a Laguna Cortez diez años después para investigar esas dos historias, no me encontré a Alex, sino a Devlin Saint. Un hombre nuevo,

un hombre distinto.

Un hombre que juró que no tendría nada que ver conmigo por culpa de su peligroso pasado. Sin embargo, aquí estoy, en su cama, y no pienso moverme de ella.

«No sabes dónde te has metido. Descubre la verdad. No te fíes de nadie».

Recuerdo de nuevo esas sombrías palabras y cojo el móvil, decidida a verlas escritas. Intento concentrarme en el hecho, no en la emoción.

Quienquiera que me las haya enviado ni ha irrumpido en mi casa ni me ha agredido por la calle. Sin embargo, el mensaje me parece igual de hostil. Me lo ha enviado alguien para hacerme daño y, sin lugar a dudas, la flecha ha dado en la diana.

Por supuesto, podría estar equivocada sobre el significado del mensaje. Pero si no se refiere a Devlin ni a los secretos que lo rodean, no entiendo nada. Y si se refiere a él, Devlin y yo tendremos que enfrentarnos a muchas más cosas, además de superar los fantasmas de nuestra juventud.

Cuando regresa al dormitorio con dos humeantes tazas de café, estoy sentada en la cama abrazándome las rodillas. Al verlo fruncir el ceño, supongo que mi expresión no es la que esperaba encontrar después de una deliciosa mañana en la cama.

Deja el café en la mesita de noche y se sienta en el borde del colchón.

—¿Qué te pasa?

Titubeo, consciente de que, si abro esta puerta, alimentaré sus temores de que tanto sus secretos como él suponen un peligro para mí. Pero si me quedo callada, quienquiera que haya enviado el mensaje habrá ganado, pues abrirá una silenciosa brecha entre nosotros.

Así que respiro hondo, lo miro a los ojos y le digo:

—Tenemos que hablar.

Tuerce el gesto y levanta la ceja partida.

—¿Ya te has cansado de mí?

Me río y me siento como si se hubiera abierto una válvula de presión.

—Necesito enseñarte algo —le digo, y cojo el móvil, que está a mi lado encima de la cama.

Se pone serio de repente.

—¿Qué ha pasado?

—Debería habértelo enseñado anoche, pero no quería... —Dejo la frase en el aire al tiempo que me encojo de hombros, consciente de que él lo entenderá.

Era nuestra primera noche juntos después del distanciamiento. Seguro que entiende que yo no quisiera que hubiera nada desagradable en la habitación con nosotros.

Sin embargo, desbloqueo el teléfono y se lo paso. Mientras lee el mensaje, observo su rostro en busca de algún indicio de preocupación, enfado o incluso confusión. Pero no descubro nada. Y vuelvo a recordar quién es realmente Devlin Saint. Un invento. Un enigma. Un hombre con un pasado oscuro y secreto. Un muchacho que tuvo que aprender a esconderse y a ocultar sus emociones para convertirse en el hombre que es ahora.

Y aunque sé que confía en mí, no puedo negar que el dolor me atraviesa el corazón cuando veo que, ahora mismo, me oculta esas emociones.

Levanta la mirada y soy incapaz de descifrar lo que veo en sus ojos.

—Supongo que no sabes quién te lo envió.

—No. Busqué el número, pero no hay información sobre él. Supongo que es un móvil desechable, pero puedo pedirle a Lamar que investigue un poco —añado, refiriéndome a mi amigo, el policía.

—No. Yo me encargo. Tengo recursos.

Asiento con la cabeza y no me sorprende que se niegue a involucrar a Lamar. Mi amigo no solo desconoce mi pasado con Devlin, sino que, cada vez que están juntos, percibo la tensión que existe entre ellos. Ambos quieren protegerme, pero no acaban de fiarse el uno del otro, así que, en la medida de lo posible, prefiero evitar esa situación.

En cuanto a que Devlin cuente con recursos, tiene sentido. Al fin y al cabo, su fundación no solo ayuda a víctimas de todo tipo de delitos, sino que también brinda apoyo y acceso a organizaciones paramilitares que pueden colaborar en misiones de rescate. Así que, aunque la Fundación Devlin Saint carezca de los medios necesarios para rastrear el número, estoy segura de que Devlin conoce a alguien que pueda hacerlo.

—De acuerdo —le digo—. No hay problema.

Extiende el brazo para coger mi móvil, pero lo alejo de su mano.

—Te daré el número con una condición: cualquier cosa que descubras, dímela.

Lo veo titubear, pero acaba asintiendo con la cabeza mientras le envío un mensaje con el número.

Cuando levanto la mirada, descubro que tiene una expresión tensa en la cara. Se pone de pie, se pasa los dedos por el pelo y empieza a andar de un lado a otro por el espacioso dormitorio; irradia una furia helada.

—Siempre será así, ¿no? —dice con un deje tenso en la voz. Controlado—. Mi pasado nos perseguirá. Mis secretos amenazarán con interponerse entre nosotros.

Me levanto de la cama, cojo la camiseta que él no se ha puesto y me la paso por la cabeza. No sé por qué siento la necesidad de que me arrope en este momento, pero la siento. En cuanto me pongo la camiseta, que me llega hasta los muslos, me acerco para abrazarlo.

—No. —Meneo la cabeza con firmeza—. Es solo un incordio. Una intromisión. Una amenaza. Pero no se interpondrá entre nosotros.

En un primer momento, su cara se muestra impasible. Después, veo el brillo de una sonrisa en sus ojos, que siguen siendo castaños. No se ha puesto las lentillas verdes que forman parte del hombre en el que se ha convertido. Ahora es un poco Devlin y un poco Alex, y estrecho con fuerza entre mis brazos las dos versiones del hombre que amo.

—Me apuesto lo que quieras a que ha sido alguien que no sabe que conozco la identidad de tu padre.

Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo y lo veo asentir despacio, como si de verdad considerase esa posibilidad. Estoy casi segura de que llevo razón, porque ¿qué otra cosa puede ser?

—Supongo que es eso. Pero sinceramente, no sé quién habrá sido.

Yo tampoco tengo la menor idea.

—Quizá alguien ha descubierto tu verdadera identidad. Tal vez ha guardado silencio a la espera de hablar cuando le convenga.

Me doy cuenta de que la neutralidad lo abandona y de que su actitud se torna gélida. Vuelvo a ver un indicio de lo peligroso que puede llegar a ser.

Como sigue en silencio, lo presiono:

—Además de Anna, Tamra y Ronan, ¿quién sabe que eras Alex?

Ronan Thorne es su mejor amigo, con quien sirvió en el ejército tras alistarse como Alex después de huir de su padre.

En cuanto a Tamra Danvers, conocía a la madre de Alex y lo buscó al morir esta, cuando él aún era joven y vivía casi como si fuera un rehén de su padre, un cabecilla del hampa conocido como El Lobo. Tamra lo cuidó durante años e incluso llegó a Laguna Cortez al mismo tiempo que él. Trabajó como enlace de la comunidad con la comisaría de policía justo cuando yo estudiaba secundaria y estaba allí de becaria.

La adoraba entonces y la adoro ahora que trabaja como directora de publicidad de la Fundación Devlin Saint. Tanto Devlin como yo confiamos en ella. De hecho, fue quien más me apoyó los días posteriores al descubrimiento

de que Devlin mató a Peter, y le estaré eternamente agradecida por haberme ayudado a encontrar el camino de regreso a él.

Anna Lindstrom, la tercera integrante del trío más cercano a él, es su asistente. Es solo un par de años mayor que Devlin y creció con él en el complejo que El Lobo tenía en Nevada. También es la primera chica con la que Alex se acostó, una mujer voluptuosa y guapa. La primera vez que la vi con un ceñido vestido plateado, me entraron ganas de arrancarle los ojos. Ahora nos llevamos bien, pero debo confesar que los celos no me han abandonado del todo.

Claro que son cosas mías. Anna es leal al máximo, y no me la imagino haciendo daño a Devlin.

Aun así, debe de haber otros.

—Me dijiste que, aunque no entraste en el programa de protección de testigos, contaste con ayuda del Gobierno para establecerte como Devlin Saint después de que mataran a tu padre.

Lo veo asentir con la cabeza.

—A cambio de información sobre su red, sí.

—Bueno, pues esa gente sabe la verdad. Y seguro que sus conocidos también lo saben. Algún administrativo. Algún transcriptor. Alguien que no crea que mereces empezar de cero con un padre como ese.

Su expresión se endurece, y en este preciso instante me hubiera gustado tragarme esas palabras. Porque sé que eso es justo lo que siente una parte de Devlin: que no merece esta nueva vida porque lleva el estigma de su padre. Y por sus actos.

Le cojo una mano y le doy un apretón.

—No es cierto. No lo veo así. Pero tal vez alguien sí. Y si te han estado vigilando, al acecho de la mejor oportunidad... —Dejo la frase en el aire.

Devlin asiente con la cabeza.

—Es una posibilidad —reconoce—. Lo investigaré.

Frunzo el ceño, todavía pensando.

—Tal vez alguien de aquellos días piensa que estás dirigiendo una empresa ilegal a través de la fundación..., los pecados del padre y tal —digo, con un deje en la voz tan seco como su expresión. La posibilidad no me gusta nada. No lo veo así, pero tal vez alguien sí. La Fundación Devlin Saint es una organización filantrópica de renombre que ha subido como la espuma en cinco años desde que se creó. Y eso significa que ha llamado mucho la atención—. La Fundación Devlin Saint ha crecido muy rápido, y la financiaste con el dinero de tu padre —añado pensando en voz alta.

Devlin heredó una parte importante de la fortuna de su padre porque nunca se hallaron pruebas suficientes para que el Gobierno embargara esos fondos de manera legal.

—Porque quería limpiar ese dinero. Hacer el bien en vez del mal.

—Lo sé. Pero la gente ve lo que quiere.

Ronan me viene de nuevo a la cabeza. Han sido amigos desde su paso por el ejército. Es leal a la fundación, y trabaja con Devlin en muchas causas nobles. Pero no puedo evitar preguntarme quién era antes. ¿Se sintió celoso de la repentina fortuna de Devlin?

En el ejército, seguramente eran iguales. Pero Devlin se ha convertido en el nombre y el rostro de una organización de renombre mundial. ¿Aplaudes Ronan los esfuerzos de Devlin porque cree en ellos o porque espera el momento oportuno para que se enfrente al castigo que merece?

Me obligo a desterrar esas sospechas. Ronan me cae bien, en serio. Pero no se puede negar que empezamos con mal pie, después de que me dijera que lo mejor sería que me alejara de Devlin porque era una «distracción» para él.

Sí, en fin, que se joda. Estoy encantada de distraerlo.

Aunque quizá sea mejor no dejar que mi irritación se transforme en una acusación sin fundamento.

—¿Se te ha ocurrido algo?

Miro hacia arriba y veo que Devlin me está mirando, así que niego con la cabeza.

—No. La verdad es que no. —Logro esbozar una sonrisa—. Esperaba que me llegase la inspiración, pero nada. ¿Vas a hablar con tus antiguos contactos? ¿Comprobarás si alguien de tu pasado te ha prestado demasiada atención?

—Te aseguro que lo haré. No me gustan las amenazas, y menos aún cuando van dirigidas a ti.

—No te lo discuto —replico—. Yo también veré qué puedo averiguar.

—No, déjalo —me dice Devlin—. Estaré atento para ver si se comenta algo, pero no quiero que vayas escarbando por ahí. Alguien te ha enviado una advertencia. Eso significa que tal vez corras peligro.

—¡Venga ya! —El peligro no me asusta, pero perderle sí. Y si cree que me voy a quedar de brazos cruzados... Cuadro los hombros y lo miro a los ojos—. Al parecer, alguien cree que has levantado de nuevo el negocio de tu padre. Y quiero ayudarte a demostrar que no es cierto.

—No tienes por qué...

—Además —añado interrumpiéndolo, pues empieza a aparecer mi mal genio—, he recibido yo el mensaje, ¿lo has olvidado? ¡Joder, tu nombre ni siquiera aparece! A lo mejor no tiene nada que ver contigo. Y si alguien me está amenazando, lo menos que puedo hacer es tomar medidas para protegerme. Así que no me digas lo que puedo y no puedo investigar. Por si se te ha olvidado, mi trabajo es ese: investigar. Soy periodista, ¿recuerdas? Con puntos extra por mi pasado como policía.

Veo que comienza a irritarse, y me preparo para discutir.

—¿Periodista? —suelta de mala manera—. ¿Me estás diciendo que vas a publicar esto?

Doy un respingo.

—Por supuesto que no. Me refería a que cuento con las habilidades necesarias y a que tengo la intención de usarlas.

—¡Joder, El! Debes alejarte de esto. No te acerques a nada que aún quede de los negocios de mi padre.

—No soy una niña, Devlin. Este es mi...

—¡No me jodas! —me interrumpe—. No estoy jugando al troglodita protector. Pero necesito tiempo para hablar con mis fuentes sin hacer ruido. Como empieces a investigar, quienquiera que te haya mandado el mensaje sabrá que te ha dado donde más te duele.

Estaba a punto de hablar, pero sus palabras me silencian. Tiene razón. Pero no de la manera que él cree.

Tiene razón en que, si empiezo a investigar, el remitente del mensaje sabrá que me interesa lo que me ha dicho, y lo más probable es que sea lo bastante arrogante como para creer que puede convencerme de que hable. Y eso significa que tal vez sean suficientes unas cuantas preguntas para que yo suelte una avalancha de información.

—Vale —digo al final, con frialdad—. Puede que tengas razón.

Pero no he accedido a estarme quietecita.

3

Devlin la agarró de la espalda de la camiseta cuando ella hizo ademán de pasar junto a él y la detuvo.

—¿Se te ha olvidado que te conozco a la perfección?

Ella lo miró por encima del hombro, con esos ojos de color *whisky* clavados en la mano con la que la agarraba de la camiseta de las fuerzas especiales del ejército.

—¿Algún problema, señor Saint?

—Tienes que olvidarte de esto, Ellie. Deja que me ocupe.

—Mmm...

Lo miró de arriba abajo con una expresión distante muy diferente a como solía hacerlo. Devlin estaba seguro de que era la misma expresión que usaba cuando era policía. Joder, debía de formar parte del uniforme. El componente esencial en su transformación de mujer menuda a poli dura.

En ese momento supuso que era la expresión que mostraba al entrevistar a un posible informador testarudo. No esperaba esa cara en el dormitorio, pero no podía negar que le gustaba. Ellie era fuerte, siempre lo había sido.

Claro que también era terca, y en ocasiones como esa aquel rasgo acababa siendo peor que un dolor de muelas.

—Has dicho que hay gente con la que puedo hablar —insistió él—. Deja que me ocupe.

—También hay gente con la que yo puedo hablar —replicó ella—. Y para señalar lo evidente de nuevo, el mensaje lo he recibido yo. Cabe la posibilidad de que no tenga nada que ver contigo.

—Y una mierda.

La vio adoptar una postura de derrota.

—Joder, Devlin.

Al oírla, creyó que había ganado, pero después la vio inclinarse hacia delante, pasarse la camiseta por la cabeza y dirigirse hacia el cuarto de baño, completamente desnuda, mientras él se quedaba con la camiseta en las manos.

—El...

—No vamos a discutir sobre esto —lo cortó—. Quieres que me quede, vale. Eres más grande que yo. Joder, usa la dichosa camiseta y árame a la cama. Pero al margen de eso, yo haré lo que creo que es mejor, y tú puedes aplicarte el cuento. Y lo que pienso hacer es identificar al cabrón que me está mandando anónimos como si pudiera asustarme.

Se dio media vuelta y desapareció en el cuarto de baño cerrando de un portazo. Devlin hizo ademán de seguirla, pero se detuvo y decidió calmarse. Era muy obstinada, él también, y estaba más que claro que Ellie no se amedrentaba cuando se asustaba. Al contrario, se enfrentaba a sus miedos.

Debería haber sabido que no debía intentar convencerla de que lo dejara estar porque podría agitar el avispero. Ellie agitaba avisperos por el subidón que implicaba. Y él comprendía el motivo mejor que nadie.

El problema era que ella no entendía hasta qué punto era grande y peligroso ese avispero en concreto. El mundo de Devlin era inseguro, y había muchas personas a las que les gustaría verle caer. Si ella metía las narices donde no debía, podría acabar atrapada en un enjambre mortal.

Demasiado secretos. Demasiadas mentiras.

Se repetía sin cesar que, cuanto menos supiera, más segura estaría. Porque, cuanto más hilo cogiera Ellie, más tiraría de él y más probabilidades habría de que su mundo —y el que habían construido juntos— se desmoronase.

Tal vez ella no tuviera miedo a esos lugares peligrosos, pero él sí.

Antes no había sido así. Hasta que ella regresó a su vida, le había hecho un corte de mangas al peligro sin problemas. Porque ¿qué podía perder?

En ese momento se sentía vulnerable, cuando antes era acero puro. En ese instante tenía un punto débil. Y bien sabía Dios que mataría a cualquiera que hiciera daño a su El.

Quería contárselo todo. Quería estrecharla contra su cuerpo y ver cómo se acurraba a su lado, con los ojos cerrados, mientras asimilaba sus secretos. En sus fantasías, ella lo entendía. Todo lo que él hacía, todo lo que él era, tendría sentido para ella.

Sin embargo, no terminaba de creérselo.

En realidad, estaba acojonado.

«Es eso», pensó. Así de sencillo.

No se había sentido tan asustado desde el día que huyó de su padre, pero Ellie había conseguido aterrarlo de nuevo. Por su culpa, tenía algo que perder, algo que arriesgar.

Más aún, algo que proteger. Y eso era lo que estaba haciendo, aunque en parte implicara protegerla de él. De los recovecos oscuros de su alma que, si ella los viese, harían que lo mirase de otra forma.

«Mierda».

Sin darse cuenta de que se estaba moviendo, llegó a la puerta y la abrió de un tirón. Ella estaba en la ducha, y el contorno de su cuerpo se entreveía a través del cristal empañado por el vaho. La única luz de la habitación la proporcionaba una claraboya tintada, de modo que la escena que tenía delante parecía sacada de una película erótica.

Pese a la rabia, sintió que se le ponía dura. ¿«Pese»? Joder, tal vez era porque lo frustraba a más no poder. Quería poseerla de nuevo. Doblegarla a su voluntad. Sentir que tal vez —solo tal vez— tenía un mínimo de control sobre el torbellino que empezaba a formarse a su alrededor.

Y si eso lo convertía en un troglodita, que así fuera.

Ellie tenía la cabeza echada hacia atrás mientras el chorro de la ducha le caía en la cara, y no se había dado cuenta de que él había entrado.

Devlin se desató el cordón de los pantalones de chándal, los dejó caer al suelo antes de apartarlos de una patada. Ya la tenía dura, y eso que ni la veía bien. Bajó una mano y se la acarició despacio al tiempo que la observaba a través de la mampara. ¿Alguna vez en su vida esa mujer no lo había puesto cachondo? Solo tenía dieciséis años cuando se conocieron, y el impacto de verla aquella primera vez fue como un golpe en el estómago.

Era su debilidad, lo sabía, y no le gustaba ser débil. Pero merecía la pena porque era suya.

Pasara lo que pasase, ella era la personificación de todo por lo que había luchado en la vida, de todo por lo que seguía luchando: el amor, el bien, la esperanza y el futuro. Todo eso se concentraba en una mujer que le pertenecía. Una mujer por la que siempre lucharía, aunque implicase luchar contra ella.

Cruzó la estancia llena de vapor y abrió la mampara de la ducha. Ella se sobresaltó. Acto seguido, la rodeó con un brazo y tiró de ella a la vez que Ellie se relajaba, aliviada tras la sorpresa inicial.

—Dev... —comenzó ella, pero él la silenció con un beso abrasador, antes de soltarla el tiempo justo para pegarla a los azulejos negros de la pared, inmovilizándola con un brazo mientras la acariciaba entre las piernas con la mano libre.

Estaba mojadísima, y la vio entreabrir los labios con un quedo gemido que pronto se convirtió en un jadeo cuando le metió dos dedos al tiempo que le

acariciaba el clítoris con el pulgar.

—Si te portas así cuando te cabreas —murmuró Ellie—, me dedicaré a sacarte de tus casillas a todas horas.

Se inclinó hacia ella y le mordisqueó una oreja.

—Cariño, no estoy furioso. No me has visto cabreado. Dudo que quieras verme así.

Se apartó lo justo para verle la cara, ya que esperaba una réplica mordaz. En cambio, ella se limitó a contestar:

—Lo mismo digo.

Devlin fue incapaz de controlarse. Soltó una carcajada.

—Solo hago mi trabajo —siguió ella—. Y alguien me ha mandado ese mensaje. Quiero saber quién. Y por qué. ¿Por qué quiere que te tenga miedo? ¿Por qué le importamos? Ya que estamos, ¿es por nosotros? ¿O se trata de lo que soy, periodista, y de quién eres tú? ¿Intenta obligarme a que te delate? ¿O pasa algo más gordo? —Extendió un brazo para que la acariciara con más fuerza antes de mirarlo a los ojos y empezar a frotarse contra él, y entreabrió los labios cuando se estremeció—. A lo mejor cree que soy su aliada. Que te estoy usando para conseguir lo que quiero.

—¿Y qué quieres? —La tenía tan dura que casi no podía hablar.

—A lo mejor busco el peligro —contestó ella—. A lo mejor solo quiero un buen polvo.

—A ver —contestó él con tranquilidad—, ¿quién no? Pero cariño, si anhelas el peligro, tienes que apartarte de mí. A lo mejor no te gusta lo que descubres.

Ella alzó la barbilla mientras lo miraba con furia en los ojos.

—¿No me va a gustar?

El corazón le retumbaba en los oídos, como si la sangre le pidiera a gritos que se lo contara. Que le confesase hasta el último dichoso detalle. Pero se limitó a preguntar:

—¿Crees que soportaría perderte de nuevo?

Devlin movió los dedos en su interior y se alegró al ver que ella se retorció frotándose contra él, mientras se mordía el labio inferior en un claro intento por no gritar.

Se inclinó para besarla, con la polla tan dura que creyó estar a punto de explotar. Quería darle la vuelta y penetrarla desde atrás, sentir sus pechos en las manos hundiéndose en ella hasta el fondo.

Sin embargo, cuando hizo ademán de apartar la mano, ella se la sujetó, lo miró a los ojos y meneó la cabeza.

—Solo podrás perderme si eres tú quien se va —le aseguró—. Y para que conste, da igual lo mucho que desee que me la metas ahora, porque follándome no conseguirás que te obedezca. —Se escabulló por debajo de su brazo y se alejó hacia la puerta de la mampara con agilidad—. Ahora tengo trabajo —añadió—. Y creo que tú también.

4

—¿Ellie? —La voz de Brandy resuena en el silencio del pasillo.

—Sí, soy yo —le contesto a gritos mientras me quito los zapatos con los pies.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí?

Brandy dobla la esquina y aparece en pijama y con el delantal puesto. Lleva el pelo rubio con las puntas teñidas de azul, así que parece que el rosa ha pasado a mejor vida. Al mismo tiempo, *Jake* sale trotando al pasillo, y me inclino para acariciarle el cuello mientras se retuerce y gimotea de placer. *Jake* es un cruce de labrador dorado y tiene casi once años, pero sigue convencido de que es un cachorro.

—*Jake*, a tu cama —le ordena antes de pasarle una mano por el lomo cuando él se dirige muy obediente hacia el enorme colchón que hay junto a la puerta del patio. Me mira de nuevo—. ¿Por qué no sigues en casa de Devlin haciéndolo como locos en plan reconciliación? ¿Necesitas ropa? Suponía que la ropa no iba a ser un problema...

Deja la frase en el aire con un guiño travieso, y pongo los ojos en blanco.

—Qué graciosa —digo—, pero he venido a verte. Y porque Devlin tiene reuniones todo el día. A ver, dirige una organización benéfica multimillonaria. Cualquiera diría que puede hacerse un hueco en la agenda, ¿no?

—El mundo está loco.

—¿A que sí? —Olfateo el aire—. Si estás haciendo *muffins*, tendrás el honor de alegrarme el día.

Menea la cabeza como si estuviera exasperada.

—Si ya vas flotando en una nube... Tenga reuniones o no, de ánimo se te ve estupenda.

—Pues sí —admito, y la sigo a la cocina—. Y estaré mejor cuando me des una de esas.

Brandy es un genio en la cocina. Y con la máquina de coser. Está labrándose una carrera con Bolsos BB, el negocio que empezó en Etsy para vender sus bolsos de lona encerada.

Ahora mismo los vende en varias *boutique* locales, por no mencionar algunas tiendas de moda en Los Ángeles. Pero estoy segura de que podría abrir una pastelería y tendría cola todos los días. Es alta y delgada, y juro que es capaz de comerse todo lo que prepara sin que un solo gramo le vaya a parar a las caderas. Yo solo mido metro sesenta y cinco, y me arriesgo a subir una talla de pantalón cada vez que las pruebo. Pero es un riesgo que merece la pena correr.

—De plátano y nueces —me dice mientras rodea la encimera para colocar una en un plato y pasármelo—. Muy básica. Lo siento.

—¿Te has vuelto loca? Me parece increíble.

Aún está caliente porque acaba de salir del horno, así que le quito el molde de papel con cuidado para no quemarme los dedos.

—Bueno. —Hace lo mismo que yo con otro *muffin*—. ¿Lo que dicen es cierto? ¿Está todo arreglado? ¿Devlin y tú habéis vuelto, aunque no estés en su casa echando un polvo de reconciliación?

—Créeme —respondo—, ha habido mucho de eso. Ha habido polvo de reconciliación. Y polvo de estamos juntos de nuevo. Y polvo de que está para que se te caigan las bragas al suelo.

—Estamos hablando de muchos polvos en menos de veinticuatro horas —comenta.

La miro con expresión inocente.

—¿Eso crees? Porque, de no ser por esas reuniones, podría haber seguido dale que te pego...

Levanta una mano para interrumpirme.

—Ya lo pillo. Y me alegro mucho por ti y por tu libido aún insatisfecha.

Estoy a punto de preguntarle por el chico con el que está saliendo, Christopher, y el estado de su libido, pero algunas de sus últimas palabras por fin calan en mi mente.

—¿Qué has querido decir con eso de «lo que dicen»? ¿Quién dice qué?

Acaba de darle un buen bocado al *muffin* y empieza a masticar como una posesa y a tragar mientras me mira como si yo estuviera loca.

—Los periodistas del corazón, los instagrameros, los tuiteros. —Supongo que he puesto cara de no entender nada, porque sigue a toda prisa—: ¿No los has visto por aquí? ¿Ni por casa de Devlin? Supuse que habrías tenido que abrirte paso a codazos para llegar a la puerta.

Meneo la cabeza, y ella me mira boquiabierta, como si no diera crédito a mi absoluta ignorancia. Acto seguido, saca el móvil y da unos toquecitos a la pantalla antes de ofrecérmelo para que pueda repasar un sinfín de imágenes con etiquetas que van desde ayer —cuando salí corriendo de casa de Brandy para ir a la de Devlin— hasta esta mañana, cuando me ha besado en su puerta hace menos de una hora. Mientras miro el móvil, aparece otra en casa de Brandy, en el momento en que meto la llave en la cerradura, ajena por completo a lo que pasa a mi alrededor.

—No puedo creer que no me haya dado cuenta de que me estaban espiondo. —La miro con el ceño fruncido—. Menuda poli, ¿no?

—Antigua poli —me corrige, y estoy a punto de decirle que una periodista también debería estar ojo avizor, cuando añade—: Y, a decir verdad, tampoco son muy descarados. —Se acerca a la ventanita de la cocina que da a la parte delantera de la casa—. Ese Toyota verde lleva ahí desde que te fuiste ayer. Y el conductor está tan agachado que no se le ve ni un pelo. ¿Ves? —me pregunta al tiempo que me levanto del taburete para colocarme detrás de ella—. Y ese Subaru rojo se fue un rato. Creo que te siguió a casa de Devlin anoche y ha vuelto esta mañana. Pero ninguno de esos coches llama la atención. La calle está llena.

Tiene razón. Algunos de los barrios de la falda de la colina tienen aparcamientos reservados para los residentes. Esta calle está lo bastante alejada del barrio de las Artes como para que la ciudad suponga que los turistas no molestarán a los vecinos dejando el coche en el aparcamiento que está a pie de calle. Tal vez tenga razón, pero ya sean locales o turistas, casi nunca hay un hueco para aparcar en la calle y los numerosos coches se funden con el paisaje.

Vuelvo al taburete sin soltar el móvil de Brandy. Hay chorrocientos comentarios en las diversas entradas, y no me apetece leerlos todos. Deslizo el móvil por la encimera para devolvérselo.

—Bueno, ¿cuál es la opinión general?

—En fin, ayer era que saliste en tromba de aquí para cantarle las cuarenta... y no, no se rumoreaba nada sobre el motivo de tu cabreo. Pero ahora se ha dado la vuelta a la tortilla y todo el mundo dice que habéis vuelto. La mayoría cree que es genial, pero también hay un montón de comentarios en plan «Mierda, el buenorro está cazado». Y esa gente cree que eres una zorra destrozaseños.

—La fama es una amante traicionera —replico, arrancándole una carcajada, ya que las dos sabemos que no me gusta lo más mínimo estar en el

candelerero—. Pero podría ser peor —sigo—. Teniendo en cuenta quién es Devlin, podrían acosarnos cada vez que saliéramos a la calle. De momento, hemos sido casi invisibles. Joder, ni siquiera me di cuenta de que alguien nos espiaba en el circuito hasta que se publicó aquella foto.

Al principio de nuestra relación, hubo alguna que otra foto en la que salíamos juntos, pero la mayoría de los *posts* se limitaban a reseñar el hecho de que yo era una periodista que antes vivía en Laguna Cortez y que estaba escribiendo un artículo sobre la Fundación Devlin Saint. Los medios de comunicación no empezaron a prestarme atención hasta que Devlin me llevó a una escapada de una noche a un circuito de carreras privado en el desierto. Cometimos el error de darnos un beso arrollador en los escalones de entrada a nuestra caravana. Después de aquello, fue un «Adiós, intimidad» y un «Hola, opinión pública».

Ahora soy la mujer que ha sacado al guapísimo y enigmático Devlin Saint del mercado.

Y eso ha tenido que cabrear a unas cuantas personas.

Frunzo el ceño al pensar en el misterioso mensaje mientras sopeso esa idea.

—¿Qué pasa? —me pregunta Brandy, que al parecer se ha dado cuenta de mi cambio de humor.

—Mira esto —le digo, y entonces abro el mensaje y le paso el móvil.

—«No sabes dónde te has metido. Descubre la verdad. No te fíes de nadie» —lee en voz alta antes de mirarme a la cara—. Es superacojonante. ¿Quién lo manda?

—Ni puñetera idea. —Aplasto unas migas del *muffin* con el dedo, como si estuviera aniquilando al tipejo que se burla de mí—. Supongo que es alguien que cree que no sé quién es el padre de Devlin. Pero a lo mejor es por otra cosa.

Frunce el ceño.

—¿Como qué?

Titubeo, pero Devlin nunca me ha pedido que le oculte cosas a Brandy. Sabe que necesito a alguien con quien hablar. Y ahora mismo lo necesito más que nunca.

Tomo una honda bocanada de aire antes de contárselo todo a mi mejor amiga.

—Devlin me ha dicho que tiene más secretos. Pero también que no va a contármelos. Jamás.

Ladea la cabeza y me mira fijamente.

—¿En serio? ¿Y te ha parecido bien?

—Sí. No. No lo sé. —Me paso los dedos por el pelo—. Es como si me estuviera advirtiendo para que me marche, pero no puedo alejarme de nuevo, Brandy. No puedo.

—Lo sé. —Lo dice con ternura—. Lo entiendo. Pero de todas formas, si tiene secretos que pueden ponerte en el punto de mira de un chalado que te manda mensajes, lo justo es que te cuente el puto secreto.

Casi sonrío. Brandy no suele soltar tacos, así que el hecho de que diga uno demuestra lo indignada que está por mi situación.

—No te lo discuto —le aseguro—. Y no creo que vaya a ocultarme sus secretos para siempre. No somos así, ¿me entiendes?

—Todo es muy nuevo, Ellie. No es Alex, ¿recuerdas? Ahora trabajas con un «nosotros» totalmente distinto.

No replico, porque tiene razón, y esa verdad me oprime el pecho.

Brandy frunce el ceño antes de pasarme otro *muffin*, como si fuera un premio de consolación.

—Es probable que tengas razón. Al fin y al cabo, ese hombre está loquito por ti. Ahora quiere protegerte, pero acabará contándotelo.

—Tal vez. Lo más seguro. No lo sé. —Arrincono la tristeza—. Pero da igual. El asunto es que tal vez no sea por su padre. Quizá sea por esos secretos.

—Lo entiendo. Pero ¿de qué te sirve eso si no sabes qué secretos son?

—Da igual. Los secretos en sí no importan.

—Entonces ¿qué importa?

—Quién más los conoce.

Por un instante parece desconcertada. Después se le enciende la bombilla. Rodea la encimera y se sienta a mi lado haciendo girar el taburete para mirarme de frente.

—Me estás diciendo que alguien te ha enviado ese mensaje para asustarte. ¿Alguien que conoce los otros secretos de Devlin y no quiere que los descubras?

—Básicamente.

—Vale, tal vez. Pero ¿cómo averiguarás de quién se trata?

La miro a los ojos.

—Tengo una idea.

Frunce el ceño.

—¿Quién?

—Ronan Thorne.

Teniendo en cuenta lo mucho que Devlin confía en él, me siento un poco desleal al pronunciar su nombre, pero no puedo quitarme de encima la sensación de que no es trigo limpio. Y siempre me fío de mi instinto.

Brandy frunce el ceño de nuevo.

—Pero son colegas.

—Más a mi favor. Se cubrieron las espaldas mientras estaban en el ejército, así que ahora también le cubrirá las espaldas a Devlin, ¿no?

—Supongo, pero esto...

—No se fía de mí.

Brandy se pone muy recta.

—¿Qué dices?

—No sé, o a lo mejor no le gusta que sea periodista. —Me paso la mano por el pelo enredado—. Solo sé que intentó advertirme de que no me acercara a Devlin. Dijo que yo era una distracción.

—Oooh. —Alarga la sílaba al tiempo que asiente con la cabeza—. Lo distraes de todas las cosas secretas que hace.

—Eso creo. Y Ronan fue a Las Vegas cuando Devlin y yo estábamos allí. Estuvieron hablando en el bar del vestíbulo a las tantas. Y cuando me reuní con ellos, a Ronan no pareció hacerle mucha gracia verme.

—A lo mejor interrumpiste una reunión importante. O tal vez sienta un afán protector por su amigo. Como cuando tú y yo nos preocupamos la una por la otra.

—Es posible —convengo—. Pero me dio la sensación de que había algo más.

—Vale, vas hacia atrás. ¿De qué secreto estaríamos hablando? De algo que los atañe a los dos, ¿no? No de cuando estaban en el ejército, porque eso se acabó. De algo de la fundación, ¿verdad?

—Eso es. Pero ¿qué? La fundación apoya un montón de causas. Sé que ayuda a las víctimas del tráfico de personas, pero eso solo es la punta del iceberg.

—Ronan estaba en Las Vegas, y allí hay un centro de recuperación para las víctimas. ¿Tal vez haya algo allí?

—Es posible —contesto—. Pero fue una visita rápida. Podría haber ido a Las Vegas porque tenía que hablar con Devlin y nada más.

—¿Intentarás averiguarlo?

Trago saliva, titubeante. Devlin ha dejado claro que piensa guardar sus secretos con celo, así que husmear con el fin de averiguarlos sería una

violación de las reglas de pareja. Pero quiero saber a qué se refiere el mensaje y, a menos que conozca el secreto, ¿cómo voy a averiguarlo?

—¡Mierda! —exclamo, y Brandy frunce el ceño—. Claro que sí, el texto es por otro secreto. Si no lo fuera, ¿por qué iba a insistir tanto Devlin en ser él quien lo investigase?

Brandy se echa a reír.

—Te estás comiendo el tarro —me suelta—. Puede que tengas razón. O tal vez Devlin sea muy protector y esté acostumbrado a controlarlo todo. Seguro que lo está volviendo loco que un pirado te mande mensajes misteriosos. Por supuesto que quiere descubrir quién está detrás. Al fin y al cabo, es tu caballero de brillante armadura.

—Su armadura es negra como el carbón —replico con una sonrisa al recordar lo que Devlin dijo de sí mismo.

—¿Mande?

—Da igual. El asunto es que tienes razón. —Le doy un apretón en la mano—. Gracias. Voy a tomarme las cosas con calma y ver si Devlin averigua algo sobre la identidad del que me lo ha enviado.

—Bien por ti.

—¿Y tú qué te cuentas? —le pregunto mientras se baja del taburete y rodea de nuevo la isla para entrar en la cocina—. Sobre el tema novio, digo.

—¿Yo? —La voz le sale un poco chillona, lo que es suficiente respuesta. O al menos me dice mucho.

—Desembucha —le ordeno al tiempo que me levanto para coger otro *muffin* pese a su débil intento por apartarme la mano—. ¿Hay alguna novedad con Christopher? Venga ya, ¿se quedó a dormir anoche?

No dice una sola palabra para indicar que sí, por supuesto, pero por lo colorada que se pone, me doy cuenta de que algo ha cambiado entre ellos.

—¡No! —contesta al fin—. Bueno, vale, sí. Pero no hemos..., ya sabes. —Está como un tomate—. Pero quiero hacerlo —añade, en voz tan baja que casi no entiendo lo que dice.

El corazón se me encoge por la preocupación.

—¿Estás segura?

Se pone más colorada, si cabe.

—Es muy tierno y no me ha presionado. A ver, quiere... Hemos hablado del tema. Pero entiende que necesito ir despacio. —Se encoge de hombros como si no fuera nada del otro mundo, pero lo es—. Es un buen hombre, ¿sabes?

—Según lo que me has contado y lo que he visto, el tío es la leche. Pero ¿sabe por qué quieres ir despacio?

Menea la cabeza.

—Ni hablar. —Se abraza—. A ver, es evidente que sabe que tengo problemas, y le he dejado caer que he pasado por una mala relación.

—Brandy...

—Lo sé...

—¿De verdad? Porque, si va en serio, tienes que contárselo todo.

—¡Lo sé! Es que ya me cuesta bastante hablar del tema contigo. Lo entiendo. Quiero contárselo. Creo que es el primer hombre que me ha importado lo bastante como para contárselo. Pero me da miedo que eso lo mande todo al traste.

—Ya —digo con el corazón en un puño—. Pero si quieres que haya algo real entre los dos, tendrás que contárselo en algún momento, ¿no? Mejor ahora. Si esperas demasiado, te costará más.

—Supongo. Y de verdad que voy a... ¡Ay, mierda! La segunda hornada.

Me da la espalda, y agacho la cabeza para que no me vea la cara, concentrada en el *muffin*.

No culpo a Brandy por tener miedo de contar lo que le pasó. Al fin y al cabo, al igual que yo, tiene casi veintinueve años. Y, a diferencia de mí, solo se ha acostado con un tío, sin contar con el cabrón que le robó la virginidad, y no salió bien. Hablar de sexo con los hombres no es la mejor cualidad de Brandy. De hecho, tampoco se le da muy bien escoger a tíos que entiendan lo que necesita.

Ha salido con algunos que le gustaban mucho, pero ninguno estuvo dispuesto a quedarse con ella al darse cuenta de que el sexo tardaría en llegar.

El mundo no es un lugar justo. Lo he sabido desde siempre. Brandy lo supo en su último año de instituto. Y las dos hemos recibido más muestras de esta sencilla verdad de las que nos corresponden. Algo que, supongo, la confirma.

Le arranco un pedacito al *muffin* y me lo meto en la boca para disfrutar del sabor dulce con los trocitos de nuez. Brandy es mi mejor amiga y una de las personas más agradables que conozco, así que detesto que haya tenido tan malísima suerte con los hombres. A lo mejor es por la ley de los promedios, pero me cuesta creer que no haya por ahí más hombres no solo dispuestos a esperar, sino que también sean tiernos en la cama.

A lo mejor Christopher es el definitivo. Si Brandy empieza a ir en serio con él, o al menos eso espero; detesto pensar que pueden volver a hacerle

daño. Y la verdad es que no se conocen demasiado. Me lo encontré en la sala de investigación de la Fundación Devlin Saint. Más o menos al mismo tiempo, él conoció a Brandy por casualidad, lo que quiere decir que llevan viéndose el equivalente a cinco minutos en cuanto a «tiempo de relación». No sé dónde vive, solo que se aloja en un Airbnb mientras está en Laguna Cortez.

Es inteligente, tierno y parece que le tiene un cariño sincero a Brandy. Eso está clarísimo, igual que tengo claro que ella también se lo tiene, pero sigue manteniendo las distancias. Comprensible, supongo, teniendo en cuenta que prácticamente estaba inconsciente su primera vez, después de que un gilipollas le echara droga en la bebida para violarla. Como si eso no fuera bastante malo, se quedó embarazada, algo que mandó al abismo a sus padres y terminó dando al bebé en adopción.

Muy traumático todo, así que entiendo por qué no quiere hablar del tema. Pero si se calla el secreto demasiado tiempo, estoy segura de que acabará alejando a Christopher. Al fin y al cabo, que las parejas tengan algunos secretos está bien. Aunque, cuando el secreto es gordo —la clase de secreto que puede alterar una relación—, el silencio no es neutral. Se convierte en un obstáculo para la relación.

Frunzo el ceño al darme cuenta de que ya no estoy pensando en Brandy. Devlin ocupa mi mente. Me confesó sin rodeos que tiene secretos.

«Siempre habrá secretos entre nosotros —me dijo—. Deberías haberte mantenido lejos de mí».

Me dijo que era peligroso apostar por él, pero no llegó a creerse que yo saldría corriendo. En el fondo no. De eso estoy segurísima. Porque Devlin me conoce. Ha visto mis demonios y sabe que el peligro no me asusta.

No, eso no es verdad. Me asusta. Pero ahí está la gracia. De ahí el subidón, mucho más potente porque nunca me lo espero. El peligro me arrebató a toda mi familia, pero aquí sigo.

No soy una adolescente que coquetea con el peligro. Soy una mujer que manda a la mierda al peligro.

Me estremezco, ya que no me gusta el cariz que han tomado mis pensamientos. Lo que siento por Devlin es real, ¡claro que sí! No es una retorcida manifestación del sentimiento de culpa del superviviente. Lo sé. Lo creo. Lo amo y, cada día que pasa, incluso más.

Sin embargo, ¿pueden ser profundas las raíces de nuestra relación cuando sé que no solo oculta secretos, sino que jamás de los jamases piensa contármelos?

—Entonces nos vemos luego, ¿no? —le pregunto a Brandy horas después, y ella se mira en el espejo del pasillo con el ceño fruncido—. ¿Lamar, tú y yo, para tomar algo a las cinco?

—Ese es el plan —contesta ella—. Siempre y cuando quedemos para ponernos al día, no para que me organicéis la vida.

—Te lo prometo —le aseguro al tiempo que me llevo una mano al corazón—. ¿Estás segura de que no quieres hablar más?

Con mucha habilidad, había cambiado de tema después de sacar la segunda hornada de *muffins*, y como para entonces mis pensamientos eran demasiado profundos e inquietantes, decidí no insistir. Pero ahora me siento culpable, como buena amiga que soy.

—En tu caso, a lo mejor te lo permito más tarde. Pero en el caso de Lamar, aunque lo quiero mucho, no me apetece tenerlo como asesor sentimental. Solo como compañero de camino.

Me río. No puedo llevarle la contraria.

—Está bien. Yo te protejo de las preguntas sobre Christopher y tú me proteges de las preguntas sobre Devlin.

Brandy hace una mueca.

—Me pondré mi traje ignífugo favorito.

—No tiene gracia.

—¡Anda que no! —exclama riéndose—. Bueno, un poco al menos.

Sonríe y frunzo el ceño. Ambas sabemos que Devlin no está en la lista de «Personas preferidas de Lamar». O, más concretamente, en la lista de «Personas preferidas de Lamar para Ellie». Lamar y yo somos amigos desde que éramos cadetes en la Academia de Policía de Irvine. Yo era la única mujer y él, el único cadete negro; trabamos amistad de inmediato. Y aunque nunca ha habido nada romántico entre nosotros, nos protegemos, y Devlin se ha dado cuenta.

Hace mucho, Lamar estaba un poco enamorado de mí. No le interesaba mantener una relación seria, pero sí convertirse en un «amigo con derecho a roce». A veces aún me toma el pelo con el tema, pero no va en serio. Estoy segura de que sigue prefiriendo una amistad con beneficios sexuales, pero porque él no tiene problemas para mezclar el sexo ocasional con la amistad. Sin embargo, yo sí, por eso hace años descarté esa posibilidad. Aunque él puede acostarse con alguien y seguir siendo amigos, yo echo un polvo y me largo.

O eso es lo que hacía. Devlin es la única excepción a esta regla. Seguramente, mi pasado con Alex me indujo a establecer esa regla.

A estas alturas, Lamar es como Brandy. Un confidente íntimo. Pero a diferencia de ella, no sabe que Devlin era Alex Leto. Lo que significa que tengo que andarme con mucho ojo cuando estoy con él, y eso me repatea. Sin embargo, no pienso traicionar la confianza de Devlin. Podría darle la tabarra hasta cansarlo y que me permita contárselo a Lamar, pero no pienso hacer nada sin que él esté al tanto.

De hecho, es posible que Lamar nunca se entere de la verdad. A diferencia de Brandy, Devlin no confía en él. Sin embargo, ese es su problema. Solo tengo dos amigos de verdad, y aunque estoy dispuesta a guardar su secreto, no pienso dar la espalda a un amigo porque mi novio esté celoso.

—En The Cask & Barrel a las cinco, ¿verdad? —pregunta Brandy.

Asiento con la cabeza.

—Perfecto.

—Genial. ¿Te importa dejar a *Jake* en su cesta cuando te vayas? Si no salgo ya, llegaré tarde. —Asiento otra vez con la cabeza y ella se agacha para acariciar a *Jake*, que está sentado en el pasillo. Acto seguido, se da media vuelta mientras busca las llaves—. ¿Qué planes tienes? —me pregunta al tiempo que rebusca en el bolso.

—Me pasaré por la comisaría para ver si Lamar puede ayudarme a investigar ciertos detalles sobre mi tío. Pero antes llamaré a Roger para preguntarle si sigo teniendo trabajo.

Brandy ya había dado un paso hacia la puerta, pero mis palabras la detienen.

—¿Vuelves a Nueva York?

—No, no.

He decidido quedarme en Laguna Cortez con Devlin, y no voy a cambiar de opinión. Pero me encanta mi trabajo, y si puedo encontrar la manera de mantenerlo... En fin, incluso llegaría al extremo de suplicar.

—Buena suerte —me dice Brandy cuando se lo cuento.

Después me da un abrazo, le acaricia la cabeza a *Jake*, sale a toda prisa y cierra la puerta a su espalda.

Vuelvo a mi dormitorio con *Jake* pisándome los talones y me tumbo en la cama. *Jake* se acuesta al sol, junto a la ventana, mientras me pongo los auriculares y marco el número de *The Spall Monthly* en Manhattan.

—Hola, Brenda —digo cuando la recepcionista contesta la llamada—. Soy Ellie. ¿Está Roger por ahí? —Roger Covington es mi editor, y no hemos vuelto a hablar desde que canceló el artículo que estaba escribiendo sobre la Fundación Devlin Saint después de enterarse de que Devlin y yo estamos juntos. Si a eso le sumamos que le dije que pensaba quedarme en California, no estoy segura de que sigamos siendo amigos, mucho menos de que mantenga mi puesto de trabajo.

—Está en la reunión de personal —me contesta Brenda, y me doy un tortazo mental porque se me ha olvidado la diferencia horaria—. Casi han terminado. ¿Quieres esperar? Si lo prefieres, le digo que te devuelva la llamada.

Miro el reloj. Si Roger tiene las pilas puestas, y siempre las tiene, la reunión acabará en unos siete minutos.

—Puedo esperar —le digo, y me preparo para disfrutar de la música clásica mientras rebusco en el armario la caja que contiene los diarios de mi madre.

Estoy dispuesta a darle veinticuatro horas a Devlin para ver si descubre algo sobre el mensaje. Pero no pienso retroceder ni un paso en la investigación sobre mi tío.

La primera pista sobre la verdadera identidad de Devlin, el hijo del famoso criminal apodado El Lobo, la obtuve poco después de leer uno de estos diarios. Cuando mi madre escribió lo que sucedió aquel día, yo era muy pequeña y ella estaba preocupada por los negocios a los que se dedicaba su hermano, Peter.

Mi tío nos dejó a mi madre y a mí en el coche y él fue a hablar con la madre de un niño llamado Alejandro, que, según él, era el hijo de su jefe.

Poco después de leer los pensamientos de mi madre, até cabos. Peter había trabajado para Daniel López, también conocido como El Lobo. Alex Leto era Alejandro López, el hijo de El Lobo. Y Alex se convirtió en Devlin.

En ese momento fue una gran revelación. Ahora que he descubierto la verdad más profunda, esa es solo una parte de quién es Devlin..., y de quién fue.

Durante años, he sido incapaz de leer las palabras de mi madre porque me aterrorizaba la posibilidad de que el dolor me consumiera y me arrastrara a la oscuridad. Empecé a hojearlos al comenzar la investigación para el artículo sobre mi tío.

Regresé a Laguna Cortez porque aparecieron nuevas pruebas después de su muerte, y no tardé en averiguar que Peter estuvo relacionado con El Lobo. Cuando empezó a quedarse con su dinero, El Lobo ordenó que lo mataran.

Mi objetivo era averiguar cómo un hombre aparentemente honrado, procedente de una familia de clase media con firmes principios, acabó tan absorbido por una organización criminal como la de El Lobo. Pero Peter murió hace más de diez años, y sin ningún otro familiar vivo ni pistas sólidas, debo volver a enfrascarme en los diarios de mi madre.

Mi primera incursión en sus palabras fue breve, la verdad. No sé si porque me pareció mal leer sus pensamientos íntimos o porque me dio miedo levantar el negro telón del dolor. Sin embargo, ahora quiero saber más. Quiero averiguar qué le preocupaba a mi madre de Peter, y quiero saber más sobre la mujer que me quería y que me arrebató la muerte.

Mi madre no etiquetó el lomo de sus diarios, pero uno de ellos no está acabado, así que supongo que es el último. Con el corazón latiendo con fuerza, busco la última entrada.

Charlie ha vuelto a hacerlo. Me prometió que llegaría a casa a tiempo para cenar conmigo y con Ellie. Hace una semana que no le lee un cuento antes de dormir. Sé que nos quiere, pero ¿por qué no entiende que necesita demostrarlo?

Perdóname, diario, no paro de refunfuñar. Charlie es un buen hombre. No nos falta de nada. Y sé que su trabajo implica una gran responsabilidad, pero aun así...

He llamado a Peter para hablar con él sobre Charlie. Sé que no debería hablar de mis problemas de pareja, pero Peter lleva toda la vida siendo mi confidente. Sé que sigue molesto conmigo, pero tenía que hablar con él. Pero no me ha cogido el teléfono. Le he dejado un mensaje, por si está filtrando llamadas. Le he pedido que me llame dentro de una hora porque necesito un poco de aire. Voy a dar una vuelta. Con suerte, Lisa podrá cuidar de Ellie una hora más o menos. Ahora está dormida, así que lo mismo le da hacer los deberes aquí que en su casa, al otro lado de la calle.

Quizá me pase a recoger algunas cosas más para la fiesta de Ellie de mañana. Así no parecerá que estoy huyendo de casa porque me siento sola y frustrada por culpa de los hombres de mi vida.

¿¡Cómo es posible que mi niña tenga ya casi cuatro años!?

Acabo de llamar a Lisa y dice que ahora viene. Qué suerte tengo de contar con una chica tan responsable justo enfrente, y eso que todavía está en secundaria.

Mi próxima entrada no será tan quejica. Tal vez incluso compre una botella de vino y seduzca a mi marido. A lo mejor así le doy una razón para llegar temprano a casa. Creo que me gusta ese plan...

Cierro el diario temblando. «Para la fiesta de Ellie de mañana». Mi madre escribió esa entrada la noche que murió. La noche que su coche se despeñó

por uno de los barrancos, arrancando incluso el guardarraíl, matándola al instante.

¿Fue parte de la razón por la que Peter se mudó de Los Ángeles a Laguna Cortez? ¿Se sentía culpable por no estar disponible cuando lo llamó mi madre... o, peor aún, por no haberle cogido el teléfono a propósito?

¿Y por qué estaba molesto con ella? Sé que toda la vida estuvieron muy unidos. Mi padre y mi tío me lo aseguraron.

En ese caso, ¿qué pudo haber hecho para que mi tío se molestara?

Doblo las rodillas para pegar las piernas al pecho y abrazármelas. Gracias a la entrada anterior, sé que Peter no vivía en California cuando yo tenía dos años. Pero debió de surgirle algún tipo de trabajo en Los Ángeles, porque mi madre y yo fuimos a verlo, y sé que después se mudó a esa ciudad.

En aquella primera entrada, mi madre estaba preocupada por él y decía que mi tío estaba involucrado en el tipo de negocio del que no debía hablar a la mujer de un jefe de la policía.

¿Quizá mi madre sabía algo concreto? ¿O solo tenía sospechas? ¿Y qué cambió entre ese momento y mi cuarto cumpleaños? ¿Por qué se mudó Peter a Los Ángeles?

Desconozco las respuestas a estas preguntas, pero tengo la intención de averiguarlas.

Sobre todo porque hurgar en el pasado de mi tío tal vez suscite alguna reacción..., y a lo mejor hasta descubro la identidad de la persona que me envió el mensaje.

Me planteo seriamente cortar la llamada después de otros cinco minutos de espera, para tomarme un café e intentar hablar con mi jefe más tarde. Estoy a punto de hacerlo cuando la música clásica se detiene de repente y oigo la voz de Roger.

—Esperaba que me devolvieras la llamada —me dice—. ¿Debo suponer que los días de silencio significan que cuento con una periodista menos en plantilla? Por no mencionar que ya no tendré con quien compartir las patatas fritas con queso de Freddie's...

Sonrío y me ruge el estómago al recordar las increíbles patatas fritas del restaurante situado a dos manzanas de la oficina. También sonrío porque, si Roger hace una broma con las patatas, no he convertido a un amigo en un enemigo.

—Supongo que ha sido un malentendido. Yo también esperaba que me llamaras.

Además del artículo sobre la Fundación Devlin Saint, me fui de Manhattan para investigar sobre la muerte de mi tío y, posiblemente, para convertir mi búsqueda en una historia que *The Spall Monthly* publicaría. Pero cuando se filtró a la prensa la noticia de mi relación con Devlin, Roger canceló no solo el artículo sobre la fundación, sino también la historia sobre Peter.

Carraspeo.

—Después de soltarte la bomba de que me quedaba en Laguna Cortez, supuse que tendrías que pensártelo. Y que si llegabas a la conclusión de que me sigues queriendo en la plantilla, tendrías que hablarlo con Franklin. —Franklin Coates es el dueño de la revista, lo que significa que es el hombre del que en última instancia depende mi nómina.

—Te quiero con nosotros —suelta Roger—, y Franklin está dispuesto a dejarte trabajar desde California. No creo que nuestra reacción fuera exagerada; mantener una relación sentimental con Saint mientras escribes un artículo sobre él y su fundación puede suscitar muchos comentarios..., entre ellos, que has perdido la cabeza.

—Lo sé. Yo...

—Pero todos cometemos errores, y Franklin y yo sabemos que eres una excelente periodista y un activo importante para *The Spall Monthly*.

Siento que se relaja la banda de acero que me atenazaba el corazón y, de repente, me doy cuenta de lo mucho que deseaba que no me despidieran.

—Gracias. Roger, eso significa mucho para mí. Yo...

—Vamos a seguir con el artículo sobre la fundación —me interrumpe, y el alivio hace que me relaje.

—Me alegro mucho. La fundación hace un trabajo tan bueno que...

—Sin firma. —Doy un respingo—. Lo siento, niña, pero dadas las circunstancias, es mejor que el artículo sobre la Fundación Devlin Saint se publique sin firmar.

Estoy a punto de protestar, pero sé que es inútil. Y, joder, seguro que tienen razón. Creo en el trabajo que lleva a cabo la fundación de Devlin, y detestaría que nuestra relación entorpeciera la claridad del mensaje.

—De acuerdo —digo. Y luego, como creo que me ha quedado demasiado seco, añado—: Gracias.

—Te queremos con nosotros, niña. Eres un tesoro. No pienso darle a cualquier revistucha de tres al cuarto la posibilidad de que se quede contigo.

—¿Y mi artículo sobre la corrupción en el Consorcio de Transportes Metropolitanos de Nueva York?

—Ya no es tuyo.

Carraspeo, pero no digo nada. Difícilmente puedo esperar que la revista me pague los billetes de avión para volar de un lado a otro y continuar con varias investigaciones a la vez.

—Corbin se hará cargo de todos los artículos que tenías relacionados con Nueva York.

—Genial —contesto, y esa breve palabra contiene una tonelada de sarcasmo.

—Dime cómo te sientes de verdad —me pide Roger, y hago una mueca.

Corbin Dailey y yo hemos establecido una política de destrucción mutua. Lo odio porque es un imbécil arrogante, traicionero y sin talento para escribir. Y él me odia porque lo sé.

—No creo que esperaras que me alegrase por eso.

—No, y fue decisión de Franklin. Si quieres considerarlo un castigo, no te contradeciré.

—Vale, vale. ¿Tienes alguna buena noticia para mí?

—¿Aparte de que seguirás cobrando cada mes?

Me froto una sien.

—Qué gracioso. Esperaba que pudiéramos hablar de la historia de Peter. Sigo pensando en escribir al respecto y la voy a publicar en alguna parte. Así que sí...

—Eh, eh, eh. Para el carro. También he hablado con Franklin de eso.

—Ah. —Endezco la espalda—. ¿Y?

—Queremos publicarla. Con firma. Creemos que, si lleva tu nombre, tendrá más valor. Un artículo personal con bases periodísticas firmes que resalte la parte emocional. ¿Qué me dices?

Me dan ganas de gritar de alegría porque me parece perfecto, y así se lo digo.

—Pues mantenme informado. Me gustaría publicarla el mes que viene, pero me da la sensación de que necesitarás más tiempo para investigar.

—Tienes razón. De hecho, ahora voy a la comisaría. Espero que Lamar pueda dedicarme un rato para ayudarme con un par de entrevistas. —Quiero hablar con los contactos de Peter en Laguna Cortez. Y empezar a rastrear sus contactos en Los Ángeles.

—¿Te refieres al detective Gage? ¿El que vino a la oficina hace más o menos un año?

Lamar viajó a Nueva York el verano pasado para disfrutar de un fin de semana de teatro, y lo llevé a la oficina para presentarle a mi editor y enseñarle mi escritorio con el mismo entusiasmo que él demuestra cuando enseña la placa a los alumnos de primaria.

—Dale recuerdos de mi parte —dice Roger.

—Lo haré.

Salto de emoción en cuanto cuelgo.

Al fin y al cabo, ya no estoy en el limbo en cuanto a mi empleo y, además, cuento con una razón legítima relacionada con el trabajo para llevar a cabo toda la investigación que Devlin quiere que evite.

6

Cuando llego a comisaría, Lamar está interrogando a alguien. He llamado antes de ir para asegurarme de que no estuviera fuera. Dado que, además de haber avisado de la visita, soy una especie de miembro de la realeza de la policía local, me acompañan y me permiten sentarme en la sala de observación para ver cómo Lamar hace su trabajo.

Es una ventaja agradable, pero preferiría que mi padre, el anterior jefe de policía, no hubiera sido asesinado. Su muerte hizo que el jefe Randall y su esposa Amy se convirtieran en mis tutores durante el poco tiempo que pasó entre el asesinato de mi padre y el abandono de mis estudios durante mi último año de instituto.

Sin embargo, ahora no pienso en eso. Me entretengo mirando a Lamar, cuya habilidad para cambiar de poli bueno a poli malo lo convierte en un formidable interrogador.

Hoy está haciendo su interpretación de policía malo quemado, y sus ataques verbales al sospechoso, sumados a su actitud pasota, la convierten en una actuación perfecta.

Creo que el tío que está sentado en la silla también lo ve así, porque, cuanto más habla Lamar, más nervioso se pone. Al cabo de una hora, está listo para compartir todo lo que sabe sobre cómo su casero prendió fuego al lavadero, al parecer porque apostó a que el seguro se lo pagaría y no sería acusado de provocar un incendio.

—No está mal —le digo a Lamar en cuanto entra en la sala de observación y recibe mi aplauso y el de los agentes uniformados que también han disfrutado del espectáculo—. Por cierto, ¿dónde está Endo? —le pregunto, después de seguirlo a su despacho, tan pequeño que parece un armario escobero.

Solo he visto a su compañero, Benton Endo, una vez. Volé de Nueva York a San Diego para investigar una historia, y los dos se acercaron en coche para cenar conmigo.

—Creí que te lo había dicho. Estoy solo hasta que vuelva. Disfruta de su permiso de paternidad. Tres meses en casa cambiando pañales. —Sonríe—. Qué pena más grande me da ese cabrón.

—No me lo trago. Apuesto a que vas a verlo por lo menos dos veces por semana para que el bebé conozca al tío Lamar.

—Joder —protesta—, ni que me conocieras...

—Como si te hubiera parido. Felicítalos, a él y a su mujer, de mi parte. Y en cuanto a lo de estar solo, hoy no me ha parecido que le necesites. Mientras te veía ahí dentro, me has recordado un poco a *Nuestro barrio*.

Lo veo hacer una mueca.

—Qué cruel eres.

—Nada más lejos de mi intención —replico con un deje guasón en la voz.

Nuestro barrio fue la serie más popular en la que trabajó Lamar de pequeño, en su época como actor. Fue un bombazo hace veinte años, pero también lo lanzó a él a la fama. De pequeña no la vi, pero después de conocerlo me propuse tragarme todos los episodios.

—Esa serie era puro arte —añado.

—Yo también te quiero, Sherlock —replica seco.

—Eres el mejor, Watson —le digo, llamándolo por su apodo tras oír que él ha usado el mío, una costumbre de hace años—. La verdad —añado—, creo que deberíamos quedar una noche para verla. Los grandes éxitos de Lamar, *pizza*, litros y litros de vino. Tú, Brandy, Devlin y yo. Será...

Guardo silencio al ver que cambia de expresión. Y entonces recuerdo que no se lo he contado todo. He estado viviendo en mi mundo y me da la sensación de que Devlin y yo llevamos meses sin sufrir un bache. Pero la verdad es que hace solo unos días me convencí de que no iba a volver a verlo, y solo ha pasado una noche desde que acepté la ineludible verdad de que no solo creo en él, sino que además voy a poner toda la carne en el asador para que lo nuestro funcione.

Lamar, sin embargo, no sabe nada de eso.

De ahí que me siente y, con un gesto de cabeza, le indique que haga lo mismo.

—Ahora todo va bien entre nosotros —le aclaro—. Hemos vuelto.

—¿Y eso es bueno?

—Lamar, por favor...

Inspira por la nariz y luego se pasa la mano por el pelo, que lleva casi rapado. Cuando nos conocimos, me dijo que llevó rastas durante los tres años que separaron su carrera como actor televisivo de su ingreso en la academia.

Hasta que un atracador lo agarró por el pelo en San Francisco, lo golpeó y le robó la cartera.

Aquella horrible experiencia lo llevó no solo a cortarse las rastas, sino a iniciar la carrera policial en la que había estado pensando desde que interpretó a un miembro de una pandilla adolescente en una película. En una ocasión, me dijo que la película era una mierda, pero que como experiencia fue un antes y un después porque lo inspiró.

La anécdota me parece estupenda; gracias a ella, decidí llevar siempre el pelo recogido cuando iba de uniforme. Por si a los malos se les ocurría alguna idea.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Estás segura? —insiste—. ¿Es lo que quieres? ¿Quieres a Devlin?

—Sí —contesto, y ese monosílabo ilustra la gran moderación que debo ejercer. Quiero contárselo todo, pero no puedo, por supuesto.

Lamar ve la proyección del hombre que Devlin ha construido de forma meticulosa durante los últimos cinco años. Ve al multimillonario solitario que ha creado una fundación benéfica. Al hombre esquivo y reservado, famoso por acostarse con muchas mujeres y evitar el compromiso a largo plazo. Al hombre que apoya a su comunidad, sí, pero con el que no te gustaría que se liara tu mejor amiga. Lo entiendo.

—Solo me preocupo por ti —añade.

—No hace falta —le aseguro—. Y tampoco tenemos por qué hablar del tema. No he venido para recibir asesoramiento sentimental. —Me muevo en la silla—. ¿Sigues libre para acompañarme a hacer las entrevistas?

Antes, cuando he llamado, me ha asegurado que tenía libre el resto del día.

Hace una mueca.

—Lo siento, Sherlock. Puedo acompañarte a una en la ciudad, pero si sigues con la idea de ir a Los Ángeles, pasaré. Tengo un testigo que vendrá a comisaría en un par de horas.

Sus palabras me decepcionan, pero asiento con la cabeza. Tenía la esperanza de hurgar en la vida de Peter previa a la muerte de mi madre, para hacerme una idea de lo que llevaba entre manos antes de mudarse a Laguna Cortez con la intención de ayudar a mi padre a criarme.

Sin embargo, también hay mucho que investigar sobre la vida de Peter en Laguna Cortez. Además, hay otra cosa que quiero hacer hoy. Asiento con la cabeza y le digo a Lamar que no se preocupe.

—Mañana te acompaño sin problema —me dice—. Tengo el día libre y puedo dedicarte todo el tiempo del mundo. Suponiendo que la revista pague el almuerzo...

—Creo que es lo menos que *The Spall Monthly* puede hacer por nosotros.

Cuando salimos de la comisaría rumbo a la entrevista de hoy, me asalta un pensamiento repentino y me detengo. Lamar mira hacia atrás por encima del hombro, y levanta una ceja con gesto interrogante.

—¿Pasa algo?

Niego con la cabeza.

—Nada. Se me acaba de ocurrir algo, pero... Da igual.

—¿En serio? ¿Vas a dejarme así? Ahora quiero saberlo, me mata la curiosidad.

Me río.

—No es nada. Lo más probable es que no sea nada. —Respiro hondo para ganar tiempo. Debería inventarme algo. No tendría que preguntarle lo que se me ha ocurrido. Pero por supuesto, lo hago—: Vale, allá voy. ¿Hasta qué punto conoces a Ronan Thorne? Me dijiste que lo conociste en una de las galas de la Fundación Devlin Saint, pero ¿alguna vez has quedado con él? ¿O solo os veis en eventos y tal?

Frunce el ceño, pero no le extraña la pregunta.

—La verdad, apenas lo conozco. Pero es amigo de Saint. —Me mira con la cabeza ladeada—. No sé en qué tipo de hombre lo convierte eso.

—Deja a Devlin tranquilo. Y mientras lo haces, ¿te importaría echar un vistazo a Ronan?

Se detiene cuando llegamos a la plaza que está frente a la comisaría de policía.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

No pienso contarle nada sobre el mensaje y la amenaza. Se preocuparía demasiado, y no quiero que empiece a hurgar por ahí y a descubrir cosas sobre Devlin que ni él ni yo estamos dispuestos a compartir. Así que le digo la verdad, pero no toda la verdad.

—Básicamente me dijo que no debería estar con Devlin —contesto—. Y también fue a Las Vegas cuando estuve allí con Devlin. No pareció muy contento de verme.

—Diría que Ronan y yo tenemos más en común de lo que creía.

—Lamar...

Estoy segura de que capta el deje frustrado de mi voz. Brandy y él son mis mejores amigos. Quiero que se lleve bien con el hombre que amo.

—Vale, vale. ¿Qué estás buscando?

—Si en el fondo seguro que son cosas mías... —admito—. Pero me da en la nariz que oculta algo. Quiero saber de qué se trata.

Cuando Ronan me sugirió por primera vez que me apartara de Devlin, creí que intentaba proteger el corazón de su amigo. Pero después un asaltante que no llegaron a identificar mató de un disparo a quemarropa a un criminal de lo peor llamado Lorenzo Bell en Las Vegas mientras Devlin y yo estábamos en la ciudad.

Se suponía que Ronan no debía estar allí y, sin embargo, Bell fue asesinado la noche que él apareció en el hotel. Y ahora no consigo quitarme de la cabeza la sospecha de que Ronan quería sabotear mi relación con Devlin para no tener a una periodista husmeando.

De todos modos, no es una sospecha que esté dispuesta a compartir con Lamar. No sin pruebas. Así que solo le digo:

—¿Lo harás?

—¿Qué tengo que buscar?

—No lo sé. Cualquier cosa que te haga arquear las cejas. Eso —añado al ver el gesto en su cara.

Lamar sonrío y después mira al frente.

—El trabajito tiene su miga. Pero supongo que podría echar un vistazo a sus datos básicos y ver si saco algo de ahí. La verdad, me cae bien ese tío. No creo que encuentre nada.

Me encojo de hombros.

—Si es así, genial. Sinceramente, no me apetece descubrir que el mejor amigo de Devlin no es trigo limpio.

Esa es la verdad. Aunque no me fíe de Ronan, Devlin ya ha sufrido bastantes traiciones. No quiero que forme parte de ese pequeño aunque peligroso club. Pero busco respuestas.

No me preocupa que Lamar descubra por casualidad el vínculo de Devlin con El Lobo. Ese detalle está bien enterrado. Y aunque Devlin me ha dicho que Ronan sabe la verdad sobre sus orígenes, estoy segura de que no existe la menor conexión entre Ronan y El Lobo. Al fin y al cabo, se conocieron en el ejército, y eso fue después de que Devlin se apartara de su padre.

Estoy tan segura de eso que no me siento culpable.

Al menos, no mucho.

—En fin, ¿le echarás un vistazo?

Lamar levanta las manos como si se rindiese.

—Supongo que debo hacerlo.

Lo miro con una sonrisa cómplice. Hace años que prometimos apoyarnos siempre.

—Te quiero, Watson.

—Lo mismo digo, Sherlock.

Una vez resuelto ese asunto, nos dirigimos al Seaside Inn. Decidimos caminar, aunque el paseo es largo. Hace un día precioso y, si vemos que el tiempo apremia, Lamar puede pedir un Uber para volver a la comisaría.

—¿Qué crees que vas a descubrir?

Me formula la pregunta mientras sugiero distintos restaurantes para mañana.

—¿Te refieres a lo que voy a descubrir ahora? ¿En el hotel?

Mi tío era el dueño del establecimiento, y le explico que espero que el propietario actual, el gerente cuando yo era pequeña, sepa algo sobre los negocios turbios de Peter.

—Si está al tanto, seguro que estaba en el ajo. En cuyo caso, no dirá ni pío.

—Es posible —reconozco—. Pero tengo que preguntarle. Ya sabes cómo funciona esto. No sabes por dónde tirar hasta que descubres una pista. Ahora estoy escarbando.

—¿Has encontrado algo en los diarios de tu madre?

—¿Sobre el hotel? No, pero no esperaba encontrar nada. Mi tío no se mudó a Laguna Cortez hasta después de morir mi madre. Vino para ayudar a mi padre a cuidarme.

—Vale —dice Lamar—. Así que no te sirve para este artículo, ¿eh?

—Quizá más de lo que esperaba —lo contradigo, y caigo en la cuenta de que no le he hablado de lo que descubrí en el diario mientras estaba en Las Vegas con Devlin—. Mi madre escribió que temía que Peter se estuviera relacionando con el tipo de gente que no debería conocer la mujer de un jefe de la policía.

—¿Crees que Peter ya estaba trabajando para El Lobo? ¿Por aquel entonces?

Asiento con la cabeza.

—La entrada que escribió justo antes de morir también deja claro que Peter estaba molesto con ella. Necesito leer las anteriores para ver si averiguo el porqué, pero me pregunto...

—Si estaba presionando a su hermano para que se alejara de El Lobo.

Hago una mueca y asiento con la cabeza.

—O para que abandonara esa vida. No sé si alguna vez se enteró de la existencia de El Lobo.

Me detengo en la acera, y eso obliga a Lamar a retroceder un paso.

—¿Qué?

—Es que no tiene sentido. Mi madre tenía una familia estupenda. Era muy reducida, sí, y sus padres murieron jóvenes, pero era estupenda de todas formas. —Mis cuatro abuelos están muertos por distintas enfermedades que acabaron llevándoselos, pero nada como las repentinas tragedias que sufrieron mis padres; en cualquier caso, también me dejaron sola—. Me refiero a que mi tío llevaba una vida acomodada. Y sé que tenía bastante dinero, porque tanto él como mi madre recibieron la herencia de mi abuelo. Así que ¿por qué pasar de esa cómoda existencia a la vida peligrosa que lo mató?

—No tengo respuesta para eso, pero lo veo a todas horas. A lo mejor empezó porque le gustaba la emoción y acabó demasiado enfangado. Quizá se sentía desprotegido y quería poder. O a lo mejor le faltaba un tornillo y ya está.

Niego con la cabeza.

—Lo último no me vale. Conmigo se portó muy bien. Fue una roca. Tuvo que lidiar con una adolescente en pleno duelo y estuvo a la altura. Me quería, pero se dedicaba a eso. Y tengo miedo de...

—¿De qué?

—Tengo miedo de lo que voy a sentir por él cuando descubra toda la verdad.

Me coge de la mano y me da un apretón.

—Al margen de todo lo demás, te quiso. A su manera defectuosa, sí. Tal vez un poco retorcida, pero estuvo a tu lado cuando lo necesitabas.

Sí, a eso tengo que aferrarme, creo yo.

El Seaside Inn está en la autopista de la Costa del Pacífico, casi justo enfrente de donde ahora se alza la Fundación Devlin Saint. Cuando el hotel era propiedad de mi tío Peter, el edificio de la fundación era un solar cubierto de malas hierbas que la gente usaba como aparcamiento ilegal para ir a la playa.

Peter y yo solíamos ir andando desde su casa, una de las pocas de Laguna Cortez que está en el lado de la autopista que da al océano. Incluso lo ayudé a decorar el hotel. Al menos, pinté unas cuantas paredes. Por lo general, me daba tareas menores, ya que el trabajo de verdad lo realizaron los empleados de la empresa de reformas que contrató. Pero recuerdo sentirme importante, y siempre me ha gustado el hotelito.

La zona que da a la autopista no tiene nada de especial. Es acogedora, sí, pero muy funcional, con un camino circular de entrada y un porche que permite que los clientes entreguen el coche al aparcacoches sin bloquear la autopista. En cambio, en la zona interior, el hotel tiene un maravilloso toque mediterráneo. Es de planta cuadrada, y en los cuatro laterales se encuentran los pasillos que llevan a las distintas habitaciones.

En el centro del edificio hay un patio soleado con una pequeña piscina, una zona de sillones y un bar bien provisto que atrae tanto a los huéspedes como a los lugareños.

El mostrador de recepción es lo primero que vemos al cruzar las puertas de cristal. En mi adolescencia, el gerente se llamaba Taggart. Nunca supe su nombre de pila, y aunque podría haberlo buscado antes de venir, no me he molestado en hacerlo. Ahora no está en el mostrador, aunque no sería raro que siguiera trabajando aquí. Tras la muerte del tío Peter, descubrí que el señor Taggart había comprado el hotel, y no se me ocurre ningún motivo para que lo haya vendido. Después de todo, el turismo en Laguna Cortez sigue en auge.

Aunque tiene sentido que no esté en la recepción. Ahora es el dueño, no el gerente, y la mujer que veo es más o menos de mi edad. Miró de reojo a

Lamar, que capta la indirecta y se acerca primero. Al fin y al cabo, está cañón, y siempre estoy a favor de engatusar a un testigo. La mujer levanta la mirada cuando nos acercamos y sonríe.

—¿Van a registrarse?

Tiene los ojos grandes, la piel bronceada y algo de acento. Mexicana, creo, aunque no estoy segura. Lleva una camisa blanca y una americana azul con una chapa metálica en la que se lee REGGIE. El pelo le llega a los hombros. Es totalmente liso, de un castaño oscuro acentuado por mechas azul cobalto. Esboza una amplia sonrisa muy amable, y me doy cuenta de que no lleva alianza. Soltera. Tal vez usar la baza de Lamar sea lo mejor.

—Esperábamos poder hablar con el señor Taggart —dice Lamar—. Tengo entendido que es el dueño.

—¿Hay algún problema? Soy la gerente.

—Ningún problema. Solo queríamos hacerle unas preguntas sobre el hombre al que compró el hotel.

Deja de mirar a Lamar para clavar la vista en mí, y me da la sensación de que está sorprendida.

—¡Ah! —exclama—. Mateo Taggart es mi padre. Pero no está aquí. Sufrió un ictus hace tres años. Ahora vive en una residencia.

—Lo siento mucho —dice Lamar—. ¿Crees que podríamos ir a verlo?

—Pues sí, pero me temo que no está bien. Hay muy pocas probabilidades de que recuerde algo de hace tanto tiempo, o de que sea capaz de mantener una conversación coherente.

Parpadea, y me da la impresión de que intenta mantener la compostura. Me pregunto qué relación tenía con su padre. Y si perder a un padre de esa forma, por culpa de una lenta enfermedad o de la degeneración mental, duele más o menos que perderlo de golpe durante la adolescencia.

Me acerco un paso con la repentina sensación de que me resulta familiar. Me pregunto si nos hemos visto antes.

—¿Fuiste al instituto aquí, en Laguna Cortez?

Pone los ojos como platos, sorprendida.

—Lo siento. Es que me suena mucho tu cara —me disculpo.

—Ah. No, no crecí aquí. Mis padres se divorciaron cuando yo era pequeña. Viví con mi madre. Me mudé hace unos seis años para ayudar a mi padre con el hotel. —Hace una mueca—. Y porque no sabía qué hacer con mi vida. Mi padre siempre decía que el hotel sería mi herencia y que debía aprender a llevarlo. —Suspira—. Supongo que he heredado antes de tiempo.

—Siento mucho lo de tu padre —le digo—. Pero estoy segura de que es un consuelo para él saber que el hotel está en tus manos.

—Gracias. Eres muy amable. —Da unos golpecitos a un montón de postales publicitarias para colocarlas bien—. Bueno, ¿en qué creéis que podría ayudaros mi padre?

—Peter White —le contesto—. Era mi tío, y lo asesinaron cuando yo tenía diecisiete años. Intento saber más sobre él. En fin, para completar mi historia familiar y tal vez comprender por qué lo mataron. El asesinato fue muy peculiar.

—El nombre me suena. Es a quien mi padre compró el hotel, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Me sabe mal, pero no sé más. Ni siquiera creo que tengamos documentos o notas que el señor White dejara a mi padre para dirigir el negocio. Supongo que habéis hablado con la policía.

—Por supuesto, pero no queremos resolver el asesinato. Se trata de averiguar qué clase de hombre era.

—Lo entiendo. Yo he estado guardando muchas de las pertenencias de mi padre durante estos últimos años, organizándolas y averiguando cosas sobre su vida. Como te he dicho, siento mucho lo de tu tío. Ojalá pudiera ayudaros.

—En fin, gracias por atendernos —dice Lamar.

Me mira de reojo y asiento con la cabeza. Me da que de aquí no vamos a sacar nada. Nos despedimos antes de marcharnos.

Una vez en la calle, detengo a Lamar.

—¿No te suena su cara?

Lamar niega con la cabeza.

—No, y créeme que me acordaría de ella.

Pongo los ojos en blanco.

—Hablando de mujeres guapas... —Deja la frase en el aire para señalar con la cabeza el edificio de la fundación que está al otro lado de la calle—. ¿Te importa si nos pasamos?

Al principio me desconcierta la pregunta. Después recuerdo a Tracy Wheeler, que está haciendo prácticas en la Fundación Saint Devlin. La misma Tracy que volvió loquito a Lamar cuando asistimos a la gala no hace mucho.

—Te tiras a todo lo que se menea.

Se las apaña para mirarme con expresión inocente.

—No sé a qué te refieres.

—Millie me ha mandado un mensaje. Me ha dicho que la has invitado a almorzar con nosotros en Los Ángeles mañana.

Millie es una amiga de nuestra etapa en el departamento de policía de Irvine. Dejó el puesto para estudiar Derecho poco después de que nosotros nos incorporásemos. Ahora trabaja para la oficina del fiscal general en Los Ángeles.

—No puede, por cierto —sigo—. Está preparando un juicio. Pero me ha dicho que estaba emocionada por el hecho de que se lo hayas pedido. —Cruzo los brazos por delante del pecho—. Es una amiga. No juegues con ella. Ni con Tracy. Las dos me caen muy bien.

Él levanta las manos.

—Un momento. No quiero hacer daño a nadie. Pero si me gusta alguien y yo también le gusto... —Esboza una sonrisa de oreja a oreja—. A ver, ¿por qué no voy a gustarle?

Intento controlarme, pero al final se me escapa una carcajada.

—Te tiras a todo lo que se menea —repito—. Y no creas que porque me esté riendo lo digo menos en serio. Como le hagas daño a alguna de las dos, te corto las pelotas.

—Recibido —me asegura—. Mis pelotas y yo nos portaremos de una forma impecable.

Meneo la cabeza con exagerada exasperación. La verdad es que espero que encuentre a alguien, lo que pasa es que me da miedo de que acabe haciéndole daño a alguna de mis amigas durante su búsqueda. Nunca lo he visto tomarse una relación en serio. Ha salido con un montón de mujeres y de hombres desde que lo conozco, siempre personas muy agradables, normalmente graciosas e inteligentes. La clase de persona con la que podría verlo feliz a largo plazo. Sin embargo, por algún motivo, nunca sale bien.

No sé por qué, y me preocupa. Lo quiero muchísimo, pero también sé que no termino de entenderle. Me gustaría hacerlo, un día de estos. Pero hasta que suceda, nos apañamos como podemos.

—No le rompas el corazón a Tracy —le ordeno al llegar a la puerta principal de la Fundación Devlin Saint.

—Ni se me pasaría por la cabeza.

Me gustaría dejárselo bien clarito —al fin y al cabo, siento cierto afán protector hacia Tracy, ya que trabaja para mi novio—, pero ya me ha abierto la puerta. Entro y me detengo un momento para observar el conocido interior, tan increíble por su austeridad de hormigón, acero y cristal.

Me acerco al mostrador de recepción donde está la misma persona que me recibió el primer día que llegué, Paul. Levanta la mirada y me da la bienvenida con una sonrisa.

—Señorita Holmes, ¿le digo al señor Saint que está aquí?

—Lláname Ellie, Paul. Y desde luego, sería estupendo. Pero dile que no es nada importante. Hemos venido a ver a Tracy, así que, si está ocupado, no es necesario que baje.

—Se lo diré. Y avisaré a Tracy.

Le doy las gracias y Lamar y yo nos acercamos a los ventanales orientados hacia una zona de estar al aire libre. Los paneles de cristal se pueden plegar por completo hacia los lados y desaparecen en la estructura, como si fueran puertas correderas, para crear una zona de recepción con espacio interior y exterior. La fundación celebra muchas galas para recaudar fondos y, con la vista del Pacífico al otro lado del patio embaldosado con piedra, la ubicación es inmejorable.

Lamar me deja sola para ir al aseo y, mientras observo el océano, Tracy se me acerca por la espalda.

—¡Hola!

Me vuelvo y me encuentro de repente entre los brazos de Tracy.

—Me alegro mucho de verte —dice ella al tiempo que retrocede un paso. Lleva el pelo a lo afro y muy corto, lo que resalta sus pómulos—. ¿Qué pasa?

—Lo que pasa es que tienes un admirador —contesto—. He venido con Lamar. Le apetecía pasarse.

—Oh. —Esboza una sonrisilla—. En fin, qué bien, ¿no?

Se me pasa por la cabeza ponerla sobre aviso. Decirle que Lamar no parece ir en serio nunca. Pero no lo hago. Al fin y al cabo, soy la última persona que debería dar consejos sentimentales. Además, cada vez que Lamar hace un comentario sobre mi relación con Devlin, me cabrea.

—¿Os habéis estado viendo a menudo? —pregunto justo cuando la asistente de Devlin, Anna, se acerca hacia nosotras a toda prisa.

Tracy niega con la cabeza.

—Nos vemos en nuestro edificio, poco más. Tenemos unos horarios muy distintos. Pero nos hemos estado mensajeando mucho —añade con un deje cantarín—. Es muy mono.

—Pues sí —admito, y es la verdad.

—¿Habláis de Lamar? —pregunta Anna—. Lo he visto arriba. Subía cuando yo bajaba.

Frunzo el ceño mientras me pregunto por qué no ha entrado en el aseo de esta planta. Claro que da igual, y se me olvida en cuanto Anna me coge las manos. Es una pelirroja impresionante, con brillantes ojos azules y piel de alabastro. Es una combinación muy rara —los ojos y el pelo—, algo que

descubrí cuando escribí un artículo sobre los genes recesivos durante mi primer año en *The Spall Monthly*. Rara o no, el asunto es que Anna hace que la gente se vuelva para mirarla y también que me puse muy celosa la primera vez que la vi junto a Devlin.

Ahora que sé que solo son amigos, me cae bien. Pero sigo con la sensación de que soy como una niña bajita disfrazada al lado de esa belleza de estrella de cine.

—Me alegro muchísimo de verte. Iba a llamarte para decirte lo contenta que estoy. Devlin me ha contado que habéis arreglado las cosas. Me alegro por los dos. Estaba preocupadísima —añade al tiempo que retrocede un paso y me mira de arriba abajo—. Pero mírate, estás maravillosa.

Me echo a reír un poco avergonzada. Nunca se me ha dado bien estar en el candelero.

—No es verdad.

—Claro que sí —asegura Tracy, así que les doy la razón a regañadientes.

Como está en prácticas, Tracy lleva poco tiempo en la Fundación Devlin Saint y no pertenece al círculo de amistades de Devlin. En cambio, Anna lo conoce desde pequeño y es muy consciente de que antes era Alex Leto, también conocido como Alejandro López. Lo que no sé es si Ronan o ella están al tanto de que él mató a Peter. Seguramente no. ¿Por qué iban a saberlo? Ni que a Devlin le hubiera interesado gritarlo a los cuatro vientos cuando todavía era Alex... Tampoco tenía sentido que tuviera la necesidad de revelar sus secretos más adelante, cuando creó la Fundación Devlin Saint. Tamra lo sabe, pero porque es más una madre para él, y se lo contó todo después del suceso.

—... bajar.

—¿Perdona?

Levanto la mirada al darme cuenta de que me he ensimismado y me he perdido lo que Anna estaba diciendo.

—He dicho que estaba liado cuando Paul lo avisó. Pero que debería bajar en cualquier... Ah, ahí está. Un estupendo don de la oportunidad.

—Para las dos —murmura Tracy, que se ha inclinado para susurrármelo al oído.

No sé a qué se refiere hasta que me vuelvo y veo a Devlin bajando la escalinata con Lamar a su lado. Devlin lleva un traje gris con una camisa celeste y el pelo peinado hacia atrás; la montura oscura de las gafas que usa como camuflaje adicional le aporta el aire de un guerrero empresarial.

«Un guerrero, ya lo creo», me digo. Su postura es tensa, tiene los labios apretados y se mueve con una precisión milimétrica. Baja junto a Lamar, pero no se hablan, y el aire entre ellos parece crepitar por algún motivo.

No sé qué ha ocurrido entre ellos, pero me doy cuenta de lo que pasa.

Y lo que veo me dice que Devlin está cabreadísimo.

8

Cuando Devlin y Lamar llegan a la planta baja, este le tiende la mano para estrechársela, pero Devlin ya ha iniciado otro movimiento, así que se limita a rozarle el hombro para indicarle en silencio que deben reunirse con nosotras. No sé si es un desaire intencionado o no ha visto la mano de Lamar. Espero que sea esto último, aunque me temo que es lo primero.

Cuando llegan junto a nosotras, Tracy se adelanta para saludar a Lamar, así que no tengo la oportunidad de preguntarle qué ha pasado. Devlin viene hacia mí mientras Anna se marcha sin hacer ruido, seguramente para volver arriba y ocupar su puesto en el centro de mando de la oficina de Devlin.

Retrocedo un poco para alejarme de Lamar y Tracy, y susurro:

—¿Qué está pasando?

Devlin me contesta con voz tensa:

—Tu amigo quería transmitirme un mensaje.

—¿Ah, sí?

—Si te hago daño, me deja tieso.

Casi suelto una carcajada. No dudo del talento de Lamar como agente de policía, pero me divierte la idea de que pueda someter a un hombre como Devlin. Sin embargo, me limito a responder con una mueca.

—Lo siento.

—A menos que lo hayas enviado tú para que me dé el mensajito, no tienes motivos para disculparte. El detective Gage, en cambio, tiene mucho que explicar.

—Devlin, no...

—Sé que es tu amigo, así que le daré cuartelillo —me interrumpe con un deje en la voz tan afilado como una espada—. Pero la próxima vez que venga a mi casa y me eche un sermón sobre...

—¿Sobre qué?

Ha dejado de hablar de una forma tan brusca que me doy media vuelta preguntándome si Lamar o Tracy se han acercado. Pero seguimos solos y

lejos de ellos, de manera que no pueden oírnos.

Devlin niega con la cabeza y su expresión se suaviza.

—Joder, lo siento. Se preocupa por ti, lo sé. No pasa nada.

—Pues no lo parece.

Se pasa los dedos por ese pelo oscuro que lleva recogido en una coleta con un cordón de cuero y, sin darse cuenta, se le deshace gran parte.

—De verdad que no pasa nada. Lo siento.

Lo miro con atención, consciente de que está celoso de la amistad que Lamar y yo entablamos durante los años en los que Devlin y yo estuvimos separados. Unos años que nunca podremos recuperar. Y por eso decido que una retirada a tiempo es una victoria y me limito a decir:

—Gracias.

—No hay motivo para que te sientas agradecida, pero de nada. —Me observa un instante y después frunce el ceño mientras me sujeta por el codo—. Acompáñame.

Titubeo un momento, pero Lamar sigue hablando con Tracy, así que no me opongo cuando Devlin me lleva al exterior, a un rinconcito oculto a los ventanales que ofrecen una maravillosa panorámica del océano a los visitantes de la fundación.

—¿Qué vamos...? —Sin embargo, interrumpe mis palabras con un beso brusco, abrasador y exigente. Me derrito contra él, y al instante el deseo se apodera de mi cuerpo ansiando más—. Ten mucho cuidado —susurro cuando me deja respirar—. Como me pongas demasiado cachonda, te costará mucho pisar el freno.

—Contigo no quiero frenar nunca.

Lo abrazo por el torso y me pego a él para sentir su erección.

—Me gusta cómo suena eso. Y lo que siento ahora mismo también.

—Eres mala.

—¿Contigo? Puedo ser tan mala como quieras.

Con una ferocidad inesperada, me entierra una mano en el pelo y me echa la cabeza hacia atrás. Jadeo, no por el dolor, sino por la sorpresa y por la salvaje intensidad que veo en sus ojos.

—Eres mía —masculla, y me derrito al percibir ese tono tan posesivo—. Dilo.

—Lo soy. Claro que lo soy. —Esbozo una sonrisa y caigo en la cuenta de que todavía no sabe mi gran noticia—. Oficialmente, ya puedo mudarme a Laguna Cortez.

Frunce el ceño al preguntarme:

—¿Oficialmente?

Asiento con la cabeza.

—Me iba a mudar de todas formas, pero ahora puedo quedarme sin perder el trabajo. Roger me ha dicho que sigo en plantilla, pero trabajando desde la Costa Oeste. Me quedo con la mayoría de los artículos en los que estaba trabajando, salvo los específicos de Nueva York. Esos se los ha quedado mi némesis. —Hago un mohín con la nariz.

Veo el asomo de una sonrisa en sus labios.

—No sabía que tenías un enemigo.

Levanto una ceja.

—¿No lo tenemos todos?

—*Touché* —replica a la ligera, pero veo que una sombra cruza su rostro. De repente, recuerdo el horrible mensaje y me arrepiento de la broma. No obstante, el momento pasa rápido, y carraspea antes de añadir—: Cuéntame más.

—Casi te lo he dicho todo. Sigo en nómina, pero ahora trabajo desde aquí. Van a publicar el artículo sobre la Fundación Devlin Saint, no hace falta que me lo agradezcas, pero sin firma.

Devlin tuerce el gesto.

—Nena, lo siento.

—Tranquilo, no pasa nada. —Le doy un apretón en la mano—. Teniendo en cuenta que la compensación eres tú, no voy a quejarme. Además, lo he estado pensando y no quiero que el hecho de que estemos juntos dé a entender que es un artículo sesgado. Quiero que los lectores conozcan la Fundación Devlin Saint y la vean como lo que es. Porque es una organización muy especial y el trabajo que haces es importante.

—Valoro mucho que digas eso.

—Solo constato la verdad. Pero eso es lo más bonito. Da igual lo que signifique para ti o para mí. Lo importante es lo que significa para todas las personas a las que ayuda.

Lo veo tragar saliva antes de levantarme la mano y llevársela a los labios para besarme la palma.

—Sí —murmura, con la voz rebosante de emoción—. Exacto.

—Y tengo un artículo de investigación que publicarán con mi nombre —le digo—. Aunque no sea ese.

—¿Un nuevo encargo?

Titubeo un poco, porque sé que no le hará ni pizca de gracia.

—Al final quieren que haga el artículo sobre mi tío Peter.

Su expresión se vuelve inescrutable.

—¿Ah, sí?

Consigo reírme.

—Qué emocionado te veo... Además, es una buena noticia. Así me pagarán por la investigación que pensaba hacer por mi cuenta. —Como no dice nada, continúo—: Será un artículo personal. Una especie de ensayo sobre mi viaje para descubrir qué le sucedió a Peter. Lo que lo llevó a entrar y salir de la organización de El Lobo.

Se frota las sienes.

—Ellie...

—Sé que no te gusta la idea, pero lo siento. Voy a encontrar respuestas. Quiero saber qué le pasó a mi tío. En qué estuvo implicado. Quiero saber cómo pasó de ser el hombre que era al hombre en el que se convirtió.

—Lo entiendo, nena, pero sufrirás en el proceso. Y cuanto más descubras sobre lo involucrado que estaba en la organización de mi padre, irás echando sal en la herida. —Me coge una mano—. No quiero verte sufrir así. No cuando es innecesario.

—Lo sé. Y sé que el vínculo de mi tío con El Lobo se superpone al tuyo.

—Eso no es lo que trato de...

—Pero te aseguro que jamás incluiré nada en ese artículo que revele quién eres. Ni siquiera daré pistas. Joder, no necesito ni siquiera mencionarte.

—Ya hemos hablado de esto. Y sigue sin gustarme. No encontrarás nada bueno escarbando en el pasado, Ellie. Nunca es buena idea desenterrar esqueletos.

—Ese es mi trabajo, Devlin —replico con tono arisco—, desenterrar esqueletos. Viene con la profesión.

—Encontrar respuestas que afecten al presente. Eso es lo que hace un periodista. Pero nunca conseguirás respuestas sobre Peter, porque él no está para dártelas.

Retiro mi mano de la suya de un tirón.

—Deja de decirme cómo debo hacer mi trabajo. Entiendo que no te guste que hurgue en temas que podrían estar relacionados con tu padre, pero tendrás que superarlo. Y también sé que quizá no descubra los pensamientos de Peter, pero sigue habiendo hechos que puedo averiguar. Que necesito descubrir.

Devlin frunce el ceño.

—¿Como qué?

—Detalles. Como por qué estaba enfadado con mi madre justo antes de que ella muriera. Y si eso fue parte del motivo por el que se mudó aquí para

ayudar a cuidarme. ¿Lo hizo por un sentimiento de culpa? ¿Creyó que mi madre conducía demasiado rápido porque estaba pensando en la discusión que habían mantenido? ¿Por eso se salió de la carretera?

Su expresión me transmite mucho más que simple tristeza.

—No, nena, no. Nunca encontrarás esas respuestas. Nadie puede responder a esas preguntas.

—Pero tengo que hacerlas —insisto—. Es como una oración, ¿sabes? Es mi manera de honrarlos.

Respira hondo y luego suelta el aire despacio. Supongo que está buscando las palabras adecuadas para oponerse de nuevo a la idea, pero al final se limita a decir:

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

Asiente y lo repite, pero en esta ocasión con una sonrisa.

—Sí, de acuerdo. Sé que tampoco importa mucho lo que yo te diga —añade—. Sé que no me estás pidiendo permiso, que solo es para mantenerme informado.

El corazón me da un vuelco. Tiene razón, y me alegro de que lo entienda.

Me da otro apretón en la mano.

—¿Para esto has venido? ¿O se me olvida que habíamos quedado para almorzar?

—No, no. Es que Lamar quería ver a Tracy. Verte a ti es un bono extra.

—Lo mismo digo. —Todavía no me ha soltado la mano, y soy muy consciente de las caricias de su pulgar en el dorso—. Bueno, ¿qué vas a hacer ahora?

—Lamar me abandona para seguir con su trabajo. Así que he pensado que podría intentar reunirme con algunas de las personas con las que se relacionaba mi tío.

Lo que no le digo es que tengo un asunto personal del que también quiero ocuparme. Siento un nudo en el estómago por culpa de los nervios, pero sé que debo hacerlo.

—¿Con más gente? ¿Con quién has hablado ya? —Lo pregunta como si tal cosa, pero detecto el deje cortante de su voz.

—Con nadie, de verdad. De momento no he tenido éxito. Empezamos en el Seaside Inn —le explico—. Resulta que el dueño sufrió un ictus. Está en una residencia de ancianos. Su hija se encarga del negocio, pero no sabe nada. Así que ha sido un callejón sin salida.

—Sabía lo del señor Taggart, sí.

Por un momento, me quedo perpleja. Luego caigo en la cuenta.

—Claro, los invitados de la fundación suelen alojarse en el hotel, ¿verdad?

—Recomendamos varios de los hoteles de la ciudad, pero tenemos una relación muy buena con el Seaside Inn, sí. Mateo Taggart era un buen hombre. Y Regina es muy competente gestionando el hotel.

—¿Asistió a la gala?

Frunce el ceño y luego niega con la cabeza.

—No, que yo recuerde. Pero seguro que la invitaron. Creo que estaba fuera de la ciudad. ¿Por qué?

—No sé. Su cara me suena. —Me encojo de hombros—. No es nada, supongo. Seguro que me recuerda a otra persona.

—Bueno, si la conoces, seguro que la recordarás —dice sin darle importancia. Obviamente, no la tiene—. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—He quedado con Brandy y Lamar para tomar algo, y luego se me ha ocurrido que puedo ir a casa de mi novio para prepararle la cena. —Hago una pausa antes de añadir—: A menos que prefieras que vaya a la tuya.

Sonríe con arrogancia y luego tira de mí para pegarme a él y abrazarme por la cintura.

—Te la estás ganando.

—¿Contigo? Lo que quieras y cuando quieras.

—Me gusta cómo suena eso. Pero esta noche tengo una reunión.

—No pasa nada —le aseguro con voz alegre, aunque me siento un tanto decepcionada—. Quedaré con cualquiera de los otros hombres que tengo comiendo de la palma de mi mano.

Lo oigo gruñir y me río.

—¿Me llamas cuando llegues a casa?

—O podrías estar esperándome —sugiere—. A ser posible, en mi cama. Y desnuda, ya puestos.

—Podría, pero me alojo en casa de Brandy. Creo que es mejor que siga allí, ¿no te parece? Es mejor evitar que quienquiera que nos esté vigilando crea que paso de su amenaza hasta el punto de mudarme a vivir contigo.

Asiente con la cabeza. Sin embargo, está claro que la referencia al mensaje anónimo lo inquieta.

No lo culpo. A mí me pasa igual.

9

No voy a entrevistar a nadie más hoy, y me siento un poco culpable por la mentirijilla que le he contado a Devlin. Pero me consuelo diciéndome que le he contado la verdad literal. Le he dicho que pensaba reunirme con algunos de los antiguos contactos de mi tío. Y aquí estoy, pensando en eso. Pensando en cualquier cosa menos en que tengo los pies en los estribos mientras una enfermera de expresión amable me toma una muestra vaginal.

Cuando se levanta y me sonrío con calidez, me doy cuenta de que tengo la cara paralizada y una expresión horrible.

—Listo. No ha sido tan espantoso, ¿verdad?

—Depende. ¿Ya está?

Esboza una sonrisilla.

—Todo listo. Ya puedes vestirme.

Bajo las piernas y me incorporo.

—¿Cuándo sabré los resultados?

—No te lo puedo asegurar, pero nos están llegando del laboratorio muy deprisa. Puede que sepas algo mañana por la tarde. Aunque pueden tardar hasta setenta y dos horas.

Hago una mueca porque detesto la idea de esperar. Pero tampoco se puede decir que alguien me haya placado y tirado al suelo para clavarme una aguja infectada. Me lo he hecho yo solita, y puedo soportarlo.

—Vale —digo—. Bien. —Me presiono con los dedos el algodón que me han puesto en el brazo después de sacarme sangre—. Si no tengo noticias para entonces, ¿debería llamar?

—Por supuesto. Pero mientras tanto, intenta no preocuparte. La preocupación no va a cambiar nada. Y toma —añade al tiempo que me da una bolsita de plástico con folletos y condones. Como regalo por haber ido.

Le doy las gracias y le aseguro que haré lo posible para no preocuparme. Pero en realidad estoy preocupada. Joder. Tengo motivos. Una y otra vez me he enfrentado a mis demonios usándome como arma. Tampoco se puede decir

que mi forma de actuar sea un secreto. No se trata de algo que haya hecho sin darme cuenta. Follarme a un tío en un aparcamiento o en un callejón no era algo que mi mente mantuviera oculto. Al contrario, era algo potente, cegador y carente de importancia. Era una batalla. Una declaración. Una vía de escape.

Sobre todo, era sentimiento de culpa. Porque todos y cada uno de esos encuentros podría haber sido el último. El último polvo, el último beso, mi último aliento. Me exponía a todo, desde enfermedades hasta a locos. «La culpa del superviviente». Así la llaman. Lo sé porque una vez me lo dijo un psicólogo. Coqueteo con el peligro porque, en el fondo, no puedo creer que siga viva cuando toda mi familia está muerta. Porque ¿qué coño hace que yo sea tan especial?

Durante años he perseguido el peligro y me ha parecido bien. Porque, cuando todo estaba dicho y hecho, me daba igual el resultado. La supervivencia solo quería decir que la vida tenía más oportunidades de putearme. Y la muerte... En fin, equilibraría el *status quo*, ¿no? Pero ahora...

Ahora tengo a Devlin. Y quiero tenerlo del todo. Completamente. No quiero verme obligada a usar condones. No quiero ese recordatorio físico de mi mal comportamiento entre nosotros.

Sobre todo, quiero que esté a salvo, porque no soporto la idea de perderlo. Porque me alejen de su lado o porque me lo arrebaten. Y sé que haré cualquier cosa, lo que sea, con tal de mantenernos a salvo y juntos.

Me enderezo, me visto y pago antes de salir de la clínica a la brillante luz del día. Es el consultorio que no requería cita previa que he encontrado más cerca, y, aunque estaba muy limpio y desinfectado, me siento un poco blandengue, una tontería, porque hacerme pruebas es lo más sensato, no una idiotez. Me pregunto cuántas personas como yo no se hacen pruebas por lo incómodo que resulta entrar en un sitio como este, como si reflejase tus errores. Pero me alegro de haber venido, porque Devlin lo merece. Y supongo que yo también.

Su nombre me atraviesa la mente mientras levanto la cabeza para ponerme las gafas de sol, y por un instante creo que me lo estoy imaginando allí de pie, al final de la acera que va de la calle a la puerta de la clínica. Después siento una gran opresión en el pecho al darme cuenta de que es él. Me entra un sofoco, una mezcla de vergüenza, espanto y rabia. Dejo que la rabia me dé fuerzas, ya que es la emoción con la que más cómoda me siento, y echo a andar hacia él con los puños apretados a los costados.

—¿De verdad me estás siguiendo? —Mi voz suena cargada de indignación.

Anoche configuramos los móviles para compartir nuestras ubicaciones. Con los medios de comunicación tan interesados en nuestra relación, a Devlin le pareció lo mejor. Y a la luz de un mensaje tan chungo, es imposible negar que tal vez tenga razón, y por motivos más perversos que el interés de la prensa rosa.

Sin embargo, ni en un millón de años habría pensado que se pasaría el día controlando mis movimientos.

Levanta las manos con expresión afligida.

—No, te lo prometo. Me dijiste que ibas a hacer entrevistas y quería darte esto. —Me ofrece un grueso sobre que ni había visto que llevaba en la mano—. Le dije a Anna que recabara toda la información que tenemos en los archivos de la fundación sobre los negocios de Peter y que la completara con lo que pudiera encontrar en internet. Es posible que ya sepas algunas cosas, pero creía que te gustaría ver si hay algún nombre con quien pudieras contactar hoy. Quería dártela cuando estuviste en la fundación, pero la verdad, después de la charla con Lamar, se me pasó.

—Oh. —Teniendo en cuenta que no da botes de alegría por el hecho de que esté hurgando en la vida de Peter, me sorprende que me ayude. A lo mejor cree que cuanto más me ayude, antes acabaré—. Pues gracias. Pero no creo que sea motivo suficiente para rastrear mi ubicación por toda la ciudad. A ver, podrías habérmelo dado mañana...

Levanta una mano para interrumpirme.

—La miré para comprobar si estabas lo bastante cerca como para acercarme andando —dice—. Nada más. Y no habría venido, pero el mapa dice que esto es una clínica. Se suponía que ibas a entrevistar a los antiguos contactos de Peter, y no recordaba que hubiera ningún médico. Aunque supongo que tal vez intentó meterse en el negocio farmacéutico. El asunto es que creí que estabas herida. Pensé que tal vez fuera una clínica donde atienden urgencias. Y como te he llamado y no me lo has cogido... En fin, tenía que venir a verte.

Miro el móvil. Y sí, me ha llamado dos veces mientras lo tenía en silencio.

Tomo una honda bocanada de aire y cierro los ojos. Quiero seguir cabreada con él, porque es un escudo contra la vergüenza que siento, pero todo lo que ha dicho tiene sentido, y le agradezco el gesto. De modo que me armo de valor, sonrío y me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Ya, en fin, es que... —Carraspeo—. No usamos condón. Y yo... solo quería... A ver, si te pego... Ay, mierda —suelto—. Tenía que saberlo.

Es un alivio ver que no se sorprende ni se espanta. Al contrario, es evidente que comprende lo que estoy diciendo.

—Ya me parecía que sería algo así. —Da un paso hacia mí—. Esta mañana te has mostrado esquiva. O tenías otra cosa en la cabeza o te estabas esforzando al máximo para que me pasara el día empalmado por la expectación.

Suelto una carcajada.

—En fin, es un buen plan. Y los dos sabemos lo que te pone la expectación. Pero no. Yo... Ay, Dios, Devlin, ¿y si la he cagado? He sido una imbécil.

—No, no es verdad. —Extiende un brazo y me acaricia la mejilla, y soy incapaz de mirarlo a los ojos. Tiene que alzarme la barbilla con los dedos para que lo mire—. Nena, ¿sabes lo mucho que significa esto para mí? ¿Lo que significa que estés haciendo esto por mí?

—Pues claro que me he hecho las pruebas por ti. ¿Por quién, si no?

—Ay, El —dice con un deje risueño en la voz antes de inclinarse y besarme en la frente para después arramblarme con fuerza y estrecharme entre sus brazos. Consigo liberar los míos para abrazarlo también—. Independientemente del resultado, estaremos bien —añade—. Y me alegro de que hayas venido. Porque te quiero entera. En cuanto lo sepamos, quiero cada centímetro de ti, y no permitiré barrera alguna entre nosotros.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Pero ¿y si...?

—No, nada de peros. Nos enfrentaremos a lo que sea, pase lo que pase. Y hasta entonces...

—¿Qué?

—¿Qué te parece si te llevo a cenar esta noche? Una cita de verdad.

Me derrito un poco.

—Dijiste que tenías planes para esta noche.

—Los he cambiado.

—Oh. —Suelto el aire, ya que sé que no puedo aceptar—. Me encantaría, pero tengo plan.

Levanta la ceja que tiene partida.

—¿Otro novio?

—Un trío a lo loco. Brandy, Lamar y yo. Decidimos alargar las copas y cenar juntos. Accedí después de que dijeras que estabas ocupado.

Tensa la mandíbula pero no dice nada, cosa admirable.

—No hemos pasado mucho tiempo juntos —comento—. Los tres, digo. O estaba contigo o estaba de un humor de perros.

—Por mi culpa —añade él con el deje de humor justo para que yo sepa que no está enfadado.

Me encojo de hombros.

—En fin, sí, pero lo cierto es que esta noche hemos quedado. ¿Eres capaz de entretenerte solo?

—Creo que me las apañaré. De todas formas, tengo que ver si todo va bien en el Fénix.

—¿Vas a ir a Las Vegas?

Teniendo en cuenta que posee una flota de aviones privados, no es una posibilidad tan descabellada.

—No. Creo que bastará con el poder de internet. Pero necesito que hagas algo por mí.

—Claro. ¿El qué?

—Bésame. Para aguantar hasta que te vea mañana.

—Será un placer.

Me acerco un poco más y me pongo de puntillas, sin importarme que alguien nos haga una foto. Me aferro a sus hombros al tiempo que le rozo los labios con los míos, y cuando me estrecha con fuerza y me besa con pasión, solo atino a pensar que, aunque he tenido una de las infancias más desgraciadas que se pueda imaginar, parece que por fin me he ganado un poquito de felicidad.

Como me queda bastante tiempo antes de encontrarme con Brandy y Lamar, me siento en mi Shelby —el Shelby Cobra azul oscuro de 1965, que ha sido desplazado del primer lugar en mi corazón porque ha aparecido Devlin— y ojeo los documentos que me ha dado. Mis ojos se detienen al instante en una referencia a Suministros para la Construcción Cotton, una empresa que está en los primeros puestos de la lista de compañías con las que trabajaba mi tío que he estado recopilando.

Después de enterarme de que Devlin, por aquel entonces Alex, lo mató, pasé unos días obligándome a trabajar de verdad. Si no podía aliviar el dolor de mi corazón, por lo menos podía intentar pasar de él. No tuve mucho éxito, pero conseguí clasificar algunas cajas de documentos antiguos.

Tras la muerte de Peter, el jefe Randall y su esposa Amy se convirtieron en mis tutores. Contrataron a un abogado para que liquidase la empresa constructora de mi tío, empaquetaron todos los documentos relacionados con ella y los guardaron por si alguna vez quería verlos. Me llevé alguna de esas cajas a casa y, mientras mi cerebro abotargado examinaba los documentos, comprendí dos cosas. La primera, que mi tío era lo bastante inteligente como para llevar una contabilidad impecable. En esos documentos no había nada que indicara un vínculo con El Lobo, con el dinero de la droga ni con ningún negocio turbio. Y la segunda, que Peter tenía relaciones comerciales en Laguna Cortez mucho antes de mudarse a la ciudad para cuidarme. Sin embargo, ahí me quedé. Porque ahondar en su vida hizo que lo recordara, que recordara su muerte y que recordara a Alex, el chico que apretó el gatillo.

Cierro los ojos para alejar la sombra de aquellos días que parecen tan lejanos, aunque en realidad pasaron hace nada. Devlin y yo ya lo hemos superado, pero eso no significa que no conservemos una herida. Porque existe. Pero solo es una cicatriz. Y eso es lo interesante de las cicatrices: la zona curada termina siendo mucho más dura que la piel original.

Supongo que por eso me siento con fuerzas para seguir ojeando los documentos. Por eso busco pistas en los archivos de Devlin y de mi tío, que incluyen el de Suministros para la Construcción Cotton, una empresa con la que hizo negocios mientras vivía en Los Ángeles y luego en Laguna Cortez.

La compañía Cotton está lejos de la costa, más allá de la Quinta y, aunque en teoría se encuentra en los límites de la ciudad, no está precisamente en la zona más fotogénica de Laguna Cortez. El edificio tiene techos bajos y en la parte delantera se exponen distintos tipos de madera, aunque la cosa empieza a ponerse seria cuanto más se adentra uno, ya que la parte posterior es para los profesionales, no para los clientes que buscan hacer trabajos de bricolaje en casa.

Solo veo a un empleado, reconocible por el chaleco marrón y la chapa con su nombre, y como está cobrando a un cliente, decido deambular por la zona de bricolaje y empiezo a plantearme qué podría hacer con la casa que tengo en la ciudad cuando el inquilino se vaya. De mayor no he vivido en la casa, pero fue la de mi infancia hasta que mi padre murió. La heredé, pero mi tío se encargó de ella y la alquiló, de modo que usó el dinero del alquiler, más la cantidad que recibí por el seguro de vida de mi padre, para pagar la hipoteca, y guardó el resto para mí. No es mucho, pero me ayudó con los gastos de Manhattan, eso seguro.

El inquilino de la casa, que lleva mucho tiempo en ella, todavía no me ha dicho que quiera irse, pero el contrato de alquiler vence dentro de unos meses y hasta ahora no lo ha renovado. Le ha dicho a la inmobiliaria que lo gestiona que prefiere ser «flexible», por lo que de momento la alquila mes a mes.

Me parece perfecto, pero al mismo tiempo, una parte de mí quiere que se vaya ya. Me encanta vivir con Brandy, pero echo de menos tener mi propia casa. Y la verdad es que no puedo quedarme con mi amiga para siempre. La casa donde vive no es suya y no está de alquiler. Más bien se encarga de administrar y cuidar la propiedad porque el dueño, al que apoda don Pez Gordo, se pasa casi toda la vida fuera.

Al principio mis planes eran quedarme en Laguna Cortez una temporada, por lo que alojarme con Brandy me parecía estupendo. Ahora que me voy a mudar, tengo que decidirme.

Aunque Devlin esté en la ecuación y sea parte fundamental de la misma, estoy pensando en buscar mi propio espacio. Tal vez en una casa de huéspedes o en un piso de alquiler en el bloque donde vive Lamar. Algún lugar donde tenga mi espacio mientras veo qué tal va mi relación con Devlin. Aparte de compartir habitación con Brandy en nuestra etapa universitaria, me

he pasado sola toda mi vida adulta, y me incomoda sentir que estoy acampando en el hogar de otra persona.

Me deshago de esos pensamientos, porque no es algo con lo que quiera lidiar hoy, y vuelvo al interior del establecimiento con la esperanza de que el dependiente esté libre. La suerte me acompaña, y veo que levanta una mano cuando entro.

—Venía a buscarte —dice—. Siento el retraso. ¿Puedo ayudarte? A ver si lo adivino —sigue sin detenerse—. Quieres reformar el patio trasero de tu casa.

—No, pero no es mala idea. Me llamo Elsa Holmes. Soy periodista de *The Spall Monthly*.

—Vale, vale. Ya caigo.

—Te refieres a la revista, ¿no?

Hasta las personas que solo leen revistas como *People* y *Entertainment Weekly* han oído hablar de *The Spall Monthly*, ya que siempre la ponen al lado de *The New Yorker* y *The Atlantic Monthly* en las cajas de los supermercados. Pero es raro que una persona conozca el nombre de los periodistas que firman los artículos.

—¿Cómo? Qué va. A ti. De Instagram. Eres la chica que se fol..., que está saliendo con Devlin Saint, ¿verdad?

Me las arreglo para no dar un respingo.

—Sí a las dos cosas. —Contesto con tanto entusiasmo que se sonroja.

—Lo siento, lo siento. —Se le ha puesto la cara colorada y, al ser tan blanco, se le nota aún más—. No sé por qué me dejan atender a los clientes. Soy incapaz de morderme la lengua.

Me río, tras decidir que me cae bien.

—No pasa nada, en serio.

—Vale. —Se limpia las palmas de las manos en la parte delantera de los vaqueros—. Eres periodista. Y estás hablando conmigo. ¿Por qué?

—Estoy escribiendo un artículo sobre mi tío. Sobre su vida —le explico—. Y trato de localizar a las personas que conocía antes de que lo mataran.

—Ah, vaya. No recuerdo a ningún conocido al que hayan asesinado. ¿Cómo se llamaba?

—Peter White, y dudo que lo conocieras. Murió hace diez años. Pero tenía negocios con esta empresa. Creo que con el dueño anterior, el señor Cotton.

—Vale. —Asiente despacio con la cabeza—. Ah, me llamo Tom, por cierto —dice mientras señala la chapa—. Mi hermano es ahora el dueño de la

empresa, pero supongo que ya lo sabes.

—He hecho una consulta telemática de los registros públicos —le explico—. La compró hace unos seis años, ¿verdad? Quería saber si se ha mantenido en contacto con el señor Cotton... Harold Cotton. Si eran amigos, o si quizá tu hermano puede decirme cómo ponerme en contacto con él. No es que haya buscado mucho, pero no he encontrado nada sobre él.

—Seguramente porque no se apellidaba Cotton, sino Longfeld. Se llamaba Harold Longfeld. Cotton era el apellido de soltera de su madre, y supongo que su familia era dueña de estos terrenos desde hacía generaciones. Usó ese apellido porque, bueno, en realidad no sé por qué lo usó, pero firmó los documentos como Harold Cotton.

—Gracias —replico—. Me acabas de ahorrar varias horas de investigación. —Al final lo habría averiguado, pero acabo de demostrar por qué no es mala idea investigar a pie de calle—. ¿Sabes por qué vendió la empresa?

—Por aquel entonces no presté mucha atención al asunto. Estaba en la universidad y trabajaba aquí los fines de semana, pero mi hermano hablaba del tema cuando yo estaba de visita, así que me enteré de la historia, aunque mi cuñada se cabrea si habla de trabajo en casa. A ver, empiezan a discutir y a discutir y...

—No debe de ser agradable —comento, con la esperanza de encarrilarlo—. ¿Qué dijo sobre el señor Cotton? O sobre el señor Longfeld, mejor dicho.

—Vale, vale. Sí, pues que Cotton fue acusado de malversación de fondos y de blanqueo de dinero. Fue algo gordo. Pero la denuncia se hizo con su apellido real, Longfeld, así que quizá por eso no te has enterado. No lo sabías, ¿a que no?

Niego con la cabeza.

—¿Podrías darme algún detalle?

Tom se encoge de hombros.

—Pues no, la verdad. Solo que no pudieron demostrarlo. Por entonces estaba negociando la venta de la empresa a mi hermano. Lo recuerdo porque tenía miedo de que Longfeld se echara atrás, aunque al final no lo hizo. —Se encoge de hombros—. Como es evidente.

—¿Longfeld sigue por aquí? ¿Tienes su dirección?

—No es difícil de encontrar. Acabó en la cárcel.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Por conducir borracho. Mató a una señora. Tengo un amigo en la oficina del fiscal del distrito que me contó la historia. Sabía que Buddy había hecho negocios con Longfeld. Buddy es mi hermano. Supongo que pensó que me gustaría enterarme del cotilleo.

Asiento despacio con la cabeza.

—Tuvo que celebrarse un juicio —comento pensando en voz alta.

Tom niega con la cabeza.

—No, se declaró culpable. Casi en el acto, vamos, según me dijo mi amigo. Se dedicó a hacer el cafre cuando retiraron la acusación por malversación y blanqueo, pero al matar a esa mujer, cambió de repente. Ni siquiera intentó llegar a un acuerdo con la fiscalía. Dijo que se merecía lo que le cayera, y no solo por lo que le había hecho a esa mujer.

—¿No solo por lo que le había hecho a esa mujer? —repito—. ¿Sabes a qué se refería?

—No tenía ni idea, pero le pregunté a Buddy. Me dijo que se rumoreaba que Cotton hacía chanchullos con la empresa. Que hacía negocios con una especie de capo de la mafia o lo que fuera. ¿El León? ¿El Chacal? No me acuerdo.

La tensión me embarga las entrañas.

—¿El Lobo?

Asiente despacio con la cabeza.

—Sí. Sí, ese creo que era. —Se encoge de hombros—. Recuerdo que, cuando me lo contó, me pareció sacado de *Los Soprano*. —Se encoge de hombros de nuevo—. No sé si te sirve de mucho. Lo siento.

—No, la verdad es que has sido de gran ayuda. Gracias por hablar conmigo. —Saco del bolso la lista que me ha dado Devlin con los antiguos contactos de mi tío—. ¿Por casualidad no conocerás a alguna de estas personas?

La ojea y niega con la cabeza. Me siento decepcionada, pero no mucho. Al fin y al cabo, Tom me ha dado más información de la que esperaba, incluido el número de su hermano, por si quiero hablar con él.

Todavía me quedan un par de horas libres, así que vuelvo a montarme en Shelby y le bajo la capota para transitar las anchas carreteras que me llevan a la zona bonita de la ciudad. Cuando llego a la carretera de Sunset Canyon, piso a fondo y después zigzagueo al entrar por las estrechas y sinuosas calles que tanto se parecen a los meandros de un río, hasta desembocar en la avenida del Pacífico, a los pies de la colina, donde está la casa de Brandy. Desde allí, sigo hasta la de Devlin.

Es la ruta más larga, pero me da igual. Conducir a Shelby por aquí con la capota bajada es un placer. El viento en la cara y el rugido del motor en los oídos. El peligro de las curvas cerradas y las carreteras estrechas. La sangre me palpita en los oídos, siento un hormigueo en la piel y me doy cuenta de por qué me resulta todo tan familiar cuando doy un volantazo para entrar en el barrio de las Artes. Es la misma sensación que experimento en brazos de Devlin. La embriagadora sensación de disfrutar del presente con plena consciencia.

Sonrío mientras giro a la derecha, dejando la colina a la espalda, y conduzco a Shelby hacia el océano. Es un milagro, pero encuentro un aparcamiento con tiempo extra en el parquímetro, de manera que recojo mis cosas y echo a andar hacia Brewski con la idea de tomarme un café, repasar mis notas y ver si consigo hablar con el señor Longfeld a finales de semana.

Disfruto del café con leche que he pedido mientras trabajo, y cuando llega la hora de cruzar la calle para ir a The Cask & Barrel, donde he quedado con Brandy y Lamar, no solo he organizado mis notas, sino que he cerrado una cita para mañana con el señor Longfeld. Resulta que cumplió condena por conducir bajo los efectos del alcohol, como me ha dicho Tom, pero salió antes de tiempo, ya que se la redujeron por buena conducta.

Ahora vive en Los Ángeles y trabaja como mozo de almacén en un supermercado familiar de barrio en Panorama City, en el interior del valle de San Fernando. Dado que Lamar es un niño de Beverly Hills que cree que el valle es uno de los siete círculos del infierno, no pienso decirle que ese es nuestro destino hasta que estemos en carretera.

The Cask & Barrel está en la manzana de Brewski, pero en el lado norte de la calle. Doy la espalda al paso de peatones y esquivo los coches de camino hacia allí. Aunque no existía cuando era adolescente, Brandy y yo hemos estado en el establecimiento un par de veces desde que regresé, así que ya lo considero nuestro lugar de encuentro.

Estoy a punto de abrir la puerta cuando oigo que Brandy chilla. Me vuelvo y la veo corriendo hacia mí con los brazos extendidos. Me da tal abrazo que casi me rompe las costillas, ya que me saca casi veinte centímetros de altura. Contengo una carcajada.

—Estás como una cabra. ¿A qué viene tanta efusividad? Nos hemos visto esta mañana.

—Estoy emocionada porque por fin hemos quedado los tres para tomar algo. Y para cenar. Comida para absorber el alcohol. —Mueve las cejas, y

acabo riéndome. Brandy bebe con moderación, así que el comentario me hace gracia y despierta mis sospechas.

—¿Toda esta emoción por las bebidas y la conversación tiene algo que ver con Christopher? ¿Has cambiado de opinión? ¿Al final resulta que Lamar y yo podemos darte consejos sentimentales sin que nos los pidas?

Brandy pone los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? ¿No puedo emocionarme por salir con mis mejores amigos? Por cierto, ¿dónde está Lamar?

Miro a un lado y a otro de la calle.

—Llega tarde.

—Solo ha pasado un minuto. A lo mejor está dentro.

Justo en ese momento, y como si fuera la respuesta a la pregunta, nuestros móviles suenan: las dos hemos recibido un mensaje. Hago ademán de sacar el mío del bolsillo trasero mientras ella meneaba la cabeza y me enseña el suyo.

—No te molestes. Es para las dos.

La mesa de la ventana. Entrad ya y dejad de chismorrear sobre lo guapo que soy.

Nos volvemos, buscamos la ventana y le lanzamos un beso. Después y entre carcajadas, como si fuera lo más gracioso del mundo, echamos a andar hacia la puerta. Estoy a punto de abrirla cuando veo a Christopher caminando por la calle, con esas largas piernas que avanzan con rapidez por la acera y el pelo rubio brillando bajo las farolas, que ya se han encendido al caer el sol.

Miro a Brandy, que parece avergonzada.

—Espero que no te moleste. Le dije que íbamos a cenar y tenía muchas ganas de venir.

Christopher me cae muy bien, pero eso no significa que quiera compartir la noche con él. Se suponía que era nuestro momento, y creo que ese pensamiento se me refleja en la cara porque Brandy frunce el ceño y dice:

—Ay, joder, lo siento mucho. Voy a decirle que mejor no.

—Es que Devlin tiene la noche libre y le he dicho que no venga porque quedábamos solo nosotros tres.

—Soy idiota. Debería haber preguntado. Ya quedaré luego con él. Y le diré que venga a casa mañana. Y eso me recuerda una cosa: ¿por qué no duermes en casa de Devlin? En el mensaje me has dicho que esta noche dormías en casa. —Frunce el ceño—. Esta mañana estabais bien. Seguís bien, ¿verdad?

—Fenomenal —le aseguro.

—Estupendo. —Mira a Christopher—. Voy a encargarme de esto.

Extiendo la mano para coger una de las suyas y darle un apretón.

—Gracias.

Hay muchas razones por las que Brandy es mi mejor amiga, entre las principales está que es buena persona. Y sobre todo que me entiende. Y, pese a todos mis defectos, me quiere.

—Yo entraré para apaciguar a Lamar —digo—. ¿Nos vemos dentro?

—Pídeme una copa de vino tinto —replica y se apresura para salir al encuentro de Christopher, que se ha detenido a unos metros de distancia, quizá tras darse cuenta de que estábamos hablando de él.

Me siento un poco culpable, pero no tanto como para invitarlo, así que destierro el sentimiento y entro. El bar está lleno de gente y debo sortear la multitud para acercarme a la mesa que ha conseguido Lamar. En cuanto llego, aparto una de las sillas para sentarme.

Lamar ya ha pedido chips de patata y gambas envueltas con beicon, así que disfrutamos de los aperitivos y del vino, y pedimos más cuando Brandy se une. La conversación va de un tema a otro, y me siento muy alegre, aunque no tiene nada que ver con las dos copas de pinot noir que me he bebido.

El camarero acaba de anotar la comanda para la cena cuando Lamar endereza la espalda y frunce el ceño mientras se inclina un poco hacia delante, tratando de distinguir algo en la oscuridad. Acto seguido, se apoya de nuevo en el respaldo de la silla y prácticamente siento la irritación que su cuerpo irradia en oleadas.

—¿Qué pasa? —pregunto al tiempo que me doy media vuelta en la silla. Justo cuando oigo murmurar a Brandy, lo veo en la puerta.

Devlin.

Me vuelvo a toda prisa para mirar a Brandy.

—Os juro que no lo he invitado.

Aunque es verdad, me siento culpable por haberle dicho a Brandy que le pidiera a Christopher que se fuera, lo que es ridículo, por lo que me cabreo aún más con Devlin.

Brandy pone los ojos como platos y asiente con la cabeza.

—Sí, vale, pero aquí está.

Frunzo el ceño, porque tiene razón.

—Vuelvo enseguida —mascullo mientras me levanto.

Me da la sensación de que no se ha presentado aquí por casualidad.

Se acerca a nuestra mesa, con expresión impasible. No sé por qué ha venido, pero sí que está cabreado.

¿Sabes qué? Yo también.

Acelero el paso para salir a su encuentro y lo agarro del codo, momento en el que me doy cuenta de que casi vibra por el enfado.

—¿Qué pasa? ¿Se puede saber por qué has venido?

—Tengo que decirle unas cuantas cosas al detective. —Lo dice con voz tensa. Cortante. Y aterradora—. No hay mejor momento que el presente, ¿verdad?

No tengo la menor idea de lo que está pensando, pero es evidente que algo le ha sentado como un tiro. Da un paso hacia nuestra mesa. Veo que Lamar da un respingo, una reacción mínima, pero conozco a mi amigo y no tiene cara de estar desconcertado. Al contrario, parece culpable.

Joder.

Cojo a Devlin del codo y tiro de él.

—Fuera.

Intento llevarlo hacia la puerta. Se resiste, y sus ojos adoptan una expresión dura. Eso sí, no me mira a mí. No, observa fijamente a Lamar por encima de mi hombro, quien está fulminando a Devlin con la mirada. Me

muerdo la lengua para no ponerlos a parir a los dos. No sé qué pasa, pero no me cabe duda de que ambos tienen parte de culpa.

—Fuera —repito—. Y como empieces una pelea conmigo o con él, sabes de sobra que mañana saldrán las fotos en los periódicos. Y no me refiero al *Laguna Leader* —añado, nombrando el periodicocho local.

Al ver que no se mueve, me acerco a él, e inhalo su olor almizcleño y la rabia que destila.

—¿En serio quieres que esto salga en las puñeteras redes sociales? No sé qué pasa, pero será mejor que te lo plantees. Ahora ven conmigo, joder. Hablemos en la calle.

Creo que va a pasar de mí, pero asiente con un gesto seco y rápido y poco a poco da la espalda a la mesa, donde Brandy continúa mirándonos boquiabierta mientras Lamar picotea los aperitivos, esquivando mis ojos a propósito.

Lo sigo al exterior y, en cuanto nos alejamos de la puerta, me lanzo a la yugular:

—¿Qué coño pasa, Devlin?

En vez de contestarme, me coge del codo y tira de mí por la acera hasta detenernos en la entrada de una tienda de lencería que está cerrada. Tengo la espalda contra la puerta, y él está tan cerca que puedo sentir la furia que desprende. Lucho contra el impulso de tocarlo, temerosa de que el mero roce provoque una explosión.

Tomo aire y me pongo muy recta. No tiene derecho a estar cabreado; ese derecho lo tengo yo, así que levanto la barbilla para mirarlo a los ojos.

—He obligado a Brandy a despachar a Christopher porque se suponía que solo íbamos a estar los tres —digo, y añado antes de que pueda replicar—: y no me hace ni pizca de gracia que...

—Esto no va contigo —me interrumpe de malos modos—. Ese hijo de puta ha estado hurgando en mi pasado, ha intentado conseguir información sobre mi hoja de servicio en el ejército.

—Ah. —Frunzo el ceño. No lo sabía. Y me cabrea. Le pedí a Lamar que buscara información sobre Ronan, pero ni de coña esperaba que se lo tomase como que le daba carta blanca para todo. Si Lamar iba a investigar a Devlin, tendría que habérmelo dicho. Y la idea de que esté hurgando en el pasado de mi novio a mis espaldas me sienta fatal—. No lo sabía.

No le digo a Devlin que estoy cabreada. Ahora, lo principal es conseguir que mantenga la calma, porque no quiero que vuelva a entrar y se enfrente a Lamar. No en público. Y, desde luego, no antes de que yo le plante cara.

Le cojo la mano, y es un alivio que me devuelva el ligero apretón.

—Lo has descubierto mientras hablabas con tus contactos —digo—. Cuando intentabas averiguar quién podría haberme mandado el mensaje.

Asiente con la cabeza.

—¿Has descubierto algo? ¿Quién ha estado haciendo preguntas sobre ti?

Su expresión es impasible cuando dice:

—Solo Lamar.

Lo dejo pasar, no solo porque quiero más información, sino porque quiero que Devlin tenga tiempo de tranquilizarse un poco.

—¿Qué me dices del teléfono? ¿Has conseguido información del número desde el que me mandaron el mensaje?

Por un segundo, creo que va a discutir y a mantener la conversación centrada en Lamar.

—Hemos recuperado el teléfono —contesta sin embargo—. Uno desechable. Lo han usado una sola vez: para enviar ese mensaje. Ni huellas ni marcas distintivas.

—Ah. —Me sorprende. No me esperaba algo así—. ¿Cómo lo habéis conseguido?

—¿Sabes lo que son los SMS tipo O?

Niego con la cabeza.

—En resumidas cuentas, es una forma de mandar una señal a un móvil y localizarlo. Solo ha funcionado porque quien mandó el mensaje lo dejó totalmente cargado y no lo apagó antes de tirarlo. Mi gente ha mandado un mensaje a ese número y gracias a eso han podido localizar el móvil.

—Qué fácil.

Se echa a reír.

—La verdad es que no. He omitido la parte en la que buscan en contenedores y alcantarillas. Han tardado casi todo el día, pero el equipo lo ha encontrado.

—Estoy impresionada —le digo, y es verdad.

Cuando Devlin me llevó a Las Vegas, me di cuenta de todo lo que hacen la fundación y él, además de proporcionar dinero a las víctimas del crimen organizado. Aun así, es la primera vez que comprendo que la Fundación Devlin Saint también tiene una rama de investigación. No me sorprende, porque Devlin es la clase de hombre que se entrega de lleno a lo que hace, pero me llama la atención lo mucho que me conmueve eso, y creo que se debe a que es algo más que tenemos en común. La necesidad de buscar información y encontrar respuestas.

—Bueno, y ahora ¿qué? —le pregunto, aunque ya sé lo que me va a decir.

—El teléfono es un callejón sin salida.

—Lo que quiere decir que nos quedamos sin nada hasta que reciba otro mensaje.

Asiente con la cabeza, y agradezco que no intente calmarme, que no sugiera que a lo mejor no voy a recibir otro mensaje. Los dos sabemos que lo voy a recibir.

Me coge de la mano y me acerca a él.

—Pero hay otra pista —dice—. Quienquiera que enviara el mensaje cree que hay hechos sobre mí que necesitas conocer. Lo que significa que está recabando información, seguramente con la idea de enviarte algún detalle perverso en el próximo mensaje.

—Pero si yo ya sé lo perverso que eres.

Lo digo con la intención de arrancarle una sonrisa, pero solo veo sombras en su mirada, de modo que recuerdo lo que me dijo: «Siempre habrá secretos entre nosotros. Cosas de las que no estoy dispuesto a hablar. Jamás».

Meneo la cabeza.

—Da igual —digo sin pensar, aunque me pregunto si es verdad.

—Sin contarme a mí, ¿quién haría lo que fuera para protegerte? ¿Quién me desafiaría y me investigaría si creyera que ibas a desaparecer entre arenas movedizas?

Lo miro un buen rato. Después aparto las manos de un tirón y muevo la cabeza mientras susurro:

—No. Lamar no ha podido mandar ese mensaje, ni de coña. Es imposible.

—Ah, pues yo creo que sí. Es el...

—No —repito con firmeza—. Ni hablar. Es imposible. —Tomo una honda bocanada de aire antes de continuar—: Pondría mi vida en sus manos. Y anoche ni siquiera sabía que habíamos vuelto. Aunque lo supiera, nunca mandaría esa clase de mensaje. Si tiene un problema contigo, que lo tiene, me lo diría a la cara. Cosa que ha hecho.

Al oírme, Devlin sonrío, aunque solo un poquito. Es una sonrisa fría y un tanto amenazadora.

—Y no tiene sentido que Lamar me mande un mensaje, porque no hay necesidad de que lo haga —sigo—. Confío en él y en su opinión. Pero ¿sabes una cosa? —añado al tiempo que le cojo las manos y me acerco a él—. Voy a decirte a quién tienes que investigar.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿A quién?

—¿Hasta qué punto conoces a tu colega Ronan?

—No.

Es lo único que dice. Una minúscula y cortísima palabra. Como si con eso bastara para erradicar mis miedos y sospechas. Por no mencionar todos los indicios de que Ronan no es trigo limpio.

—¿Ya está? —replico—. Protesto, señoría. Me gustaría ver alguna prueba.

—No es Ronan. Estoy seguro.

—En fin, entonces los dos estamos seguros. Tiene que ser otra persona.

Suelta un sonoro suspiro, a todas luces irritado. Pero es lógico. Yo también lo estoy.

Decido intentarlo de nuevo:

—Mira, Lamar sabe que decirme que eres peligroso no me hará salir corriendo. Así que no se molestaría en enviar mensajes. Me conoce bien. En cambio, Ronan no me conoce en absoluto.

—Ah, creo que se ha formado una imagen muy buena —dice Devlin—. Pero el asunto es que yo sí lo conozco.

—¿En serio? Entonces ya sabes que no le gusta que estemos juntos. Que cree que solo soy una distracción.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

Lo estoy mirando fijamente y capto algo en sus facciones, algo que tal vez sea furia, antes de que adopte una expresión pétrea.

—Él no ha enviado el mensaje.

—Joder, Devlin.

—¿Confías en mí?

Lo miro a los ojos mientras cruzo los brazos por delante del pecho.

—¿Y tú confías en mí?

—Sí —contesta sin titubear—, pero creo que tu juicio está empañado por la amistad.

—¿Y el tuyo no? —Frunzo el ceño al recordar una de las preguntas que le he hecho antes—. ¿Ronan sabe lo de Peter? Y ya que estamos, ¿lo sabe Anna?

Echa la cabeza hacia atrás de golpe, pero enseguida recupera la compostura. De todas formas, eso me basta para confirmar que la pregunta le ha sorprendido.

—Tamra lo sabe —sigo—. Pero no sé si ellos también.

—Lo saben —responde sin rodeos.

—Les confiaste un secreto tan gordo porque sabías la clase de personas que son.

—En el caso de Ronan, sí. Con Anna es distinto. Sabía lo que me habían ordenado hacer antes de que lo hiciera.

—Ah. —Frunzo el ceño mientras reordeno mis pensamientos—. Así que ella...

—Mi padre la envió aquí con la orden de que matara a Peter. Después de decírmelo, huyó a Chicago y se matriculó en la Northwestern University. Fue la gota que colmó el vaso y lo que la llevó a huir de mi padre para labrarse una nueva vida. En cuanto a Ronan, estaba a mi lado cuando Alex se convirtió en Devlin. Era mi amigo, mi confidente y mi hermano de armas. Yo...

—Confiaste en él —digo en voz baja—. Entiendo lo que dices. Pero es lo mismo que me pasa a mí con Lamar. Y no es solo confianza, Devlin. Puedes hablar con ellos. Me refiero a hablar en serio. Nada ha cambiado ahora que estoy en tu vida. Pero para mí sí ha cambiado, porque ya no puedo hablar con Lamar. No de verdad.

No esperaba decirle eso. Joder, ni siquiera me había dado cuenta de que lo sentía. Pero las palabras brotan de repente, casi atragantándome por su intensidad. Me queda Brandy, pero conseguir a Devlin ha significado perder a Lamar. Sigue en mi vida, por supuesto, pero en una versión censurada.

Observo cómo la irritación empaña su rostro. Después respira hondo y asiente despacio con la cabeza. Se inclina hacia delante y me da un dulce beso en la frente.

—Lo siento —dice—. No estoy acostumbrado a...

Espero, pero no parece que vaya a terminar la frase.

—¿Acostumbrado a qué?

—A estar con una mujer que me importa tanto. Vamos.

El corazón me va a estallar, así que tardo un momento en darme cuenta de que tira de mí hacia el The Cask & Barrel.

—¿Qué haces? Ya te he dicho que solo vamos a estar los tres...

—Confía en mí —me dice antes de abrir la puerta.

Estoy a punto de protestar, pero confío en él y quiero asegurarme de que lo sabe. De modo que tomo una honda bocanada de aire con la esperanza de que Brandy y Lamar no vayan a subirse por las paredes, y lo sigo al interior.

Se detiene nada más cruzar la puerta y después se abre camino entre la multitud. Algunos clientes se vuelven para mirarnos y empiezan a señalar y a hacer fotos. Devlin Saint es muy conocido, sobre todo por ser un ermitaño. El

hecho de que haya salido, y de que esté con la mujer que supuestamente lo ha retirado del mercado, basta para que los fanáticos de las fotos se vuelvan locos y empiecen a disparar.

—Hola, Instagram —mascullo mientras Devlin sigue avanzando.

Brandy está de espaldas al resto del bar, ensimismada contándole algo a Lamar mientras agita las manos haciendo un gesto que significa que está preparando *muffins*, cosiendo un bolso... o acariciando a *Jake*. Lamar se está riendo, pero se le atraganta la risa cuando nos ve.

—Saint. —Lo dice con voz seca. Carente de emoción.

Brandy se vuelve con los ojos como platos y me mira con cara de sorpresa. Veo la pregunta —y la acusación— en sus ojos, y me limito a encogerme de hombros y levantar las manos mientras espero que lo que sea que quiere decir Devlin me saque del apuro con mis amigos.

Lamar y Brandy se miran sorprendidos cuando Devlin ocupa el asiento vacío de la mesa. Lo imito y vuelvo a mi asiento.

—¿Sabes lo de Alex? —pregunta Devlin sin dejar de mirar a Lamar.

Mi amigo frunce el ceño, pero me resulta admirable que aguante el tipo.

—No conocí a Alex, pero Ellie me habló de él. Cuando estábamos en la academia de policía, intercambiamos notas sobre nuestras relaciones desastrosas.

Veo que Devlin hace una mueca, pero no sé si Lamar se ha percatado de ello.

—Ya. En fin, creo que es justo que sepas la verdad. Soy Alex.

—Oh.

Me doy cuenta de que la respuesta de Lamar no es más que una coletilla. No tiene la menor idea de la importancia de lo que Devlin acaba de decir. Acto seguido, pone los ojos como platos y exclama:

—¡Oh!

Entonces me doy cuenta de que por fin lo ha pillado.

—¿Por qué me estás contando...?

Sin embargo, Devlin lo corta al levantarse de la silla. Se inclina hacia delante y baja la voz para que nadie pueda escuchar lo que dice salvo ellos.

—Ellie confía en ti. Eso significa que yo confío en ti. —Nos mira a Brandy y a mí—. Contadle el resto.

Veo que Brandy se queda alucinada; es el vivo reflejo de mi propia sorpresa.

—¿Todo? —pregunta ella—. A ver, tampoco es que haya nada tan gordo —añade, como si intentase ocultar una metedura de pata.

Veo cierta sorna en el rostro de Devlin, que no deja de mirar a Lamar mientras se levanta.

—Todo. Y si te quedan preguntas, habla con Ellie. Y si ella no sabe la respuesta, házmelas a mí. No metas las narices en mi vida. Créeme cuando te digo que no es una buena idea. No me hace gracia, y lo más importante: hay personas que trabajaron muy duro para convertirme en quien soy. Y a ellas tampoco les hace gracia.

—¿Qué co...? —empieza Lamar, pero Devlin ya se dirige hacia la puerta.

Miro a mis amigos y luego a él antes de levantar un dedo para indicarles que vuelvo enseguida, tras lo cual corro a la calle detrás de mi novio, tan aturdida como mis amigos.

Me quedo atrapada entre un grupo de universitarios y, cuando por fin llego a la puerta, temo que se haya marchado. Pero está en la acera, esperándome, y al verlo bajo la tenue luz que sale de las ventanas del restaurante, me derrito un poquito.

—Lo has hecho por mí.

Tiene una sonrisilla torcida en los labios.

—Creo que ya sabes que por ti sería capaz de cualquier cosa.

—Pero...

—No. —Me pone un dedo en los labios—. Tenías razón. Puedo hablar de mi mundo, de mi vida, de mi pasado y de mi presente con muchas personas, pese a todos los secretos que guardo. Tú solo tenías a Brandy.

—No, solo no —lo corrijo—. Tengo a Tamra. Y a Anna. Empiezo a conocerla y me cae bien.

—Me alegro de que pienses eso, pero no es lo mismo, y lo sabes. —Me rodea la cintura con un brazo y echo la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos—. No quiero restar en tu vida —me dice.

—Jamás podrías...

—Claro que puedo. Y es lo que me has dicho hace un momento. Si entro en tu vida y tienes que empezar a hablar de otra forma con tus amigos más íntimos, es que te he quitado algo, a propósito o no. Y eso no es aceptable.

—Te has arriesgado al contárselo.

—No, no lo he hecho. Confías en él, ¿recuerdas?

Suelto una carcajada y luego asiento con la cabeza.

—Sí, confío en él. —Me pongo de puntillas para besarlo—. Gracias.

—De nada.

—Vale. En fin, supongo que tengo que volver dentro, terminar de cenar y contestar a un montón de preguntas. Lo veo mañana, señor Saint.

—Ven luego a mi casa.
Meneo la cabeza con una sonrisa.
—No.
—¿Y todos los puntos que acabo de ganar?
Se me escapa una carcajada.
—Ni se te ocurra usar la culpa para convencerme.
—Tengo una caja de condones sin estrenar.
—No —repito, pero me cuesta la vida no partirme de la risa.
—Pero quieres hacerlo.
—Pues sí —admito.
—Así que me estás castigando.
—Ni de coña —replico con voz cantarina—. Te estoy dando lo que más te gusta: expectación.
Se inclina hacia delante y susurra:
—En ese caso, voy a tener que asegurarme de que cumples mis expectativas cuando vuelva a verte.
Después se da media vuelta y se aleja. Lo veo marcharse, pero me quedo sin aliento al identificar una figura conocida en un portal de la calle.
Regina Taggart.
Me digo que es una coincidencia. Pero cuando la observo y veo que se vuelve para mirar a Devlin, que se dirige a su coche, me temo que no es así.

Al final pedimos que nos pongan la comida para llevar porque no podemos arriesgarnos a que alguien nos oiga. Lamar es el primero en salir, de manera que Brandy y yo pagamos la cuenta. Lamar ha aparcado a dos manzanas del bar, así que es lógico, y el plan es que nos reunamos en casa de Brandy. En cuanto pagamos, salimos a la calle con la comida.

—Podrías haberte ido con Lamar —le digo. Brandy ha venido andando al restaurante y se vuelve en mi coche—. A estas alturas ya estarías allí preparándolo todo, lista para cenar.

Me mira de reojo.

—Claro. Como no tenemos nada de que hablar... —Se encoge de hombros antes de añadir—: ¿Estás segura de que hemos entendido bien a Devlin? A lo mejor iba borracho. A lo mejor estaba... siendo estúpido, no sé.

Rodeo a Shelby y me planto delante de la puerta del conductor.

—No, lo hemos entendido perfectamente. Y en cuanto a lo de estúpido...

Dejo la frase en el aire porque quiero creer en los dos, en Devlin y en Lamar, pero me asusta lo que Devlin ha puesto en marcha.

Brandy se queda un instante junto a la puerta del acompañante, la abre y entra. Hago lo mismo y me siento al volante.

—No lo entiendo —dice—. A ver, Lamar es policía.

—Sí. Ya me he dado cuenta.

Ladea la cabeza a modo de reproche.

—No le quites hierro al asunto.

Respiro hondo e intento relajarme.

—Te prometo que no lo hago. Solo intento asimilarlo todo. Confío en Devlin. Y en Lamar. Y quiero esto. Quiero hablar con él. ¿Tan malo es?

—¡Claro que no! Es que... En fin, sabes que los asesinatos no prescriben, ¿verdad? Porque no me puedo creer que Devlin haya querido decir que se lo cuentas todo a Lamar.

El estómago me da un vuelco muy desagradable, y por un momento creo que voy a vomitar. Pero me enderezo, porque creo en lo que le he dicho. Confío en Devlin. Y confío en Lamar. Y sé que los dos me quieren y que ninguno me haría daño. Pero a ver, sí, tengo miedo, así que se lo digo.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer?

Tomo una honda bocanada de aire y la suelto despacio.

—Voy a contarle a Lamar la verdad, tal como me ha dicho Devlin. —Me vuelvo en el asiento para mirarla de frente—. Y todo saldrá bien. ¿A que sí, a que todo saldrá bien?

La expresión de su cara me dice que no está segura, pero asiente despacio con la cabeza.

—Sí —contesta, no muy convencida—. Por supuesto. Lamar nunca te haría daño, y sabe que si se metiera con Devlin te lo haría. La amistad está por encima de todo, ¿no?

Asiento con la cabeza porque tiene razón. Sin embargo, también oigo lo que no ha dicho: «Pero en ese todo, ¿está incluida la ley?».

Contesto la pregunta que ha omitido:

—Sí, la amistad gana. Tiene que hacerlo.

Me siento bien, y me aferro al volante mientras me pregunto hasta qué punto me creo lo que acabo de decir. ¿La amistad, el amor y la familia siempre ganan? De haber sabido lo que mi tío Peter estaba haciendo hace tantos años, ¿me habría quedado callada? Al fin y al cabo, me he quedado callada sabiendo que Devlin mató a mi tío.

Aunque es distinto. Lo que Devlin hizo fue estremecedor, pero comprensible. Mató para salvarme. Es una decisión fácil, y no me siento culpable por guardar el secreto.

En cambio, Peter...

Estaba robando dinero y enganchando a la gente a las drogas. Y lo hacía para obtener beneficios.

De todas formas, yo le quería. ¿Lo habría entregado? ¿O le habría guardado el secreto?

No lo sé, y la incertidumbre me inquieta. Por suerte, no es una pregunta a la que tenga que dar respuesta. Mi tío está muerto, y no me molesta exponer esos secretos ahora.

La gran incógnita de esta noche es cómo se lo tomará Lamar cuando conozca la verdad. ¿Protegerá los secretos de Devlin a sabiendas de que me destruirá si los revela? ¿O se impondrá su juramento como policía?

Sin duda, Devlin también lo ha pensado, y sé que debe de creer que mi amistad con Lamar es lo bastante fuerte como para que nunca haga nada que me pueda perjudicar, incluido revelar un crimen. Así que ¿a qué vienen tantas dudas de repente? ¿Por qué estoy tan asustada de pronto?

Es una pregunta retórica, claro. Estoy asustada porque, aunque conozco a Lamar lo bastante como para saber cuál será su reacción, hasta que no me diga que muy bien, cabe la posibilidad de que todo se vaya al cuerno.

Brandy parece darse cuenta de que estoy ensimismada y no dice nada durante el breve trayecto hasta su casa. Lamar tiene la llave y el código de la alarma, de modo que ya está dentro cuando llegamos. Lo veo, y el estómago se me encoge al darme cuenta de que no puedo interpretar su expresión.

Acto seguido, sonrío y extiende los brazos para pegarme a él y abrazarme.

—No sé qué vas a decirme, pero todo va a salir bien, ¿vale?

—Sí —le miento—. Lo sé.

Brandy está justo detrás de mí y se apresura a entrar en la cocina, donde empieza a emplatar la comida que hemos traído del The Cask & Barrel.

—¿Qué, voy a tener que adivinar de qué va todo esto? —pregunta Lamar—. ¿O vas a desembuchar?

—Creía que podría retrasarlo hasta después de cenar. Y de beber mucho alcohol.

Lamar suelta una risilla. Luego se sienta en uno de los taburetes de la cocina, delante de Brandy, que no deja de moverse, como si necesitara estar haciendo algo para evitar el apocalipsis. Me siento en el taburete que hay a su lado e intento no empezar a mover los dedos con nerviosismo.

—Muy bien —digo, pero después no sé cómo continuar.

Tengo mucho que contarle, pero ni idea de por dónde empezar. Al final decido que la única manera de avanzar es empezar por lo peor y después ir retrocediendo.

Estoy a punto de hacerlo cuando me doy cuenta de que es una estupidez y de que empezar por lo peor solo acojonaría a Lamar. De modo que le cuento cómo desapareció Alex la noche en la que murió mi tío, algo que ya sabía, y supongo que es una buena manera de ponerlo en situación.

—Todo eso ya lo sabes, claro. Que se fue y me partió el corazón.

—Uno de los motivos por los que siempre he creído que Alex era un cabrón. Y ahora que sé que es Devlin, todo encaja.

Casi salgo en defensa de Devlin, pero enseguida me doy cuenta de que está esbozando una sonrisilla. Se burla de mí para facilitarme las cosas, y eso me quita un enorme peso de encima.

—Vale. Muy bien. En fin, tuvo que desaparecer porque es Alejandro López. ¿Sabes quién es? —Es una pregunta muy tonta, porque ya veo la respuesta en sus ojos.

—¿Devlin Saint es el hijo de El Lobo?

Asiento con la cabeza.

—Y después de que mi tío muriera, huyó. Entonces se alistó. —No digo que Devlin apretó el gatillo. Todavía no.

En la cocina, Brandy prácticamente está dando botes de lo nerviosa y preocupada que está, como yo, por saber cuál será la reacción de Lamar.

Ahora está tranquilo, con expresión pensativa, como si intentase encajar las piezas de un rompecabezas.

—¿Se convirtió en Devlin Saint para huir de su padre?

—Sí. Y después de que muriera su padre, heredó todo lo que el Gobierno no se quedó. También heredó una buena cantidad de su madre. La familia de ella estaba limpia, de modo que usó ese dinero para vivir y dedicó todo lo heredado de su padre para crear y mantener la fundación.

—Quería hacer el bien con el dinero manchado de sangre.

—Eso es —confirmo, emocionada al ver que ha llegado a esa conclusión antes de que yo se la señale.

—¿Y tú no sabías nada?

—¿Por aquel entonces? No. Solo sabía que mi novio había desaparecido.

—¿Y qué me dices de cuando volviste? ¿Sabías ya la verdad sobre Devlin?

Niego con la cabeza.

—Qué va. Sabes por qué volví. Porque el jefe Randall me dijo que el hombre que confesó haber matado a mi tío no había podido hacerlo. Y eso me llevó a descubrir el pastel de que mi tío estaba relacionado con El Lobo.

—¿Y cuándo averiguaste que Devlin era Alex? A ver, también viniste para escribir un artículo sobre Saint y la fundación. Te conozco, ¿recuerdas? Ya lo habrías investigado. Habrías visto fotos suyas.

—Cierto. Pero Devlin no se parece a Alex. Pasó por el quirófano, se ha cambiado el pelo, usa lentillas de colores. Y, al parecer, la cicatriz... —Frunzo el ceño, ya que no sé muy bien cómo se la hizo. Solo sé que tuvo un encontronazo con un cuchillo—. Supongo que es de su etapa en el ejército.

Lamar asiente con la cabeza.

—Bien. Sigue. ¿Sabe Devlin quién mató a tu tío?

Al otro lado de la encimera, Brandy se atraganta con el agua que está bebiendo y levanta una mano en señal de disculpa.

Miro fijamente a Lamar y respiro hondo.

—La verdad es que... En fin, la verdad es que mi tío estaba robando a El Lobo, tal como creíamos. Y... y por eso El Lobo lo organizó todo. Que mataran a mi tío, me refiero.

—Ya. Hasta ahí lo sabía.

Asiento con la cabeza antes de mirar a Brandy y tomar otra bocanada de aire, para clavar de nuevo los ojos en Lamar. ¿Puedo hacerlo? ¿Puedo pasarle este marrón? Si no se lo cuento, ¿me cargaré nuestra amistad?

Lo más importante: ¿qué supondrá para él, para un policía, que se lo cuente?

Lamar frunce el ceño.

—Me estás diciendo que Devlin sabe a quién contrató El Lobo.

Me obligo a no mirar a Brandy antes de tragar saliva y replicar:

—No te estoy diciendo nada.

Lamar casi sonrío.

—No, supongo que no. Mierda. —Se pasa una mano por la cabeza rapada—. Si lo sabe, ¿por qué no se lo ha dicho al jefe Randall? Porque entonces tendría que revelar cómo lo sabe —sigue, respondiéndose solo—. Y eso implicaría confesar quién es ahora. Mierda.

Vuelvo a tragar saliva y me obligo a no apartarme cuando me mira con los ojos entrecerrados.

—Pero te lo ha contado a ti. —Lamar habla muy despacio, como si fuera un alumno novato y estuviera repasando en voz alta un problema de cálculo para resolverlo—. Quizá lo ha hecho porque eso no es lo que estás

investigando. Buscas el motivo que llevó a Peter a hacer lo que hizo. No buscas a quien le disparó. Tú. Su sobrina. Y ya ni siquiera buscas al culpable.

—Ese no es el tema del artículo —replico.

—No —contesta él—. Estás escribiendo un artículo sobre tu familia. Una historia sobre cómo se torció todo.

Miro de reojo a Brandy; no puedo contenerme.

Sin embargo, Lamar no se da cuenta. Sigue ordenando sus pensamientos, y no se me ocurre nada con lo que distraerlo.

—Desde que te conozco —dice él—, has sido como un perro con un hueso. Puede que tu editor quiera la historia lacrimógena, pero tú quieres respuestas. Y cuando viniste a la ciudad, querías saber quién era el verdadero asesino. Pero ya no lo buscas.

—¿Para qué? —le pregunto—. Sabes tan bien como yo cuáles son las probabilidades de conseguir una condena cuando otra persona ha confesado el crimen o ha sido juzgada por él. De pocas a ninguna.

—Puede. Pero tú querías saber la verdad de todas formas, pero no has seguido buscándola. Eso quiere decir que Devlin te lo ha dicho. Así que la pregunta es por qué no estás detrás de esa pista. ¿El asesino está muerto? De ser así, ¿por qué no se lo has dicho al jefe Randall? O a mí, ya puestos. —Se levanta y empieza a pasear de un lado para otro mientras su cuerpo irradia oleadas de tensión—. En cambio, te lo callas porque Devlin te dijo que lo hicieras. O es... —Pone los ojos como platos y se endereza—. Me cago en la puta. Ellie, ¡no me jodas! ¿Me estás diciendo que Devlin Saint mató a tu tío?

Me recorre un escalofrío.

—Yo no he dicho eso.

Cierra los ojos, toma aire y vuelve a abrirlos.

—Te ha dicho que me lo cuentes todo. Así que ¿por qué te has callado esa parte? A ver, Brandy lo sabe, ¿no?

En esa ocasión no intento disimular que la estoy mirando. Ella asiente con la cabeza, pero ya he tomado una decisión.

—Sí —contesto—, lo sabe.

—No me lo has contado porque no querías cargarme con eso. Aunque Saint te ha dicho que lo hagas. Te ha dicho que me contaras el resto.

Me encojo de hombros para darle la razón en silencio, y él asiente con la cabeza, aunque es evidente que sigue asimilándolo todo.

—Pues cuéntame el resto. Incluyendo cómo cojones te parece bien. A ver, tu novio mató a tu tío.

Meneo la cabeza.

—Yo no he dicho que Devlin matara a Peter. Pero tú y yo sabemos que, si lo hizo, solo sería por un motivo, y ese sería protegerme.

Lamar asiente despacio.

—Su padre le dio un ultimátum: cargarse a Peter o ver cómo su novia volaba en pedazos.

—En defensa de terceras personas —añado en voz baja mientras rezo para que Lamar lo entienda. Para que no esté recitando hechos sin más.

Lo quiero a mi lado, sujetándome la mano y diciéndome que entiende por lo que he pasado. Por lo que Devlin ha pasado.

—¿En defensa de terceras personas? No lo intentes, Ellie. Sabes que no va a colar. Podría haber acudido a las autoridades. Podría haberte ocultado, haber conseguido ayuda. En cambio, se tomó la justicia por su mano. Hizo lo que su padre quería, y tu tío está muerto por eso. Peter podría seguir vivo. Podría haber cumplido condena y a estas alturas estar de nuevo contigo. Tu familia. Un hombre que te quería y te cuidaba. —Su mirada se vuelve fría. Igual que a mí se me enfría la sangre—. En cambio, tienes al hombre que lo mató.

—Lamar, por favor. Debes entender...

Miro a Brandy, que parece aterrada.

Lamar se pasa las manos por la cabeza.

—Mira. Entiendo lo que dices. Pero tienes que recordar quién soy. Y no solo soy tu amigo. Soy policía. Seguro que sabes que te quiero y que nunca te haría daño. Lo sabes, ¿verdad?

Espera que le conteste, de modo que asiento con la cabeza con la esperanza de saberlo de verdad.

—Bien. Pero Ellie, la cosa va así. Esto... No me lo merezco. No sé cómo voy a ocultarlo. O tal vez sí me lo merezco. A lo mejor es lo que me merezco por meter las narices donde no me llaman. No lo sé. Pero ¿has pensado en algo? A lo mejor me la está jugando. Y a ti también.

—Imposible —dice Brandy, que habla por primera vez, y me entran ganas de besarla por lo feliz que me hace saber que todavía está de mi parte—. No está jugándosela a nadie. ¿De qué hablas?

Lamar aparta la mirada de Brandy para clavarla en mí.

—A lo mejor intenta parecer uno de los buenos cuando en realidad va tres pasos por delante de mí. El tío es listo, no se puede negar. A lo mejor sabía que tarde o temprano lo averiguaría. O que me lo dirías por accidente, o que yo descubriría que mató a Peter. Porque el trabajo es así, ¿no? Y al final habría encontrado mis respuestas. —Hace una pausa y sigue antes de que yo pueda hablar—. Hacerlo así, decirte que me lo cuentes todo para que yo me

sienta obligado a mantener tu secreto, que no el suyo, es su forma de asegurarse de que va tres pasos por delante de mí. O de asegurarse de que está protegido. Y por un poli, encima.

—No. Imposible. Lamar, no puedes creer eso.

—Lo siento, Sherlock. Te quiero. Pero no sé qué hacer con esto. No lo sé.

—Suspira con fuerza—. Necesito tiempo.

—Pero...

Me coge de la mano y me silencia.

—Pero te prometo algo: no haré nada sin decírtelo antes, ¿vale?

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar ni de ver nada, porque las lágrimas me nublan los ojos.

—Comed vosotras. Necesito pensar. Lo siento —añade—. Sé que querías que dijera otra cosa. Sé que querías que yo fuera distinto. Pero ahora mismo no puedo. Soy incapaz de asimilar todo esto. Tengo que aclararme las ideas y decidir por mí mismo. Y para eso tengo que irme.

12

Devlin estaba despierto cuando oyó el zumbido de la alarma que señalaba que alguien acababa de entrar en la propiedad. Se conectó al sistema de videovigilancia con el móvil y no se sorprendió al ver que el visitante nocturno era Lamar.

Al fin y al cabo, lo esperaba.

Caminó hasta la entrada y abrió la puerta al mismo tiempo que Lamar levantaba una mano para llamar al timbre.

—Detective...

Lamar lo miró a los ojos sin decir nada, tras lo cual pasó a su lado y entró en la casa.

Devlin cerró la puerta con indiferencia mientras contenía el impulso de decir algo. No merecía la pena ver quién la tenía más grande cuando el problema de fondo era Ellie. La relación que él tenía con ella. La amistad que ella tenía con Lamar.

—Dime por qué —le espetó Lamar sin preámbulos.

Devlin ni siquiera fingió malinterpretar la pregunta.

—Porque ya le arrebaté bastantes cosas cuando me fui.

—Después de que dispararas a Peter.

Devlin sonrió, pero no lo confirmó ni lo negó.

—A estas alturas, no puedo arrebatárselo también a sus mejores amigos —señaló en cambio. Cuando le dijo a Ellie que le contara el resto a Lamar, hablaba en serio, pero eso no significaba que fuera a confesar un asesinato en su propia casa—. Y eso es lo que habría pasado. Ellie nunca te habría contado mis secretos. No sin mi permiso. Y eso habría levantado un muro entre vosotros. Tal vez tú no te dieras cuenta, pero ella sí. Y, al final, esa barrera invisible desgastaría los cimientos de vuestra amistad.

—Así que es por ella.

Enfrentó la mirada de Lamar.

—Todo ha sido por ella.

Lamar soltó una especie de gruñido áspero surgido del fondo de su garganta.

—Podría creérmelo. O podría creer que eres un hijo de puta manipulador que está barajando las cartas a su favor para asegurarse de contar con un aliado en la policía cuando se enfrente a una acusación por asesinato.

—Es una teoría —convino Devlin—. Joder, no es mala. Pero ¿crees que barajaría de esta manera? Sabes que tengo una fortuna. ¿De verdad crees que, si quisiera, no podría tener en el bolsillo a alguien de la policía de Laguna Cortez, del ayuntamiento o de la oficina del gobernador, si me apuras?

Lamar entrecerró los ojos.

—Eso dice poco en tu defensa, Saint.

—No trato de convencerte, detective. Solo quiero que analices todas las posibilidades. —Seguían en la entrada, pero Devlin echó a andar hacia el salón. Las cristaleras estaban abiertas para dejar entrar la brisa fresca, y había encendido el fuego de la chimenea del rincón—. Voy a tomar una copa. ¿Te apetece una?

—¿Por qué no? *Bourbon*. O lo que tengas. Solo y sin hielo.

Devlin le sirvió una copa y después se llenó la suya, para luego sentarse en un sillón de cuero y hacer un gesto con la cabeza a Lamar para que se sentara en el sofá.

—Bueno, hágame de las otras posibilidades —le dijo el detective mientras tomaba asiento—. Las que has mencionado antes. En concreto, la que explica por qué has hecho lo que has hecho.

—Ya te lo he dicho. Todo ha sido por ella.

—No me lo creo. Se quedará hecha polvo si te detengo por asesinato.

—No te lo discuto. Lo único que te digo es que lo pasaría peor si tiene que seguir mintiendo a sus amigos. Eso acabaría destrozándole el alma. Su amistad contigo se iría al traste. Y al final eso nos afectaría a los dos. Porque sería como una herida abierta en nuestra relación. A Ellie se le da muy bien llevar la cuenta.

—Pues la has juzgado mal, que lo sepas. Porque no me lo dijo. Lo del asesinato, me refiero.

Devlin apretó el vaso con más fuerza tratando de no reaccionar, ya que admitió, solo para sí mismo, que no se lo esperaba.

—Me temo que tendrás que explicarme ese comentario, detective. Porque no te sigo.

—Me ha dicho que eres el hijo de El Lobo —dijo Lamar—. Le pregunté si sabías quién mató a Peter. Y, dado que ya no trata de averiguar la identidad

del asesino, sumé dos y dos.

—¿Estás diciendo que confirmó tus sospechas de que fui yo quien apretó el gatillo?

—No lo dijo abiertamente. Sigue protegiéndote, a pesar de que le dijiste que me lo contara todo.

Devlin se echó hacia atrás y se dio cuenta de que, después de todo, no le sorprendía.

—Y tú crees que te ha subestimado.

—Algo que tú no harás.

—Tengo la costumbre de conocer a fondo a mis adversarios —replicó Devlin—. Y a mis amigos.

—¿Y yo qué soy?

—Supongo que ya lo averiguaremos.

—¿Cuándo te arreste, quieres decir? Necesito investigar. Sé la verdad, pero carezco de pruebas. Al menos de las que se sostienen delante de un tribunal.

—Me temo que no puedo ayudarte con eso —repuso Devlin—. Y estoy seguro de que tienes otras investigaciones que merecen más tu tiempo. Quizá consigas reabrir el caso de la muerte de Peter, pero es antiguo y a nadie le importa, salvo a ti, tal vez.

—¿Y esperas que lo deje estar?

Devlin estuvo a punto de sonreír.

—No te conozco lo suficiente como para esperar algo concreto. Si quieres detenerme, no montaré un numerito, pero estoy seguro de que mis abogados se lo pasarán pipa. Si quieres sentarte, tomarte el *bourbon* y hablar de esto, también me parece estupendo.

Lamar guardó silencio un momento. Se limitó a agitar el vaso para que el *bourbon* girara y girara en su interior. El silencio se prolongó entre ellos hasta que al final apartó la mirada del vaso y la clavó en la cara de Devlin.

—¿Esperas que crea que no estabas involucrado en los chanchullos de Peter?

—No espero que te creas nada porque sí.

—No te he preguntado eso.

Devlin bebió un sorbo de *bourbon* y sonrió.

—De hecho, sí. Pero para llegar al fondo de la cuestión, te diré que no, no estuve implicado en esa parte de su negocio.

—Teniendo en cuenta quién era tu padre, ¿me explicas cómo es posible?

Devlin se pasó los dedos por el pelo y, de paso, se desató el cordón de cuero para soltarse la coleta. Contuvo un suspiro de frustración. Sabía que Lamar necesitaba que lo llevaran de la mano. Y tenía claro que, por Ellie, todo el tiempo que invirtiera en convencer a Lamar valdría la pena. Pero no le gustaba que lo interrogaran y, si no se andaba con ojo, perdería la paciencia. Si eso sucedía, Lamar comenzaría a escarbar en el asesinato de Peter. Y ese era un dolor de cabeza que no le convenía.

—Peter era mi jefe y mi mentor —le explicó—. Malversaba dinero y vendía drogas, y eso no me gustaba ni un pelo. Pero me trataba como a un hijo y quería a Ellie. No llegaste a conocerlo, por supuesto, pero te aseguro que habría hecho cualquier cosa por su sobrina. Ese coche, ¿Shelby?, estoy seguro de que perdió cien mil dólares solo por arreglarlo en vez de prestar atención al negocio.

—Podría haberte pedido que intervinieras y lo manejaras tú todo.

—No. Ya te he dicho que no tuve nada que ver con eso, y va en serio. Mi padre me envió para aprender, pero le dejé claro a Peter que me largaría si me obligaba a involucrarme en algo que no fuera la parte legal de su empresa. Era consciente de lo que hacía Peter, sí. Pero no participé.

—¿Se supone que debo creérmelo?

—No me importa lo que creas. Sucedió en otra vida. ¿Por qué iba a mentirte sobre eso?

Lamar obvió la pregunta.

—¿Qué hiciste después de dispararle?

—¿Te refieres a después de que le dispararan y yo me marchara de la ciudad? Me alisté en el ejército.

—¿Regresaste a Nevada? ¿Con tu padre?

—En ese momento no. Fui después. Le dije que me había alistado en el ejército. Me formé para convertirme en tirador de precisión y le solté el rollo de que estaba aprendiendo cosas que me serían útiles cuando cogiera las riendas del negocio. Además, le dije que mi paso por el ejército me daría credibilidad. Se lo tragó, y yo conseguí pasar una temporada lejos del muy cabrón.

—Y entonces alguien lo mató.

—Sí, exacto. Si crees que voy a echarme a llorar por él, puedes esperar sentado.

—Entonces ¿por qué cambiar de identidad? Tu padre estaba muerto.

—Y como estaba muerto, sus enemigos no tenían a quien atacar. Habrían venido a por mí.

Lamar asintió con la cabeza.

—Sí, vale, lo pillo. —Bebió un sorbo de *bourbon*—. En términos generales, has sido sincero. Darle carta blanca a Ellie para que hable conmigo ha sido un riesgo.

—Estoy dispuesto a confiar en ti porque Ellie lo hace, y no es tonta. El jurado sigue deliberando para decidir si me caes bien o no.

—Brindemos por eso —dijo Lamar levantando el vaso.

—Pero aquí lo importante no eres tú, aunque te guste pensar que es así. Ni siquiera yo. Aquí lo importante es Ellie. Una mujer a la que le hice mucho daño en el pasado y a la que no pretendo volver a hacérselo. No poder hablar contigo le estaba haciendo daño. Siento mucho si esto supone una carga inesperada y no deseada para ti, pero como ya te he dicho, lo importante no eres tú, sino Ellie, y me da igual con lo que tengas que cargar.

—Debería importarte si al final decido detenerte.

—No. Eso sería otro tipo de carga. Una molestia con la que tendría que luchar. Una pérdida de tiempo y dinero. Pero lucharía, claro. Sin embargo, y puestos a elegir, prefiero no preocuparme.

Lamar apuró el *bourbon* de un trago y golpeó la mesa con el vaso al soltarlo. Acto seguido se puso en pie y, por primera vez en su vida, Devlin se sintió incapaz de descifrar al hombre con el que estaba negociando. Tal vez porque aquello no era una negociación. Los negocios eran los negocios, pero las emociones eran harina de otro costal. Y no sabía cómo cristalizarían las emociones de Lamar.

—Como le hagas daño, lo llevas crudo —dijo de repente el detective.

Devlin se esforzó por disimular el alivio que sentía mientras Lamar continuaba hablando:

—Como descubra que eres una versión maquillada de tu padre, iré a por ti.

—No te culparía.

Lamar se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Me caías bien antes de que Ellie volviera. Parecías un buen tío que hacía cosas por la comunidad, que contribuía y se preocupaba. Así que supongo que puedo darte el beneficio de la duda.

Devlin también se puso en pie.

—Te lo agradezco. Aunque quizá deba decirte que, antes de que Ellie regresara, no me había fijado en ti. Vamos, que no sabía ni que existías.

Lamar se rio entre dientes.

—Bueno, supongo que ya he solucionado eso.

—Yo diría que sí. O, más concretamente, lo ha hecho Ellie. —Guardó silencio un instante—. Te quiere, ya lo sabes.

Lamar negó con la cabeza.

—Joder, qué va. No es eso. En otra época no le habría hecho ascos a meterme en la cama con ella, pero ya hemos superado aquella fase. Si alguna vez nos oyes bromear, no pienses que...

—Lo sé. Lo que quiero decir es que ella te quiere. Eres uno de sus amigos íntimos. Así que lo que elijas hacer con la información sobre mí... Bueno, no voy a decirte lo que tienes que hacer con ella, tú sabrás. Pero como le hagas daño a Ellie, te advierto que acabarás con una buena cicatriz.

Para su sorpresa, Lamar sonrió.

—Si eso es lo que piensas, está claro que nos entendemos.

—Creo que sí. —Le tendió la mano—. Detective...

Lamar tardó un momento, pero acabó aceptando el gesto e intercambiaron un firme apretón de manos.

—Tu vida ha sido increíble, Saint. Ahora que nuestra chica vuelve a formar parte de ella, asegúrate de que no se convierta en una puñetera tragedia, ¿vale?

—Vale —contestó Devlin, sorprendido y complacido al darse cuenta de que empezaba a caerle bien ese tío.

Le ofreció otra copa, pero Lamar dijo que tenía que madrugar para jugar al golf con unos amigos antes de acompañar a Ellie a Los Ángeles.

—¿Te molesta? Me refiero a que tenga que duplicar sus esfuerzos para investigar lo de Peter y descubrir cómo acabó involucrado con tu padre y todo eso.

—Un poco —admitió—. Ahora que estás al tanto de la verdad, menos.

Lamar pareció desconcertado un instante.

—Pensabas que acabaríamos encontrando algo y que yo sumaría dos y dos. Que descubriría quién eres...

—Me temo que alguien lo ha hecho.

Lamar frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Devlin cogió el móvil y le enseñó a Lamar la copia del mensaje que Ellie le había reenviado.

—Usaron un teléfono desechable —dijo—. Imposible de rastrear.

—Joder. —Lamar entrecerró los ojos y frunció el ceño—. No me gusta ver que acosan a nuestra chica, pero quizá esto quede en agua de borrajas.

—¿Por qué lo dices?

—Supongo que creen que Ellie no sabe quién es tu padre. Cuando lo revelen, el globo acabará cayendo en picado.

Devlin resopló.

—No seas ingenuo. Enviaron ese mensaje a Ellie porque estamos juntos. No van a usar la información que tienen sobre mí, van a usar lo que tienen sobre ella. Es mi debilidad. Si alguien quiere llegar a mí, solo pueden hacerlo a través de Ellie.

Lamarladeó la cabeza y lo observó en silencio.

—Y esa es otra de las razones por las que no te molesta que esté al tanto de tu verdadera identidad. Porque ahora sé el tipo de gente que podría estar vigilándoos.

—Y aceptaré toda la ayuda que pueda conseguir para asegurarme de que Ellie está a salvo.

Devlin observó a Lamar mientras este se dirigía hacia su coche, un elegante Lexus híbrido tan bien cuidado que parecía nuevo. No lo despidió con un gesto de la mano, y Lamar tampoco miró hacia atrás, pero la actitud entre ellos era cordial y había desaparecido la tensión con la que había vivido desde que Ellie se lo presentó.

Siempre se sentiría un poco celoso de la relación que existía entre ellos, pero a esas alturas ya sabía que se debía al hecho de que Lamar hubiera sido su amigo durante aquellos años perdidos en los que él estuvo lejos. Los años en los que Ellie se convirtió en la mujer que era: fuerte, inteligente y resistente; envidiaba el tiempo que Lamar había compartido con ella.

Estaba a punto de entrar en casa cuando vio a un hombre en la calle, apoyado como si tal cosa en una farola que arrancaba destellos a su pelo rubio.

Ronan.

En cuanto lo vio, sintió la presión de la furia que había estado conteniendo desde que Ellie le echó la bronca en la acera, y con razón. Pero no estaba furioso con ella. No, el torbellino emocional tenía su epicentro en Ronan, debido a todo lo que le había dicho a Ellie a sus espaldas.

Había enterrado esos pensamientos tan sombríos y había erigido un muro entre él y sus emociones, igual que aprendió a hacer cuando vivía con su padre. Una época en la que cualquier indicio de una emoción no deseada podía ocasionarle una paliza. A él o, peor aún, a alguno de sus amigos. Porque ¿acaso Daniel López no aprendió muy pronto que la mejor manera de controlar a su hijo Alejandro pasaba por amenazar a las personas que le importaban?

A esas alturas de la vida, confió de nuevo en ese instinto y enterró las emociones a conciencia, al tiempo que le hacía un gesto a Ronan para que entrara.

—¿Qué hacía el detective aquí? —preguntó Ronan mientras cruzaba la puerta.

—Lo sabe —contestó Devlin sin más.

Ronan abrió los ojos como platos.

—¿Lo tuyo? ¿Lo de El Lobo? ¿O...?

—Sabe quién es mi padre. Mi antigua identidad.

Ronan resopló con sorna.

—Si sabe todo eso, es mejor detective de lo que imaginaba. Deberías reclutarlo para tu equipo.

—Y cree saber que maté a Peter —añadió Devlin sin perder comba—. No lo he corregido.

—Entiendo. —Ronan asintió despacio con la cabeza—. Veo que estás compartiendo esa perlita con todo el mundo.

¡Zas! Se acabó. La ira que había estado conteniendo se desbordó.

—¿Te importaría compartir conmigo lo que estás haciendo tú?

Ronan frunció el ceño a la vez que echaba la cabeza hacia atrás y erguía los hombros mientras observaba a Devlin, una postura tensa, aunque su expresión seguía siendo neutra. Listo para reaccionar ante cualquier cosa, como los habían entrenado. Pese a la rabia que sentía, no pudo menos que admirar a su amigo.

—Tal vez deberías decirme de qué estás hablando. —El tono de Ronan era similar al suyo: sin inflexión, brusco, simple.

—¿Una distracción? ¿Le dijiste a Ellie que se alejara de mí porque era una distracción?

Ronan levantó las manos, una especie de gesto de rendición.

—Me cae bien. En serio. Y, por si no te lo dijo, fue antes de Las Vegas; antes de que os descubrieran en el circuito y antes de que descubriera quién era tu padre y lo que pasó con Peter. Así que echa el freno y no me saltes a la yugular.

Devlin respiró hondo y sintió que parte de la tensión desaparecía mientras asentía con la cabeza.

—Cree que podrías estar detrás del mensaje que intenté rastrear.

—Joder, no. —Ronan negó con la cabeza—. No es mi estilo, y lo sabes. Pero tío, voy a ser sincero contigo: el tema me preocupa.

—No tienes por qué preocuparte.

—Es posible que estés demasiado cerca como para tener una visión global, que no es mi caso. Piénsalo. Es reportera. Se crio con la policía. Si no

supone una distracción, es un peligro. ¿Tan buena es en la cama que estás dispuesto a arriesgar todo lo que has construido?

Devlin se acercó un paso y tuvo que recordarse que Ronan era su amigo, algo por lo que debería dar las gracias. Si hubiera sido otra persona, en ese momento tendría la nariz rota.

—Uno, no vuelvas a hablar así de ella nunca más. Dos, por lo que a mí respecta, es lo único por lo que vale la pena construir algo.

Ronan ni se inmutó, y eso decía mucho a su favor. Se limitó a replicar:

—¿En serio?

—Sí. —Devlin asintió despacio con la cabeza—. Los últimos diez años ha sido la voz de mi conciencia. La que me ha empujado hacia delante. La que me ha animado a marcar la diferencia. A luchar contra lo que mi padre puso en marcha.

—Lo entiendo, tío, sabes que es así. Pero ¿de verdad crees que ella siente lo mismo? ¿Que aprobará la diferencia que estás marcando? Ya sabes el tipo de mujer que es. Conoces su forma de pensar.

—Sí. Por eso confío en ella.

—Supongo que debe ser así. No solo le has contado a ella tus secretos: es como si hubieras celebrado una fiesta y se lo hubieras explicado a voz en grito a todos sus amigos.

Devlin se pasó los dedos por el pelo.

—Ha sido una decisión personal basada en mi propio análisis.

—Primero la chica con la que vive. Ahora el detective. Si esa es la decisión que has tomado, perdona que te lo diga, pero tu análisis no me convence.

—Me parece estupendo. Por eso te mantengo cerca. Pero confío en los dos.

—¿Por qué?

—¿Y tú qué? ¿Me vas a delatar? ¿Vas a contar mis secretos por ahí?

La simple idea pareció espantarlo, algo que lo honraba.

—Sabes que no lo haría en la vida.

—¿Aunque te cabree? ¿Aunque creas que me he pasado de la raya?

—Ya sabes la respuesta.

—Dime por qué —exigió saber Devlin.

—Por quién eres, gilipollas. Tú y yo hemos las hemos pasado putas. Joder, hemos bajado a los infiernos.

—¿Y crees que esos tres no lo han hecho?

Ronan ladeó la cabeza, y Devlin siguió hablando:

—Aunque yo no les importara, aunque me vieran como la personificación del mal...

—Algo que puede suceder —lo interrumpió Ronan.

—No dirían ni una palabra. Porque, de lo contrario, harían daño a Ellie.

—¿El policía también?

Devlin titubeó antes de asentir con la cabeza.

—En ese caso, supongo que tienes razón. No has de preocuparte por ellos.

—Ronan lo miró a los ojos con una expresión tan dura como el acero—. Solo tenemos que preocuparnos de lo que sucederá cuando Ellie descubra el resto de tu verdad. Espero de corazón que merezca la pena correr ese riesgo por ella.

—Lo merece —le aseguró Devlin.

Sin embargo, no podía negar que Ronan tenía razón en algo: por lo que se refería a Ellie Holmes, se comportaba como un cabrón egoísta. Aunque su amigo no lo dijera en voz alta, no solo era su pescuezo el que estaba en peligro.

Si al final había juzgado mal a Ellie o a sus amigos —si las decisiones que había tomado con el corazón en vez de con la cabeza acababan derrumbando todo lo que había construido—, tenía clarísimo que jamás de los jamases podría perdonarse.

Estoy en pijama y metida en la cama cuando Brandy llama con suavidad a mi puerta.

—¿Estás despierta? —Habla en voz baja, casi susurrando.

—Pasa.

Abre la puerta y entra, y veo que el pelo húmedo le está dejando una marca oscura en los hombros del camisón.

—Creía que una ducha me ayudaría, pero sigo sin poder dormir. ¿Tú tampoco puedes?

Niego con la cabeza y me echo hacia un lado de la cama.

—Todo saldrá bien. Lamar no dirá una palabra. No me haría algo así.

—Cierto. —Me da un apretón en la mano—. Solo necesita tiempo para asimilarlo todo.

Tomo aire.

—¿De verdad lo crees?

—¿Y tú?

Me encojo de hombros.

—Me lo estoy preguntando desde que se fue. Y casi me lo creo. Pero como él ha dicho, se ha reabierto el caso. Desde que se dieron cuenta de que la confesión de Ricky Mercado era falsa, es un misterio por resolver.

—¿Crees que Lamar entregará a Devlin para ganar puntos con un caso sin resolver?

—No —contesto—. Pero estuve en la academia con él. Y aunque no me quedé en el cuerpo, conozco el mundillo. Y hablamos mucho del tema. Lamar tiene un código ético, y pasar por alto un asesinato no forma parte de él.

—Supongo que ya sé de qué hablaréis mañana. —Bosteza y se estira—. Pregúntaselo antes de salir de la ciudad. Sería rarísimo que os plantaseis en Los Ángeles sin que te haya dicho si va a chivarse de tu novio.

—Muchas gracias por tan reconfortante idea.

Se echa a reír y me abraza.

—Humor negro. Ahora en serio, ¿quieres emborracharte y ver una peli?

—¿Que si quiero? Sí. Pero debería dormir.

—Yo también. Tengo que salir de aquí a las ocho, y me espera un día lleno de reuniones, y luego Christopher y yo hemos quedado para tomarnos una copa de vino y comer algo.

—Qué bien —digo con una sonrisa.

Brandy sonríe y se pone colorada.

—Pues sí. —Se inclina hacia mí y me abraza—. Pero debemos acostarnos temprano. Mañana por la noche Christopher tiene una cita con su teclado para escribir. Mándame un mensaje si vas a cenar en casa, porque voy... —Se interrumpe al tiempo que señala mi móvil con la cabeza, porque acaba de llegar un mensaje de texto y se ha encendido la pantalla—. Vaya. Me pregunto quién será.

Se baja de la cama moviendo una mano y arqueando las cejas.

—Pórtate bien. Y salúdalo de mi parte.

—Muy graciosa... ¡Ah! —Solo se ve parte del mensaje en la pantalla bloqueada, pero lo que alcanzo a leer me provoca un nudo en la boca del estómago—. Lamar ha ido a verlo.

Brandy pone los ojos como platos.

—En ese caso, mejor pregúntale dónde ha enterrado el cadáver.

No atino a reírme por la broma, y en cuanto cierra la puerta al salir, desbloqueo el móvil para leer todo el mensaje.

Ha venido alguien a verme.
Lamar. Te lo ha dicho?

Frunzo el ceño. Esperaba algo más.

No. Tengo que ir a por el cuerpo?

Me muerdo el labio inferior mientras espero su respuesta.

Hemos estado a punto por un momento, pero todo bien.

Lo leo dos veces, solo para asegurarme.

En serio?

Se preocupa por ti. No puedo culparlo por eso.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Gracias.

No te cortes para invitarme. Puedes expresar tu gratitud de forma más tangible...

LOL. Como me mandes el emoji de una berenjena, te lo recordaré el resto de tu vida.

Nada de emojis, nena. Solo la de verdad La de verdad es muy muy tentadora. Pero esta noche es de expectación, recuerdas? Finge que acabo de usar el emoji de una carita triste... y asómate a la puerta.

Entrecierro los ojos.

Será mejor que no estés al otro lado con un lazo. Porque tenemos unas reglas, y como las rompa, me sentiré fatal conmigo misma, y será culpa tuya.

Confías en mí?

Siempre.

Pues ve a la puerta. Y nena... Que duermas bien.

Sonrío mientras le envío el emoji de un corazón y espero los tres puntos que indican que está contestando. Pero no veo nada.

Frunzo el ceño, triste porque se haya acabado la conversación. Pero obedezco y voy a la puerta principal. La abro y descubro una docena de rosas en el escalón. Por un instante me quedo ahí plantada, con el corazón derretido. Después miro hacia la oscuridad.

No lo veo, pero sé que está ahí, así que le lanzo un beso antes de coger las flores y cerrar la puerta, y después suspiro con tanto placer que estoy segura de que el corazón me va a estallar en el pecho.

Brandy sale de la cocina con una copa de vino. Se detiene y clava la mirada en las flores antes de esbozar una sonrisa traviesa.

—Quizá sea complicado —dice—, pero es de los buenos.

Abrazo las flores.

—Sí, sí que lo es.

—Espera, que te traigo un jarrón.

Deja la copa de vino en la consola de la entrada y corre de vuelta a la cocina. Hago ademán de seguirla, pero me detengo cuando vibra el móvil que llevo en la mano.

Sonrío al dejar las flores junto al vino de Brandy para desbloquear la pantalla y leer su siguiente mensaje. Pero no es suyo, y me quedo helada al ver las palabras en la pantalla: «¿No sabes que te estás follando a un hombre peligroso?».

Anoche no me apetecía arruinar el dulce momento, pero también sabía que habían mandado el horrible mensaje desde un móvil desechable, y que la única manera que tenía Devlin de localizarlo era con esa cosa del SMS tipo O. Así que le reenvié el mensaje y el número desde el que me lo habían mandado. Me contestó en segundos y, aunque al principio titubeé al leerlo, acabé soltando una carcajada:

El capullo del mensaje dice:
«Te estás follando a un hombre peligroso».
Pero técnicamente no lo estás haciendo.
Al menos no ahora mismo.
Pero si quieres dejar que me cuele en tu cama...

Me eché a reír, y pocos minutos después me dijo:

He hablado con Ronan. Y con Lamar. No es ninguno de los dos, estoy seguro. Encontraremos al cabrón. Estoy en ello. Mientras tanto, que duermas bien.



Sonreí al ver el emoji del beso y me planteé contestar con una berenjena para hacer el tonto. Pero al final le envié un corazón e intenté hacer lo que me decía y sacarme el tema de la cabeza.

Lo conseguí, por fin, pero ahora que es de día vuelvo a pensar en todo eso. Y me siento frustrada por no tener noticias. ¿Su silencio significa que, como la otra vez, el número desde el que mandaron el mensaje es un callejón sin salida? ¿O quiere decir que Devlin ha encontrado al culpable, le está dando una paliza de muerte y cree que yo no lo aprobaría?

Dado que Lamar y yo no vamos a salir hacia Los Ángeles hasta después del almuerzo, me dirijo con Shelby a la Fundación Devlin Saint no solo para

dar las gracias en persona a Devlin por las rosas, sino también para averiguar qué ha descubierto sobre el último mensaje.

Entro a toda prisa en el edificio y me detengo el tiempo justo para indicar a Paul que voy a subir.

Él está hablando por teléfono, pero lo veo levantar un pulgar mientras corro hacia el ascensor. Pulso el botón. La luz que indica su llegada se enciende y de forma automática doy un paso al frente.

Después me quedo paralizada cuando las puertas se abren con un sonido apenas perceptible y aparece nada más y nada menos que Regina Taggart.

—Ellie Holmes, ¿verdad? —Casi oigo la sonrisa en su voz mientras me tiende la mano a modo de saludo—. Regina Taggart. Reggie. Nos conocimos ayer en el hotel.

—Encantada de verte —le digo al tiempo que nos estrechamos la mano—. ¿Has venido a ver a Devlin?

Frunce el ceño.

—Bueno, se suponía que iba a estar en la reunión para planificar un simposio, pero como está fuera de la ciudad, solo hemos sido Tamra y yo.

—Ah. No me había dado cuenta de que... ¿Dónde está?

—Lo siento. He supuesto que lo sabías. Anna mencionó que estáis saliendo. Además, he visto las fotos —añade, y hago una mueca—. Até cabos en cuanto saliste del hotel.

—¿Y dónde está?

—Ha tenido que ir a Las Vegas esta mañana —me explica—. ¿Sabía que te ibas a pasar por aquí?

Niego con la cabeza.

—Hoy voy a Los Ángeles. Debe de haber supuesto que ya estaba de camino.

—Lo más probable es vuelva antes que tú. Para Devlin, ir y volver de Las Vegas en un día es un chasquido.

Asiento y a la vez se activa mi sentido arácnido. Su cara me suena muchísimo, joder, y no sé de dónde.

Me doy cuenta de que estoy frunciendo el ceño cuando me dice:

—¿Pasa algo?

—¡Ah, no, lo siento! —Me pongo colorada muerta de vergüenza—. Es solo que desde que nos conocemos no dejo de darle vueltas a dónde te he visto antes. O a alguien que se te parece mucho.

Hace una mueca mientras meneas la cabeza.

—Ni idea.

—¿Estabas anoche en la avenida del Pacífico?

La estoy mirando fijamente y, aunque se controla, estoy segura de que ha puesto ojos de sorpresa.

—Pues sí, la verdad. Pero no te puede sonar mi cara de eso. Ya me habías visto antes en el hotel.

—Siempre me sorprende ver una cara que me resulta conocida —miento—. Después de vivir tanto tiempo en Manhattan, se me había olvidado cómo son las ciudades pequeñas.

Asiente con la cabeza y sonríe, y se hace un silencio incómodo. Acto seguido, me dice:

—En fin, debería volver. Tengo a dos gerentes en prácticas y a ningún miembro del personal con experiencia. —Hace una mueca—. Mi mano derecha aceptó un trabajo en Los Ángeles. Pero ¿qué se le va a hacer?

Tras eso, se despide moviendo los dedos y cruza el vestíbulo. Sus zapatos de tacón —unos Manolos de la nueva temporada de otoño— resuenan en el suelo. Al parecer, ser la dueña de un hotel es bastante lucrativo. Aunque estoy obsesionada con los zapatos, casi nunca puedo permitirme unos de firma que acaban de salir a la venta.

Por un momento, me planteo seguirla. Al fin y al cabo, solo he venido a ver a Devlin. Pero como ya estoy aquí, debería disculparme con Christopher por haberlo espantado anoche. Dado que es muy probable que esté en la sala de investigación, subo al ascensor y me dirijo a la tercera planta.

Empujo la puerta de doble hoja batiente y doy un respingo al oír susurros en un lugar que suele estar en silencio. Al parecer, Christopher no es el único que estos días usa las instalaciones.

—Pues no sé —susurra una voz femenina—. Algún tipo de accidente, digo yo.

—Claro, claro —responde Christopher—. Pero ¿cuál? ¿Un accidente de tráfico? ¿Un ahogamiento? ¿Un incendio?

—Joder, ¿cómo quieres que lo decida yo? —Reconozco la voz de Anna—. Para eso estás aquí, ¿no?

Me planteo quedarme donde estoy y seguir escuchándolos. Al fin y al cabo, nunca he oído a nadie hablando sobre el argumento de una novela de suspense. Pero me parece una grosería y una invasión de la intimidad, de modo que carraspeo y doblo la esquina al tiempo que me disculpo con un gesto de la mano.

—Siento interrumpir.

Christopher asiente con la cabeza y tiene la expresión que siempre me he imaginado en un escritor frustrado. Pero Anna da un bote. Está de espaldas a mí, y aunque he supuesto que me habrían oído llegar, se ve que me equivocaba.

—¿Tramando algo? —pregunto mientras Anna se da media vuelta para mirarme.

Christopher está trabajando en su segunda novela de suspense y, dado que la historia gira en torno al crimen organizado y el tráfico de personas, las fuentes de la Fundación Devlin Saint son una mina. O eso me dijo cuando nos conocimos.

—Necesitaba a alguien con quien hablar de un detalle —me contesta él—. Y como Anna estaba aquí...

Ella esboza una sonrisa torcida.

—He venido a coger un informe con el que pulir un comunicado de prensa y me ha liado para que le haga el trabajo.

—Mejor ella que Brandy —comenta Christopher—. Y si no resuelvo esto antes de verla esta noche, se pasará el rato oyéndome despotricar sobre detalles cuando podríamos...

—Eh, eh —lo interrumpo levantando una mano mientras intento contener una carcajada—. Que estás hablando de mi mejor amiga.

—Y de mi novia —replica, y tiene cara de estar muy complacido.

—Creía que solo ibais a tomar algo —lo pincho—. Pero si piensas volver a su casa en vez de regresar a la tuya para escribir, puedo quitarme de en medio. Supongo que te lo debo. Siento lo de anoche. Es que se suponía que solo íbamos a ser los tres. Devlin también apareció por allí.

Christopher asiente.

—Brandy me lo ha contado. Les disteis la patada a todos los novios.

Suelto una carcajada.

—Básicamente.

—Y entonces ¿qué haces por aquí?

—¡Christopher! —Anna parece escandalizada.

Él levanta una mano.

—Solo me refiero a que Devlin está en Las Vegas.

—Te he entendido —le digo sin dejar de reír—. La verdad es que no sabía que no estaba. Me he pasado para verlo antes de ir a Los Ángeles, y después se me ha ocurrido pasar a saludarte, dado que a él no lo puedo ver.

Christopher le guiña un ojo a Anna.

—Acaba de decir que soy plato de segunda mesa.

Anna resopla.

—Ya eres mejor que yo. No ha pensado en mí ni un poquito.

—Ni siquiera voy a intentar salir del charco en el que me he metido. Solo empeoraría las cosas.

Los dos se echan a reír.

—No pasa nada —dice Anna—. Al menos has venido antes del almuerzo.

—¿Por qué?

—Porque cerramos a mediodía —me contesta ella—. Órdenes de Devlin. Ha habido algunos problemas de seguridad en Las Vegas. Problemas menores, pero se los toma muy en serio. Le ha pedido a Ronan que venga con un equipo para asegurarse de que se tapan todos los agujeros. —Me mira a la cara—. ¿No te lo ha dicho?

Niego con la cabeza y ella se encoge de hombros como si no fuera importante.

—En fin, ¿por qué iba a hacerlo? —continúa—. Tampoco formas parte de la Fundación Devlin Saint.

Sé que no lo ha dicho como una pulla —y es la verdad—, pero de todas formas siento el resquemor de ser una forastera en el mundo de Devlin Saint.

Cuando salgo del ascensor al vestíbulo de la fundación, veo a Tamra Danvers junto al mostrador de Paul, perfecta con su traje rosa claro. Levanta la mirada y esboza una enorme sonrisa al tiempo que echa a andar hacia mí, con los tacones de nueve centímetros de sus Louboutin resonando sobre las baldosas.

—Me alegro mucho de verte —me dice—. Paul me ha dicho que estabas aquí.

—Me he pasado por la sala de investigación. —Me apresuro a acercarme y a darle un abrazo.

Tamra es la directora de publicidad de la Fundación Devlin Saint, pero la conozco desde que iba al instituto, cuando estuve trabajando en prácticas para el departamento de policía y ella era la encargada de las relaciones con la comunidad. En aquel momento no me di cuenta de que había conseguido el trabajo para estar cerca de Alex, el hijo de su amiga. En resumen, conoce a Devlin desde mucho antes que yo. Y sé que también lo quiere.

—Creo que Anna lo está ayudando con el argumento del libro —añado.

Tamra sonríe.

—Lo ayuda mucho. A lo mejor tenemos entre manos a una autora incipiente.

—A lo mejor. —Me doy cuenta de que estoy sonriendo, de que me alegro de habérmela encontrado—. Estoy contentísima de haberte visto. Por lo que ha dicho Reggie, me ha dado la impresión de que estabas ocupada.

—Siempre, pero nunca demasiado ocupada para ti. Siento que no hayas visto a Devlin. Él también lo sentirá.

—Supongo que tengo que acostumbrarme a sus viajes relámpago. La verdad, teniendo en cuenta quién es y lo que hace, es un milagro que tenga tiempo libre.

—Suele ir a rachas —me explica Tamra. Tiene el pelo oscuro, con un solo mechón canoso, que se coloca detrás de la oreja—. Ahora que has entrado en

escena, seguro que escogerá mucho mejor los proyectos para los que tiene que viajar.

Sonrío, ya que me gusta la facilidad con la que nos ve a Devlin y a mí como pareja.

—Reggie me ha dicho que volverá esta noche.

—Ah, bien. Pero por si las moscas, cambiaré su entrevista para mañana por la tarde.

—¿Entrevista? ¿Más cobertura para la fundación? Y mi artículo ni siquiera se ha publicado todavía... —Dejo la frase en el aire y finjo hacer un puchero.

Tamra se echa a reír.

—¿Haría él algo así? No, es una entrevista rápida para uno de los matinales de Los Ángeles. Pregrabada, evidentemente. Hablará de la fundación, claro, pero sobre todo del premio. —Debo poner cara de no entender, porque continúa—: ¿No te ha hablado del premio humanitario?

Niego con la cabeza.

—Devlin va a recibir el Premio del Consejo Mundial por Servicios Humanitarios. Es muy importante.

Parece tan orgullosa como si fuera su madre.

—Es maravilloso —digo en serio—. ¿Se puede saber por qué no me lo ha dicho todavía?

La sonrisa de Tamra desaparece.

—Ay, no era mi intención irme de la lengua. Seguro que estaba reservando las noticias. La ceremonia oficial es dentro de varias semanas en Nueva York. Sé que planea llevarte con él. Evento de gala, con alfombra roja y todo.

—Me muero de ganas —le aseguro mientras me digo que voy a necesitar la ayuda de Brandy para escoger vestido. Y, desde luego, esto exige una salida de compras por Los Ángeles para buscar zapatos.

—Estuvo bromeando conmigo sobre que lo que más te emocionaría sería la oportunidad de comprarte otro par de zapatos de firma.

Estallo en carcajadas, aunque sin olvidar mis planes de ir de compras.

—Me conoce demasiado bien.

—Pues claro que sí —suelta con desparpajo—. Te quiere.

Shelby es más divertida de conducir que el Lexus de Lamar, así que el plan es que lo recoja y después salgamos hacia Los Ángeles. Dado que he estado

menos tiempo del que esperaba en la fundación, se me ocurre pasar por casa de Brandy, pero luego decido que será mejor ir al piso de Lamar. No tengo llave —ni se me ha ocurrido pedírsela—, pero el edificio junto al mar es impresionante, con una piscina increíble y un *spa*, un restaurante que hace entregas a los pisos, otro con un chef famoso y una cafetería que prepara un alucinante café con leche.

Lamar es dueño de su piso, así como de otros cuatro, todos pagados con el dinero que ganó cuando era un niño monísimo con talento como actor y con unos padres muy poderosos en la industria del entretenimiento.

—No habría podido hacerme policía de otra forma —me dijo en una ocasión—. Tengo gustos muy caros.

Pido un café con leche y me lo llevo a la piscina. La plataforma está construida en el acantilado, de modo que la piscina es de las infinitas, de las que da la sensación de que el agua desaparece en el océano. Me siento a una mesa a la sombra y desbloqueo el móvil con la intención de eliminar mensajes de correo antiguos.

En cambio, veo el mensaje de la noche anterior y el sorbo de café que acabo de beber me cae como una piedra en el estómago.

Sé que Devlin está ocupado, pero quiero saber cómo va el asunto, por ello le mando un mensaje con tres signos de interrogación.

No espero que me conteste de inmediato, así que me llevo una grata sorpresa cuando no solo lo hace, sino que me llama.

—Hola —digo—. Sé que estás ocupado. No quería interrumpirte.

—Llevo toda la mañana queriendo llamarte. Estoy en Las Vegas. Hay unos problemillas de seguridad de los que tengo que ocuparme.

—Ya me he enterado —respondo—. Me he pasado a verte esta mañana.

—Siento no haberte visto.

—Lo mismo digo —le aseguro—. Supongo que no has tenido tiempo de averiguar nada sobre el mensaje de anoche.

—Era mi prioridad —me dice con esa ferocidad en la voz que me asegura que va en serio—. Pero no hay nada que decir. Lo mismo que el otro. Teléfono desechable. Papelera. Edificio de Lamar.

Echo un vistazo a mi alrededor, como un acto reflejo.

—Lamar no ha...

—Lo sé —me interrumpe, y lo hace con tal seguridad que me arranca un suspiro de alivio—. Pero alguien quiere sembrar la duda.

—¿Creen que escogeré un bando? Pero ¿por qué? ¿Qué sentido tiene?

—La verdad, no tengo ni idea de qué va todo esto —me contesta—. Salvo exponerme. Pero ¿qué saben? ¿O qué creen saber? ¿Quién es mi padre?

—¿O qué le pasó a mi tío?

—Exacto —dice.

Frunzo el ceño y miro a mi alrededor para asegurarme de que estoy sola junto a la piscina.

—¿Deberíamos hablar de esto por teléfono?

—Es seguro. He tomado precauciones.

—Ya, claro que las has tomado.

Mientras él suelta una risilla, suspiro.

—Quiero saber quién está jugando con nosotros —digo—. Y pienso en el momento en el que recibí el mensaje. Me llegó justo después de que me entregaras las rosas. Alguien nos está vigilando —añado, tanto para Devlin como para mí—. No puede ser una coincidencia.

—Dicen que te estabas follando a un hombre peligroso. Es un comentario general.

Me abrazo.

—No me gusta.

—No tiene nada que pueda gustarte. Pero hasta que no sepamos quién está detrás, no podemos hacer mucho. Además —dice suavizando la voz—, ya sabes que soy peligroso. Yo mismo te lo he dicho.

—Y sabes que me pone el peligro. —Me obligo a decirlo con voz traviesa porque sé que quiere relajar el ambiente—. Pero el tema no es ese. Lo que no me pone nada es que alguien nos esté acosando.

—Encontraremos respuestas —me dice en voz baja.

Pienso de inmediato en Ronan, pero me muerdo la lengua. Devlin me ha dicho que anoche habló con su amigo y que todo está bien. Como confío en él, intentaré creérmelo.

Lo que, por desgracia, reduce mi lista de sospechosos a cero.

Frunzo el ceño y me concentro de nuevo en la pregunta que me ronda la mente.

—¿Cuándo volverás? Regina me dijo que al final del día.

—¿Has hablado con Reggie?

—Me dijo que estabas en Las Vegas.

«Las Vegas», pienso.

El nombre se me ha quedado grabado en la cabeza y, antes de responderle, me oigo decir:

—Ah.

—¿Qué pasa?

—Las Vegas —digo—. Creo que su cara me suena de Las Vegas.

—Nena, ¿estás hablando en clave o...?

—Lo siento. Ya te dije que me sonaba su cara. Ahora creo que es porque la recuerdo de haberla visto en Las Vegas. ¿Estaba allí cuando fuimos nosotros?

Por un instante, la línea se queda en silencio.

—¿Devlin?

—Perdona. Alguien me ha hecho una pregunta. La verdad, no me acuerdo. Viene a menudo. Forma parte de los voluntarios que trabajan en el centro de reinserción y formación del Fénix. Pero no recuerdo si estaba en la ciudad esos días.

—Se lo preguntaré la próxima vez que la vea.

—Se parece un poco a la protagonista de esa comedia nueva, esa que tiene un perro —me dice—. Los carteles están por todas partes.

—Sí, puede.

—¿Importa?

—Pues no —contesto—. Es que no dejo de darle vueltas.

—¿Sabes a lo que no dejo de darle vueltas yo?

Sonrío.

—Dímelo.

—A que no voy a verte hasta mañana.

—¿Eso quiere decir que Regina se equivocaba? —Capto el deje decepcionado de mi voz y hago una mueca. No quiero que se sienta mal por tener que trabajar—. Lástima que tengas que quedarte ahí.

—Pues sí. Las cosas están peor de lo que pensaba. Parece que voy a tener que trabajar toda la noche para arreglar el dichoso problema.

—¿Quieres hablar del tema?

—No. Preferiría hablar contigo. Preferiría estar contigo.

—¿En serio? —Se lo pregunto con un tono sensual—. ¿Y qué haríamos?

—¿Te sentirías decepcionada si te dijera que solo quiero abrazarte? ¿Llevarte a cenar y hablar contigo de cualquier cosa que no sea tu tío, mi fundación o el pasado de los dos? Quiero mirar al futuro contigo, El. —Sus palabras me hinchán el corazón al tiempo que me dejan sin aliento—. Quiero estar en la playa contigo y mirar las estrellas mientras el futuro se extiende delante de nosotros y pensamos en todas nuestras posibilidades. Solo eso —añade—. Solo tú.

—Sí —digo, con el corazón tan rebosante que casi no me salen las palabras—, creo que es una idea maravillosa.

—¿**A** quién vamos a ver, además de a Cotton? —me pregunta Lamar cuando nos ponemos en marcha.

—Longfeld —lo corrijo—. Cotton era un alias.

—Cierto.

—La primera cita es con Leon Ortega. Es el hombre que arregló a Shelby para mi tío Peter antes de que me la regalara.

Mi padre hizo gran parte del trabajo, pero Shelby solo fue un pasatiempo para él y no parecía acabar nunca con ella.

Después de que lo mataran, el coche se quedó en el garaje con el interior y el exterior parcialmente restaurados. Yo era lo bastante joven como para no incluirlo en mi lista de preocupaciones, de manera que me olvidé del coche con el que tantas horas había pasado mientras mi padre estaba vivo.

No me enamoré de él hasta que cumplí los dieciséis años y vi el Shelby Cobra de 1965 restaurado por completo, esperándome en el camino de entrada de casa el primer día de instituto. Además de ser un detallazo por parte de mi tío y tutor, supuso la culminación de un proyecto que mi padre siempre quiso completar y regalarme cuando tuviera la edad suficiente.

Claro que, por supuesto, no fue mi tío quién se encargó de arreglarlo. Dado que carecía de las habilidades necesarias, contrató a alguien para que hiciera el trabajo.

—Al parecer, Ortega era su mecánico cuando vivía en Los Ángeles, y después de mudarse a Laguna Cortez le pidió que se encargara de reparar a Shelby.

—O son amigos íntimos o el tipo es un gran mecánico.

—Es lo que he supuesto —sigo—. Mira en la guantera. En la carpeta de plástico hay copias de todos los papeles de Shelby.

—¿Los llevas siempre encima?

Me encojo de hombros.

—Nunca se sabe. Las facturas son casi todas del taller de Ortega. Tal vez sea una empresa legal y todo lo que quieras, pero me da en la nariz que un taller mecánico de coches es el sitio ideal para blanquear dinero y usar piezas robadas.

Lamar hojea los papeles y guarda de nuevo la carpeta en la guantera.

—Es posible. ¿Alguna prueba sólida, además del pálpito?

—La verdad es que no. *The Spall Monthly* tiene en nómina a un investigador privado, así que le pedí que investigara a Ortega. Limpio como una patena. Aunque eso podría indicar que se le da muy bien lo que hace.

—Cierto.

Hay un par de personas más en mi lista de Los Ángeles, y le pido a Lamar que saque el cuaderno de mi bolso y ojee mis notas. Casi todas las personas vinculadas a la red de tráfico de drogas de Peter han sido juzgadas y encarceladas. He pedido entrevistarlas en las distintas cárceles en las que cumplen condena y espero respuesta de las autoridades.

En cuanto a las personas con las que Peter tenía negocios legales —o supuestamente legales—, no he encontrado muchas pistas en Los Ángeles. Mi tío invirtió dinero en un túnel de lavado de coches y tengo la intención de hablar con el propietario actual. También entrevistaré a la familia que vivía en la casa de al lado. Nunca se sabe lo que ve la gente. Su casa está de camino al taller mecánico de Ortega y, aunque no he llamado para concertar una entrevista con ellos, mi intención es pasarme, a menos que vaya muy justa de tiempo.

Aparte de eso, y a pesar de haber buscado más pistas en los diarios de mi madre, gran parte de lo que sé sobre el negocio ilegal de Peter está relacionado con Laguna Cortez. Por eso espero que Ortega o Longfeld tengan una buena pista que ofrecerme. Para descubrir cómo y por qué mi tío se vio envuelto en una trama criminal, necesito encontrar el origen. Y está en algún lugar aquí, en Los Ángeles. El problema es que no sé dónde sucedió ni qué fue.

Sin embargo, estoy decidida a averiguarlo.

—Quizá esa gente, los vecinos y el dueño del lavado de coches, no quiera hablar contigo. Y aunque tuvimos suerte con Tom porque te dio la pista de Cotton, lo siento, de Longfeld, es posible que no diga ni pío.

—Lo sé. Pero debo intentarlo.

—¿Ah, sí?

Reduzco la velocidad al ver que hay un atasco y aprovecho la pausa para mirarlo con gesto interrogante.

—¿Qué quieres decir?

Siento un nudo en el estómago y me pregunto si es el momento de preguntarle sobre lo que pasó entre él y Devlin. Sé que Devlin piensa que ya está todo solucionado entre ellos, pero quiero oírse lo decir a Lamar.

Se ajusta las gafas de sol. Tienen cristales de espejo, lo que significa que, aunque me está mirando de frente, no puedo verle los ojos.

—No lo sé, Sherlock. Es que... A ver, hasta ahora lo entendía. Necesitabas conocer de verdad a tu tío, y te sorprendió que estuviera involucrado con El Lobo. Pero la sorpresa ya ha desaparecido, y todo pasó hace mucho tiempo.

—Era mi último pariente vivo.

—También lo entiendo. Pero ¿quieres cargarte todos los recuerdos que tienes de él? Ya no estás sola. Me tienes a mí. Tienes a Brandy. E incluso has recuperado a Alex.

El tráfico ha comenzado a moverse de nuevo, así que me aferro al volante y me concentro en la carretera.

—No es cierto. Tengo a Devlin. —Trago saliva y añado—: Y me sorprende que lo cuentes entre mis allegados.

—Joder, Sherlock.

Resopla e intenta acomodarse en el asiento, aunque en realidad es demasiado alto para estirarse mucho.

—Devlin me ha dicho que estáis bien —comento—. ¿Tú también lo ves así?

Asiente despacio con la cabeza.

—¿Bien? Sí, esa conclusión me vale.

—¿Pese a... todo?

—¿A qué te refieres con «todo»? Lo único que tengo claro es que él antes era Alex y que su padre era un gilipollas. —Se vuelve y me mira fijamente—. Cualquier otra cosa que pueda pensar solo es una suposición. Y además eso pasó hace mucho tiempo.

—Vale. —Me siento aliviada—. Mucho no, muchísimo tiempo.

—Y eso me lleva al punto de partida.

Frunzo el ceño y aparto los ojos de la carretera para mirarlo.

—¿A qué te refieres?

—Tú lo has dicho: Alex no está. Peter tampoco. Pasas demasiado tiempo mirando el pasado, pero tienes un presente bastante bueno delante de las narices. Y, como sigas buscando, creo que no encontrarás nada agradable.

—¿Crees que no seré capaz de asimilarlo?

—Creo que ya has asimilado bastante. Y te digo más: me apuesto lo que quieras a que Devlin está de acuerdo conmigo.

No replico porque, por supuesto, tiene razón. Avanzamos algunos kilómetros, supuestamente en silencio, aunque no me lo parece. Mi cabeza es un hervidero de pensamientos. Hasta el punto de que no me queda más remedio que hablar.

—Necesito respuestas —digo—. Punto. Quería a mi tío. En serio, lo quería de verdad. No más que a mis padres, era un cariño distinto. Mis padres eran una realidad tangible, ¿entiendes? Nunca pensé que debía quererlos o en lo que sentiría si los perdía. Eran... mis padres, y ya. Ojalá hubiera reflexionado más al respecto. Ojalá los hubiera querido más. Pero no lo hice. —Respiro hondo—. El caso de mi tío es distinto. No supo ejercer bien el papel de figura paterna, pero fue mi salvavidas. Y me pasé todo el tiempo que vivimos juntos pensando en él porque me aterrorizaba la idea de perderlo. —Me humedezco los labios, pero no puedo frenar el torrente de palabras—. Sabía lo que representaba en mi vida, porque ya había perdido mucho, y él era un ancla en un mar muy revuelto. Lo quería. Lo respetaba. Joder, estaba segura de que me daría la luna si se la pedía. Y ahora me entero de que era un traficante de drogas. Y no un mindundi, sino un pez gordo.

—Ellie...

Mantengo la mirada clavada en la carretera y me encojo de hombros.

—Necesito respuestas —repito—. Nada más. Solo necesito respuestas.

Lamar no dice nada, pero interpreto su silencio como un asentimiento. Quizá no esté de acuerdo conmigo, pero me entiende. Un pesado silencio nos acompaña mientras avanzamos de forma inexorable hacia Los Ángeles.

No hemos tardado mucho en llegar, así que decido conducir primero hasta el lavado de coches y después a la antigua dirección de Peter en Beverly Hills. Sin embargo, el túnel de lavado ha cerrado y, aunque los últimos días he dejado un montón de mensajes tanto al antiguo dueño como al actual, no he recibido respuesta de ninguno de los dos. Lo considero un fracaso. Al menos, por el momento.

Con los antiguos vecinos de mi tío tenemos más suerte, pero solo en el sentido de que lo recuerdan como un buen hombre que siempre los saludaba. Aparte de eso, nada. Eso significa que Peter no estaba haciendo nada ilegal desde su casa, o que lo hacía con mucho cuidado.

Terminamos de vuelta en Shelby, ambos en silencio mientras recorremos más kilómetros. Estamos a punto de llegar a Thousand Oaks cuando decido que estoy cansada de mis pensamientos y que quiero aligerar el ambiente.

—¿Quedarás con Millie otro día? Sé que estaba disgustada por no habernos visto hoy.

Inclina la cabeza y se baja las gafas con un dedo para mirarme.

—¿Ahora lees la mente o qué?

—¿Por qué? ¿He acertado? ¿Le has mandado un mensaje? ¿Has concretado fecha?

—Más bien no —me contesta—. Lo estuve pensando, pero anoche Tracy y yo tomamos unas copas en la piscina. —Se mueve en su asiento—. No sé. Supongo que he perdido interés. No me malinterpretes, Millie es estupenda, pero...

—Vaya, vaya. Qué interesante.

—No le des mucha importancia.

—¿Con qué frecuencia quedáis en la piscina?

Lamar frunce el ceño, pero me percató de que lo hace para disimular una sonrisa.

—Cada vez con más frecuencia —confiesa.

—Sigue.

Espero que proteste porque no haya nada más que contar, pero al final dice:

—La otra noche anulé una cita con Carlton para ver *El halcón maltés* con ella en The Prestige.

—Yo ni siquiera sabía que la estaban poniendo. Qué mal. —El cine de la ciudad programa algunas películas de estreno en la cartelera, pero está especializado en los clásicos—. Claro que tampoco te habría agitado la fiesta.

—Te lo agradecemos.

—Has visto esa película por lo menos doce veces.

—Cierto. Pero ella no la había visto.

—Vaya, vaya —repito—. Y en cuanto a Carlton, ¿no me dijiste que era tu...? ¿Tu forma de desestresarte? ¿Me estás diciendo que salir con Tracy te..., mmm, te relaja?

—Al contrario. Cuando la dejé, seguía muy tenso. Tengo ganas de que eso cambie.

—¡Uau! —exclamo con una sonrisa mientras agarro con fuerza el volante.

—Ya lo sé...

—Devlin y yo. Brandy y Christopher. Ahora tú y Tracy. Nuestro pequeño trío está desplegando las alas.

—Que yo sepa, por lo que se refiere a Tracy y a mí, y a Brandy y Christopher, de momento Devlin y tú sois los únicos que estáis desplegando

las alas o lo que sea.

—En eso tengo suerte.

—Yo no lo echaría de mi cama —comenta Lamar—. Ni siquiera lo habría hecho cuando pensaba que era un gilipollas peligroso.

Me alegro un poco, porque sé que ese comentario tan arrogante insinúa su reciente aprobación.

—Bueno, ¿qué piensas de Christopher?

Lamar se encoge de hombros.

—Es un escritor de suspense cuyo héroe es un detective. ¿Cómo va a tener algo malo?

—Brandy está contentísima. Y cuenta con la aprobación de *Jake* —añado al pensar en cómo lo persigue *Jake*, suplicándole que le acaricie la cabeza y la barriga—. Así que supongo que debe de ser buena gente.

—Al menos está coladito por ella.

—Sí. Creo que es muy tierno.

—Entonces... ¡Mierda! Es esa salida. Te dije que no me dejaras el navegador a mí. ¡Joder!

Cruzo tres carriles mientras Lamar suelta un sinfín de tacos.

—La próxima vez conduzco yo —masculla.

Me limito a sonreír. El corazón me late con fuerza, estoy con uno de mis mejores amigos y voy de camino a obtener respuestas.

Pese a la ausencia de mi novio, al fracaso de las dos primeras paradas y al mensaje chungo de anoche, me siento fenomenal.

El mecánico que arregló a Shelby, Leon Ortega, todavía trabaja en el mismo taller de Thousand Oaks que emitió las facturas que tengo en la guantera. A juzgar por el aspecto del negocio, lleva en el mismo sitio desde que Henry Ford lanzó su primer vehículo.

—Así que eres la sobrina de Peter —dice, al tiempo que me tiende una mano callosa con unas uñas sorprendentemente limpias para ser un mecánico que se pasa el día trabajando con coches antiguos—. Encantado de conocerte. Siento mucho lo de tu tío. Era un buen hombre.

—Gracias —respondo, y me pregunto si él está tan limpio como sus uñas, o si se las apaña para mantener oculta la suciedad—. Si le soy sincera, era muy joven cuando lo mataron, y ahora trato de averiguar más sobre él.

Me mira de arriba abajo.

—Un poco tarde, ¿no? Lleva muerto..., ¿cuánto? ¿Unos diez años?

—Más o menos —contesto—. La verdad es que me marché de Laguna Cortez después de su muerte y he vuelto hace poco. Podría decirse que abandoné mi vida y nunca me preocupé por averiguar lo que le sucedió ni por qué.

—Recuerdo cuando le dispararon. Fue poco después de que acabara de reparar tu coche. —Acaricia el capó de Shelby—. Así que tenía a tu tío en mente cuando oí las noticias.

Asiento con la cabeza y me doy cuenta de que me estoy abrazando.

—Se decía que estaba implicado en negocios ilegales y desagradables. —Me mira—. ¡Vaya por Dios! ¿Lo sabías?

—Sí, estaba al tanto. Eso es lo que trato de averiguar. Cómo es posible que acabara involucrado en todo eso.

Frunce el ceño, y las arrugas de esa cara curtida se hacen más evidentes mientras se frota la barba canosa.

—Dudo que pueda ayudarte con eso. A mí me pareció un hombre legal.

Miro a Lamar, que sabe reconocer una señal cuando la ve. Avanza un paso con la mano tendida.

—Soy el detective Lamar Gage —se presenta—. Trabajo en el departamento de policía de Laguna Cortez.

Ortega lo mira y después clava sus ojos en mí.

—¿Qué hace la policía investigando a un hombre que lleva diez años muerto?

—No estoy aquí de forma oficial —contesta Lamar, y es cierto. Pero tener al lado un detective de carne y hueso puede hacer que algunas personas se pongan nerviosas y acaben soltando la verdad—. Ayudo a la señorita Holmes, nada más. Resulta que Peter White disgustó a El Lobo, y ella intenta averiguar más detalles al respecto. ¿Conoce ese nombre?

—Me suena, sí. No era un nombre habitual en mi entorno, pero ahora que lo pienso, recuerdo los rumores que corrieron después de que mataran a Peter. Hablé con otros clientes que lo conocían. Decían que acabó metido en el negocio de la droga, la prostitución y demás. —Sacude la cabeza y se le ve desconcertado—. La verdad, el Peter White que yo conocí nunca haría algo así.

—Opino lo mismo —admito—. ¿Tiene los datos de contacto de esos clientes?

El hombre niega con la cabeza.

—Lo siento, no tengo nada. Ninguno ha vuelto a venir, y perdí todos los registros cuando se cascó el antiguo disco duro. Fue antes de que aprendiera a

hacer copias de seguridad y eso. —Mira a Lamar y luego a mí—. No sé qué más puedo decir.

—La verdad, yo tampoco —reconozco—. Mi tío usaba su taller cuando vivía en Los Ángeles, ¿verdad? ¿Y siguió viniendo después de mudarse a Laguna Cortez?

—Sí, sí. Le restauré un Jaguar E-Type y un precioso Corvette del 67 cuando vivía en Los Ángeles. No reparaba coches, pero le encantaba conducirlos. Tenía otros más que había comprado en buenas condiciones. No los restauré, pero les hacía el mantenimiento. Siempre me pregunté cómo conseguía el dinero para comprar todo aquello, pero llegué a la conclusión de que el negocio de la construcción era una mina. Los Ángeles nunca ha dejado de crecer, ¿verdad?

—Y tanto —convengo—. ¿Sabe si vendió esos coches? Solo recuerdo un Chevrolet Suburban que usaba cuando tenía que transportar cosas y un Mustang descapotable. Pero no era un clásico.

Me pregunto qué pasó con los demás. ¿Abandonó el pasatiempo? ¿O tal vez usó la restauración de coches para blanquear dinero, algo que dejó de hacer cuando se mudó a Laguna Cortez? Frunzo el ceño, ya que no me gusta haber llegado al punto de pensar que todo lo que hacía mi tío era ilegal.

—No sé qué hizo con ellos, sinceramente. Nunca hablamos del tema.

—¿Y después de que se mudara al condado de Orange? ¿Se pasaba por aquí con regularidad? ¿O solo vino para encargarle la reparación del Shelby Cobra?

—No puedo decirte si estuvo más veces en Los Ángeles —contesta Ortega—. Pero aquí solo vino para el tema de tu coche.

Miro a Lamar, que inclina la cabeza para darme la razón. Este camino no nos llevará a ninguna parte. Así que decido ir directa al grano:

—Voy a decirle una cosa y, por favor, espero que no se lo tome a mal, pero tenía la esperanza de que mi tío le hubiera pedido que lo ayudara con sus chanchullos. Para mover piezas de coches robadas o blanquear dinero.

—Pero no hemos venido por eso —lo tranquiliza Lamar—. Cualquier cosa que nos diga será extraoficial. No pienso repetir nada de lo que oiga.

—Bueno, no sé si creerle o no, detective. Pero el caso es que no importa, porque nunca me pidió que hiciera algo así. Además, jamás hubiera accedido. Mi padre y mi abuelo trabajaban en la seguridad privada. Y mi bisabuelo fue un agente de los Pinkerton.

Me encuentro con la mirada de Lamar. Una familia dedicada a hacer cumplir la ley no garantiza que una persona sea trigo limpio, pero siempre da

confianza.

—Tu tío lo sabía. —Ortega sonríe—. Tal vez por eso nunca me lo pidió. Quizá era consciente de que tendría que buscarse otro mecánico si yo me enteraba de los tejemanejes que se traía entre manos. —Acaricia de nuevo el capó de Shelby—. Has hecho un buen trabajo manteniéndola a punto —me dice. Asiente con la cabeza como si nos conociéramos desde siempre, y parece tan orgulloso de mí como lo estaría de su propia hija—. Me alegro de que lo hayas traído. Siempre es bueno volver a ver uno de mis coches.

—Ha sido un placer. Me alegro de que recuerde a mi Shelby.

Miro a Lamar sin saber qué más puedo preguntar.

—¿Alguna vez vio algo raro? —nos interrumpe él—. ¿Trajo Peter alguna vez a alguien que le diera mala espina?

—¿Que me diera mala espina? No. No puedo decir que me gustara su novia; sinceramente, nunca he entendido cómo un hombre puede salir con una mujer más joven que él. Yo prefiero tener una mujer con la que pueda hablar. Pero no sé si debo sacar a relucir ese tipo de cotilleo delante de su sobrina.

Por primera vez caigo en la cuenta de que apenas vi a Peter con mujeres. Solo recuerdo a algunas a las que invitó a cenar a casa de vez en cuando. Y, que yo sepa, nunca se casó.

—¿Puede describirla? —pregunta Lamar.

—Lo acompañó dos veces, cuando venía a ver cómo iba el Shelby Cobra. Era joven, rubia y de ojos azules, muy guapa. —Sonríe—. Recuerdo que me pregunté si tendría la edad suficiente para beber.

—¿Tan joven era? —Estoy pensando que la chica no podía ser mucho mayor que yo.

Y ahora que el señor Ortega lo ha mencionado, tengo un vago recuerdo de haber visto a mi tío una o dos veces con una rubia no mucho mayor que Alex.

En una ocasión, yo había salido a pasear por la playa y volví a casa antes de lo que mi tío esperaba. Me había hecho un corte en un pie con una concha rota y quería ir a casa para limpiarme la herida.

No la vi bien, pero estaba de pie en el porche trasero, con la parte de arriba del bikini y un pareo transparente envolviéndole las caderas. Llevaba un sombrero de paja de ala ancha que le cubría la cara, pero sobresalía una coleta rubia. Su cuerpo me dejó claro que era mayor que yo, pero todavía joven. Incluso por un momento me pregunté si habría ido a ver a Alex, y recuerdo que me sentí incómoda por la posibilidad de que estuviera saliendo con otra además de hacerlo en secreto conmigo.

Cuando me acerqué a la casa, ya se había ido. Después pregunté al tío Peter por ella, y me dijo que era una vecina de la ciudad que había ido a verlo para hablar de un asunto de negocios local. No me resultó tan interesante como para profundizar más en el tema.

—¿Sabe su nombre?

—Lo siento. Ni idea —contesta el señor Ortega, que niega con la cabeza a modo de disculpa.

Tanto Lamar como yo le hacemos algunas preguntas más tratando de refrescarle la memoria para ver si recuerda algún detalle que nos ayude a identificarla, pero no recuerda nada.

Eso significa que, cuando volvemos a Shelby y ponemos rumbo hacia Panorama City para hablar con el señor Longfeld, tengo una pregunta más sobre Peter y ni una sola respuesta.

—Pensaba decírtelo en el camino de vuelta —me dice Lamar mientras recogemos las cosas de la mesa.

Hemos comido un burrito enorme en la terraza de un restaurante familiar que el señor Ortega nos ha recomendado. No es el almuerzo caro que Lamar quería que costeara *The Spall Monthly*, pero nos moríamos de hambre. Y según cuándo acabemos, tal vez mi revista nos pague unas copas en un bonito hotel mientras esperamos a que el tráfico disminuya.

—He estado husmeando en la vida de Ronan —comenta.

Tiro una servilleta arrugada en la papelera y me vuelvo para mirarlo.

—¿Has encontrado algo?

—¿Devlin sabe que lo estás investigando?

Ladeo la cabeza y le dirijo una mirada elocuente antes de echar a andar hacia Shelby. Espero hasta haberme sentado al volante y que él se acomode a mi lado para contestar.

—Devlin sabe que tengo mis dudas —contesto con diplomacia. Arranco el coche y me interno en el tráfico antes de mirar a Lamar—. No las comparte.

—Genial. Ese tío y yo tenemos una frágil tregua, y tú haces que me ponga a buscar trapos sucios de su colega.

Me encojo de hombros, aunque me siento un poco culpable. Pero no tanto como para no querer la información.

—No voy a pedirte más, pero ya has husmeado. Podrías contarme lo que hayas averiguado. ¿Y adónde vamos? ¿Puedes buscar la ruta para ir al trabajo de Longfeld?

Me coge el móvil, que tengo en un soporte en el salpicadero, y le doy el código para desbloquearlo.

—La dirección está en las notas.

Se desplaza por la pantalla y, según el navegador, tenemos que regresar hasta la 101, seguir por ella durante media hora y luego tomar la 405.

—Fue compañero de Alejandro López en el curso de formación para tiradores de precisión —me dice Lamar en cuanto me pongo en el carril de la izquierda—. Así que supongo que se conocieron allí.

Asiento con la cabeza.

—Devlin me lo dijo. En el ejército.

—La cosa se pone interesante porque a Alejandro lo licenciaron «por conveniencia del Gobierno» —añade con retintín para resaltar las últimas palabras— después de solo dos años de servicio. ¿Lo sabías?

—No —contesto—. Pero no creo que lo guarde en secreto. Solo que no hemos hablado de su paso por el ejército. ¿Qué quiere decir eso, por cierto?

—Me ha costado averiguarlo. Al parecer, quiere decir cualquier cosa que al Gobierno le vaya bien. A veces se usa cuando un soldado necesita abandonar su puesto por problemas familiares. Otras veces, cuando reclutan a alguien para el servicio de inteligencia. Teniendo en cuenta el momento, creo que Alex, Alejandro, solo quería desaparecer.

—El momento —repito—. ¿A qué te refieres?

—A que fue justo después de que mataran a Daniel López. Devlin me dijo que se esforzó por olvidarse de Alex y convertirse en Devlin en aquel momento. Como heredero, Alex habría estado en el punto de mira.

Lo miro de reojo.

—Creía que estabas husmeando sobre Ronan.

—A eso voy. Están muy relacionados, ¿no?

—Vale, vale. ¿Qué tienes?

—En la época en que Alejandro desaparece como por arte de magia, aparece Devlin Saint. Los informes muestran que se alistó a los diecisiete, que fue ascendiendo y que acabó en las fuerzas especiales. Ahora sabemos que parte de esa historia es inventada, pero más o menos al mismo tiempo, Ronan Thorne pide el traslado a esa unidad. Y después de eso, de repente, no puedo encontrar nada sobre ninguno de los dos.

—Quizá acabaron trabajando para Inteligencia.

Es una suposición, pero me parece bastante buena. Por supuesto, Devlin me la puede confirmar.

—Eso es lo que sé —termina Lamar—. Supongo que, si Ronan pertenecía a las fuerzas especiales, tiene unas habilidades de la leche. Y eso hace que sea peligroso. Algo estupendo si lucha contra el enemigo. Pero no tanto si cree que el enemigo eres tú.

—Devlin está convencido de que Ronan supone tanta amenaza para mí como tú.

Lamar resopla.

—Ojalá pudiera darle la razón, pero de momento me reservo la opinión.

Conduzco en silencio un rato mientras lo asimilo todo.

—Confío en Devlin —digo a la postre en voz baja—. No me gusta enfrentarme a él. —Miro de reojo a Lamar—. Hemos llegado hasta aquí, y nos hemos reencontrado. Creer que podría ser Ronan quién está acosándome... No sé. Empieza a parecerme que es desleal.

A mi lado, Lamar se remueve en el asiento.

—Te estás ablandando, Sherlock.

Me tenso, porque no quiero que nadie piense eso de mí. Pero al instante me relajo, porque no es verdad. Al menos, no en todos los aspectos. Pero ¿y en lo que respecta a Devlin?

—Sí —susurro con el asomo de una sonrisa—, creo que sí.

Harold Longfeld, el antiguo dueño de Suministros para la Construcción Cotton, vive en un estudio que solía ser un trastero, detrás del supermercado de barrio donde trabaja como mozo de almacén. Tiene una ventana y un retrete químico, y, después de tomar aire tres veces, le sugiero que Lamar y yo queremos invitarle a un café en el restaurante que hemos visto a una manzana.

Él nos ofrece tomar un *whisky* en el bar que hay dos portales más abajo, y accedemos gustosos.

—Asqueroso, lo sé —dice cuando nos sentamos a una mesita—. El sitio donde vivo, digo. Pero me lo merezco. Con la vida que he llevado... —Deja la frase en el aire y menea la cabeza—. Nunca quise hacerle daño a esa mujer, pero lo que hice, atropellarla y arrebatársela a su familia, me cambió.

—Me lo imagino —digo en voz baja.

Espero que se pida un café, ya que está hablando de la mujer que mató cuando conducía bajo los efectos del alcohol, pero se pide un *bourbon*.

Dadas las circunstancias, me pido una Coca-Cola *Light*. Lamar, que sin duda quiere empatizar con este tío, se pide una cerveza.

Lamar me pasó la información sobre Longfeld y la repasé ayer, pero no había mucho que no supiera. Lo acusaron de varios delitos financieros, pero ninguno cuajó. Después mató a una mujer, y todo cambió para él. Se arrepintió de su muerte, pero lo más importante era que se arrepintió de la vida que había llevado hasta ese momento.

Según un informe de la comisión que estudiaba la libertad provisional que había encontrado Lamar, empezó a asistir a los servicios religiosos que se ofrecían a los reclusos. Y, según un miembro de dicha comisión, no fue solo porque quisiera cambiar de aires yendo a la capilla una vez por semana. Al parecer, el señor Longfeld había encontrado la fe, hasta el punto de dar clases de estudios bíblicos a otros reclusos, además de enseñar a leer y matemáticas básicas.

En el informe no había mención alguna a mi tío, y Lamar me dijo que había rebuscado en la sala de pruebas y que tampoco había encontrado nada.

Sin embargo, si Peter estaba tan involucrado con El Lobo como creemos, estoy segura de que puedo encontrar alguna prueba de que mi tío estaba en el ajo. Sé que tal vez sean las ganas que tengo de encontrar algo, pero me da la sensación de que está listo para cantar. Y tal vez, solo tal vez, su remordimiento y esta nueva perspectiva lo lleven a revelar los secretos que pueda estar guardando.

Bebo un sorbo del refresco y después lo miro con lo que espero que sea una sonrisa amistosa.

—Le agradezco que hable conmigo. Ya le dije que estoy escribiendo un artículo sobre Peter, pero no es la historia habitual. Era mi tío, y quiero averiguar cómo acabó relacionado con el mundo del crimen. A diferencia de usted, no creo que alguna vez se sintiera mal por lo que hizo. Quizá se habría llegado a sentir así con el tiempo, pero nunca lo sabremos. ¿Puede contarme algo? ¿Sabía por qué trabajaba para El Lobo? ¿Sabe cómo se metió en ese mundo?

—Sé que se sentaba a la derecha de El Lobo —dice Longfeld, e intento con todas mis fuerzas no mostrar reacción alguna, aunque me da vueltas la cabeza por haber conseguido a un informante sólido—. Me dijo que llevaban años siendo amigos. Nunca me contó que se la estaba jugando a López... Y menos mal. No me habría gustado enterarme. Eso me habría puesto una diana en la espalda. Que lo supiera, ya era peligroso.

—¿Cómo lo sabía, si no se lo dijo?

Longfeld resopla.

—Yo blanqueaba cientos de miles de dólares para tu tío. No es un trabajo para idiotas. Sabía lo que hacía. De dónde venía el dinero y adónde iba. —Levanta el vaso y le indica al camarero que le sirva otro antes de apurar el licor aguado—. No te gustará lo que tengo que decirte, pero me lo has pedido, y no veo motivos para no hacerlo. ¿Te parece bien?

Miro a Lamar y veo en sus ojos que me apoya. Después asiento con la cabeza.

—Sí —contesto—. Me parece bien.

—A tu tío le gustaba lo que hacía. Le gustaba el peligro que implicaba. Daniel López era su amigo, sí, pero Peter quería quedar por encima. Le gustaba mirar al demonio y pensar que lo había ganado.

Se me seca la boca y aferro el vaso con tanta fuerza que tengo que obligarme a aflojar para no romperlo. «Me está describiendo», pienso. No en las actividades ilegales, claro. Pero sí en el baile con el diablo. Ese subidón que sientes al hacer algo peligroso y sobrevivir.

Siempre he creído que se trataba del sentimiento de culpa del superviviente y, teniendo en cuenta la vida que he llevado y a todas las personas a las que he perdido, tiene sentido. Pero ahora me pregunto si no lo llevo en la sangre. Si no tengo algo de Peter. Algo más que el parentesco sanguíneo, cierta sombra del hombre que era.

Teniendo en cuenta todo lo que estoy averiguando sobre él, no estoy segura de que me guste esa posibilidad.

Hago lo que puedo por ocultar mis sentimientos y, dado que Longfeld sigue hablando, supongo que lo estoy logrando. Lamar, sin embargo, me conoce demasiado bien, y cuando me coloca una de sus enormes manos en la espalda, le agradezco en silencio al universo haber encontrado a un amigo como él.

—En cuanto a lo de que tu tío no tuvo la oportunidad de seguir mi camino —dice Longfeld—, tengo que decir que te equivocas.

Meneo la cabeza con el ceño fruncido.

—Lo siento. ¿A qué se refiere?

—A arrepentirse, digo. Tuvo la oportunidad de hacerlo años antes de que lo mataran. Pero no cambió absolutamente nada.

Meneo de nuevo la cabeza y lo miro desconcertada.

—¿De qué habla?

—De tu madre. —Lo dice con una voz plana, sin inflexión, y se me revuelve el estómago a la espera de sus siguientes palabras—. Peter robó a El Lobo, y este le hizo una advertencia: «Sigue así y pagarás el precio». —Encorva la espalda—. Y bien que lo pagó.

Miro a Lamar, que parece tan confundido como yo.

—No lo entiendo. ¿Cómo pagó?

Longfeld me mira a los ojos.

—¿De verdad que no lo sabes? El Lobo ordenó que mataran a tu madre como venganza.

Me siento demasiado bloqueada, así que Lamar se encarga de conducir a Shelby de camino a casa.

Cierro los ojos y me apoyo en el respaldo, acurrucándome en el asiento de cuero mientras me dejo llevar por mis pensamientos a modo de perversa meditación. Claro que esa no es la palabra correcta, porque «meditación» sugiere paz y serenidad. Y lo que estoy sintiendo no es en absoluto sereno.

Al contrario, estoy descompuesta. Me siento dolorida, vacía y hecha polvo, como si me hubieran dado una paliza. Rodeada por el ruido del tráfico, dejo que la tormenta emocional me arrastre de la ira al sentimiento de pérdida y a la traición. Y sí, también al amor. Porque eso es lo peor, ¿no? Que quise a mi tío, que lo quise de corazón. Sin embargo, hizo eso. Siguió adelante con sus planes, consciente de que el camino que había tomado acabaría con mi madre en un ataúd.

Joder, a lo mejor lo que hizo no tiene nada que ver conmigo. Lo más probable es que ni siquiera pensara en mí. De hecho, seguramente ni siquiera pensó en mi madre.

Claro que ¿no es ese el quid de la cuestión? Solo pensaba en él y, al hacerlo, dejó un rastro de destrucción a su paso. Un rastro que acaba de destrozarme el corazón.

Hay un accidente en la 5, y el tráfico es una pesadilla, lo que aumenta mi malestar. Intento dormir en el coche, y tal vez hasta lo consigo un poco. Pero me da que no, porque mi intención era dormir y descubrir que al despertar todo había acabado, que había sido una pesadilla, nada más.

Sin embargo, no es así. Cuando llegamos a Laguna Cortez, todo es tan real como cuando salimos de Los Ángeles. Y aunque sonrío a Lamar y le doy las gracias por haber conducido, e incluso le permito que me eche un brazo por los hombros mientras me acompaña hasta la puerta, sé que ve mi dolor.

Y que se siente tan impotente para remediarlo como yo.

—Estoy bien —miento cuando llegamos a la puerta—. De verdad.

—No lo dudo, pero eso no quiere decir que vaya a dejarte entrar sola.

Me besa con ternura en la frente antes de soltarme e introducir el código de Brandy en el teclado de la puerta. Oigo el conocido zumbido de la cerradura y el chirrido de las bisagras cuando abre la puerta. Unos sonidos familiares en un mundo que ya no me parece en absoluto familiar.

Me coge de la mano, como si estuviera acompañando a una niña pequeña a atravesar el umbral. Y así me siento: joven, insegura, asustada y perdida. No me gusta sentirme así. Yo no me veo así, aunque a lo mejor sí soy así. A lo mejor al final he llegado a un punto en el que ya no aguanto más las putadas de la vida. A lo mejor al final esto me ha destrozado del todo.

—Estoy bien de verdad —miento de nuevo. Lamar es mi mejor amigo, pero me encantaría que se fuera. Lo único que quiero hacer es acurrucarme en soledad.

Aunque ni siquiera eso es cierto. Lo que de verdad quiero hacer es acurrucarme junto a Devlin y dejar que me abrace mientras duermo. Porque, si puedo hacerlo, a lo mejor me despierto con más fuerzas por el simple hecho de tenerlo a mi lado.

Sin embargo, está en otro estado, y, aunque quiero a Lamar, con él no es lo mismo.

Consigo sonreír y estoy a punto de besarlo en la mejilla y de empujarlo hacia la puerta, cuando veo una sombra en el suelo de la entrada. Me quedo petrificada, porque no me he dado cuenta de que había alguien más en casa, y grito de alivio al ver que es Devlin.

No soy consciente de que me estoy moviendo hasta que me pego a él y me abraza. Justo entonces se rompe la presa y, antes de que me dé cuenta, las lágrimas corren por mis mejillas y me aferro a él, que me estrecha con fuerza. Por un momento nos quedamos así, abrazados en el pasillo mientras me susurra palabras de consuelo. Al final consigo serenarme y me aparto lo justo para mirarlo a la cara.

—¿Qué haces aquí? Se supone que estás en Las Vegas. ¿Cómo es posible?

—Lamar me envió un mensaje. Me dijo que tenía que estar aquí cuando llegaras porque me necesitabas.

Me doy media vuelta y busco con la mirada a Lamar, que está en el recibidor, con la puerta cerrada a su espalda. Se encoge de hombros.

—Y no me he equivocado.

Le doy las gracias moviendo los labios.

—Has vuelto —le digo a Devlin—. Por mí.

—¿Nena, qué esperabas? ¿Quieres contarme qué ha pasado?

Sus palabras hacen que las lágrimas reaparezcan, simplemente por la certeza de que ha regresado solo porque yo lo necesito.

Entierro de nuevo la cara en su torso y lo abrazo con fuerza mientras oigo que la puerta se abre otra vez.

—... y cuando se metió en el agua, ya me dio el... ¿Hola? —saluda Brandy—. ¿Qué pasa?

De inmediato, *Jake* se aparta de Brandy y Christopher y viene disparado a olisquearme el trasero. Pese a todo, me río y extendiendo un brazo para acariciarle la cabeza.

—No pasa nada —contesta Lamar—. Sherlock, ya hablaremos.

Asiento y le mando un beso.

Él sonríe, sostiene mi mirada un instante y se vuelve para irse, momento en el que roza el hombro de Brandy con los dedos como si quisiera decirle que luego se lo contará todo.

Brandy, por supuesto, no está dispuesta a esperar. Nos mira a Devlin y a mí.

—¿Qué ha pasado?

—He tenido un día asqueroso —contesto—. Lamar ha tenido el detalle de decirle a Devlin que estuviera en tu casa cuando yo llegara.

Veo que Christopher da un tirón a la mano de mi amiga antes de que pueda formular otra pregunta.

—¿Sabes lo que se me ha ocurrido? —Y, sin darle tiempo a Brandy para responder, añade—: Que sería muy divertido ir al cine de la avenida del Pacífico. ¿Cómo se llama? ¿The Prestige? Podemos ver una película clásica. ¿No te parece genial?

La cara de Brandy muestra que le parece la sugerencia más rara de la historia, pero luego me mira y veo cómo de repente se le enciende la bombilla. Se vuelve hacia Christopher y lo mira con una sonrisa deslumbrante al tiempo que asiente con la cabeza.

—Es una idea estupenda. Me pregunto qué estarán poniendo.

—No importa. Sea lo que sea, seguro que nos gustará. Supongo que habrá alguna sesión que empiece pronto, ¿verdad? Si no, nos pararemos a comer algo antes.

—*El halcón maltés* —digo, al recordar que Lamar había quedado con Tracy para verla.

—Buena película —salta Devlin—. ¿Chicos? Gracias.

—De nada —dice Brandy—. Después de la película pararemos a tomarnos unas copas, así que no nos esperéis hasta la una o las dos. ¿Vale?

Christopher, que está a su lado, asiente con la cabeza mientras ella me da un abrazo de apoyo. Sé que le cuesta no pedirme más detalles sobre lo que está pasando, pero no puedo negar que me alegro de que se vaya. En este momento, solo quiero estar con Devlin, y que Brandy lo entienda es otro de los motivos por los que es mi mejor amiga.

—¿Chocolate? —me pregunta Devlin cuando la puerta se cierra tras ellos.

—¿Cómo?

—Es una de mis rarezas —confiesa—. Cuando tengo un día asqueroso, me gusta tomarme un chocolate calentito.

Me doy cuenta de que sonrío.

—En ese caso, por supuesto.

Me coge de la mano y hace ademán de llevarme hasta el sofá emplazado a unos metros de lugar donde la cocina se une con el salón. Le indico que no, porque quiero verlo y hablar con él. Así que cambio nuestra trayectoria hacia la isla y me siento en un taburete desde donde lo veo entrar en la cocina. Abre y cierra todos los armarios y cajones de Brandy, y al final acaba en la despensa con una expresión bastante desconcertada.

—No parece que hagas esto muy a menudo.

—*Au contraire*. Soy un hombre de muchas habilidades. Sin embargo, no es mi despensa. Y aunque tu compañera hace unos *muffins* riquísimos, al parecer no conoce lo que es un cacao del bueno. Pero he encontrado unos sobrecitos de chocolate instantáneo. —Saca uno y empieza a agitarlo—. Recuérdame que le eche una bronca por esto —añade—. Por favor, ¿nubes falsas? Qué horror.

Mi sonrisa se convierte en una carcajada y me siento muy agradecida con Lamar por haberle enviado el mensaje a Devlin.

Vuelvo a estar al borde de las lágrimas. Bajo la mirada, porque no quiero que Devlin se preocupe por lo que en realidad son lágrimas de felicidad, y solo la levanto cuando estoy segura de haber recuperado el control.

Me observa con el ceño fruncido por la preocupación.

—No me pasa nada —le aseguro—. Es que me hace gracia esta inesperada faceta doméstica tuya.

—Soy un hombre misterioso.

Suelto un resoplido burlón.

—Sí. Desde luego.

Me acomodo en el taburete y lo miro mientras llena la tetera y calienta el agua. Acto seguido, con más aplomo del que requiere la elaboración de un chocolate instantáneo, vierte el agua en una de las elegantes tazas de porcelana que encuentra en el armario situado sobre el frigorífico.

Tras colocarla con delicadeza en su platillo, abre una caja de galletas Oreo y coloca dos al lado de la taza.

—¿La señora necesita algo más?

Me tiemblan los labios por la risa, pero respondo con serenidad:

—No gracias. Eso es todo.

—En ese caso, que lo disfrute.

Hace ademán de alejarse.

—No te atrevas a irte. ¿No quieres chocolate?

—Como desee la señora. —Se prepara una taza con el agua aún caliente y se sienta a mi lado en la isla—. ¿Prefieres sentarte en sofá?

Niego con la cabeza.

—No. Me gusta este sitio. Aquí es donde me siento cuando Brandy y yo hablamos. Me parece... —Dejo la frase en el aire porque no acabo de encontrar la palabra adecuada. ¿Familiar? ¿Hogareño? Tampoco es eso lo que quiero decir—. Cómodo —digo por fin mientras me encojo de hombros—. Aquí me siento cómoda.

Se acerca y me pasa el pulgar por la mejilla.

—Por lo que a mí respecta, cariño, a tu lado me siento cómodo en cualquier sitio.

No me doy cuenta de que he empezado a llorar hasta que noto el regusto salado de las lágrimas en el chocolate.

—Gracias por darle la vuelta a un día asqueroso.

—¿Quieres que te pregunte qué ha pasado?

Parpadeo.

—¿Lamar no te lo ha dicho?

—Solo me ha dicho que me necesitabas. ¿Quieres hablar del tema?

—Una parte de mí quiere. Otra, no. —Bebo un sorbo de chocolate mientras reflexiono—. Pero has venido hasta aquí, así que mereces saberlo.

—No, eso depende de ti. Puedes decírmelo cuando estés lista o no decírmelo nunca.

Tomo otro sorbo de chocolate y después mordisqueo una Oreo sin separar las dos capas, porque eso me parece horrible. ¿Por qué inventar una galleta con dos capas y crema entre ellas si quieren que la gente las separe? Yo no

separo los bocadillos de atún, ni los de mantequilla de cacahuete. Es raro, la verdad.

Lo comento con Devlin, que asiente con la seriedad que requiere el asunto.

—De todas formas... —dice justo antes de separar la galleta y arrancar el relleno con los dientes.

—Y yo que creía que te respetaba... —le digo con tristeza, y le pego un mordisco a mi Oreo como Dios manda.

Me pongo perdida de migas, que procedo a limpiar antes de beber otro sorbo de chocolate.

Estoy alargando el momento, por supuesto, pero es una especie de interludio agradable. Sin embargo, cuando Devlin se acerca y me coge una mano, es como si hubiera girado una llave en mi interior. Estoy lista para hablar, pero solo mientras él me toque. Mientras comparta su fuerza conmigo.

Es como si Devlin hubiera abierto unas compuertas. Empiezo despacio, pero no tardo en contárselo todo. La amenaza a mi madre y que mi tío no hizo nada al respecto.

—Sabía que, si no solucionaba las cosas con tu padre, mi madre pagaría las consecuencias. Lo sabía, sin el menor asomo de duda, pero siguió a su aire. Le encantaba esa vida; los riesgos que corría eran para él más importantes que el amor que sentía por su hermana. No lo entiendo, la verdad. ¿Y por qué lo dejó tu padre con vida después de lo de mi madre? Peter robó a El Lobo y, sin embargo, siguió con vida para volver a hacerlo años después en Laguna Cortez. No tiene sentido. No sé en qué estaba pensando.

Devlin se ha quedado blanco como el papel.

—¡Joder! —Menea la cabeza—. No tengo respuesta a tus preguntas, nena. Ni idea. Y por lo que se refiere a Peter, supongo que en el fondo no creía que pudiera suceder. Quería a tu madre, y era el tipo de persona que siempre se salía con la suya. Tenía un ego muy inflado y seguramente creyó que la amistad con mi padre era suficiente para que no lo castigase. —Se encoge de hombros antes de continuar—: No dudo de que fueran amigos, pero Daniel López no lo castigó. Lo castigó El Lobo. Y la mayoría de las personas de su entorno, incluidas las más allegadas, nunca llegaron a entender la diferencia.

—No es el caso de mi tío —protesto—. Sabía cuáles eran los riesgos. Estaba al tanto de lo que El Lobo le hizo a tu madre, ¿no? Lo que significa que sabía que El Lobo también le haría daño a mi madre y permitió que sucediera.

—No sé qué decirte. Tal vez pensó que era un riesgo que podía asumir.

—Pero ese el quid de la cuestión, ¿no? Estaba dispuesto a poner en peligro a sus seres queridos con tal de correr riesgos. —Bebo un sorbo de chocolate porque necesito su reconfortante calor, pero ya está casi frío—. Eso es lo que quiero entender. Quiero descubrir qué lo llevó a ser así. Qué lo cambió. Y ahora mismo me siento muy frustrada porque, la verdad, no tengo ni idea. —Me paso los dedos por el pelo y después me seco las lágrimas que me humedecen los ojos—. No sé cómo hacer esto. No sé qué hacer. Qué sentir. Quiero odiarlo, pero no puedo. Lo recuerdo más que a mi madre. Creía que se ocupaba de mí porque me quería. Pero la verdad es que lo hizo porque se sentía culpable.

Devlin extiende el brazo y me coge las manos con fuerza.

—Peter te quería.

Levanto la cabeza y lo miro a los ojos.

—¿Lo sabías?

—¿Que te quería?

Niego con la cabeza.

—Lo de mi madre.

Abre los ojos como platos y mueve la cabeza de un lado a otro.

—No. Te lo juro por mi madre, no tenía ni idea.

Asiento, contenta de que no haya tenido que cargar con ese peso.

—Longfeld nos ha dicho que a Peter le encantaba la emoción. Debió de pensar que, si había sobrevivido, nada podría hacerle daño, de ahí que se pasara la vida coqueteando con el peligro. Pero tanto fue el cántaro a la fuente que al final se rompió, ¿verdad?

Devlin no responde de inmediato. En cambio, me mira fijamente y el silencio se prolonga durante tanto tiempo que empiezo a sentirme incómoda bajo el peso de su mirada. Al final, dice:

—Tú no eres como Peter, El.

Suelto un resoplido burlón, porque detesto y a la vez me encanta lo mucho que me conoce este hombre.

—La gente tiene distintas facetas. Puedes seguir queriéndolo, El. Es lícito. Y también puedes odiarlo por lo que hizo. No importa lo que estés sintiendo; permítete sentirlo, sin más.

—¿Es horrible que ahora mismo lo único que quiera sea dormir?

En sus labios aparece una sonrisa triste mientras se baja del taburete y extiende los brazos hacia mí. Me ayuda a bajar y, acto seguido, me levanta y me lleva a la cama. Me ayuda a quitarme la ropa y me meto desnuda entre las

sábanas. Es muy temprano, pero el cansancio que siento me arrastra hacia el sueño.

—¿Me abrazas?

—No tienes ni que preguntarlo.

Se desnuda y se mete en la cama a mi lado. Me acerco a él porque anhelo sentir esa piel cálida contra la mía. Sus brazos me rodean y cierro los ojos. Dejo que el mundo se desvanezca hasta que lo único que me mantiene anclada a la tierra es su contacto mientras me deslizo por la memoria y me pierdo en los recuerdos de mi madre, de Peter, de Alex...

Aquí, en este lugar donde los sueños se encuentran con los recuerdos, donde Alex y mi madre comparten el mismo patio con vistas al océano, me siento segura. Aquí puedo colocarme entre ellos y cogerlos de la mano.

Sin embargo, de repente me doy cuenta de que no estoy asiendo nada. Estoy de pie en la playa, con los brazos extendidos y los ojos cerrados mientras escucho cómo las olas rompen en la orilla.

Oigo a alguien detrás de mí y, cuando me vuelvo, descubro a Peter, y me da un vuelco el corazón al darme cuenta de que no solo lo miro a él, sino también el cañón de una pistola.

El corazón empieza a latirme con fuerza. Quiero gritar, pero no puedo. Siento el pulso desbocado en la garganta.

Oigo un clic, pero Peter no ha movido la mano ni ha disparado una sola bala.

Aterrorizada, me doy media vuelta y veo a Devlin.

Acaba de amartillar un revólver.

Y mientras lo miro, mientras grito, aprieta el gatillo.

¡El! ¡El! ¡Ellie! ¡Nena, despierta!

La voz de Devlin me golpea a través del amargo estupor que crea el sueño, y me esfuerzo por salir de la neblina, me obligo a abrir los ojos y a dejar de gritar por causa del atronador disparo. Respiro entre jadeos cuando por fin le veo bien la cara. Me mira a los ojos, con el ceño fruncido y la preocupación pintada en el rostro. Me acaricia una mejilla, me abraza, me besa en la frente y murmura:

—Tranquila, tranquila, nena. Estoy aquí. No pasa nada, no pasa nada.

—Ostras, lo siento. —Me aferro a él intentando recuperar el aliento y el corazón me retumba en los oídos—. Una pesadilla.

—¿Quieres contármela?

Me cambio de postura y me siento mientras intento recomponer lo que recuerdo del sueño; me envuelvo con la sábana como si fuera la mantita de un niño.

—Estaba con mi tío Peter —empiezo, y le cuento el sueño. Al terminar, me escuecen los ojos por las lágrimas—. Mataste a Peter para salvarme —digo cuando Devlin se pega a mí; su cercanía es reconfortante y tentadora a la vez. Me coge una mano y me acaricia la delicada piel de la muñeca—. Mataste a Peter para protegerme —repito—. Algo para lo que hacía falta valor.

—Es fácil demostrar valor en un sueño.

Suelto una carcajada. No puedo decir que sea mentira. Aun así...

Lo miro a los ojos.

—Pero no solo ha sido en el sueño. —Siento como si tuviera el corazón en un puño—. Volví contigo porque te necesito. Porque te he perdonado. Pero hasta ahora no estoy segura de haber comprendido lo que pasaste por mí. —Le pongo una mano en el mentón antes de acariciarle los labios con el pulgar—. Lo que hiciste, lo de mi tío, digo; para eso hacía falta valor. —Al ver que hace ademán de negar con la cabeza, cambio de postura para

sujetársela y mirarlo a los ojos—. Además, a Brandy y a Lamar les has contado la verdad. Para eso también hacía falta valor.

—Técnicamente, tú les has contado la verdad. Y ninguno de los dos se la ha contado a Lamar.

Me encojo de hombros.

—Ya, pero a ver, es listo. Creo que una parte de mí sabía que acabaría averiguándolo. Y no me vengas con tonterías. Tomaste la decisión de que entraran en nuestro círculo. Y por eso te doy las gracias.

—Es fácil ser valiente cuando tienes un motivo.

—¿Yo?

—¿Qué, si no? ¿Quién, si no?

La intensidad de esas preguntas es como una descarga en mis sentidos, de modo que me acerco más. Deseo..., no, anhelo tocarlo. La sábana cae y ambos nos quedamos desnudos. Se me acelera el pulso y se me endurecen los pezones mientras lo beso con ternura, ansiando sentir el roce de su piel en la mía, unir nuestros cuerpos.

Sin embargo, cuando me aparto para mirarlo a los ojos, no solo veo un deseo que compite con el mío, sino también cierto titubeo.

—¿Qué pasa? —le pregunto, desconcertada y un poco decepcionada.

Aparta la mirada.

—Cuando me llamaste en la pesadilla, dijiste Devlin.

Meneo la cabeza, ya que no sé qué tiene eso de raro.

—Tu tío estaba en el sueño. Cuando me conociste con Peter, era Alex. ¿Era Devlin en el sueño?

Se está desvaneciendo, con esa manera que tienen los sueños de borrarse, e intento recordar los últimos vestigios, recuperar las imágenes y examinar el sueño con detenimiento.

—Eso creo. No lo sé. Pero si he dicho eso, debías de serlo. ¿Importa?

Se encoge de hombros con un gesto casi infantil, pero no contesta.

Por un instante, no sé qué pensar, pero después se me enciende la bombilla. Se siente inseguro. Aún no está convencido de si estoy con él por el amor que aún pueda sentir por Alex o si he aceptado por completo al hombre nuevo, a Devlin, con todas sus facetas.

—Estás loco. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Lo estoy?

—Quise a Alex —le contesto mientras me libero de la sábana y me siento en su regazo.

La sábana sigue siendo una barrera, ya que se ha cubierto las caderas con ella al sentarse contra el cabecero de la cama, pero de todas formas noto su erección entre mis piernas. También percibo la tensión que lo invade. Le está costando contenerse. No tomar lo que desea, no apoderarse de mi cuerpo hasta conquistar la pesadilla por mí. Y este momento, ver la vulnerabilidad del hombre a quien quiero, hace que me rebose el corazón.

—Te quiero —digo, aunque desearía que hubiera una palabra que abarcara más en su significado—. Eres el Alex que fuiste, pero también diferente, y tengo espacio de sobra en el corazón para las dos versiones.

Me pone las manos en la cintura con mucho tiento.

—Espero que sea verdad —replica, y su voz tiene un deje acerado que no me espero en este momento tan tierno.

Extiendo un brazo y acaricio el mechón de pelo que le roza el mentón antes de colocárselo detrás de la oreja.

—Devlin... Dime qué pasa.

—Ese es el problema, ¿no? Que no conoces a mi nuevo yo. No del todo. Y ¿la verdad? No estoy seguro de que alguna vez lo conozcas.

Sus palabras me dejan helada, pero me esfuerzo para que no se me note.

—En fin, pero eso pasa con todo el mundo, ¿no? Nunca se puede conocer a alguien del todo. —Le coloco una mano en el pecho y disfruto de la calidez de su piel—. Pero conozco tu corazón. De qué estás hecho. ¿Verdad?

Me mira a los ojos y asiente con la cabeza. Una vez.

—Sí. Lo conoces.

Me inclino hacia delante y apoyo la frente en la suya mientras me acaricia la espalda. No dudo de que me quiere, pero sé que todavía estamos buscando el equilibrio, como un niño que aprende a andar. Nuestra historia de amor cuando fuimos Alex y Ellie fue como una llama brillante, un amor al estilo de Romeo y Julieta que acabó en tragedia, como era de esperar.

Ahora tenemos que empezar desde los pedazos de aquella relación, pero seguimos conectando, tal vez más que antes. Claro que eso no quiere decir que no sea aterrador, y tampoco que no sepamos la verdad: todo termina. Nada es permanente. Y aunque quiero creer que estaremos juntos para siempre, sé que pueden arrebatarlos el sueño en un abrir y cerrar de ojos.

Él lo sabe tan bien como yo, y me pregunto si por eso no me ha dicho que me quiere. No en voz alta. No como hizo Alex.

Me llama El, sí, y eso me consuela, pero nunca ha pronunciado esas palabras tan sencillas. Sé que me quiere. Joder, incluso Tamra dice que me quiere. Pero deseo oír esas palabras. Y creo que, hasta que no las oiga, seguiré

protegiéndome el corazón, aunque sea un poquito, aunque me esté abrazando con fuerza.

Con un suspiro, destierro esos pensamientos tan melancólicos. Me enderezo de nuevo, y el movimiento me recuerda que sigue desnudo bajo la sábana. La pasión se apodera de mi cuerpo, un anhelo sensual, y se me pasa por la cabeza abandonar las preguntas para besarlo y que ambos nos perdamos en el olvido. Es una idea muy tentadora, pero al mismo tiempo quiero algo más que conexión física. Quiero mirar en los recovecos que Devlin mantiene ocultos. Sé que a lo mejor nunca me dejará hacerlo, y ya lidiaré con eso cuando llegue el momento. Pero por ahora voy a seguir llamando a la puerta.

Respiro hondo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —contesta.

—¿Y si nunca nos hubiéramos vuelto a ver? ¿El tiempo que pasamos juntos siendo Alex y Ellie seguiría siendo valioso para ti?

Veo y siento que la tensión se apodera de él, y sé que intenta averiguar de qué agujero oscuro en mi cerebro ha brotado esa pregunta.

—¿Cómo puedes dudarlo?

—Solo lo pregunto —replico en un intento de quitarle importancia.

No aparto la mirada de sus ojos, como si así pudiera ver la respuesta antes de que la pronuncie. Pero no hay pistas en esas profundidades ambarinas. No hasta que dice:

—Voy a contarte un secreto: prefiero a la mujer que está conmigo ahora. Ha crecido y tiene una fuerza imparable. —Se me llenan los ojos de lágrimas cuando añade—: La Ellie de la que me enamoré cuando era Alex era una niña en muchos sentidos. La quería, sí, pero los dos éramos demasiado jóvenes para saber lo que eso significaba. Ahora sabemos lo que tenemos en el otro, y sé qué quiero proteger.

—Devlin...

Me silencia poniéndome un dedo en los labios y sigue hablando:

—Pero mantengo el recuerdo de la El del pasado en mi corazón, donde me acompañará toda la vida. Joder, ella es el motivo de que la fundación esté aquí, es el motivo de que...

—¿Cómo? —Casi no puedo hablar por las lágrimas.

—Ella... Tú eres el motivo de que intente ser un hombre mejor.

—¿Qué quieres decir? Eres de lo mejorcito que hay. Incluso te van a dar un premio. —Lo digo con una sonrisa traviesa, ya que intento aligerar el

momento que tanto me está emocionando.

—¿Te has enterado de eso?

—Tamra me lo dijo. —Me inclino hacia él y le doy un beso fugaz en los labios, orgullosísima de mi hombre—. El Premio del Consejo Mundial por Servicios Humanitarios. Te lo mereces.

—Hay muchas personas que se lo merecen. Me han nombrado a mí, pero todos los que trabajan en la Fundación Devlin Saint tienen un trocito de este premio.

—Pues sí —digo dándole la razón—, pero sigo impresionadísima. —Lo miro con una sonrisa coqueta—. Puede que incluso quiera convertirme en tu fan número uno.

Le tiemblan los labios al contener una sonrisa, momento en el que me lanzo y le acaricio con un dedo la cicatriz que le parte en dos el labio superior.

—¿De verdad? —me pregunta.

—¿Por qué iba a mentirte?

Ladea la cabeza para mirarme con detenimiento y me percato del sutil cambio en el ambiente, como si los electrones que nos rodean hubieran empezado a girar más deprisa, generando calor y creando una fuerza que nos acerca inexorablemente el uno al otro. Mi sorpresa ante sus dulces palabras ha desaparecido. Las bromas ya no están. Ya no queda nada, solo estamos Devlin y yo, y la necesidad desnuda entre ambos.

—No quiero una fan —dice al tiempo que me acaricia despacio con las manos desde la curva del culo hasta la base de la espalda.

—¿Y qué quieres? —Se lo pregunto con voz ronca, y me cuesta la vida no moverme contra él, no frotarme por encima de la sábana contra la dura erección que noto debajo.

—Te quiero a ti —contesta, y me provoca un deseo palpitante entre los muslos—. Quiero saborearte. Quiero hundirme en ti. Te quiero de espaldas bajo mi cuerpo y, joder, El, quiero que sepas que eres mía.

—¿No lo sabes ya?

—Lo sé —me asegura—. Pero quiero sentirlo.

—Sí —susurro.

Mi cuerpo lo desea. Siento un hormigueo en la piel que anticipa sus caricias. Me coloca las manos en los hombros y me pone de espaldas con facilidad. Mientras lo hace, aparta la sábana y nos quedamos desnudos, con la piel bañada por la tenue luz que entra por la ventana.

Tiene una rodilla a cada lado de mis caderas y veo que se la acaricia despacio sin dejar de mirarme a los ojos. Hay un mundo de deseo en su

mirada, y solo pienso en la eternidad. En que, pase lo que pase, siempre seré de este hombre. Me ha marcado. Me ha reclamado como suya. Y mientras siento que me estremezco de deseo, sé que lo que más ansío es que me toque. Que me use. Que me marque. Que me posea.

Lo quiero todo. Tierno y dulce. Duro y dominante. Quiero todo lo que tiene para darme, y me pasaría toda la vida en su cama con tal de conseguir ese objetivo.

—Estás sonriendo.

—Estoy pensando en todo lo que quiero que me hagas —admito—. Y se me están ocurriendo cosas muy traviesas.

Levanta las cejas.

—¿De verdad? Interesante. —Me recorre con la mirada muy despacio, deteniéndose en mis labios y en mis pechos—. Nena, eres preciosa. Cierra los ojos.

Obedezco y arqueo la espalda cuando me coloca las manos en los pechos. Está inclinado sobre mí, de modo que noto su erección en el abdomen, atormentándome mientras me acaricia despacio y me roza los pezones, con suavidad primero, y después con más fuerza, hasta que me muerdo el labio inferior y siento un deseo palpitante entre los muslos, ya que ese dolor tan dulce me recorre desde el pezón hasta el coño.

—Te gusta. —No es una pregunta. Al fin y al cabo, me conoce—. No abras los ojos.

Sigo con los ojos cerrados y él vuelve a cambiar de postura. Ahora tengo su polla entre las piernas, y gimoteo porque lo quiero dentro de mí, no acariciándome el clítoris y los sensibles labios. Quiero que me la meta, y estoy a punto de suplicárselo cuando se lleva un pezón a la boca y me lo chupa, tras lo cual me acaricia la piel con los dientes y me aferra el pecho con una mano mientras me acerca la otra a la boca.

Me meto sus dedos en la boca y le chupo el pulgar como si le estuviera haciendo una mamada, y me alegro al oírlo gemir. Quiero que sienta lo mismo que yo, como si cada gloriosa sensación estuviera aquí para que la disfrutemos. Como si fuéramos las únicas personas sobre la faz de la Tierra y hubiéramos heredado todo el placer.

Grito cuando me mordisquea el pecho, y le rozo el pulgar con los dedos mientras él se desliza por mi cuerpo, y siento la aspereza de su barba en la piel porque me deja un reguero de besos descendiente hasta llegar al abdomen. Los gritos se convierten en gemidos desesperados cuando llega al pubis y empieza a torturarme el clítoris con la lengua. Intento mover las

caderas. Intento frotarme contra él. Intento moverme de modo que su lengua trabaje más deprisa, con más fuerza, que llegue más adentro.

Sin embargo, no puedo hacer nada. Me sujeta las caderas con las manos anclándome a la cama, y ahora estoy completamente a su merced mientras me chupa y me lame el clítoris, llevándome cada vez más alto, pero sin dejarme alcanzar el clímax.

—Por favor. —Acabo suplicándole. Le suplico que me dé lo que necesito—. Por favor —repito, en esa ocasión separando las piernas al mismo tiempo.

La imagen es de lo más erótica. Su cara entre mis piernas, él mirándome a los ojos al tiempo que su lengua juega conmigo de una forma tan íntima... y tan experta.

Hace ademán de levantar la cabeza, pero extendiendo un brazo y le entierro los dedos en el pelo para mantenerlo donde está a la vez que me froto contra él, a sabiendas de que solo quiero llegar a ese clímax y, sobre todo, quiero que sea Devlin quien me lleve allí.

—Dios, sí —susurra contra mí, y su cálido aliento me provoca más estremecimientos.

Con la mano libre me pellizco un pezón al tiempo que arqueo la espalda y cierro de nuevo los ojos. Oigo su gemido ronco, y gimo también, consciente de que me está observando.

Hasta el momento solo ha estado usando la lengua, pero ahora mueve las manos, me levanta el culo con una y me sujeta con fuerza mientras me mete los dedos y los curva para encontrar el punto clave en mi interior.

Jadeo antes de gritar:

—¡Devlin!

Su nombre es como una plegaria, y, cuando estallo, aprisiono sus dedos en mi interior y me estremezco con fuerza, como si todas las estrellas del cielo cayeran a mi alrededor.

—Ay, nena. —Se desliza hacia arriba por mi cuerpo para besarme mientras me derrito debajo de él.

Me penetra despacio y se entierra hasta el fondo con embestidas lentas y comedidas que poco a poco se vuelven más desesperadas cuando me aferro a su culo, animándolo a llegar más adentro. Levanto las caderas para salir al encuentro de sus envites y me penetra con fuerza en una maravillosa posesión después de los deliciosos besos que han servido de calentamiento.

—¡Sí! —grito clavándole los dedos e instándolo a llegar más adentro.

Hasta que por fin siento su estremecimiento; lo recorre por entero y llega hasta mí, enviando oleada tras oleada de placer, arrollándome al tiempo que él grita y se corre en mi interior mientras repito sin cesar «Sí, sí, sí», aunque ni siquiera sé si lo estoy diciendo en voz alta.

Se deja caer a mi lado, y entrelazo nuestras piernas y lo miro a los ojos, porque quiero perderme en su forma de mirarme. Como si yo fuera lo único que existe en el mundo para él.

Nos quedamos así un momento, con la respiración agitada. Después veo que su expresión se ensombrece.

—¿Devlin?

—Lo siento, nena.

El miedo me atenaza.

—¿Que lo sientes? ¿Te has vuelto loco?

—No hemos usado condón.

—Ah. ¡Ah! —Me incorporo con una sonrisa—. Se me ha olvidado por completo. Con todo lo que ha pasado, ni he caído, pero me han dejado un mensaje en el buzón de voz. Me refiero a los de la clínica. Estoy limpia.

—¿De verdad?

—Todo negativo.

Me siento como si estuviera en primaria y hubiera sacado una matrícula de honor en un examen de cálculo avanzado. Teniendo en cuenta cómo he vivido los últimos años, no me merezco aprobar este examen, pero me gusta pensar que es la manera que tiene el universo de decir que aprueba que Devlin y yo estemos juntos.

Devlin me mira con una expresión muy traviesa.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Ah, nada. Solo que tenemos que celebrarlo.

—Señor Saint, si está usted preparado para seguir con la celebración —digo recalcando la última palabra—, no voy a negarme.

—Me alegra oírlo —contesta, y chillo cuando me tiende de espaldas y se sienta a horcajadas sobre mí—. Porque, nena, cuando estoy contigo, siempre tengo ganas de celebración.

Hacemos el amor de nuevo, despacio y con dulzura, y cuando los dos estamos agotados, me acurruco contra él, pero doy un respingo al oír la señal de mi móvil, que indica que me ha llegado un mensaje.

—Lo siento. No puedo creer que se me haya olvidado silenciarlo.

—Y yo no me puedo creer que ese sea el primer mensaje que recibes —dice él—. Hemos tenido suerte.

—Seguramente sea Brandy para preguntar si es seguro volver o si estamos haciéndolo en el suelo del salón. O si sigo fatal.

—Mierda. El suelo del salón. Hemos desperdiciado otra oportunidad. —Rueda sobre el colchón y se apoya en un codo—. Y me alegro muchísimo de que ya no estés fatal.

—Gracias a ti.

Me da unos golpecitos en el labio.

—¿Estás bien?

—¿Estás de coña? Estoy genial. Un poco dolorida —añado al tiempo que le cojo la mano y me la pongo entre las piernas—. Pero eso no quiere decir que me apetezca parar. ¿Vamos a por el oro?

—Alguien está cachondo —se burla él, y entonces me acaricia el clítoris y me provoca una miríada de descargas eléctricas—. Me gusta.

Mi carcajada se transforma en un gemido anhelante... y después se convierte en un suspiro frustrado cuando oído un nuevo pitido.

—Deberías leerlo —me dice, así que, a regañadientes, lo cojo de la mesita de noche.

La cajita del mensaje sale en blanco en la pantalla bloqueada, de modo que desbloqueo el móvil y me quedo helada al ver el mensaje, que desde luego no es de Brandy.

Devlin frunce el ceño al verme la cara y me quita el móvil.

—Joder.

Miro por encima de su hombro y examino de cerca el mensaje que solo dice: «¿Por qué confías en él?».

Va acompañado de una foto, tomada dentro del hotel Fénix de Las Vegas. Lo reconozco, aunque en la foto solo sale la puerta abierta de una habitación de hotel, porque en el letrero que hay en la pared junto a la puerta pone *suite* Sammy Davies en un tipo de letra que me suena.

Es la habitación que compartimos cuando me llevó a Las Vegas. Y en la foto lo veo salir de la misma habitación del brazo de Regina Taggart, que va vestida con una falda ceñida.

Devlin suelta un taco.

—No es lo que parece. Me ha acompañado a algunos eventos, pero no hemos...

—Lo sé —lo interrumpo—. Apuesto a que Reggie ni siquiera estaba hoy en Las Vegas contigo. Es una foto antigua.

—Pues la verdad es que ha estado en la ciudad. Llegó a última hora de la tarde. Pero tienes razón en lo de la foto. Creo que fue justo antes de uno de los

banquetes de entrega de premios de la fundación. ¿Cómo coño lo sabes?

Me encojo de hombros con despreocupación y después señalo la imagen del móvil con la cabeza.

—Por tus gafas, para empezar. Llevas otra montura. Y por sus zapatos. Esos Jimmy Choo son de hace dos temporadas. —Levanto la cabeza, lo miro a los ojos y vuelvo a encogerme de hombros—. Una de mis habilidades —le digo—. Pero esto deja claro que alguien está jugando con nosotros.

—Sí. Alguien está jugando con nosotros.

Me despierto sola en la cama y descubro que la casa huele a beicon. Por regla general, me cuesta levantarme por la mañana, pero hoy no. Lo hago con entusiasmo y sigo el olor hasta la cocina, donde está Devlin.

—Iba a cocinar para ti —digo, sintiéndome un poco culpable—. Volviste de Las Vegas para ocuparte de mí. Así que pensé que era lo menos que podía hacer. —Me encojo de hombros—. Aunque, para serte sincera, soy una pésima cocinera.

Me sonrío. Tiene la barba un poco descuidada, ya que aún no se la ha recortado, y el pelo, alborotado. No se ha puesto las lentillas verdes y así, con esas pintas de recién levantado, está bueno que te mueres.

—Me encanta cocinar para ti. Me he pasado toda la noche deseando que llegara el momento.

Me río.

—La verdad, lo dudo, pero me conformo con ser espectadora. De hecho, me tienta la idea de hacerte una foto para publicarla en Instagram. El problema es que no me acuerdo de cómo se usa... —Soy malísima con las redes sociales. Teniendo en cuenta que puedo contar a mis amigos íntimos con los dedos de una mano, no les veo la utilidad—. Supongo que me la guardaré para mi disfrute.

Espero que proteste al verme sacar el móvil para hacerle una foto, pero acabo riéndome porque pone una pose y apunta hacia el delantal que lleva puesto —que Brandy siempre tiene colgado en la despensa y en el que se puede leer la frase *besa al cocinero*— con la cuchara de madera que está usando para remover los huevos revueltos.

—Creo que ese trapo te sienta mejor que a Brandy. —Lleva los pantalones de pinzas de ayer y una camisa blanca arrugadísima. Ese atuendo tan serio con el delantal encima hace que esté monísimo—. Por cierto, ¿está en casa?

No la oí llegar anoche, pero es posible que estuviera dormida cuando regresó.

Devlin niega con la cabeza.

—Si es así, aún no se ha levantado. Ni Brandy ni Christopher.

Hago una especie de carraspeo.

—Qué interesante. —Cierro la cámara del teléfono y reviso mis mensajes, pero no encuentro nada suyo—. A lo mejor me ha enviado un correo electrónico al pensar que la notificación del mensaje podría despertarme.

—Y por eso es tu mejor amiga.

Me río, porque he pensado eso muchas veces. Efectivamente, tengo un correo electrónico en el que me dice que se queda en casa de Christopher y que no me preocupe. Y que me lo contará todo con pelos y señales cuando vuelva, pero que «eso» no va a suceder y que deje de pensar en guarradas. Después de la última frase, ha puesto un emoji de carita sonriente.

—Al parecer estamos solos tú yo —le digo a Devlin.

—Me alegro por ella. Hacen buena pareja.

—Pero no tan buena como nosotros, ¿no?

—Pues no, desde luego.

Rodeo la isla y le paso un brazo por la cintura para tomar una foto de ambos. Sin embargo, al final es él quien hace el trabajo duro porque tiene los brazos más largos que yo y quiero que en la imagen aparezca el delantal mientras poso como si fuera a darle un beso en la mejilla. Aunque protesta, hace la foto y, cuando la miro, no puedo evitar sonreír. Está un poco torcida, pero es muy tierna.

—Qué pena que anoche no nos diéramos cuenta de que no iba a volver —dice—. Podríamos haber echado un polvo en el salón. Y esta mañana podríamos haber empezado el día en la encimera, o colgándonos de las lámparas. Ya me entiendes. Podríamos habernos aprovechado de su ausencia.

Le sonrío.

—Cállate y termina de prepararme el desayuno.

—Es genial verte sonreír —comenta mientras termina los huevos y sirve el beicon en un plato.

—Ayer fue un día difícil. Tú lo mejoraste. Y, aunque me entristece, estoy deseando empezar con el artículo.

Me mira con expresión dudosa.

—En serio. Me vendrá bien analizar las emociones. Creo que..., no, espero que, aunque Peter estuviera al tanto de los riesgos, fuera lo bastante arrogante como para creer que El Lobo no le arrebataría a mi madre. Pero en

todo caso, sigo asimilando el hecho de que nunca sabré la verdad. —Me encojo de hombros—. Y de que me parezco un poco a él.

Me mira en silencio y niega despacio la cabeza.

—Tú jamás pondrías a alguien en esa tesitura.

—No, pero coqueteo con el peligro a todas horas.

—Ellie...

—Es cierto. —Ladeo la cabeza y le sonrío—. Coqueteo contigo, ¿no es verdad?

Lo veo sonreír.

—Desde luego. —Lleva los platos a la encimera—. Bueno, ¿qué más descubriste ayer?

—Nada concreto —contesto—, pero es posible que haya dado con una pista con la que me puedas ayudar. —Me sigue cuando dejo la cocina y me siento en un taburete de la isla—. ¿Sabes si Peter salía con alguien por entonces?

Se detiene de repente, porque no se esperaba esa pregunta.

—Bueno, de vez en cuando salía con algunas mujeres, si te refieres a eso. Estaba soltero y tenía unos cuarenta años. Pero no creo que fuese en serio con ninguna.

—¿Te acuerdas de alguna en concreto?

Niega despacio con la cabeza, como si tratara de recordar.

—La verdad es que no. En realidad, quería pasar su tiempo libre contigo. ¿Por qué lo preguntas?

Le hablo de la rubia.

—Ortega dijo que era joven. Jovencísima. Hasta el punto de que dudaba de que fuera mayor de edad. ¿Lo viste alguna vez con alguien así? Pienso que, si puedo localizarla, tal vez averigüe algo más.

Devlin no dice nada, pero tampoco me da la impresión de que esté tratando de recordar. En cambio, parece sorprendido.

—¿Qué te pasa? ¿Se te ha encendido la bombilla? ¿Sabes de quién estoy hablando?

Niega con la cabeza.

—No, no, no. Es que... No veo a Peter saliendo con una chica tan joven. —Frunce el ceño—. Por lo que describes, la rubia debía de ser de mi edad, más o menos. No me parecía que Peter fuera de esos. ¿Sabes cuánto duró?

Le indico que no y frunzo el ceño cuando lo miro.

—¿Seguro que estás bien?

—Lo siento. Supongo que, como te pasa a ti, me estoy dando cuenta de que en el fondo tampoco conocí a Peter. —Pincha un poco de huevo con el tenedor, pero no se lo lleva a la boca—. Oye, tengo ocuparme de algunas cosas en el trabajo. ¿De verdad estás bien?

Ladeo la cabeza.

—Es muy tierno que quieras ocuparte de mí las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, pero estoy bien. Ya te lo he dicho. Ayer fue un día difícil, pero cuento con tus poderes curativos. La verdad, creía que hoy tenías que volver a Las Vegas.

Él niega con la cabeza.

—Eso ya quedó zanjado por mi parte. El equipo puede encargarse del resto. —Me coloca una mano en la nuca y me acerca la cabeza para besarme la frente—. Cuenta conmigo para lo que necesites. Cuando lo necesites. Lo sabes, ¿verdad?

Aparta la mano y retrocedo para mirarlo.

—Sí —contesto—. Lo sé.

Seguimos comiendo en silencio y termino antes que él. Rodeo la isla para poner el agua a hervir y preparar más café, y, mientras espero a que se caliente, miro el teléfono para ver la foto que nos hicimos anoche.

—Me gusta —digo—. El delantal es un buen contraste con esa cicatriz tan masculina. Qué dualidad. —Sostengo el teléfono en alto, como si estuviera examinando la foto desde otro ángulo—. Debería agrandarla y enmarcarla.

Devlin resopla desde la encimera.

—En fin, me has convencido de que debo hacerlo —replico—. Y, por cierto, no me has contado cómo te la hiciste. La cicatriz, quiero decir. Me comentaste algo de un cuchillo de caza. ¿Qué te pasó? Y lo más importante: ¿qué le pasó al que empuñaba el cuchillo?

—Me tendieron una emboscada durante una operación.

Ladeo la cabeza al caer en la cuenta de que ha dicho «operación» y no «misión». No tengo mucha experiencia en cuestiones militares, pero he visto muchas películas y me da en la nariz que no se refiere a sus días en el ejército.

—Te uniste a la inteligencia militar, ¿no?

—Lamar es bueno investigando —replica con expresión irritada—. ¿O me equivoco?

Niego con la cabeza.

—No te equivocas. Me dijo que te licenciaron y lo que seguramente significaba eso. —Me pongo tensa, porque me temo lo peor, pero él se lo toma con calma. Me alegro. A decir verdad, Lamar estuvo husmeando sobre

Ronan, pero no es un tema que quiera sacar ahora—. Así que trabajabas como espía o algo parecido —deduzco—. Y acabaste peleándote con cuchillos con el malo.

El buen humor reluce en sus ojos.

—Algo así. Pero en cuanto al cuchillo, solo había uno.

—¿Ibas desarmado?

—¿Me creerías si te dijera que llevaba un látigo?

Me río a carcajadas, convencida de que está bromeando.

—No, en serio. Me pilló desprevenido, y te aseguro que no es algo que suceda a menudo. Llevaba un látigo. Idéntico al de Indiana Jones. Fue uno de los momentos más surrealistas de mi vida, pero me sirvió para desarmarlo.

—¡Ostras! Me acuesto con un héroe de acción. ¿Cómo quedó el del cuchillo?

—En realidad, acabó peor que yo —contesta como si tal cosa—. Mucho peor.

Sonrío, encantada con la rocambolesca historia.

—Bien hecho.

Levanta una ceja, la que tiene partida por la cicatriz.

—¿En serio?

—A las mujeres nos gustan los novios malotes. O, por lo menos, en el caso de esta mujer.

Me mira durante tanto tiempo que empiezo a ponerme nerviosa.

—Me alegra oírte decir eso.

—¿Se puede saber por qué llevabas un látigo?

Su expresión se vuelve inescrutable.

—Es información confidencial. Podría decírtelo —añade—, pero después tendría que matarte.

Me echo a reír y aparto el agua hirviendo del fuego antes de rodear la isla para acercarme a él. Giro un poco su taburete, me coloco entre sus piernas y le echo los brazos al cuello.

—Entonces ¿me estás diciendo que eres un malote?

Me aferra las caderas y me acerca más a él para darme un beso apasionado. Hay lenguas, dientes, deseo y lujuria, y, cuando se aparta, respiro con dificultad y me arrepiento de haberle dicho que no me importaba que se fuera a trabajar.

—Nena, es mejor que te lo creas.

Me río, encantada de oírlo bromear, aunque parte de mí se pregunta si es broma.

—Necesito vestirme —digo—. Y tú tienes que irte a trabajar. Porque, como no te vayas ahora mismo, no sé si seré capaz de dejarte salir de aquí. —Hago ademán de rodear la isla de nuevo—. Vete a la ducha. Yo recojo la cocina.

Él niega con la cabeza.

—Ni hablar. Los cocineros recogen lo que han ensuciado.

—¿Ah, sí?

—Pero puedes ayudarme. Y después compartiremos la ducha. Para ahorrar agua. Y salvar el planeta.

Sonrío y me muerdo el labio inferior, anticipando el momento de la ducha.

—¿Sabes qué? Me parece un estupendísimo plan.

Devlin se dirigió a la oficina con el piloto automático, mientras su frustración iba en aumento y su buen humor desaparecía al pensar en la conversación que debía mantener con Anna.

«Seguro que no es verdad. Seguro que me equivoco. Seguro que me estoy montando una película».

Lástima que supiera que no era así.

Su instinto no era de los que fallaban. Si se estaba montando una película, se debía a que, casi con total seguridad, era lo que había sucedido y se le había pasado por alto.

No le gustaba equivocarse; ¿a quién sí? Pero en su caso, su instinto se equivocaba tan pocas veces que, cuando pasaba algo por alto, le sentaba como una patada en el estómago.

Ese día, en cambio, esperaba equivocarse. Porque, si la película que se había montado en la cabeza era cierta...

Dejó de darle vueltas en cuanto entró por la puerta principal de la Fundación Devlin Saint.

—Buenos días, señor Sa...

—¿Dónde está Anna?

Paul puso los ojos como platos, pero no titubeó.

—En su mesa, señor; al menos eso creo.

—Gracias —repuso él, con ganas de darse una patada por pagar su mal humor con el recepcionista—. Y buenos días, Paul. Siento los malos modos. Hoy será un día ajetreado.

—Sí, señor. No se preocupe.

Echó a andar con la sensación de que tenía los ojos de Paul clavados en la espalda y subió los cuatro tramos de escalones hasta su despacho. Como le había dicho el recepcionista, Anna estaba en su mesa, y levantó la mirada sorprendida cuando lo vio aparecer en el descansillo.

—¿Has subido por la escalinata? ¿Qué pasa? ¿Te has saltado el entrenamiento esta mañana?

—Pues, de hecho, sí. A mi despacho —le ordenó al tiempo que se dirigía a la puerta, que se abrió para él como por arte de magia—. Ya.

Anna lo siguió corriendo.

—¿Qué pasa? —le preguntó pisándole los talones—. Se supone que estabas en Las Vegas. ¿Ha pasad...?

Se volvió para mirarla.

—¿Te follabas a Peter White?

Ella titubeó; lo miraba con los ojos como platos.

—Pero ¿qué dices?

No lo estaba negando y, para él, esa respuesta era más que suficiente.

—Por Dios —dijo él antes de frotarse una sien con los dedos; empezaba a dolerle la cabeza.

Por un instante, solo se oyó en el despacho el leve ruido de la puerta al cerrarse. Después el clic que indicaba que estaba cerrada del todo, y fue como una señal.

—Cuéntamelo —le ordenó mientras Anna meneaba la cabeza.

—Vamos, Devlin. ¿A qué viene esto?

Era la segunda vez que no lo negaba.

—Te lo pregunto en serio —insistió ella—. No sé de dónde ha salido eso.

—Y una mierda. Viniste a Laguna Cortez de camino a Chicago, a la universidad. Me entregaste un mensaje. Como tantos otros que me habías dado antes.

Se pasó los dedos por el pelo al recordar que había sido la portadora de aquellas terribles noticias, y deseó borrar de su mente todo lo relacionado con aquel momento. Todo menos las maravillosas horas que pasó con Ellie antes de huir.

—Yo... En fin, sí. —Frunció el ceño—. Tu padre me envió. Ya lo sabes.

—¿Cuánto tiempo pasaste aquí antes de decirme lo que mi padre había ordenado? Ya que estamos, ¿cuántas veces prolongaste tu estancia después de venir a entregarle mensajes a Peter?

Recalcó la palabra «mensajes», otorgándole un sinfín de significados.

Ella puso los ojos como platos.

—¿Qué más da? Tenía que venir... Sabes que no podía negarme. ¿Qué más da si lo aprovechaba en mi beneficio? Ya sabes la vida que me vi obligada a llevar.

Devlin se pellizcó el puente de la nariz para mantener la calma y no ceder a las emociones pese a su admisión.

—Y la última vez que estuve aquí fue por ti, no por Peter —siguió ella—. Podría haberle advertido, ¿verdad? Pero en ese caso, tú estarías muerto, ¿no? Porque tu padre habría supuesto que fuiste tú quien lo puso sobre aviso.

—No tiene por qué. Podría haber creído que fuiste tú —replicó Devlin—. Sobre todo si sabía que te estabas acostando con el tío de Ellie.

—¿Y a ti qué te importa? —le soltó Anna—. Si no te conociera, diría que estás celoso.

—No estoy de humor para bromitas.

—Vale. —Anna cruzó los brazos por delante del pecho—. ¿Y estás de humor para revivir el pasado? Porque no entiendo a qué viene hablar de esto. No tenías ni idea de que me estaba acostando con él por aquel entonces, así que ¿qué más te da ahora?

—Tienes razón —admitió él—. No lo sabía.

Los meses posteriores a la única vez que Anna y él se acostaron fueron muy duros, pero después de aquello entablaron una fuerte amistad. Aun así, no se había dado cuenta de que ella se tiraba a Peter White. Seguramente porque había estado muy centrado en Ellie. Y, la verdad, aunque se hubiera dado cuenta, ¿qué habría importado? Podría haberle dicho algo a Anna sobre la diferencia de edad, pero en el fondo no era asunto suyo.

En ese momento, en cambio...

—Te vieron —le dijo Devlin—. Importa porque te vieron.

—¿En serio? Te lo creas o no, lo he averiguado yo solita por cómo has entrado y te has puesto a interrogarme. ¿Qué más da?

—No te hagas la tonta, Anna. No te pega. Se ha reabierto el caso del asesinato de Peter White, y ahora no solo lo sabe Ellie, también su amigo, el detective. Que Peter se acostaba con una chica a la que le doblaba la edad. No nos conviene.

Anna apretó los labios y por primera vez lo miró con expresión arrepentida.

—No —reconoció ella—. No nos conviene. Pero ¿de verdad crees que la poli va a investigar el caso? Es muy antiguo, y cuesta mucho conseguir una sentencia cuando alguien ha cumplido pena de prisión por el crimen.

—Es lo que espero —contestó él—. Que se olviden del tema. Tampoco es que Ellie vaya a insistir para que se investigue.

—Sigo sin creerme que se lo contarás.

—Solo le dije que maté a su tío. —Tanto Tamra como Anna sabían que él había matado a Peter. Devlin les contó que le había confesado la verdad a Ellie. Todavía no había revelado que Brandy y Lamar también estaban al tanto. Solo Ronan conocía ese detalle. De momento, con eso bastaba—. Se lo conté a Ellie porque confío en ella —añadió mirándola fijamente a los ojos—. No confío en muchas personas. Ya lo sabes.

Ella asintió con la cabeza y se alisó la falda antes de dar un paso al frente y cogerle las manos.

—Sí, lo sé. No voy a cuestionar tus decisiones. Ellie me cae bien, pero me preocupo por ti. Por todo esto —añadió al tiempo que abarcaba el despacho con la mirada.

—Lo sé.

—Los dos escapamos, Devlin. Tenemos una vida nueva. Una vida buena. No quiero que nada lo estropee.

—Créeme —dijo él—, yo tampoco.

—¿Hasta qué punto confías en ella? —le preguntó Anna—. ¿Qué más le vas a contar?

—No lo sé —le contestó él con sinceridad—. ¿Todo? ¿Nada? ¿Algo intermedio?

—¿Puedo darte un consejo, aunque no me lo hayas pedido?

—Adelante.

—Ve con cuidado.

La miró con atención.

—Crees que no debería decir nada.

La idea lo irritaba. Había cargado tanto tiempo con los secretos que sabía que podía hacerlo de forma indefinida. Pero por primera vez no quería dejar las cosas como estaban. Quería que Ellie conociera al hombre en el que se había convertido. Un hombre con secretos, defectos y enemigos mortales. Un hombre con un código y un propósito que lo animaban y lo definían.

Quería que lo conociera por completo porque era la única manera de saber con certeza que era realmente suya. Que lo quería a él, no al hombre que ella había creado a partir de los recuerdos del pasado y los retazos del presente.

Claro que no le sugirió nada de eso a Anna.

—Crees que saldrá corriendo —dijo en cambio.

—No la conozco lo suficiente como para asegurarlo. Pero sé que fue policía. Y sé que casi se marchó después de enterarse de que mataste a Peter. ¿Cómo crees que se sentirá cuando descubra que eso solo era la punta del iceberg?

—Ya. —Devlin tragó saliva—. En fin, es algo que hay que tener en cuenta.

Se volvió y se acercó a la ventana, y después se dejó arrastrar por la panorámica. Abrió la puerta y salió al balcón. Si miraba hacia el océano, vería las piscinas naturales donde besó a Ellie por primera vez. Y donde, hacía menos tiempo, le permitió ver al viejo Alex que se ocultaba tras el aspecto del hombre en el que se había convertido.

Volvía a ser suya, joder. Ni de coña iba a perderla.

Sin embargo, no sabía si eso implicaba contarle la verdad o callarse los secretos.

—¿Devlin?

Se dio media vuelta.

—Dile a Tamra que venga. Tengo que empezar a redactar el discurso de aceptación del premio.

—Vale. Claro. Pero ¿no vas a volver a Las Vegas?

—No.

—¿Eso significa que ya está arreglado? ¿Conseguiste cortar la filtración por lo sano? ¿Y qué me dices de...?

Devlin levantó una mano para silenciarla.

—Ya hablaremos después. Dejémoslo en que todo está controlado. Tengo más información de la filtración y Reggie se ocupará del resto.

—Pero ¿qué pasa con...?

El zumbido del intercomunicador los interrumpió y a continuación se oyó la voz de Tamra.

—¿Devlin? Paul me ha dicho que estabas en el edificio. ¿Te importa si me paso por tu despacho?

Devlin pulsó el botón que abría la puerta y Tamra entró con una carpeta en las manos y expresión tensa.

—Siento interrumpir, pero he pensado que querías ver esto. Acaba de llegar por las agencias de noticias.

Anna miró la hoja impresa mientras él la aceptaba de manos de Tamra.

—¿Es...?

—Es un artículo sobre la muerte de Adrian Kohl —dijo Devlin. Era el hombre con quién había crecido. Un hombre que hacía poco se había convertido en el cabecilla de una red criminal afincada en el sudoeste del país—. Parece que voy a tener que volver a Las Vegas esta noche.

Después de que Devlin salga para la oficina, me acomodo en la cama con el portátil en la falda para revisar los mensajes de correo electrónico. No sé por qué, pero no consigo añadir mi cuenta del trabajo a la aplicación de correo del móvil, así que abro el portátil para echar un vistazo a todo lo que tenga que ver con *The Spall Monthly*. No veo muchos mensajes, pero uno llama mi atención de inmediato. El asunto dice lo siguiente: «¿Quién disparó a Terrance Myers? Pista exclusiva».

Hace poco cubrí la noticia de Terrance Myers para la revista. Asistí a la conferencia de prensa que ofreció la policía de Los Ángeles después de que mataran a ese tarado multimillonario, que secuestró y torturó a más de veinte niños, a raíz de que los tribunales de apelaciones anularan su condena.

En el artículo hablaba de la historia de Myers y de los horrores que sufrieron sus víctimas. Por supuesto, informé del asesinato, que se produjo después de que saliera de la cárcel, y del hecho de que la policía carecía de pistas sobre el asesino, que lo mató de un único disparo, efectuado al parecer desde algo más de kilómetro y medio de distancia, desde la azotea de un banco.

Que yo sepa, la policía de Los Ángeles sigue lejos de tener un sospechoso. Y, aunque espero que este mensaje solo sea correo basura o un anzuelo para pinchar en algún enlace, tengo que investigar, porque es mi trabajo. Además, ¿a quién quiero engañar? Me muero de la curiosidad. Así que abro el mensaje de correo electrónico y descubro que solo hay dos líneas seguidas de un par de esos enlaces tan raros que carecen de palabras y solo tienen letras y números.

Ellie Holmes, tengo una exclusiva para ti y para *The Spall Monthly*. Pincha en el enlace para encontrar al francotirador.

Muevo el ratón sobre el enlace, tentada por la idea de abrirlo. Pero sería una estupidez. Las probabilidades de que encuentre información son escasas. Sin embargo, es muy alta la posibilidad de que contenga un virus o algún tipo de gusano que me infecte el portátil.

Claro que tengo muchas ganas de comprobar lo que hay...

Cojo el móvil y llamo a Roger a Nueva York, tras lo cual empiezo a tamborilear con el dedo hasta que me contesta.

—¡Hola, niña! ¿Me llamas para ponerme al día sobre el artículo de tu tío?

—No. Tengo algunas pistas interesantes, pero todavía no puedo decirte nada. Pronto redactaré un borrador preliminar con anotaciones y te lo enviaré.

Solemos hacerlo así desde que trabajé como becaria a sus órdenes mientras estudiaba, y con este artículo en concreto será de gran ayuda que alguien emocionalmente ajeno al tema revise los hechos que yo vaya descubriendo.

—Bueno, ¿qué me cuentas entonces?

—Es posible que tenga una pista para continuar el artículo de Myers —le contesto, y le explico lo del mensaje de correo electrónico, tras lo cual añado—: no me apetece cargarme el portátil. ¿La revista estaría dispuesta a comprar uno barato para abrir el enlace que me han enviado?

Se me ha ocurrido que puedo reenviar el correo a una cuenta de Gmail recién creada que no esté vinculada a mis otras cuentas. De esa manera, podré abrir el enlace en el portátil barato y, si contiene algún tipo de programa malicioso, no les servirá de nada porque el portátil carecerá de información.

—¿Te las apañas con trescientos dólares?

—Seguro que pillo algo.

—Pues no hay más que hablar. Cruzaré los dedos para que encuentres algo interesante y no sea alguien intentando robarte las contraseñas de las cuentas bancarias.

—Ya te digo.

—Otra cosa, Corbin iba a llamarte hoy. Al parecer, tiene algunas dudas sobre el artículo del Consorcio de Transportes Metropolitanos de Nueva York. ¿Te importa si te lo paso?

Titubeo, porque mi manual de estilo de vida desaconseja hablar con Corbin Dailey bajo ningún concepto. Pero no puedo decirle eso a Roger.

—Vale.

Roger se ríe.

—¡Qué entusiasmo!

Pongo los ojos en blanco. Roger sabe lo que opino de Corbin, claro.

Me quedo a la espera menos de un minuto hasta que oigo su voz.

—He oído que estás escribiendo un artículo sobre tu tío. Tu nombre debería aparecer en uno sobre Saint. En una ocasión cubrí un acto de ese hijo de puta, cuando vino a dar un discurso a Nueva York justo después de que constituyera la Fundación Devlin Saint.

—Lo recuerdo.

—Sí, en fin, según los rumores, ese tío va de cama en cama. Nunca pensé que fueras de ese estilo.

—Corbin, cariño, ¿qué sabrás tú de mi estilo? Aparte del hecho de que no soy de las que va detrás de un hombre como tú, por supuesto.

Oigo que la puerta principal se abre y luego se cierra, y veo que entra Brandy sonriendo, aunque luego frunce el ceño y articula con los labios: «¿Quién es?».

Le respondo que es Corbin, y después le digo a él que me repita las dudas que tiene sobre las notas del Consorcio de Transportes Metropolitanos de Nueva York porque no le estaba haciendo ni caso.

Cuando termino con la alegre tarea de hablar con Corbin, cuelgo y corro hacia Brandy para abrazarla.

—Muy bien —le digo—. Desembucha. Ahora mismo.

—No ha pasado nada. Solo queríamos daros espacio.

—¿Nada?

—Nada de nada —repite ella—. Si hasta ha dormido en el sofá.

Niego con la cabeza.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Probablemente bueno —contesta con una sonrisilla traviesa—. La verdad es que ambos estábamos en el sofá antes de que me mandara a la cama.

—¿Ah, sí? —Alzo la voz, interesada—. ¿Y la experiencia del sofá fue con ropa o sin?

Se pone como un tomate.

—A medias.

—¡Brandy Bradshaw! ¡Qué vergüenza! Cuéntamelo todo.

—Es posible que perdiera la camiseta —admite.

—¿Y te pareció bien? ¿No te sentiste incómoda?

—Ellie, fue increíble. —Me da un apretón en la mano y susurra—: Me la quité yo. No hicimos nada y, la verdad, fue Christopher quien pisó el freno.

—¿Ah, sí?

Brandy asiente con la cabeza.

—Me dijo que sabía que yo quería tomarme las cosas con calma y que deberíamos parar. Y me cedió su dormitorio.

—¡Ay, madre! Puntos para Christopher.

—Desde luego —replica ella—. Pero...

Frunzo el ceño.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Con él nada —me contesta—. Pero seguí despierta durante un buen rato después de que se fuera. Creía que podía volver.

—Pero no lo hizo.

—No —me confirma, y después suspira—. Pero ¿sabes qué, Ellie? En el fondo quería que lo hiciera.

—Me da la impresión de que él también.

—Lo sé. Y ahora estoy nerviosa.

—Lo sé —le digo apretando su mano—. Y parece que Christopher también lo entiende.

Sin embargo, no le digo que yo también estoy nerviosa por ella. Christopher parece buena gente, pero no siempre vemos lo que hay bajo la superficie.

Claro que, a veces, lo único que se puede hacer es dar un salto de fe.

—¿De qué estabas hablando con Corbin? —me pregunta Brandy, que se aparta para sentarse en el borde de la cama.

La imito y le cuento que se está encargando de los artículos que llevaba yo en Nueva York, desde que estoy en Laguna Cortez. Acto seguido, la pongo al día de todo lo demás, aunque ya sabe lo que pasó ayer en Los Ángeles, incluida la revelación sobre Peter, El Lobo y la muerte de mi madre.

—Lamar me puso al corriente —me explica, como si se disculpara—. Perdona por haber estado chismorreando a tus espaldas.

—¿Estás de coña? Sabes que te lo habría contado yo si no me hubiera afectado tanto.

—¿Te sientes mejor? Menos mal que Devlin estaba aquí.

—Sí, menos mal, y me siento mejor. Ahora mismo estoy concentrada en otro tema que no tiene nada que ver con el artículo de mi tío.

—¿Qué ha pasado?

—Es posible que tenga una pista sobre el asesinato de Myers.

—Myers. ¿El pedófilo que mató a todos aquellos niños?

—Exacto. —Le explico lo del enlace tan raro que me han mandado—. En realidad, debería llamar a Lamar ahora mismo. Tal vez pueda conseguirme un portátil barato.

Lamar responde al primer tono, y le resumo lo que tengo entre manos.

—¿El ayuntamiento sigue vendiendo ordenadores reacondicionados?

—Creo que sí. ¿Sobremesa o portátil?

—Portátil si es barato, pero no le hago ascos a nada.

Le comento el presupuesto que me ha dado *The Spall Monthly* y añado que estaría dispuesta a aportar unos doscientos más de mi bolsillo si es necesario.

—Estupendo. Voy a ver qué encuentro y te llamo.

—Gracias. Por cierto, he recibido otro mensaje chungo.

Oigo que suelta un ligero gruñido y me alegro de no verle la cara. Tanto él como Devlin se cabrean al mismo nivel si me pasa algo.

—¿Qué era?

—Una foto de Devlin y Reggie saliendo de una habitación de hotel de Las Vegas. El mensaje insinuaba que era de anoche, pero qué va. Es de hace un par de años.

—¿Y lo sabes porque Devlin te lo dijo?

—Ni se te ocurra. Sé que a estas alturas te cae bien.

Lamar se ríe.

—Vamos a dejarlo en que «lo tolero», ¿vale? No estoy seguro de conocerlo lo bastante como para afirmar que me cae bien. Pero en serio, ¿cómo sabes de cuándo es la foto?

Le contesto y se ríe de mi análisis de los zapatos, pero no puede ponerle reparos a mi lógica.

—Estoy preocupado por ti, Ellie —añade—. Al principio me preocupaba que Devlin te rompiera el corazón. Nada más. Ahora me preocupa el panorama general.

—Lo sé. Lo entiendo.

—¿De verdad? Porque Saint tiene secretos. Debe tenerlos.

No replico. Más que nada porque Devlin me lo dijo. Pero no es un detalle que me apetezca compartir con Lamar, que es una incorporación reciente al Equipo Devlin.

—Alguien está obsesionado con airear lo que sea que esté pasando con ese hombre —continúa Lamar—. Eres periodista. Quienquiera que sea sabe que Devlin guarda un secreto. Y parece que el asunto empieza a volverse peligroso.

—Sí, pero ¿quién está detrás?

—No tengo ni idea, y eso es lo que más me asusta.

—A mí también —admito.

—Mándame el mensaje —me dice—. Voy a escarbar un poco.

—Devlin ya lo está haciendo.

—Sí, me lo imaginaba. Pero contamos con recursos diferentes. Déjame hacerlo a mí.

Le reenvío el mensaje con la foto de Devlin y Reggie, pero no tengo muchas esperanzas. Tan pronto como me confirma que lo ha recibido, me dice que me llama más tarde para el tema del ordenador y se despide. Corto la llamada y me vuelvo hacia Brandy, que parece tan preocupada como Lamar hace un momento.

—¿Pensabas decirme algo de eso?

—No lo estaba ocultando...

—Alguien está obsesionado contigo. ¿Qué dice Devlin de todo esto?

—También está preocupado. —Me encojo de hombros—. Pero ¿qué quieres que haga? No voy a esconderme bajo la cama.

Hace una mueca, pero guarda silencio. Al cabo de un minuto, se levanta y me dice que tiene hambre. La sigo a la cocina, donde saca uno de sus repugnantes batidos verdes mientras yo me siento en un taburete. Bebe un sorbo y se inclina hacia mí por encima de la isla.

—Necesito echar un vistazo a algunas de las tiendas de la avenida del Pacífico que venden mis bolsos. Y luego he pensado en darle una sorpresa a Christopher. Está investigando en la fundación.

—Seguro que le gusta.

—Sí, se me ha ocurrido ir a Brewski y llevarle un café. ¿Me acompañas? Podrías darle una sorpresa a Devlin.

—No es mala idea —reconozco—. Así, mientras andamos, podrás contarme el resto de los detalles guarrillos de lo que hiciste anoche con Christopher.

—Sí, si realmente hubiéramos hecho algo guarrillo, te lo contaría. En este terreno, tú eres la especialista, ¿recuerdas? —Me mira, pestañea con rapidez y sonríe—. ¿Y si me das algunos consejos?

Suelto una carcajada.

—Brandy, mi inocente amiga, no sabes lo que te espera.

Durante las siguientes dos horas, Brandy y yo vamos charlando de tienda en tienda mientras ella hace un inventario de las existencias, recoge los formularios de pedido y discute los precios. Por mi parte, me dedico a mirar

escaparates, aunque compro dos camisetas ridículas, y no me reconoce nadie hasta que estamos en la última tienda, justo antes de ir a Brewski.

O, al menos, asegura reconocirme.

—Tú eres la que está saliendo con Devlin Saint —me dice una clienta de The Escape, al tiempo que se acerca a mí a la carrera y empieza a rebuscar algo en su bolso—. Es guapísimo. ¿Está tan bueno de cerca como de lejos? —Habla tan rápido que, aunque quisiera, no habría podido responderle—. Lo vi una vez en la calle, pero cuando llegué al lugar donde estaba, ya se había ido. Seguro que imprimes todas las fotos de las redes sociales. Si fuera tú, las tendría todas pegadas en el espejo.

—Mmm... —murmuro al ver que saca un bolígrafo de su bolso y me lo ofrece.

—A ver —me dice—, ¿me firmas un autógrafo aquí?

«Aquí» es el sobre de la clínica de un dentista con un sello de atrasado.

—Mmm... —repito pensando en lo agradecida que estoy de no haberme enganchado jamás a las redes sociales. Sé que publican noticias de Devlin y mías, pero no suelo hacerles mucho caso, y supongo que alguien nos avisará a alguno de los dos si la cosa se sale de madre.

—¡Ay, por favor! —exclama la mujer—. Te juro que no lo venderé.

Casi me río, porque la idea de que alguien pague por mi firma me resulta desternillante. La dueña de la tienda, Inez, me mira e inclina la cabeza como preguntando: «¿Me deshago de ella?».

Niego con la cabeza para hacerle saber que no pasa nada.

—Claro —le digo a la mujer—. Ahora mismo te lo firmo.

Lo hago, y parece tan contenta que me da la sensación de que ha debido de confundirme con alguna estrella de cine.

—Qué raro —les digo a Inez y a Brandy después de que la mujer se vaya a toda prisa, seguramente para guardar mi autógrafo en la caja fuerte.

—La gente colecciona cosas —comenta Inez encogiéndose de hombros—. Es una de las razones por las que funciona tan bien la línea de joyas de tortugas que vendo. —Esboza una sonrisa burlona que se refleja en sus claros ojos azules—. Cuando leía las noticias que se publicaban sobre Devlin Saint, pensaba que coleccionaba mujeres. Pero supongo que me equivoqué. Parece muy contento con un único trofeo en su colección.

Le hago una falsa reverencia y las tres nos reímos. Inez me cae bien desde que me salvó el pellejo al encontrarme un vestido de cóctel asequible justo después de llegar a Laguna Cortez.

Brandy y yo la invitamos a tomar un café con nosotras.

—Lo dejamos para otro momento —nos promete—. Tengo un montón de papeleo pendiente. Gestionar un negocio puede ser una lata. Además, estoy esperando una entrega. Pero gracias por la invitación.

—¿Alguna parada más? —le pregunto a Brandy cuando volvemos a la calle.

—No, a menos que haya algún lugar al que quieras ir.

Lo pienso un momento, pero niego con la cabeza. Hay un montón de tiendas monísimas en la avenida del Pacífico, pero nuestro destino es el edificio de la Fundación Devlin Saint. Lo que significa que, ahora mismo, lo único que se interpone entre Devlin y yo es un breve descanso para tomar un café.

Por suerte, Brandy está tan ansiosa como yo, pero por ver a Christopher, así que renunciamos a sentarnos y charlar, y pedimos un par de cafés para llevar de Brewski.

Cruzamos la autopista de la Costa del Pacífico y ponemos rumbo al sur para recorrer la corta distancia que nos separa del aparcamiento de la fundación. Estoy a punto de dirigirme a la puerta principal cuando Brandy se detiene y me pide que haga lo mismo.

—¿Qué pasa?

—¿Quién está con Anna?

Sigo la dirección de su mirada hacia la playa y me encojo de hombros.

—No tengo ni idea.

—Está cañón —dice Brandy.

Miro de nuevo con los ojos entrecerrados.

—Es posible. Están demasiado lejos para verlo bien.

Lo único que distingo es que tiene el pelo castaño claro y un buen culo, a juzgar por cómo rellena los vaqueros. No es un mal comienzo, pero hasta que no vea más detalles, no puedo afirmar que esté cañón.

—A Anna no parece hacerle tilín —comenta Brandy después de que yo se lo diga—. Parece molesta.

Tiene razón. Anna tiene los brazos cruzados delante del pecho y la cabeza ladeada. Quizá estén discutiendo, pero entre el sonido del océano y el estrépito del tráfico que tenemos detrás, no oigo ni una sola palabra.

—¿Será su novio? —pregunta Brandy, que levanta una mano al ver que Anna se gira un poco en nuestra dirección.

Sin embargo, no reacciona, y Brandy baja la mano.

—No creo que nos haya visto —le digo—. Y en cuanto a quién es ese tío, no tengo ni idea. Pregúntale a Christopher. A lo mejor él lo sabe.

—Es posible —contesta encogiéndose de hombros.

Nos damos media vuelta y sé que no va a preguntar nada. Me parece bien. Siento curiosidad, pero la identidad de las personas con las que sale o con las que discute Anna no es un tema que me preocupe mucho.

—Creo que voy a ver si Christopher quiere dejar de trabajar e ir a ver una película —dice mientras saludamos a Paul con la mano y nos dirigimos hacia el ascensor.

—Acabáis de ver *El halcón maltés*.

—No, nos dedicamos a darnos el lote mientras ponían *El halcón maltés* —me corrige.

—¿En serio? —Me llevo una mano al corazón—. ¡Qué orgullosa estoy!

—Me sentí muy atrevida. Deberías probarlo.

—No tengo ningún problema para sentirme atrevida por mi cuenta, pero no es mala idea. Mírate —añado con una sonrisa—. Te estás convirtiendo en una pésima influencia.

—¿En serio? —Echa los hombros hacia atrás—. Nunca había sido una pésima influencia para nadie.

—¡Ja! Quédate a mi lado y te enseñaré todos los trucos.

Le doy un abrazo rápido cuando la puerta del ascensor se abre en la tercera planta. Brandy baja y la veo entrar en la sala de investigación antes de seguir yo hasta la cuarta. La puerta se abre y salgo al área de recepción, donde me encuentro a Tracy sentada en el puesto de Anna.

—¡Hola! Me alegro de verte. —Me acerco a ella y se levanta a darme un abrazo—. ¿Qué tal? —le pregunto mientras nos separamos—. Me ha dicho un pajarito que las cosas se están poniendo calentitas en cierto bloque de pisos de la autopista de la Costa del Pacífico.

—Calla —me dice, pero está claro que intenta no sonreír.

—Es broma —le aseguro—. Pero me alegro de que Lamar y tú hayáis conectado.

—Yo también —dice antes de sentarse al ordenador.

—¿Estás sustituyendo a Anna?

En realidad, Tracy es la asistente de Tamra en el departamento de relaciones públicas, pero la Fundación Devlin Saint cuenta con un reducido número de trabajadores, de manera que tiene sentido que una asistente se encargue de los asuntos de Devlin cuando Anna no está.

—¿Dónde está? —le pregunto, fingiendo no saberlo.

Tracy se encoge de hombros.

—Dijo que tenía que salir un momento. Así que aquí me tienes. El señor Saint está con Tamra, pero puedo avisarlo y decirle que estás aquí.

—No quiero interrumpir. No lo he avisado. Esperaré un rato aquí contigo y, si no acaban pronto, le mandaré un mensaje.

—Por mí estupendo. Oye, quería preguntarte algo. Tengo la intención de llevar a Lamar a algunos de los eventos del Festival de Otoño. Me encanta echar un ojo a las joyas de las ferias de artesanía. —Levanta una mano y da un golpecito a uno de los pendientes largos de cobre que lleva—. Estos me los compré en un mercadillo callejero en Santa Bárbara justo al acabar el instituto.

—Se me había olvidado que era este mes —admito.

El festival dura varios días y ofrece música, comida, obras de arte y artesanía. La avenida del Pacífico se cierra al tráfico y se montan puestecillos en la calzada. Es muy divertido, y siempre atrae a una multitud de gente.

—¿Devlin y tú queréis ir? Brandy y Christopher también, si quieren.

—No puedo contestar por Devlin, pero me encantaría.

—Genial —dice al tiempo que aplaude con delicadeza—. Ya concretaremos los planes y...

La aparición de Tamra al salir por las silenciosas puertas del despacho de Devlin la interrumpe. Como de costumbre, va impecablemente vestida con un traje de chaqueta y pantalón de lino y unos zapatos planos de Louis Vuitton de esta temporada. Lleva la cabeza gacha y los ojos clavados en el cuaderno que está revisando. Cuando levanta la mirada, sonrío.

—¿Cómo estás, cariño? Devlin me ha hablado un poco de los mensajes, pero me ha dicho que lo llevas bien.

—¿Qué mensajes? —pregunta Tracy.

Frunzo el ceño.

—Algún imbécil que me está acosando. Me sorprende que Lamar no te lo haya dicho.

Tracy se ríe.

—¿Qué te va a sorprender?

Asiento con la cabeza.

—Tienes razón. No me sorprende. —Lamar nunca compartiría mis secretos sin mi permiso—. Pero dile que no pasa nada por contártelo. No me importa que lo sepas, pero no quiero ser yo quien vaya contándolo.

—¿Dónde está Anna? —pregunta Tamra.

—Ha tenido que salir —contesta Tracy.

Tamra tuerce el gesto, pero la mueca desaparece con la misma rapidez con la que ha aparecido.

—¿Está ocupado? —pregunto, y con la cabeza señalo a la puerta, que se ha cerrado tras ella.

—Está hablando por teléfono —me contesta Tracy, y al mirar hacia abajo veo que se apaga la luz que indicaba que la línea estaba ocupada—. Ya ha acabado —añade, tras lo cual pulsa el intercomunicador—. Señor Saint, Ellie está aquí. ¿Quiere que...?

Ni siquiera puede acabar la frase, porque la puerta de doble hoja empieza a abrirse de nuevo, al parecer porque Devlin le ha dado al mando.

Sonrío a Tamra y a Tracy y paso por el hueco que se abre entre las hojas, cada vez mayor, y entonces capto el cambio de sonido cuando la puerta empieza a cerrarse.

Devlin está de pie detrás de su mesa y siento que se me relajan los músculos al verlo. No me había dado cuenta de lo tensa que estaba, como si en el fondo temiera que no estuviese en la oficina y que jamás lo volvería a ver.

Está concentrado en algo que hay en la mesa, pero cuando me mira, su actitud cambia por completo; su sonrisa ilumina la estancia y se me clava directa en el corazón.

—Acabas de alegrarme la mañana —me dice mientras me apresuro a acercarme a él.

—¿Un mal día? ¿Qué ha pasado?

Hace caso omiso de mis preguntas.

—Una serie de problemas que se extienden desde Nevada como si fueran una telaraña.

—Vaya por Dios. —Anna me comentó que habían tenido fallos de seguridad el día que Devlin se fue a Las Vegas, pero me preocupaban tanto mis problemas que se me olvidó preguntarle si necesitaba desahogarse—. ¿Quieres hablar del tema?

—En algún momento te lo contaré, pero ahora no.

—Aquí estaré cuando me necesites —le prometo—. Pero esto me recuerda algo. Estaba revisando el móvil en el ascensor y he visto esto. —Saco el móvil del bolso y busco la noticia que he visto después de separarme de Brandy—. Mientras estabas en Las Vegas, han matado al capo de una organización dedicada al tráfico de drogas y de personas que empezaba a despuntar. Bueno, no sé si estabas allí o si ya habías vuelto para verme. Da igual, el caso es que se llamaba Adrian Kohl. ¿Te has enterado?

—Sí.

—¿Lo conocías? Por la fundación, quiero decir.

—Por la fundación y por mi padre. —La expresión de su cara es tan seria como su voz—. He de volver a Las Vegas esta noche. ¿Estarás bien? Como muy tarde, regresaré mañana por la noche.

—Estaré bien —le aseguro.

Sin embargo, me siento especial y a la vez culpable por las prisas con las que dejó Las Vegas para venir a verme. Estoy segura de que espera nuevas residentes en el centro de reinserción y formación, víctimas de la organización criminal de Kohl. Devlin se implica en el trabajo que se lleva a cabo en el Fénix, y supongo que quiere dar la bienvenida a las nuevas residentes. Estoy a punto de preguntarle si puedo acompañarlo y ayudarlo, pero los voluntarios de la Fundación Devlin Saint pasan por un riguroso programa de formación. Me temo que acabaría siendo un estorbo. Así que, en vez de preguntarle si puedo ir, me limito a decir:

—Detesto que te pases el día dale que dale con este tipo de cosas.

—No pienso en esto todo el día —me asegura mientras pone cara de deseo y resulta tan cómico que acabo riéndome, lo que suaviza un poco el momento.

Aunque, claro, ¿por qué limitarme a reírme cuando puedo seguirle el juego?

—Pobrecillo —le digo con voz ronca y sensual—. ¿Quieres que te ayude a mejorar un poco el día?

Me acerco para sentarme en el borde de su mesa. Llevo una falda de vuelo, sandalias de tiras de cuero, un top sin mangas con sujetador incorporado y una americana fina. Me quito las sandalias y la americana lanzándolas al suelo por detrás de la mesa.

Devlin arquea la ceja partida por la cicatriz y me mira con una expresión tan erótica que me derrito al instante. Apoyo las manos en la mesa y separo las piernas, gesto que solo puede interpretarse como una invitación.

Él se acerca y, cuando arqueo la espalda para realzar mis pechos, me pone las manos en las rodillas y me separa las piernas un poco más.

—Nunca pensé que acabaría convertido en un tópico —dice, al tiempo que me recorre la cara interna de un muslo con la mano, levantándose a la vez la falda—, pero ahora solo me apetece follarte encima de la mesa de mi despacho. —Baja la voz y susurra—: ¿Quieres fingir que eres mi secretaria?

Me retuerzo un poco y siento un deseo palpitante en el coño mientras separo más las piernas.

—Está muy visto, sí. ¿Qué te parece si hoy la jefa soy yo? Tú puedes ser mi asistente. Si consigues el puesto, claro. Porque solo contrato a los mejores. Tendrás que demostrar tu valía. Tengo muchos aspirantes al puesto.

—No me cabe la menor duda. —Aparta las manos de mis piernas y las coloca en la mesa a ambos lados de mis caderas. Después se inclina hacia adelante para rozarme la oreja con los labios mientras susurra—: ¿Qué tipo de obligaciones conlleva el trabajo?

—Bueno, soy una jefa difícil de satisfacer. Si quieres seguir a mi lado, tendrás que esforzarte muchísimo.

—El esfuerzo no me asusta.

—Y me gusta que mi equipo tenga iniciativa. Un subordinado que necesite explicaciones sobre lo que tiene que hacer ganará pocos puntos.

Levanta la ceja.

—Me alegro de saberlo —dice mirándome a los ojos.

Me pone una mano en un muslo, pero desliza la otra por mi torso hasta colocarla sobre un pecho por encima del top. Acto seguido, lo acaricia con el pulgar, y me muerdo el labio inferior en un intento por no gemir.

—Te prometo que te alegrarás de elegirme. Puedes estar segura de que soy el tipo de hombre capaz de cumplir en el trabajo.

Me cuesta respirar cuando él me baja el top hasta dejar el pecho al descubierto. Cierro los ojos y arqueo la espalda mientras me acaricia el pezón con el pulgar.

—Soy una mujer de poca fe —digo con voz entrecortada—. Si pretendes impresionarme, quiero hechos, además de palabrería.

—Admiro a una jefa que valora más los hechos que las palabras.

Me acaricia el pezón rodeándolo con los dedos, y doy un respingo tratando de juntar las piernas a fin de apaciguar el deseo que siento entre los muslos.

Él me desafía colocándose entre mis rodillas para asegurarse de que mantengo las piernas separadas.

Me mete las manos bajo la falda y siento el calor de sus palmas sobre la piel. Después las desliza sobre los muslos hasta rozarme las bragas con los pulgares. Me muerdo el labio inferior mientras me acaricia despacio las ingles y jadeo sorprendida cuando me acaricia el clítoris por encima del fino algodón.

—Quítamelas. Por favor —le suplico—. Quítamelas.

—¿Ya? —Traza un pequeño círculo con la yema del pulgar, y la presión y el movimiento son como una descarga eléctrica que me recorre el cuerpo—.

No estás lista ni de lejos.

—¡Qué sabrás tú! —protesto, pero jadeo cuando introduce los dedos por debajo de las bragas para acariciarme directamente, lo que me hace desear más. Mucho más.

—Tumbate —me ordena.

Echo los brazos hacia atrás para tumbarme sobre la mesa, y continúo con los ojos cerrados mientras sigue torturándome con los dedos, hasta el punto de que mis caderas empiezan a moverse por su cuenta. Estoy muy mojada, tengo las bragas empapadas, y sigue acariciándome sin piedad, apartando las bragas para penetrarme con los dedos.

Al mismo tiempo, se inclina hacia adelante y se mete un pezón en la boca. Lo acaricia con la lengua y, cuando lo succiona con fuerza, la sensación me llega a las entrañas, de manera que jadeo mientras me folla con los dedos, ya que ha olvidado las lentas caricias a favor de unas embestidas fuertes y profundas.

Me muevo contra él, enloquecida por el deseo. Por el anhelo. Quiero estar desnuda bajo su cuerpo. Quiero sentirlo dentro de mí. Lo quiero todo. Las sacudidas, las sensaciones, el placer. Lo quiero a él.

Sin embargo, no encuentro las palabras y lo único que atino a decir es:

—Ya. Por favor, por favor, ya.

Lo observo mientras levanta la cabeza para mirarme a los ojos con el deseo tan palpable en su cara que estoy a punto de correrme.

—¿Sabes cuál es la mejor parte del sexo?

Niego con la cabeza.

—La expectación —contesta.

Acto seguido, sin previo aviso, retrocede un paso y me deja colgada y con las ganas.

—Ay, Dios, Devlin —protestó Ellie—. No pares. Por favor.

No pensaba parar. Pero quería tener ese momento. La certeza de que era suya del todo.

Su mayor miedo —¿tal vez el único?— era perderla de nuevo. Pero allí estaba, suya en todos los sentidos. Era un regalo. Y antes muerto que no dejarle claro lo mucho que le importaba.

—Devlin, por favor. —Ellie se había acercado al borde de la mesa y había extendido un brazo para cogerle una mano—. A la mierda con la expectación. Te deseo ahora. Es mi entrevista, ¿recuerdas? Y si crees que vas a conseguir el puesto dejándome a dos velas, no eres el hombre indicado para el puesto.

Estaba bromeando, claro, pero daba igual. Él le cogió las manos y la levantó de la mesa llevándose consigo algunos papeles, que cayeron al suelo; contratos, informes, le dio igual. La pegó a él y le levantó la barbilla.

—Lo soy —le aseguró—. Dímelo.

Se percató del cambio en el ambiente. La frustración que ella sentía se convirtió en algo carnal y atávico.

—Sí. Lo eres. Eres el único. No hay otro hombre para mí.

—Eres mía.

—Soy tuya. Devlin.

Lo miró a la cara fijamente, pero él sabía que no podía ver sus miedos.

Con ella podía mostrarse vulnerable, tal como era. Pero no en ese momento. En ese momento solo la deseaba. La necesitaba. Necesitaba reclamarla y usarla para que su mundo volviera a enderezarse.

—Quítate la ropa.

Ella retrocedió un paso y se detuvo al tocar la mesa que tenía detrás.

—¿Qué? ¿Aquí? ¿Ahora?

—Aquí —respondió él, que se sentó en su sillón y rodó un poco hacia atrás sin dejar de observarla.

Esperaba que ella protestase, pero al ver que se llevaba las manos a la espalda para desabrocharse la falda, se dio cuenta de que debería haber supuesto que obedecería. Al fin y al cabo, era El, y la idea de someterse en su despacho donde, al menos en teoría, cualquiera podría entrar, sería una nueva tentación para ella. Un nuevo subidón.

Era perfecta para él, incluso más de lo que ella creía. Era muy fuerte, siempre dispuesta a enfrentarse a sus miedos. A no aceptar tonterías de nadie, salvo con sus condiciones. Era como un rayo metido en una botella, y la idea de tenerla por completo —de ser lo bastante poderoso para atraer a semejante mujer, de que ella se lo permitiera—, se la puso más dura que nunca.

La vio apartar la falda de una patada antes de quitarse el top por la cabeza y dejarlo caer sobre la mesa. Estaba en bragas delante de él. Unas bragas blancas de algodón de corte clásico. Joder, era la lencería más sexi que había visto en la vida.

—Quítatelas —le ordenó.

La tenía durísima, y le costó la vida quedarse en el sillón y no acariciársela mientras la observaba. Se aferró a los reposabrazos, clavando los dedos en el cuero a medida que su deseo aumentaba con cada movimiento de cabeza, con el brillo de sus ojos.

Ella se quitó las bragas, se las tiró y lo miró a los ojos alzando una ceja. Él le sostuvo la mirada y después se llevó las bragas a la nariz, aún calientes de su cuerpo, para aspirar su olor.

Oyó que se quedaba sin respiración antes de decir:

—Devlin.

—Dímelo —le ordenó de nuevo—. Dime lo que quiero oír.

—Soy tuya. —Ladeó la cabeza—. Y tú eres mío.

—Lo soy —convino él—. ¿Y si quiero que lo demuestres?

La vio alzar la barbilla.

—Lo que quieras.

¡Joder, cómo la adoraba! Sabía que iba en serio. Sabía que, al igual que él, se sometería a cualquier capricho.

—¿Aunque te dijera que salieras al balcón? ¿Aunque te dijera que quiero que te quedes allí desnuda, como un monumento a la belleza, para que todo el mundo te vea?

Vio que tragaba saliva al oírlo. Acto seguido, se acercó a él, pero se desvió un poco hacia el lado, como si quisiera rodearlo.

—¿Por qué?

—Porque así es el juego —contestó ella y, gilipollas que era, eso le arrancó una carcajada. Ellie no se equivocaba.

Con una sonrisa perversa, la observó mientras se ponía de rodillas delante de él y le colocaba las manos en las piernas. Después le miró fijamente el paquete antes de clavar los ojos en los suyos con expresión interrogante.

—Podría meterme bajo la mesa. Tú podrías estar al teléfono. O podríamos fingir que entra Anna. Joder, podría entrar de verdad. Y yo tendría tu polla dura en la boca, y tú tendrías que intentar concentrarte en lo que te dice. En lo que tienes que hacer, que firmar, y mientras te la estaría chupando, metiéndola cada vez más adentro, y ella estaría ahí plantada, sin sospechar nada.

—Dios, Ellie.

Se la cogió por encima de los pantalones y le dio un apretón.

—¿Es lo que quieres? —le preguntó él.

La vio negar con la cabeza.

—No. —Lo miraba con una sonrisa traviesa mientras se la acariciaba—. Pero me gusta la fantasía.

A él también, y esa verdad aumentó su deseo. Se puso de pie, arrastrándola consigo.

—Sobre la mesa —le ordenó, presa de la necesidad de tomarla. De poseerla.

Ella obedeció y se tumbó de forma que sus pechos quedaron aplastados contra la madera pulida mientras aferraba el borde más alejado de la mesa con las manos. Tenía su culo justo delante. Y en cuanto a su polla... En fin, su polla ya no aguantaba más.

Le separó los muslos sin delicadeza mientras ella susurraba:

—Sí —murmuró Ellie.

Acto seguido, la penetró con los dedos con la idea de prepararla, pero no hacía falta. Nunca la había sentido tan mojada, y justo en ese momento supo que no podía esperar más.

—Creo que está contratado, señor Saint —dijo ella, y él tuvo que contener una carcajada al oírla.

Le enterró los dedos de una mano en el pelo mientras con la otra guiaba su polla, que acababa de liberar.

—Dime que lo deseas —le ordenó mientras la penetraba despacio. Lo justo para atormentarla. Lo justo para arrancarle un gemido—. Dime que deseas más.

—Sí.

Ella movió las caderas para ordenarle que la penetrara. Devlin le soltó el pelo, se las sujetó y se enterró en ella. Una posesión atávica. Una posesión desesperada. Nunca lo había hecho con una mujer en su despacho, pero con El...

Con ella lo quería todo, lo necesitaba.

El deseo lo abrumó y arrasó con cualquier pensamiento coherente. Su olor, su recuerdo. Quería poseerla por completo, de todas las formas posibles. Mejor dicho, necesitaba hacerlo.

Deslizó una mano bajo su cuerpo para acariciarle el clítoris mientras que con la otra la sujetaba por la base de la espalda al tiempo que se hundía en ella; cada embestida lo llevaba más alto, cada gemido era como un afrodisíaco para él y lo acercaba al precipicio. Cuando ella levantó la cabeza y la volvió para mirarlo a los ojos, fue como si lo hubiera lanzado al abismo de una patada. Estalló en su interior mientras ella tensaba el cuerpo a su alrededor y se corrían juntos mirándose a los ojos, parando el tiempo hasta que, poco a poco, despacísimo, el mundo volvió a la normalidad y él se quedó sin fuerzas.

Con un suspiro satisfecho, ella empezó a incorporarse. Él la ayudó y después usó un pañuelo de papel para limpiarse lo mejor posible.

—En fin —dijo Ellie al tiempo que se sentaba al borde de la mesa—, estás contratado.

Se miraron con una sonrisa antes de que le tomara la cara con una mano y la besara con ternura.

—Ven —le dijo a la vez que recogía su ropa y la acompañaba al baño—. Me alegro de que hayas venido —añadió mientras ella se vestía de nuevo e intentaban tener un aspecto decente.

Ella le cogió una mano para regresar al despacho.

—Yo también me alegro de haberlo hecho. ¿Un día ajetreado?

—Siempre. ¿Qué tienes en la agenda?

Saltaba a la vista que era la pregunta correcta, porque Ellie puso cara de felicidad.

—Tengo una pista —contestó—. Un informante anónimo me ha dado una pista sobre el asesinato de Myers. Con suerte, podré identificar al francotirador.

Al oírla, Devlin se puso tenso y el placer que lo embargaba desapareció bajo una ola de irritación.

Con voz acerada y gélida como el hielo, le dijo:

—¿Se puede saber por qué vas a investigar eso? Has conocido a Sue. Has hablado con Laura. Sabes lo destrozadas que estaban y que Sue fue de las

afortunadas. Quienquiera que se cargara a ese cabrón se merece una medalla, no una condena.

—Oye, para el carro —replicó ella con la voz igual de tensa—. Espera un momento. Vale que me importe una mierda que Myers esté muerto, pero eso no cambia el hecho de que quienquiera que lo matara cometió un crimen. El francotirador se erigió en juez y en jurado, y así no funcionan las cosas.

—A Myers ya lo habían juzgado y sentenciado —le recordó él—. Lo liberaron tras una apelación por un tecnicismo. No porque fuera inocente.

—Es posible, pero eso no le da derecho a nadie a...

Devlin levantó una mano para silenciarla. Deseaba estar de acuerdo en ese punto.

—Para, para. —Sabía que haber crecido con un padre que había sido el jefe de la policía y después formar parte del cuerpo habían marcado la visión que Ellie tenía del sistema judicial. De todas formas, deseaba que entendiera cómo lo veía él—. Sé que no estamos de acuerdo —prosiguió despacio mientras intentaba ordenar sus ideas—. Pero con esta postura básicamente estás diciendo que quienquiera que matara a mi padre, quienquiera que matara a El Lobo, merece ser juzgado. Aunque al matar a esa vil excusa de ser humano seguramente salvase miles de vidas.

—La gente no puede asesinar sin más a...

—Mi padre era uno de los criminales más famosos de la Tierra. Me hizo cosas horribles, y también a todo aquel con quien se cruzó. —Sintió que la bilis le subía por la garganta mientras afloraban los recuerdos. Se obligó a contenerlos y a tratar de mantener la voz serena—. Se esforzaba en hacer daño a los demás, y un día alguien se cargó a ese cabrón. Si seguimos las reglas que predicas, ese alguien se merece que lo metan en la cárcel. Tal vez que lo sentencien a muerte. Ahí conduce esa forma de pensar tuya. Lo sabes, ¿verdad?

Ella hizo una mueca, ya que sus palabras habían dado en el clavo, y Devlin se preguntó si Ellie ya habría averiguado la verdad. Si sabría que fue él quien apretó el gatillo y mató a El Lobo casi dos años después de abandonarla.

¿Lo sabía?

¿Y lo condenaba?

Recordó con claridad uno de los mensajes que había recibido: «¿No sabes que te estás follando a un hombre peligroso?».

Una rabia gélida se apoderó de él. No porque las palabras fueran mentira, sino porque eran verdad.

Sin embargo, no estaba preparado para hacerle saber a Ellie lo peligroso que era.

Todavía no.

Tal vez nunca lo estuviera.

Me entran ganas de estampar la cabeza contra la pared por la frustración. Entiendo que vemos las cosas de distinta forma, pero no logro entender por qué le molesta tanto que reabra la historia de Myers. Sin embargo, no tengo oportunidad de preguntárselo porque, tras el zumbido del intercomunicador, la voz de Anna resuena en el despacho.

—Siento molestarte, pero necesito ponerte al día sobre algunas cosas.

Lo veo apretar los dientes y tensar el mentón antes de pulsar el botón para responder.

—Según la tradición, cuando la luz de «No molestar» está encendida, significa que no se moleste.

—El tiempo apremia y es posible que esto lo consideres urgente.

—Dame un minuto. —Se vuelve hacia mí—. Lo siento. El deber me llama.

—No pasa nada —contesto a la ligera—. Me voy satisfecha.

Devlin se ríe.

—Sí, desde luego.

Lo agarro por debajo del nudo de la corbata y tiro de él hacia abajo, como si fuera a despedirme con un beso fugaz, pero en vez de eso, le mordisqueo el labio inferior y después susurro:

—Solo ha sido el entrante.

—Estoy desando llegar al postre —dice sin más, y tengo que controlarme para no reírme.

—*Touché*.

Me agarra la barbilla entre el pulgar y el índice, con un gesto tan autoritario que me recorre un hormigueo que culmina entre los muslos.

—Quédate conmigo —murmura.

—Creo que Anna prefiere que me quite de en medio para que podáis trabajar un poco.

—Me refiero a esta noche. Quédate en mi casa. Espérame allí para cuando vuelva mañana de Las Vegas.

Niego con la cabeza.

—Los dos sabemos que debo quedarme en casa de Brandy. Alguien nos está vigilando. Ya lo hemos hablado. Si me quedo en tu casa aunque tú no estés, cantará demasiado.

Devlin suspira.

—Mi temor es que siempre habrá alguien vigilándonos.

Frunzo el ceño y estoy a punto de preguntarle qué quiere decir, pero me interrumpe:

—No me hagas caso. Es que me siento frustrado. No me gusta que me vigilen. No me gustan las amenazas sutiles. Y lo que menos me gusta es preocuparme por tu seguridad. Mi casa es más segura que la de Brandy.

—Brandy tiene alarma, y te prometo que la activaremos. Tengo un arma. Y sé cuidarme solita.

—No deberías tener que hacerlo. Sin embargo, estás en esta situación por mi culpa.

—No pienso seguir hablando de esto.

—Quédate en mi casa —repite—. Cuando vuelva mañana, llevaré la cena y podremos ver una película.

Cruzo los brazos por delante del pecho y ladeo la cabeza.

—¿Eso es lo mejor que me ofreces?

—Ni de lejos —contesta—. Pero tendrás que estar allí para descubrir lo tentadora que es mi oferta.

—Creo que al menos deberías darme una pista —bromeo—, un detalle que me deje claro que te lo tomas en serio.

—Mmm... —Sus labios esbozan una lenta sonrisa—. ¿Qué puedo hacer para asegurarme de tenerte a mi entera disposición? —Me recorre con la mirada, tan voraz como la de un lobo—. Algo que te demuestre lo mucho que te deseo. —Me acaricia el cuello y los hombros con las yemas de los dedos—. Algo que te suponga una tentación —sigue mientras me acaricia el labio inferior con el pulgar—. Algo como... cederte el uso de un cajón.

Su expresión es tan traviesa como su voz, y de repente me veo obligada a contener un ataque de risa a la vez que me llevo las manos al corazón.

—¡Madre mía, señor Saint, un cajón completo! Supongo que me quieres de verdad.

Todavía no me lo ha dicho, y en este momento espero esas palabras salgan de su boca, o que lo confirme con un simple sí. Pero lo único que dice

es:

—Bueno, ¿qué te parece?

No debería molestarme, pero la confianza no es mi fuerte. Al fin y al cabo, ya me hizo daño una vez, y una parte recóndita y herida de mí me susurra que con Devlin Saint lo mejor tal vez sea mantener siempre el corazón protegido.

Anna llama dos veces seguidas a la puerta, de manera que me bajo de la mesa y, cuando abre y entra, ya estoy de pie al lado de Devlin.

—Ellie, lo siento. Cuando llamé por primera vez no sabía que estabas aquí, y luego, cuando me he dado cuenta... —Deja la frase en el aire, con cara avergonzada.

—No pasa nada. Ya le he robado bastante tiempo a Devlin.

—No, no. No pretendía que te fueras. Solo quería que supieras quién se ha puesto hoy en contacto conmigo —añade dirigiéndose a él.

Devlin frunce el ceño.

—¿Quién?

—Joseph Blackstone.

Me percato de la tensión que por un instante se apodera de sus músculos. Sé que el nombre lo ha sorprendido y que intenta controlar su reacción.

—¿Estás bien?

Anna asiente con la cabeza, pero su expresión es tensa, como si estuviera reprimiendo unas emociones muy poderosas. Parece incluso más tensa de lo que lo estaba en la playa y me pregunto qué habrá pasado después de que Brandy y yo nos fuéramos. O tal vez no me fijé bien en ella.

—¿Estás segura? —le pregunta Devlin con evidente preocupación.

—Sí, de verdad. Estoy bien. Pero me ha sorprendido. Ha pasado muchísimo tiempo.

Sé que esto no me concierne, pero la curiosidad me impulsa a preguntar:

—¿Quién es Joseph Blackstone?

Devlin contesta con los ojos entrecerrados:

—¿Recuerdas los fallos de seguridad que he comentado antes?

Asiento con la cabeza.

—Bueno, por lo que hemos descubierto, Blackstone ha recibido parte de la información filtrada.

Frunzo el ceño asimilando sus palabras.

—¿Así que os ha estado robando información?

—No está claro —responde Devlin.

—Pero alguien lo ha hecho —añade Anna—. Y aunque Joseph no sea el cerebro de la operación, creemos que está comprando el producto.

Miro a uno y luego a la otra, y me siento más confundida, si cabe.

—En ese caso, ¿por qué quiere verte?

Anna mira a Devlin mientras responde:

—Ni idea. No parece estar al tanto de que sabemos que se está beneficiando de la información filtrada. Me ha dicho que se ha enterado de que trabajo para la Fundación Devlin Saint y que le haría gracia, palabras textuales, pasarse a verme ahora que estaba en el sur de California.

—¿Sabe quién soy? —dice Devlin.

Ella niega con la cabeza.

—Creo que no. Nada de lo que ha dicho me ha hecho pensar que lo sepa.

—¿Por qué iba a saberlo? —pregunto—. Os referís a que eres Alejandro, ¿verdad? ¿El hijo de El Lobo? ¿Cómo puede saberlo?

—Joe es unos diez años mayor que yo —responde Devlin— y estaba ascendiendo muy rápido dentro de la organización de mi padre cuando vine a Laguna Cortez para trabajar con Peter.

—Así que os conocía —digo a modo de afirmación.

Anna asiente para confirmar mis palabras.

—Sí —dice con sequedad—. Nos conocíamos.

Devlin se acerca a ella y le da un suave apretón en un hombro.

—¿Qué más ha dicho?

—Nada. Solo que deberíamos comer algo. —Suelta un resoplido burlón—. Ni loca, vamos. Le dije que dejé atrás todo lo relacionado con El Lobo cuando me marché y que no se tomara mi negativa como algo personal.

Devlin retrocede sin dejar de mirarla, como si estuviera buscando grietas en una muñeca de porcelana.

—¿Y ya está?

—Ya está. —Se encoge de hombros—. No creo que... A ver, que no tenía motivos para ponerse en contacto conmigo.

—Dile al equipo que lo vigile —le ordena Devlin—. Es posible que solo haya sido una coincidencia. Tal vez solo quiere acercarse a ti para ver si puede conseguir más información sobre nuestras operaciones. —Me mira y, aunque probablemente sean cosas mías, tengo la sensación de que desearía que yo no estuviera aquí ahora mismo—. O tal vez sepa más de lo que pensamos.

—¿Sobre ti? —Anna niega con la cabeza—. Nadie lo sabe. Es imposible.

—Por supuesto, alguien ha podido descubrirlo —la contradice Devlin—. Nadie está a salvo. Creciste de la misma manera que yo, Anna. Sabes que esa es la verdad.

—Esto es divertido —dice Tracy mientras miramos los escaparates de las tiendas de la avenida del Pacífico—. Gracias por invitarme.

Me la encontré en el vestíbulo cuando salía de la fundación y decidimos dar un paseo hasta Brewski y mirar escaparates.

—De nada. —Compruebo la hora—. También puedo invitarte a cenar, si quieres. Soy una experta pidiendo *pizza*, y tampoco se me da mal descorchar el vino.

Tracy se ríe.

—La verdad es que tienes unas habilidades asombrosas.

—En fin, no me gusta presumir —bromeo—. Ahora en serio. ¿Te apetece dar un paseo hasta la casa de Brandy? Podemos alquilar una película o algo así. Solo te puedo ofrecer mi compañía. Al parecer, Brandy tiene una cita íntima.

La veo hacer un mohín con la nariz a modo de disculpa.

—Vale —digo—. Eso me convierte en la única que no ha quedado. —Frunzo el ceño y recuerdo que, de todos modos, tengo una cita con mi portátil. Esta noche quiero poner en orden todas mis notas sobre Peter. Porque mañana espero tener un ordenador para poder abrir el enlace anónimo y extraño; y después, suponiendo que encuentre una pista, seguir trabajando en la historia de Myers. Me encojo de hombros—. En fin, tal vez tenga suerte y consiga un poco de sexo telefónico.

Tracy está a punto de escupir el café y, aunque ya es demasiado tarde, caigo en la cuenta de que estoy hablando de mantener sexo telefónico con su jefe. No es mi mejor momento.

Aprieta los labios y pone los ojos como platos mientras intenta tragase el sorbo que tiene en la boca.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Al final lo consigue y se limpia la boca con los ojos llenos de lágrimas por la risa.

—Por favor, por favor, no le cuentes al señor Saint que has dicho eso delante de mí. Me encantaría poder seguir mirándolo a los ojos.

—De acuerdo —replico—. Si tú haces lo mismo y prometes no contarme ni un solo detalle de lo que hagas esta noche. Lamar es un gran amigo.

Prefiero no imaginarme ciertas cosas.

Intercambiamos un apretón de manos para sellar el trato y seguimos hablando mientras caminamos otra manzana. Luego ella dobla a la derecha para acortar en diagonal en dirección a la autopista de la Costa del Pacífico y continuar hasta su piso. Yo sigo recto hacia la carretera sinuosa que conduce a los cañones y a casa de Brandy.

La avenida del Pacífico llega hasta Sunset Parkway y acaba allí. Me detengo lo justo para asegurarme de que el semáforo está en rojo para los vehículos y puedo cruzar. Sin embargo, en cuando me bajo de la acera, un Range Rover negro dobla la curva y se salta el semáforo.

Directo hacia mí.

El tiempo se detiene mientras mi cerebro asimila el peligro: aunque estoy retrocediendo a trompicones, no tengo buen equilibrio y es imposible evitar que me atropelle.

No veo la vida pasar por delante de mis ojos. En cambio, veo a Devlin, y siento el aguijonazo de la pérdida y el terror. Relajo el cuerpo al tiempo que intento rodar para que tal vez, solo tal vez, no me alcance. Pero no puedo, porque de repente siento mucha presión en el hombro y el cuello, y me doy cuenta de que alguien me ha agarrado del cuello de la cazadora, que llevo abrochada hasta arriba, y me doblo hacia atrás, hacia quienquiera que sea, mientras la presión que ejerce la prenda contra mi cuello me provoca arcadas.

Caigo de espaldas sobre el hormigón, y gimo al notar que estoy llorando de alivio. Toso en busca de aire y aspiro una bocanada de la humareda procedente de la goma quemada del Range Rover, que patina sobre el asfalto antes de salir disparado del lugar.

Me da la impresión de que todo pasa a cámara lenta y me doy cuenta de que he intentado ver la matrícula del coche, pero no llevaba. Además, los cristales eran tintados.

—Ellie, ¿estás bien? ¿Puedes levantarte?

Conozco esa voz. Pero mi cabeza tiene demasiadas cosas que asimilar, de modo que me quedo sentada un momento, incapaz de hacer nada más que examinar la realidad que se ha abierto paso en mi mente: «Ha sido a propósito. Alguien ha intentado atropellarme a propósito».

—¡Ellie!

Ahora la oigo, la voz de Lamar. Cuando levanto la mirada, lo veo arrodillado junto a mí.

—Estás aquí —digo tontamente—. ¿Por qué estás aquí?

—Te buscaba. —Me recorre los brazos con las manos—. ¿Estás bien?

Asiento.

—¿Para qué?

—Te he conseguido un ordenador. —Señala con la cabeza la funda de un portátil que está en la acera, a su lado—. Endo iba a donarlo a Goodwill. Me dijo que era tuyo si lo querías. Me he encontrado con Tracy, y me ha dicho que te volvías a casa andando. Ha sido cuestión de suerte que me topase contigo.

—Joder, ya te digo.

Me ayuda a levantarme. Entonces me percató del murmullo de voces y me doy cuenta de que se ha congregado una multitud a nuestro alrededor y de que muchas de las personas están haciendo fotos con el móvil. Algunas parecen emocionadas, como si acabaran de ver un desfile, pero la mayoría están sorprendidas o asustadas.

—El coche no llevaba matrícula —dice una mujer delgada con un cochecito de bebé—. No es legal.

—¿No es legal? —Detecto la incredulidad en la voz de un chico que lleva un monopatín—. Ese cabrón ha intentado atropellarla. —Me mira con una sonrisa torcida—. Seguro que es una tía cabreada porque te estás tirando a Saint y ella no.

—Imbécil —masculla otra mujer, y me muerdo la lengua para no darle la razón.

Salvo que, por supuesto, podría estar en lo cierto.

—Vamos —dice Lamar—, te acompaño a casa.

No me resisto cuando me coge del brazo. Esperamos a que cambie el semáforo mientras la multitud me hace un sinfín de preguntas, de modo que aseguro a todo el mundo que estoy bien. Miro y vuelvo a mirar a un lado y a otro antes de cruzar la calle con Lamar y emprender el lento ascenso de la cuesta hacia casa de Brandy.

Ya está anocheciendo, y la zona comienza a sumirse en una neblina gris, como sacada de una película de los cuarenta.

—¿Se te ocurre quién ha podido ser? —me pregunta Lamar.

Niego con la cabeza.

—Quien que me ha estado mandando los mensajes, supongo —digo sin más.

Me paso los dedos por el pelo y después le hablo de Joseph Blackstone.

Lamar se detiene junto a una farola al llegar a la esquina de la calle donde está la casa de Brandy.

—Pero según Devlin, Blackstone no sabe que él es Alejandro López.

—Ajá. Que él sepa, para ese tío solo es Devlin Saint.

—Entonces ¿qué información se está filtrando?

—No lo sé —le contesto—. Pero la Fundación Devlin Saint trabaja con agencias gubernamentales y con grupos de apoyo a las víctimas para eliminar redes criminales. ¿Estará recibiendo información sobre redadas antes de que se produzcan?

—Es posible —dice Lamar—. La única forma de saberlo es preguntarle a Devlin. ¿Se va a cabrear porque me lo hayas contado?

Niego con la cabeza.

—No. En primer lugar, me dijo que podía hablar contigo y no puso límite alguno en cuanto a temas. Y en segundo lugar, si Blackstone era el del coche, se alegrará de recibir cualquier ayuda que puedas proporcionar.

—Está bien. A ver qué encuentro.

—Tal vez haya sido un conductor borracho —sugiero, llevada por la esperanza.

Me mira por encima de la nariz, pero ni se molesta en replicar. Se limita a ponerse en marcha de nuevo.

—Lo sé, lo sé —le digo mientras lo alcanzo—. Pero el asunto es que no hay indicios de que Blackstone conozca la verdadera identidad de Devlin. Aunque es evidente que quienquiera que esté mandando los mensajes sí la conoce.

—¿Estás segura de eso?

Me paro.

—¿Qué quieres decir?

—Los mensajes solo dicen que Devlin es peligroso, ¿no? ¿Alguno ha dejado caer que tenga otra identidad?

Repaso los mensajes y le indico que no.

—Así que, tal vez, el tal Joseph se la tenga jurada a Devlin, y tú pareces ser una buena forma de hacerle daño.

Frunzo el ceño, pero no replico. Es una teoría interesante.

—¿Vas armada?

Niego de nuevo con la cabeza al tiempo que señalo el bolsito colgado en bandolera en el que llevo el móvil, la tarjeta de crédito y cincuenta dólares para emergencias. Le dije a Devlin que iba armada, pero no me refería a que lo fuera en ese momento.

Lamar pone los ojos en blanco.

—Tienes licencia. Lleva la dichosa pistola encima.

No rechisto, ya que estoy de acuerdo con él.

Cuando llegamos a la casa, entro y activo la alarma. Brandy no siempre se molesta en hacerlo y a veces solo la conecta cuando nos vamos a acostar.

Desde ahora, quiero que esté siempre conectada.

—¿Brandy? ¿Estás en casa?

—¡Ya voy! —Aparece casi al mismo tiempo que sus palabras—. Oye, iba a quedar con Christopher para tomarnos algo más tarde, pero... —Se calla y frunce el ceño mientras nos observa a Lamar y a mí—. ¿Qué pasa?

Miro de reojo a Lamar.

—¿La pones al día? Creo que me va a salir un moratón en el culo. Quiero ver si es verdad.

—Vale, ahora sí que quiero enterarme de lo que ha pasado —dice Brandy, que mira a Lamar mientras yo me dirijo a mi cuarto.

Sin duda, me va a salir un moratón enorme en una nalga. Genial. Que yo sepa, es la única herida que tengo. Las palmas de las manos siguen intactas, aunque me escuecen un poco. No lo recuerdo bien, pero seguro que frené la caída con las manos y con el culo.

Cuando salgo de mi habitación, llevo mi arma. En cuanto la suelto, Brandy me abraza con fuerza.

—¿Estás bien de verdad?

—Estoy bien, te lo juro.

—¿Qué dice Devlin?

—Todavía no se lo he contado.

Brandy hace una mueca.

—Soy nueva en esto de los novios, pero incluso yo sé que estás rompiendo las reglas al no decírselo.

—Lo sé. No se lo voy a ocultar, pero está en Las Vegas ocupándose de algo importante, y no quiero distraerlo. Vosotros estáis aquí, y yo estoy a salvo. —Me doy cuenta de que Brandy está a punto de discutir, de modo que levanto una mano—. De verdad. Tiene que ocuparse de unas cosas. Se lo contaré mañana cuando lo vea. Ahora solo quiero una copa de vino.

—¿Tinto o blanco? —pregunta Brandy, y escojo un pinot noir—. ¿Y tú? —le pregunta a Lamar, que niega con la cabeza.

—Se me había olvidado por completo —le digo a modo de disculpa—. Tienes una cita. Vete —añado—. Estoy bien.

Me mira fijamente, como buscando algún indicio oculto de que estoy a punto de derrumbarme. Ladeo la cabeza.

—¿En serio? Ya me conoces. No me asusto así como así. La casa tiene alarma, y yo, una pistola. Y quien haya intentado atropellarme es un cobarde. Cristales tintados. Sin matrícula. No querrá arriesgarse a que lo vean los vecinos.

—Me quedaré con ella —anuncia Brandy, como si mi discursito no sirviera de nada—. Se suponía que iba a quedar con Christopher esta noche, pero ha tenido que cancelarlo.

—Lo siento —le digo—. ¿Qué ha pasado?

Ella menea la cabeza.

—La verdad es que no lo sé. Me ha dicho que era un mal día. Creo que tiene problemas con el libro, así que, ya sabes, he pensado no darle mucho la lata.

—Si estás segura... —dice Lamar—. Porque yo también puedo cambiar de planes. O decirle a Tracy que venga aquí y vemos todos una película. De verdad, lo que necesites.

—Lo sé —le aseguro al tiempo que me acerco para abrazarlo—. Pero de verdad que estoy bien. Anda, vete. Brandy y yo vamos a tener una conversación de chicas.

Lamar sonrío de oreja a oreja.

—Oye, cariño, que, si es eso, ya sabes que puedo quedarme.

Pongo los ojos en blanco.

—Largo. Vete antes de que le diga a Tracy lo capullo que puedes ser.

—Me quieres.

—Solo porque soy tonta.

Me abraza con fuerza.

—Ten cuidado —me susurra.

—Gracias por salvarme el pellejo.

Me da un beso en la frente, me mira de arriba abajo y después se aparta.

—Cuídala —le dice a Brandy.

—Siempre —contesta diciendo adiós con una mano—. Estamos a salvo, ¿verdad? —me pregunta en cuanto nos quedamos solas y reconectamos la alarma.

—La casa está cerrada, tenemos un arma y el número de emergencias en marcación rápida. Estamos bien —le contesto mientras nos sentamos en el sofá—. Y no quiero pensar más en el tema, y mucho menos hablar de ello. Mañana voy a hincar los codos a ver si averiguo quién es ese cabrón. Esta noche nos relajamos. ¿Te hace?

—Claro. Sin problemas. —Se muerde el labio inferior.

—¿Qué pasa?

—¿Te parece bien que hablemos de Christopher mientras nos relajamos?

—¡Pues claro! Por cierto, ¿qué coche tiene?

Pone los ojos como platos.

—Un momento, ¿cómo? ¿No creerás que...?

—¡No, no! —me apresuro a decir para tranquilizarla—. Lo siento mucho. No he caído en cómo iba a sonar. Es que estoy pensando en coches.

Brandy relaja los hombros, más tranquila.

—Un Audi —contesta—. Y siempre me abre la puerta, cosa que me gusta. Me da igual si soy una decepción para las mujeres de todo el mundo.

—A mí también me gusta —admito—. Pero solo porque también acabo estando arriba. —Finge ofenderse por la crudeza de mis palabras, pero las uso para cambiar de tema—. ¿Y bien?

Extiende un brazo para coger su copa de vino y apurarla. Yo me echo hacia atrás en el asiento al darme cuenta de que la conversación se va a poner seria.

—Habéis hablado mientras yo estaba con Devlin —deduzco.

Asiente con la cabeza, pero luego niega.

—Charlamos, y quería hablar. Sobre..., ya sabes. Pero no era el momento ideal, rodeados con sus cajas mohosas de documentación y la trama dándole problemas. Estaba muy distraído... Me refiero a que estaba totalmente ensimismado.

—Seguro que lo mejor fue que no sacaras el tema. Necesitas un plato con queso y una botella de vino para esa clase de conversación.

—Exacto. Iba a hablar con él esta noche, pero... —Deja la frase en el aire al tiempo que se encoge de hombros y luego me mira a los ojos—. La verdad es que esto es mejor. Así puedes ayudarme a decidir cómo contárselo.

—Para eso estoy aquí. —Me cambio de postura y me siento sobre una pierna—. Así que quieres...

—Sí —dice ella tras soltar un hondo suspiro—. Quiero hacerlo. Es que... —Vuelve a dejar la frase en el aire y a encogerse de hombros, y me doy cuenta de que se está devanando los sesos en busca de las palabras adecuadas—. Vale, la cosa es esta: sabe que tengo mis reservas, así que no va a presionarme. Pero ahora creo que quiero que lo haga. —Me mira a los ojos con expresión suplicante—. A ver, ¿cómo consigo que me presione?

Intento que no se me note que estoy sonriendo.

—Me temo que vas a tener que hablar con él cara a cara.

Gime.

—Se me da fatal.

—No —le aseguro—. No se te da fatal.

Dobla las rodillas y se abraza las piernas pegándolas al pecho, imitando mi postura anterior. Se queda callada un momento antes de decir:

—Estoy nerviosa.

Le quito la copa vacía y la dejo en la mesa para cogerle las manos.

—No me sorprende, pero tienes que saber si es el momento adecuado.

—Es que... A ver, tengo veintiocho años y solo me he acostado con un hombre. Dos si cuentas al que no recuerdo, cosa que yo no hago. Y en cuanto a Billy...

Asiento con la cabeza cuando se calla para que sepa que la comprendo. El único tío con el que se ha acostado voluntariamente era un amante espantoso y sin paciencia para sus miedos y problemas. No le hizo daño, pero tampoco fue una buena experiencia.

—Vamos, Brandy. Solo tienes que encontrar al hombre adecuado. Alguien paciente y dulce, alguien que no solo busque sexo, sino que quiera estar contigo. —Observo su cara, pero solo veo una mezcla de confusión y pánico—. Oye —le digo al tiempo que le doy un apretón en los dedos—. Christopher parece un tío estupendo, pero no tienes que ir deprisa, si no quieres.

—Lo sé. Y quiero hacerlo. Pero el tema ha cogido proporciones épicas ahora que he retrasado tanto el momento. —Me mira con una sonrisa—. Diría que tú tuviste suerte muy pronto —continúa—. Pero incluso lo tuyo con Alex no ha sido fácil. Lo has recuperado, pero no es el mismo. Aunque sí lo es. Y ahora tienes que lidiar con un chalado que te manda mensajes. Es como si os hubieran echado una maldición.

—Gracias —replico con sequedad.

—Ya, lo sé. Es una mierda. Pero no te preocupes. En los cuentos, la protagonista siempre consigue al príncipe.

Me obligo a sonreír, pero no digo lo que pienso. Porque, aunque es estupendo que Brandy diga algo así, mi vida nunca ha sido un cuento de hadas.

—¿T e han llegado las notas? —le pregunto a Roger.

Aún no es mediodía, y me he pasado toda la mañana organizando los datos del artículo de Peter y poniéndome hielo en el culo, que todavía me duele. Hace más de una hora que le he enviado un resumen y, como no he recibido respuesta, he tomado la iniciativa y he decidido meterle caña.

Por regla general, ni me molestaría en llamar, pero como he planeado dedicarme a la investigación de Myers una temporada, quiero asegurarme de ponerlo al día con el proyecto Peter.

—Las he ojeado, pero después las leo con atención —me contesta—. ¿Ya tienes ordenador?

—Lamar me ha conseguido un portátil. Voy a crearme una cuenta de correo y a reenviarme el mensaje con el enlace en breve. Cruza los dedos para que encuentre algo interesante y no me lleve a una página porno.

Hago un mohín, porque, teniendo en cuenta la inventiva que demuestran últimamente los creadores de mensajes de correo basura, es una posibilidad muy real.

—Ya están cruzados —me asegura—. Y gracias por hablar con Corbin ayer. He recibido su artículo esta mañana y ha hecho justicia a tu investigación.

Gruño, y él se ríe.

—Debería encerraros a los dos en una habitación hasta que os llevéis bien.

—¡Pero si nos encanta disfrutar de la aversión mutua!

—No te lo discuto. Y para que conste, te echamos de menos. O, al menos, yo te echo de menos. Bueno —se le nota en la voz que está bromeando—, echo de menos a Shelby.

—Eres consciente de que es una injusticia no poder llamarte gilipollas porque eres mi jefe, ¿verdad?

—Una lástima —contesta—. Deberíamos hablar de la posibilidad de establecer una especie de régimen de custodia compartida. Cuando acepté

dejarte trabajar desde la Costa Oeste, me olvidé de Shelby.

—Ni lo sueñes. —Durante los últimos tres años, Shelby estuvo en el garaje de su casa, ya que encontrar un aparcamiento en Manhattan superaba mi presupuesto—. Puedes seguir el ejemplo de mi padre —le sugiero—. Búscate un Shelby Cobra del 65 que necesite un poco de cariño y ponte manos a la obra.

Lo oigo reír al otro lado de la línea.

—Qué pena que carezca de las habilidades de tu padre.

—¡Ah! Mi padre también carecía de ellas. Lee las notas. El mecánico no tenía mucha información, pero mencionó a una novia. No la he localizado, y no sabía que Peter estuviera saliendo con alguien, pero espero encontrar alguna pista en la ciudad si presiono lo suficiente. Y si resulta que ella era más que un rollo, si estaba trabajando o colaboraba con El Lobo o algo así, la historia se volverá mucho más interesante.

—¿Y lo llevas bien?

—La parte de mi madre me dejó hecha polvo —admito—. Pero estoy intentando alejarme un poco y verlo como una historia. Le añadiré los toques personales cuando lo redacte, pero necesito compartimentar para mantener la cabeza despejada mientras investigo. Tú me enseñaste a hacerlo.

—Y aprendiste bien. Estoy orgulloso de ti, niña. —Hace una pausa—. ¿Cómo van las cosas con Saint?

Es un cambio de tema interesante, teniendo en cuenta que casi me despiden de la revista por mi relación con él y que ya no me es posible firmar algunos de mis artículos.

—Genial —le aseguro.

—¿No te arrepientes de haberte quedado en California?

—Solo llevo aquí unos cinco minutos —le recuerdo—. Pero no. No me arrepiento. Y no creo que lo haga.

—Me alegro por ti, niña. ¿Quieres que siga en línea mientras creas la cuenta de correo electrónico y abres el enlace con el portátil?

—¿Y dejar que me oigas soltar burradas por todas las meteduras de pata que voy a hacer mientras creo la cuenta? No, gracias. En cuanto lo logre, te llamaré o te enviaré un mensaje poniéndote al día.

Quedamos en eso y, tan pronto como colgamos, me relleno la taza de café y me pongo a trabajar. Tengo la casa para mí sola; lo he cerrado todo a cal y canto. Brandy está en Los Ángeles, ocupada con sus cosas en el distrito de la moda, pero me ha llamado dos veces. Lamar se ha pasado a verme de camino al trabajo y me ha enviado tres mensajes. Devlin, que todavía no sabe lo del

Range Rover, me ha llamado dos veces para decirme que está pensando en mí. Y aunque quiero mucho a mis amigos, son los mensajes de Devlin los que más me hacen sonreír.

Dado que no quiero hacer nada relacionado con el mensaje de correo electrónico de Terrance Myers en casa de Brandy ni en su red, me voy a Brewski para usar la conexión wifi gratuita. Sé que Brandy y Lamar se enfadarán si se enteran de que he salido, pero no me apetece seguir encerrada. Además, voy en Shelby en vez de ir andando, las mesas de Brewski están en una terraza y a la vista de todo el mundo, y llevo un arma en el bolso.

Pese a todos los argumentos racionales, lo cierto es que me gusta la idea de salir y regresar a casa sin problemas. Porque, en serio, ¿desde cuándo dejo pasar la oportunidad de coquetear con el peligro?

Una hora después ya tengo el portátil nuevo configurado y conectado a la wifi de Brewski. Acto seguido, creo una dirección de correo electrónico para Cotilla Chismoso, un nombre que he elegido porque Gmail pide un nombre y una serie de datos identificativos. En este caso, son todos falsos.

La cuenta no está relacionada con mi nombre ni con ninguna de mis contraseñas habituales. Por si no fuera suficiente, y como estoy paranoica, creo una segunda cuenta de correo electrónico falsa. A esta la llamo Tierra Plana, y la razón no es otra que mi absoluta falta de imaginación. Envío algunos correos electrónicos de Tierra Plana a Cotilla Chismoso, y llegan sin problemas.

Una vez que abro mi portátil de verdad, echo un vistazo a mi alrededor esperando que la gente mire con curiosidad a una mujer sentada con dos portátiles frente a la mesa de una cafetería. Nadie me mira. Es la ventaja de vivir en un mundo centrado en la tecnología. Podría tener dos portátiles, una tableta, un móvil y una impresora portátil en esta mesita y nadie se inmutaría.

Abro el correo electrónico del trabajo en mi portátil y reenvío el mensaje anónimo sobre Terrance Myers a la dirección de Tierra Plana. En cuanto aparece, lo reenvío a Cotilla Chismoso.

Y después, cuando llega a la cuenta de Cotilla, por fin, ¡por fin!, pincho en el enlace y cruzo los dedos para no haber hecho tantos malabarismos en balde.

La conexión es lenta a más no poder, y empiezo a dar golpecitos a la mesa con un dedo mientras la barra que indica que la página se está cargando se rellena a la velocidad de un caracol.

Por fin se carga del todo y aparece la web. Veo texto en la parte superior y un vídeo insertado que está en pausa. Lo único que distingo es una imagen del

edificio del banco Hastings y la flecha azul donde necesito pinchar para reproducir el vídeo.

Utilizo el *trackpad* para colocar el cursor en su sitio mientras leo la breve nota:

En las imágenes del dron se ve algo interesante. Fíjate en la hora. Horas antes del asesinato de Terrance Myers. Dos figuras bajan con cuerdas. Un ensayo antes de la función principal. No dejes que esos cabrones se salgan con la suya. Eso no es justicia, es un asesinato.

Lo leo dos veces y, aunque he elegido una mesa en la que tengo la pared de la cafetería a mi espalda, compruebo si alguien me mira por encima del hombro. Porque esto es un bombazo, un bombazo que va a traer cola, y ni de coña pienso arriesgarme a perder un notición de esta magnitud.

Suponiendo, por supuesto, que el vídeo sea lo que dice el misterioso buen samaritano.

«Por favor —pienso—. Por favor, que sea real».

Respiro hondo y empiezo a reproducir el vídeo.

Aguanto la respiración mientras veo que el dron rodea el edificio del banco y acaba enfocando a dos figuras que bajan con cuerdas por un lateral, tal como siempre he pensado que habría hecho el francotirador. Según la policía, tras el asesinato solo descendió una persona por el edificio, así que supongo que el remitente del vídeo está en lo cierto y que esto es un ensayo.

El dron se acerca, y contengo el aliento mientras trato de ver las caras. Incluso pongo el dedo en el *trackpad* en un intento por acercar la imagen, como si fuera un mapa o algo así. Por supuesto, no puedo, pero si hago una captura de pantalla...

Pauso el vídeo lo justo para hacer la captura y después amplío la imagen. Sin embargo, está demasiado pixelada. Frustrada, dejo que el vídeo siga reproduciéndose. Las dos figuras casi han llegado al suelo. Bajan codo con codo, y el ganador llega a la acera solo unos segundos antes que el perdedor. El dron no graba el sonido, pero debe de oírse algo, porque ambos miran hacia arriba.

Sería una toma perfecta para usarla como reconocimiento facial, pero entre la distancia y la poca luz, la imagen es espantosa. No es nítida y está

muy pixelada, y carezco de las habilidades necesarias para arreglarlo.

Me pregunto si alguien podrá hacerlo. Porque seguro que quien me haya enviado esto lo ha intentado. Quieren que vea al francotirador, ¿verdad? ¿Significa eso que la calidad del vídeo no se puede mejorar? O tal vez supongan que los periodistas tenemos poderes porque, si esto fuera una película, seguramente lo solucionaría todo pulsando unas cuantas teclas o escribiendo algún código y listos.

Ni de coña, vamos.

Frunzo el ceño e intento pensar en algún conocido con las habilidades necesarias para mejorar la imagen.

O, mejor dicho, con las habilidades necesarias para enseñarme a mejorar la imagen. No estoy preparada para compartir este vídeo. Es demasiado fuerte, y una filtración podría significar que me robasen la historia.

Necesito a alguien que tenga un *software* que pueda usar. Alguien que trabaje en diseño gráfico, en programación o, no sé, un genio experto en tecnología.

Por desgracia, no se me ocurre nadie, pero le envío un mensaje a Roger preguntándole si me puede ayudar. Seguro que la revista ha necesitado mejorar la calidad de una imagen en algún momento.

Su respuesta es rápida y desconcertante.

Tenemos a alguien en plantilla que trabajaba codificando *software* para diseño gráfico. Dice que en tiempos creó un programa que tal vez pueda ayudarte. Pero no te va a gustar.

¿Que no me va a gustar? ¿Está loco? Le respondo:

Estás loco? Quién es?

Esta vez, la respuesta tarda más. Tanto que estoy a punto de llamarlo. Sin embargo, al final contesta:

Corbin. Ha accedido a enviarte el programa. Pero dice que le debes una.

Es como hacer un pacto con el diablo, pero si el *software* de Corbin funciona, supongo que merecerá la pena.

Roger me ha dicho que lo pondrá todo en marcha y que luego me pasa a Corbin. Me explica que tiene que toquetear algo para que pueda ejecutar sola el programa. Ahora mismo solo funciona en su sistema, dado que interactúa con otros de los que tiene instalados. Tendría que compartir el vídeo, y no estoy dispuesta a hacerlo. A su favor, debo reconocer que no discute. Promete enviarme una lista de programas adicionales que voy a necesitar y me dice que lo llame cuando esté lista para guiarme por la instalación y explicarme cómo se usa.

También menciona —cada diez segundos más o menos— lo mucho que le gusta tenerme en el bolsillo.

Me abstengo de llamarlo gilipollas o algo peor. Eso indica lo mucho que deseo esta historia. Y supongo que, si soporto postrarme ante mi peor enemigo, podré sobrevivir a cualquier cosa.

Sin embargo, cuando todo termine y haya pagado mi deuda, pienso publicar un anuncio a toda página en la competencia de *The Spall Monthly* en el que se diga que Corbin Dailey es un capullo integral.

Claro que tal vez sea mejor no hacerlo. Eso solo le inflaría más ese ego enorme que tiene.

Mi cabeza sigue dándole vueltas a la retórica antiCorbin cuando entro en el garaje. Normalmente aparco en el camino de entrada o en la calle, pero aunque pueda descuidar mi seguridad, Shelby es mi niña.

Entro en la casa por la puerta que da al lavadero. Dejo mis cosas encima de la secadora y después corro a la cocina en busca de algo que comer. Me muero de hambre, algo irónico teniendo en cuenta que Brewski tiene comida. Pero he estado tan concentrada en el trabajo que mi único sustento ha sido un café con leche seguido de un montón de café solo.

Abro el frigorífico, cojo un tarro de yogur de vainilla, cierro la puerta... y grito.

Porque justo detrás de la puerta, donde estaría un monstruo si fuera una peli de terror, descubro a un hombre.

Dejo de gritar al darme cuenta de que es Ronan Thorne, aunque no puedo decir que sea un alivio. Tal vez Devlin crea que no me la tiene jurada, pero yo sigo teniendo mis dudas. Sobre todo con él lejos y Ronan dentro de una casa que se supone que está protegida por una alarma.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le pregunto, y la rabia por la intromisión oculta mi desbordado nerviosismo.

—Siento haberte asustado. Devlin me dio el código.

Me muerdo la lengua para no soltar un taco y me digo que tengo que hablar seriamente con mi novio.

—¿Por qué te lo ha dado?

—Quería que comprobase cómo estabas. Y yo quería hablar contigo.

Se aleja con calma para apoyarse en la encimera, pero la escena es cualquier cosa menos tranquila.

Cuando lo conocí, se mostró sonriente y simpático, y pensé que se parecía un poco a un dios nórdico, con el pelo rubio, los ojos azules y el cuerpo al estilo Thor. Sigue pareciéndomelo, pero ahora desprende furia. Es como un dios furioso con capacidad de destruir el mundo.

Respiro hondo y me digo que no estoy asustada, pero la verdad es que sí lo estoy. Puede que Devlin esté convencido de que Ronan no es el autor de los mensajes chungos, pero de momento yo me reservo mi opinión.

De todos modos, siempre se me ha dado bien poner cara de póquer.

—Vale —digo al tiempo que cojo una cuchara y empiezo a comerme el yogur—. ¿De qué vamos a hablar?

—Una vez te dije que eras una distracción. Nunca se me ocurrió que pudieras ser un peligro.

Eso me cabrea.

—¿Te importa explicarme a qué te refieres?

—Devlin me ha dicho que tienes una pista sobre el francotirador que mató a Myers. Un enlace con cierta información. ¿Es verdad?

—No tenía derecho a contártelo.

—¿Es verdad?

—¿Y por qué te interesa?

—Me interesa porque eres tú. Porque Devlin está cabreado, y tiene motivos para ello.

La cabeza me da vueltas.

—¿De qué coño hablas?

—¿Quieres ponerte una diana en la espalda o qué? ¿De qué va lo del anuncio en la web de *The Spall Monthly*, todo eso de la grabación de vídeo y de la pista en exclusiva sobre la identidad del francotirador que mató a Terrance Myers? ¿Y sobre la certeza de que serás capaz de limpiar el vídeo para identificarlo?

—¿Qué coño dices? Yo no he publicado nada...

«Mierda. Roger...».

Después de contarle lo del mensaje de correo electrónico, publicó una mininota en la página web para que los lectores supieran que *The Spall Monthly* tenía una posible pista sobre el asesinato de Myers. Hoy, cómo no, habrá publicado una actualización en la que menciona el vídeo. Es una idiotez, porque todavía no hay noticias, pero aunque no saque nada en claro, ese anzuelo en la web atraerá a los lectores... y a los anunciantes. Aunque *The Spall Monthly* sea una revista en papel de calidad, la web tiene un cariz más sensacionalista por orden de Franklin, supuestamente para que la revista sea más competitiva en el mercado actual. No puedo decir que lo apruebe, pero entiendo que la revista necesita beneficios.

—No tenía ni idea —le aseguro a Ronan—. Debería haberlo supuesto, pero mi editor es quien publica esa parte.

—Pues dile que la borre. Aunque ya da igual. El daño ya está hecho. Nada desaparece de la red.

En eso tiene razón.

—No puede llevar publicado mucho tiempo —replico—. ¿Cómo te has enterado?

—Devlin está suscrito a las notificaciones de *The Spall Monthly*.

Parpadeo, porque eso no me lo esperaba.

—¿Por qué?

Por un instante, Ronan parece sorprendido.

—Porque escribes para la revista y es importante para ti.

—Ah. —Trago saliva y como un poco más de yogur para ocultar mi incomodidad—. Oye, yo no sabía que Roger iba a publicar el anuncio, pero ¿qué más da? Ni que fuera para tanto. Estoy escribiendo el artículo y tengo el vídeo. Por no mencionar las expectativas de conseguir aclarar la imagen. Entiendo que Devlin crea que Myers era una alimaña que merecía morir. Y ¿sabes qué? Yo también lo pienso. Pero la gente no puede ir por ahí de esa

manera, como si estuviéramos en el Salvaje Oeste. Y si tengo la oportunidad de usar mi trabajo para desenmascarar a esa persona, lo haré.

—¿Aun a riesgo de tu propia seguridad?

—¿De qué hablas?

Se pasa las manos por el pelo.

—Ese texto deja muy claro que han mandado el vídeo al autor del artículo original: tú. Si es tan incriminatorio como crees, ¿no te parece que quienquiera que escalase ese edificio intentará quitártelo?

Trago saliva, porque Devlin y él tienen razón, claro. Siempre he estado dispuesta a correr riesgos con mi trabajo, a exponer a los malos con tal de conseguir una historia. Nunca me ha preocupado por la sencilla razón de que el peligro nunca me ha asustado, jamás. Ni la muerte. Solo me importaba conseguir la historia. El resto podía irse a la mierda. De hecho, cuanto más peligroso, mejor.

Sin embargo, las cosas han cambiado. Sigo sin comprender por qué yo estoy aquí y mi familia no, pero esa necesidad de correr riesgos se ha desvanecido. Quiero quedarme. Todavía no quiero abandonar este mundo. No cuando aún me queda un tiempo con Devlin.

—La verdad, no lo había pensado.

Y ahora que lo hago, me pregunto si tal vez el incidente con el Range Rover está relacionado con la historia de Myers y no con los mensajes chungos.

—Pues en ese caso eres una insensata. ¿El vídeo revela la identidad del sospechoso?

Me echo a reír.

—No. Tengo la grabación de un dron que está superpixelada. He conseguido un programa con el que tal vez obtenga una imagen o tal vez no.

—Me quedo callada, pensando—. Le diré a Roger que publique una actualización diciendo que el vídeo está corrompido y que no podemos identificar al francotirador.

—¿Es verdad?

Me encojo de hombros.

—Con suerte, no. Si conseguimos una imagen y una historia, actualizaremos de nuevo. Pero tal vez así pueda quitarme de encima a quienquiera que me esté acosando.

Ronan asiente despacio con la cabeza.

—¿Cómo funciona el programa?

Repito como un papagayo lo que me ha explicado Corbin.

—Me ha dicho que si logramos recrear una imagen decente o no dependerá de la calidad del vídeo original.

—¿Y el vídeo es decente?

—No soy experta en reportajes gráficos, pero me parece superborroso.

No le digo que tengo un poco de fe en el inmenso ego de Corbin. No creo que hubiera ofrecido su programa de no creer que la probabilidad es buena. Al fin y al cabo, ese tío quiere ser el héroe.

—Parece que las probabilidades son remotas.

—Seguramente. Claro que el periodismo consiste en tirar del hilo cuando las probabilidades son remotas. Pero supongo que Devlin se pondrá muy contento si no consigo una sola imagen nítida. —Hago una mueca—. Creo que quiere formar parte del equipo de animadoras de quien se cargase a Myers.

—Estoy con él. Myers era un asco de tío. Se merecía lo que le pasó.

Me limito a mirarlo. A mirar a ese hombre duro. A ese hombre que Devlin respeta y a quien yo temo. No porque crea que hará daño a Devlin, sino por todo lo contrario.

Porque no dejo de pensar que, pasara lo que pasase, al final, él siempre escogería a Devlin. Eso es algo bueno. Pero estoy segura de que, para conseguirlo, destruiría a cualquiera que considerase un impedimento para la seguridad de Devlin. Incluida yo.

—Le diré a Devlin que vais a actualizar la información. Pero ten cuidado. Nunca sabes quién lo ha leído, y tal vez esa persona no perciba el cambio.

Asiento con la cabeza, y veo que se le suaviza la expresión.

—Solo queremos que estés a salvo —añade.

Me tenso por la sorpresa.

—¿En plural? Creía que yo era una distracción.

Ronan esboza una sonrisilla torcida.

—Seguramente me equivoqué al decirlo. Nunca he sentido por nadie lo que Devlin siente por ti, así que no sé muy bien en qué situación está, pero sí sé que lo arriesgaría todo por ti. Y yo siempre le cubriré las espaldas, así que supongo que eso implica cubrírtelas a ti también. Lo quiera o no —añade guiñando un ojo.

Lo que quiere decir que, cuando se marcha, sigo sin saber si se está convirtiendo en un buen amigo o si sigue siendo un peligroso enemigo.

Está oscuro cuando de repente me despierto sobresaltada. No sé qué me ha despertado, pero después de echar un vistazo al reloj y ver que ni siquiera son las dos de la madrugada, hago ademán de darme media vuelta en el colchón con un gruñido cuando veo una silueta recortada contra el vano de la puerta.

Estoy a punto de gritar, pero lo reconozco en el último momento: Devlin.

Entra en el dormitorio iluminado por un rayo de luna. Tiene la respiración alterada y sus ojos me miran de forma penetrante. El pelo le rodea la cara como si fuera la de un león, y necesita recortarse la barba. Tiene un aspecto salvaje. Feroz. Y aunque sé que solo es mi imaginación, la cicatriz parece más marcada.

Irradia peligro, como si emitiera ondas de radio, y percibo la fuerza de su poder desde el otro extremo del dormitorio.

—¿Devlin? —Me siento en la cama—. ¿Qué haces aquí?

—¿Por qué cojones no me lo has dicho?

Apenas tengo tiempo para asimilar la pregunta, porque se acerca a mí con dos largas zancadas. Me agarra por los brazos y me saca de la cama. Mi cuerpo reacciona de inmediato. Se me endurecen los pezones contra la delgada tela del top. Un deseo palpitante se extiende entre mis muslos solo por el roce de los pantalones cortos contra la piel desnuda. Devlin despide llamaradas de furia y pasión, y he pasado tan rápido del sueño al deseo desesperado que la cabeza me da vueltas.

Sé lo que quiere, por qué ha venido. Está cabreado porque no lo llamé después de que el Range Rover estuviera a punto de atropellarme. Está acojonado por lo que podría haber pasado. Y ha transformado ese miedo y esa furia en deseo. De tocarme. De reclamarme. Para comprobar y para demostrarme, a mí y a todo el puñetero mundo, que estoy viva, que soy suya y que estoy segura entre sus brazos.

Y... ¡Joder!, yo también lo deseo. Tanto que me arde la piel por la expectación y respiro de forma superficial y entrecortada.

Sin embargo, no me toca. Al contrario, me mantiene apartada, con los brazos extendidos, mientras su mirada me recorre como si no acabara de creerse que sigo de una pieza.

Me siento confundida y estoy muy cachonda. Tanto que oigo la desesperación en mi voz cuando le pregunto:

—Devlin, ¿qué estás...?

Ni siquiera acabo la pregunta. Tira de mí para pegarme a su cuerpo y se apodera de mis labios con un beso que deja claro que le pertenezco. Me derrito contra él, y me dejo arrastrar por ese afán posesivo tan placentero. Encantada de que este hombre de salvajes pasiones me reclame como suya. Este amante desenfrenado.

—¿Han intentado atropellarte y no me lo dices? —Sus palabras son tan brutales como el beso que ha interrumpido para hacerme la pregunta—. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—Es que...

—No.

Me agarra la barbilla con una mano y me silencia con otro beso brutal mientras introduce la mano libre por el elástico de los pantalones cortos para aferrarme el culo. Gimo, rindiéndome al poder de ese deseo tan desesperado. Una desesperación que iguala la mía.

Me pongo de puntillas y le entierro los dedos en el pelo mientras lo beso con frenesí. Nuestros dientes se chocan cuando acerco su cabeza a la mía, como si quisiera devorarlo. Siento sus dedos entre los muslos. Estoy empapada y lista para lo que viene a continuación. Gimo contra su boca cuando nuestras lenguas se enfrentan con la misma avidez con la que me penetra con un dedo. Y aunque sus besos demuestran que le pertenezco, me froto contra sus dedos porque mi cuerpo anhela más que el placer que él puede provocarme. Anhele al hombre.

Anhele a Devlin.

—¡Maldita idiota! —susurra con brusquedad—. Podría haberte perdido. Podrías haber muerto. ¿Crees que podría soportar perderte de nuevo?

Me ha aferrado los hombros con las manos para mantenerme inmóvil.

—No vas a perderme —le aseguro—. No me has perdido. —Lo miro a los ojos—. Puedo cuidarme sola.

—¿Crees que no lo sé? —Me suelta y se sienta en el borde de la cama. Lleva unos vaqueros que se le amoldan a los muslos y acentúan el contorno de su erección. Doy un paso hacia él con la intención de desabrochárselos,

pero levanta una mano y me ordena en silencio que me detenga—. Quítate el top.

Levanto una ceja, pero no protesto. Me limito a agarrar la prenda por el borde para quitármela por la cabeza y la tiro al suelo, a mi lado. Se me endurecen los pezones hasta un punto casi doloroso, y siento un deseo abrasador cuando veo que su mirada me recorre de arriba abajo. No sonrío. De hecho, nunca lo he visto tan serio. Y aunque es Devlin, el hombre al que quiero, no puedo evitar sentir una oleada de inquietud mezclada con la expectación.

Y, sí..., me gusta.

—Los pantalones cortos.

Engancho la cinturilla con los pulgares y muevo las caderas hasta que la prenda cae al suelo. Acto seguido, le miro el bulto que tiene en los vaqueros y doy un paso hacia él, desnuda. Luego doy otro. Y otro más.

—Creo que te toca —le digo, convencida de que va a quitarse los vaqueros o a invitarme a que le baje la cremallera.

En cambio, dice:

—No.

—¿No?

Se pone de pie y se acerca a mí. Retrocedo de forma instintiva, pero él se acerca hasta acorralarme contra la pared. En cuanto me atrapa, me rodea el cuello con una mano.

—Joder, El, ¿crees que soportaría perderte? ¿Crees que podría soportarlo?

—Yo...

Dejo la frase en el aire al sentir que me aprieta más fuerte el cuello.

—¿Esto es lo que necesitas? —me pregunta con los labios cerca de la oreja—. Peligro. ¿Miedo?

Me cuesta respirar cuando me acaricia el culo con la otra mano y va bajando hasta colarse entre mis piernas para penetrarme con varios dedos mientras me acaricia el ano con el pulgar. Un estremecimiento de placer sensual me recorre la piel.

Gimo, pero él me silencia al apretarme más el cuello. Me acaricia la oreja con la lengua antes de susurrar:

—Se acabó lo de buscar el peligro. Si quieres peligro, me buscas a mí. —Me mete los dedos hasta el fondo y los aprisiono en mi interior, entendiendo su afán de ejercer el control, aunque ansío hacerme con él y rendirme al mismo tiempo—. ¿Quieres sexo duro? Vale.

Con un movimiento brusco, me suelta el cuello y me da media vuelta, de manera que me pega los pechos desnudos contra la pared. Me saca los dedos de repente, y grito de la sorpresa cuando me da un azote, que me escuece y me excita a partes iguales. Acto seguido, me acaricia la nalga mientras me muerdo el labio inferior. Es la primera vez que me azotan; jamás me he permitido someterme hasta este extremo. Pero ahora...

Otro azote más, seguido de las caricias de su mano sobre la zona dolorida. Sin embargo, en esta ocasión me separa las piernas y me acaricia el coño mojado antes de rodearme de nuevo el cuello para mantenerme inmóvil. Para recordarme que él manda en este momento. Él lo es todo. Hasta el aire que respiro.

—Te gusta esto —afirma, no pregunta.

Asiento con la cabeza.

—¿Qué te gusta?

—Todo —contesto con voz ronca por la fuerza que ejercen sus dedos—.

Tú —matizo—. Me gusta lo que estás haciendo. Quiero esto. Quiero...

—¿El qué?

—Rendirme —admito.

—Siempre has tomado el control —dice—. Pero conmigo no. Conmigo te sometes.

Me da media vuelta mientras habla y me levanta en brazos. Le rodeo las caderas con las piernas y me aferro a sus hombros y él me penetra. Mi espalda choca con la pared, de manera que amoldo mi cuerpo al suyo mientras siento cómo nos embarga la tensión a medida que me la mete cada vez más fuerte, cada vez más adentro. Me está reclamando. Haciéndome suya.

—Nunca más —dice cuando estamos al borde del orgasmo—. No me ocultes nada más. Lo que te duele a ti, me duele a mí. ¿Lo entiendes?

—Sí —contesto justo cuando me corro—. ¡Oh, sí!

Me estremezco una y otra vez, arrastrándolo conmigo, y al cabo de un momento me lleva dando tumbos hasta la cama, donde caemos abrazados y nos separamos una vez estamos sobre el colchón, respirando con dificultad. Instantes después, se inclina sobre mí para darme un beso tierno.

—No vuelvas a ocultarme nada.

—No lo haré. Lo siento. Tienes razón. —Se me atascan las palabras en la garganta porque son ciertas. Debería haberle llamado. Merecía saberlo. Porque, aunque todavía no me lo ha dicho, me quiere—. Lo siento —repito mientras me coloco sobre él y le apoyo una mejilla en el torso—. No esperaba que te enterases, aunque debería haberlo supuesto —añado con ironía—. Y no

te lo dije porque no quería que te preocuparas. Pero estuvo mal por mi parte.
—Me aparto para mirarlo a la cara—. ¿Cómo te has enterado?

Su expresión insinúa que se me ha ido la pinza.

—Había un montón de gente por la zona, todo el mundo con un *smartphone* con cámara y una cuenta en las redes sociales. Solo hacía falta que una de esas personas te reconociera como mi novia y...

—Mierda. —Suelto el aire con brusquedad—. Vale. Soy idiota. Pero Lamar y Brandy también.

Lo oigo gruñir.

—No empieces. Ambos me aconsejaron que te mandara un mensaje. Pero no pensamos en Twitter. —Hago una mueca y vuelvo a mirarlo—. De verdad que lo siento.

—Lo sé. —Cierra los ojos y respira hondo antes de abrirlos de nuevo. Cuando lo hace, todavía veo el miedo en ellos, que se resiste a abandonarlo—. Joder, El, no vuelvas a hacerlo.

—¿Lo de dejar que estén a punto de atropellarme? Te aseguro que no está en mi lista de tareas pendientes.

—¿Sabes quién pudo ser?

—Lo único que sé es que era un Range Rover negro. —Ladeo la cabeza—. ¿Ronan no tiene uno?

Sé que es así. Lo vi alejarse en él anoche, reconfortada por sus palabras de despedida y por el hecho de que en el sur de California es imposible lanzar una piedra sin dar a un Range Rover. Por eso y por la inquebrantable confianza de Devlin.

De todas formas...

Miro a Devlin a los ojos.

—El coche de Ronan es un Range Rover, ¿verdad?

—Sí. Pero él no...

—Sé que crees que no fue él —lo interrumpo—. Y quiero confiar en él, en serio. Pero parecía bastante molesto por qué yo estuviera hurgando en la historia de Myers. Y... —Me callo para ordenar mis pensamientos—. El problema es que confío en mi instinto. Siempre me ha funcionado y es un recurso básico en mi carrera como periodista. Ve a los hechos, pero no pases por alto el instinto, ¿no? Y hay algo en Ronan que...

—Confía en mí —me interrumpe Devlin—. Haz caso a tu instinto, pero en última instancia confía en mí.

—Eso hago —replico con un hilo de voz, y veo cómo levanta la ceja partida a modo de respuesta—. Lo hago —insisto—. Confío en ti para casi

todo. Y por lo que se refiere a Ronan, te aseguro que lo intento.

Está a punto de sonreír.

—Le pedí que viniera a verte porque yo estaba molesto por lo de Myers. En aquel momento todavía no sabía que habían estado a punto de matarte. De lo contrario, lo habría dejado todo para venir en persona.

Me encojo de hombros.

—En fin, eso le ofrece una estupenda coartada.

Se frota las sienes, y me resulta evidente que se siente frustrado conmigo. Tal vez debería pasar del tema, pero no entiendo por qué no es capaz de ver lo mismo que yo.

—Ronan no se opone a lo nuestro —me asegura—. Le confiaría mi vida. Y la tuya también. Eso debería dejarte claras unas cuantas cosas.

—Desde luego. —No le digo que en el fondo sigo temiendo que Ronan no sea digno de su confianza.

Al oírlo suspirar, sé que me ha leído el pensamiento. Me pongo tensa, esperando que siga con la discusión. En cambio dice:

—Háblame del vídeo. ¿Ya has averiguado algo?

Niego con la cabeza y le hablo de Corbin y de su programa informático.

—Seguro que no consigo nada. —Hago un mohín mientras lo miro a los ojos—. Y a ti te parecería estupendo.

—Pues sí. La verdad.

Suspiro y me siento en la cama, envuelta en la sábana.

—Hoy no estamos de acuerdo en nada, ¿eh?

Me coge de una mano.

—Podemos estar en desacuerdo y seguir juntos.

Trago saliva y tengo la impresión de que me flaquea la sonrisa, porque estoy al borde de las lágrimas.

—Tienes razón. —Inspiro hondo y suelto el aire despacio—. Vale. Convénceme. ¿Por qué estás tan seguro de que Ronan es buena gente?

El colchón se mueve cuando se incorpora para sentarse en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero.

—¿Aparte del hecho de que servimos juntos en el ejército? ¿De que lo he visto trabajar durante años? ¿De que nos hemos cubierto la espalda el uno al otro durante diez años y ha guardado mis secretos sin protestar?

Eso me desinfla un poco.

—Vale, lo entiendo. Pero sigo pensando...

—¿El qué?

—Creo que no le gusto.

Devlin se ríe.

—¿Y eso te importa?

—Sí —contesto, y me sorprende la vehemencia de mi respuesta—. Seguramente sea la persona más cercana a ti.

—No. —Me mira a los ojos—. No lo es.

Esbozo una sonrisa espontánea.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé. Y tendrás que aceptar mi palabra de que le caes bien. Pero se preocupa por mí. Sabe que nunca he mantenido una relación seria con nadie desde mi época como Alex. Y sabe que acabaré destrozado si...

Deja la frase sin completar, y le cojo una mano.

—No contemplo esa posibilidad.

—Exacto —replica, mirándome con expresión abrasadora—. Yo tampoco.

Por un momento me pierdo en sus ojos. Sería muy fácil zanjar el tema. Eludirlo refugiándome en el olvido de sus brazos. Ta vez debería hacerlo, pero le pregunto:

—Bueno, ¿y qué hace Ronan cuando no ejerce como embajador de la Fundación Devlin Saint?

Devlin suspira y menea la cabeza.

—Te adoro.

Suelto una carcajada alegre.

—Eso es bueno. Porque yo también te adoro. —Ladeo la cabeza—. ¿Y bien?

Se mueve un poco para acomodarse en la cama.

—¿Te suena ese personaje de las películas, misterioso y callado, que trabaja en temas de seguridad y que intenta llevar una vida normal, y entonces va y lo llaman para solucionar algo muy gordo?

—Claro. Esas películas son mis preferidas. ¿Me estás diciendo que ese es Ronan?

—Pues sí.

—Asesor de seguridad autónomo —digo—. Eso me dijo que era.

—Lo resume bastante bien. Protege a políticos y famosos. Investiga fallos de seguridad. Son habilidades que aprendimos en el ejército.

—Trabajaste en inteligencia, ¿no?

Asiente con la cabeza.

—Ambos lo hicimos.

—Así que él ha seguido más o menos en el mismo sector, pero tú lo dejaste. ¿Por qué?

—Tomé un camino distinto al de Ronan, pero los dos nos dedicamos a hacer el bien. No sé por qué le tienes ojeriza, pero debes creerme.

—Lo hago —le aseguro, y no es mentira porque realmente sé que él lo cree así. En cuanto a mí..., en fin, el jurado sigue deliberando. Eso sí, tengo claro que esta conversación ha terminado. Le pongo una mano en el hombro mientras me siento a horcajadas sobre su regazo. Lo miro a los ojos y bajo la voz para decirle—: ¿Sabes lo que quiero hacer ahora?

En esos ojos verdes aparece un brillo travieso y apasionado.

—Supongo que no quieres dormir.

—No.

—¿Por qué no me lo dices?

Le acaricio despacio el torso desnudo y me inclino hacia delante para darle un beso tierno en los labios antes de trasladarme hasta una oreja. Le muerdo el lóbulo y susurro:

—Me has puesto a tono... para ver una película de acción.

Su risa ronca reverbera en mi cuerpo y me da un apretón en el culo.

—Qué graciosa.

Me aparto lo justo para mirarlo a la cara.

—Pues sí —admito—. Pero después de la película, me apetece un poco más de acción de la nuestra.

Me despierta un golpecito en la puerta. Todavía grogui, sujeto la sábana con una mano mientras me incorporo sobre un codo y miro por encima del hombro de Devlin.

—Entra —murmuro.

La puerta se abre de golpe y Brandy asoma la cabeza, aunque de inmediato pone los ojos como platos.

—¡Ah!

Al oírla me doy cuenta de que tiene una vista estupenda de Devlin, ya que la sábana le cubre justo de las caderas hacia abajo, de modo que tiene todo el torso —y un pelín más— desnudo. Sigue dormido, vuelto hacia la puerta.

«Lo siento. Lo siento muchísimo», gesticula Brandy con los labios, aunque no llega a pronunciar las palabras en voz alta.

Meneo la cabeza.

—No te preocupes —susurro.

—No sabía que estaba aquí —replica también en voz baja.

—Dame un segundo y salgo.

Brandy asiente con la cabeza y hace ademán de retroceder, pero la voz de Devlin la detiene.

—Buenos días, Brandy.

Me muerdo el labio para contener una carcajada cuando la veo ponerse colorada.

—Esto... Yo... Me preguntaba si querías desayunar. Si Ellie quería desayunar, digo. Pero solo porque no sabía que estabais los dos aquí. ¿Queréis que os prepare el desayuno?

Devlin se sube la sábana mientras me resulta evidente que intenta contener una sonrisa, y tiene un aspecto tan deliciosamente sexy que Brandy tiene suerte de que no me lo tire ahora mismo.

—No, gracias. —Le tiemblan los labios cuando contesta—. Me iré pronto.

—¿De vuelta a Las Vegas? —le pregunto.

Devlin coge el móvil de la mesita de noche para enviar un mensaje. Me cuesta la vida ocultar la decepción que siento, pero sé que tiene que trabajar. Se queda callado un momento mientras sigue escribiendo y luego devuelve el móvil a la mesita.

—No, en realidad no. —Me sonrío—. De hecho, pensaba invitarte a desayunar. —Mira a Brandy—. ¿Te gustaría acompañarnos? Suponiendo que Ellie acepte.

—¿Estás de coña? —replico—. Pues claro que acepto. Pero ¿no tienes que volver?

—Resulta que escogí a mi equipo de maravilla. Soy absolutamente prescindible.

Ladeo la cabeza y lo miro con una expresión lasciva muy exagerada de arriba abajo.

—Para mí no.

Me da un apretón en el muslo.

—Bueno, ¿vamos a desayunar? —Mira de nuevo a Brandy—. ¿Qué dices? ¿Te vienes?

—Dicen que tres son multitud —contesta ella.

—Te prometo que no haremos tonterías.

—Ay, vaya, qué pena —salta Brandy.

Devlin se echa a reír.

—Lo siento. Ese rollo no me va.

Le doy un mordisquito en la oreja.

—¿No? Porque he estado cotilleando en internet y hay cosas interesantes sobre ti y...

Me abraza de repente, sin darme tiempo a esquivarlo, y de alguna manera consigue que la sábana no se mueva para que Brandy no acabe con una imagen no apta de alguno de los dos.

—Brandy, por favor, vente. Necesito refuerzos.

Ella se echa a reír al oírlo.

—Iba a decirle a Ellie que tengo lo justo para unos huevos antes de salir. Aunque, si no te importa, me encantaría pedirte consejo empresarial. Podría cambiar mi primera reunión...

Deja la frase en el aire y lo mira con expresión esperanzada.

Devlin me mira.

Me encojo de hombros.

—No me importa. Si queréis hablar de negocios durante el desayuno mientras yo me aburro como una ostra, allá vosotros.

Se miran con expresión guasona.

—Parece que tenemos plan —dice Devlin.

—¿Veinte minutos? —pregunta Brandy—. Eso debería bastarme para cambiar la agenda. ¿Vosotros tenéis tiempo suficiente para vestiros?

—De sobra. Aunque a lo mejor damos un paseo por la playa después del desayuno —añade él—. Lo que quiere decir que no tenemos que perder el tiempo arreglándonos mucho. ¿Te parece bien?

Asiento encantada con la cabeza y, en cuanto Brandy se marcha, decido perder los tres primeros minutos del tiempo acordado sentándome a horcajadas sobre Devlin. Claro que el plan se va al traste cuando me aferra los hombros y me hace chillar al tumbarme de espaldas, con una pierna a cada lado de las mías, y su polla tan despierta como nosotros dos.

—No tenemos tiempo —protesto—. Ojalá lo tuviéramos.

—Solo un adelanto de aventuras futuras —dice al tiempo que se inclina para besarme, de modo que su erección me acaricia entre los muslos y aumenta muchísimo mis ganas de que tener un poco más de tiempo.

—Podemos llegar tarde —susurro mientras intento separar las piernas.

—Eso sería grosero —replica, moviendo las caderas para que su polla me acaricie con más intensidad.

Me estremezco, frustrada y cachonda a la vez.

—¿Que eso sería grosero? —protesto, y achina los ojos al sonreír.

Se inclina más y me acaricia la curva de la oreja con la lengua.

—Después —susurra.

—Joder, ya lo creo que después. Después me las vas a pagar, guapo.

Me da un beso fugaz en los labios antes de apartarse de mí y levantarse de la cama.

—Si no nos damos prisa, llegaremos tarde.

—Esta me la pagas —le digo señalándolo con un dedo—. Y pronto.

—Espero el momento impaciente. —Le está costando lo suyo no echarse a reír, y no lo consigue del todo—. Disfrutaré de la expectación.

Lo miro con los ojos entrecerrados antes de acercarme al armario, supuestamente para coger ropa, pero sobre todo para que no pueda ver que también estoy conteniendo las ganas de reír.

Dado que solo voy a llevar unos pantalones cortos, un top y una sudadera fina, no tardo en vestirme. Devlin se demora un poco más, porque anoche vino con ropa de trabajo, pero en el coche lleva siempre una bolsa con ropa. Cuando sale a buscarla a toda prisa, me recojo el pelo en una coleta y me pongo protector solar. Y hasta aquí mi acicalamiento del día.

Pronto bajamos la cuesta los tres, con *Jake* galopando por delante, sujeto por la correa. Al final, resulta que la segunda reunión de Brandy se ha cancelado, así que dispone de noventa minutos antes de tener que irse. Cogemos una mesa en el Omelet Tree, uno de los restaurantes que hay tocando el mar junto a la autopista de la Costa del Pacífico. Tiene una enorme terraza, admite perros de buena gana y cuenta con unas vistas espectaculares. Mientras Devlin y yo casi apuramos el café de golpe, Brandy se toma una manzanilla a sorbitos y *Jake* mordisquea un hueso para perros, cortesía del restaurante.

Pese a que el nombre hace alusión a las tortillas, el restaurante es famoso por sus tortitas. Brandy y yo pedimos la de plátano, pero Devlin se decanta por la de pan de jengibre. Mientras empezamos a comer, Brandy y él hablan de estrategias, no solo para aumentar sus ventas, sino también su visibilidad y presencia pública.

—Lo que me apetece es hacer algo como lo que haces tú —dice ella—. Apoyar algo en lo que crea. Devolver algo, ¿sabes? Pero ahora sigo intentando obtener beneficios. Empecé Bolsos BB con lo justo, y me sorprende que vaya bien. Pero así es.

—Has trabajado mucho y está dando frutos. No hay nada de malo en querer obtener beneficios —replica Devlin—. Diriges un negocio. Cuanto mejor lo dirijas, más dinero conseguirás, y cuanto más consigas, más podrás no solo expandir el negocio y crecer, sino ayudar a las causas en las que crees.

Los oigo debatir sobre las opciones y hablar de lo que Brandy desea conseguir y qué obras benéficas quiere apoyar y promocionar. También ponen sobre la mesa la posibilidad de que Brandy cree una organización benéfica. Devlin le propone varias ideas, pero sobre todo le promete pensar en el tema y continuar la conversación con algo más concreto a partir de lo cual puedan tomar decisiones.

—No sabes cómo te lo agradezco —le dice Brandy—. Sobre todo sabiendo lo ocupado que estás. Significa mucho para mí.

—Me alegra hacerlo. —Se mira el reloj—. Si quieres que nos veamos cuando termines de trabajar, podemos seguir hablando del tema.

—¿Podemos esperar un par de días? —Me mira—. No quiero interrumpir vuestros planes. Y, la verdad, creo que necesito un día para asimilarlo todo.

—Cuando te vaya bien —contesta Devlin—. Te prometo hacer un hueco.

—Gracias. Ahora tengo tantas cosas en la cabeza que me costará concentrarme en las reuniones que me esperan. Además, hace un día

estupendo y me dais una envidia tremenda, porque os vais a la playa mientras que yo me voy a Los Ángeles.

—No, de eso nada —la contradigo—. Te encanta tu trabajo. Y estoy orgullosísima de ti. Estás creando algo fabuloso.

Nos traen la cuenta y Brandy pone su parte, o lo intenta. Devlin se lo impide y le dice que puede compensarlo preparándole unos *muffins* que pueda guardar en el congelador de su casa.

Se despide de ella con un beso en la mejilla y, después de que Brandy y yo nos abracemos, ella regresa colina arriba en busca de sus muestras y de su coche. Mientras, Devlin y yo nos quedamos con *Jake*, que se está echando una siesta bajo la mesa y mueve las patas como si estuviera soñando que persigue un conejo.

Aunque perseguir conejos es impensable, jugar a lanzarle algo parece un buen plan. Así que mientras *Jake* y yo observamos la orilla, Devlin cruza la calle para ir al supermercado de la esquina. Dado que está cerca de la playa, vende toda la parafernalia que pueda desear un turista. Doy fe, ya que no hace mucho entré para comprar unas chanclas porque había salido corriendo descalza, abrumada por la sorpresa de descubrir que Devlin Saint era el chico del que me había enamorado.

Devlin sale enseguida con un disco y, en cuanto lo saca de la bolsa, *Jake* se vuelve loco. Empieza a dar tirones de la correa y casi me tira al suelo mientras corre por la hierba hacia la playa arenosa. Le hago un gesto a Devlin para que se ocupe del perro loco, pero se está riendo tanto que no me sirve de nada.

Por fin llegamos a la orilla, a la zona de arena donde los perros bien educados pueden ir sin correa en temporada baja. Al parecer, *Jake* se ha olvidado del disco, porque se pasa cinco minutos de reloj persiguiendo la espuma de las olas mientras yo recupero el aliento. Me apoyo en Devlin, con la espalda contra su torso y sus brazos rodeándome con fuerza.

—Anda que me has ayudado mucho —bromeo.

—Os estabais conociendo —replica—. ¿Cómo iba a interrumpir?

Echo la cabeza hacia atrás porque quiero verle la cara.

—Hola.

—Hola.

Se inclina un poco y me besa. Un besito rápido que pronto se vuelve más apasionado, hasta que me doy la vuelta entre sus brazos y le rodeo el cuello con los míos. La playa está casi desierta esta mañana, de modo que me pierdo en su aroma y en el maravilloso olor del océano.

Empiezo a derretirme —de hecho, empiezo a arrepentirme de no haber vuelto a casa—, pero me enfrío en un abrir y cerrar de ojos cuando nos riegan con gotas de agua. Chillo y me aparto de un salto, momento en el que me doy cuenta de que nos está mojando un empapadísimo *Jake*, que se sacude para secarse un poco.

Miro a Devlin a los ojos y nos echamos a reír.

—Perro loco —digo al tiempo que me arrodillo en la arena para acariciarle las orejas—. ¿Preparado para el disco?

Jake se anima al instante, y Devlin lanza el disco haciendo que vuele paralelo al agua. *Jake* sale disparado tras él, para la delicia de dos niñas que están construyendo un castillo de arena. Devlin y yo nos quitamos las sandalias, las sujetamos por las tiras y caminamos por la orilla para encontrarnos con *Jake*, que regresa con el disco entre sus orgullosos dientes.

—Buen chico —dice Devlin al tiempo que recupera el disco antes de acariciarle el cuello—. ¿Otra vez?

El perro casi se pone a brincar de alegría, de modo que Devlin vuelve a lanzarlo. Paseamos en esa dirección, cogidos de la mano, hasta que me detengo de golpe al darme cuenta de dónde estamos.

Laguna Cortez está escarbada en las colinas, así que tenemos playas arenosas y rocosas. Las del extremo norte de la ciudad suelen ser más rocosas conforme se acercan a las colinas y a los acantilados que forman los arrecifes, estupendos para los submarinistas y espantosos para los bañistas y los que buscan tesoros en las playas.

Allí está la casa del tío Peter, aunque ya no es suya, claro. Una casa en primera línea de mar, junto a la autopista de la Costa del Pacífico, cerca de un farallón que se eleva hacia un acantilado que ahora está lleno de apartamentos. La casa es enorme y moderna, y tiene muchos ventanales orientados al océano, mientras que las paredes que dan hacia el interior en su mayoría son ciegas, tanto por cuestiones de diseño como de intimidad.

Jake corre hacia ella. Pero yo me paro en seco.

—No he pasado por aquí desde que volví —le digo a Devlin—. Cada vez que vengo a la playa desde la avenida del Pacífico, enfilo hacia el sur. —Me encojo de hombros—. Allí es donde me llevan los pies. Supongo que por acercarme a ti —añado con una sonrisa.

La fundación está a poca distancia a pie hacia el sur. Y, si bien es cierto que siempre iré hacia Devlin, los dos sabemos que no es el piloto automático lo que me aleja de la casa de Peter. Es el sentimiento de pérdida.

Devlin me coge de la mano y después usa la que tiene libre para silbar a *Jake* para pedirle que vuelva.

—No, no pasa nada —le aseguro—. De verdad.

—No me parece que no pase nada.

—Solo es un poco de melancolía. ¿Me entiendes?

—Por supuesto. —Señala la casa con un gesto de la cabeza. Quienquiera que sea el dueño actual, la mantiene en perfecto estado—. ¿Quieres acercarte?

Niego con la cabeza.

—Hoy no.

—Lo que necesites, nena. Lo que necesites. Solo tienes que decírmelo.

Lo miro con una sonrisa fugaz.

—Lo sé. —Suspiro—. ¿Es raro que, aunque sepa todo lo que sé de Peter, siga echándolo de menos?

—Ay, nena. No, claro que no.

—Son muchos años viviendo en esa casa con él, y cuando venía después del colegio antes de que mi padre muriera... A ver, crecí ahí. Crecí con él. Eché de menos mi casa cuando murió mi padre, pero este lugar se convirtió en mi hogar. Era mi santuario. Ahí te conocí —añado al tiempo que lo miro a los ojos—. Y tú también fuiste mi santuario.

—El...

—Lo fuiste —insisto—. Aunque te marchaste. Y creo que Peter también lo fue. Pero no lo era. No de verdad.

—¿Seguro que no?

Es una pregunta seria, y la sopeso. Porque Devlin —Alex—, era el eje de mi vida. Y lo sigue siendo, aunque me hizo mucho daño hace tiempo. Pero comprendo el motivo y puedo vivir con las razones.

Con Peter no entiendo el motivo. Al menos, no todavía. A lo mejor nunca lo consigo. Pero lo estoy intentando y, no sé..., tal vez cambie algo.

Entrelazo los dedos con los de Devlin mientras pienso en la dualidad de las personas. En quiénes somos por dentro y en cómo dejamos que los demás nos vean. Pienso en Alex y en Devlin, el mismo, pero distinto. Y en mí. Policía. Periodista. Amante. Superviviente.

—Facetas —digo al recordar algo que Devlin dijo hace tiempo sobre cómo era posible que siguiera queriendo a Peter pese a todo lo malo que había hecho. A mi lado, él asiente con la cabeza—. Supongo que no es tan raro —admito—. Y la verdad es que echo de menos ese sitio. No solo los recuerdos, porque, joder, era una casa increíble.

—Lo era —dice, dándome la razón—. Y ya que estamos, sigue siéndolo.
—Me rodea la cintura con un brazo—. Mis mejores recuerdos también son de esa casa. De la casa y de otro lugar.

Alzo la mirada para clavarla en sus ojos.

—Sí. Los míos también.

Enfilamos hacia el sur sin necesidad de hablar, mientras *Jake* camina a nuestro lado con el disco en la boca. No tardamos mucho, pues hay muy poca distancia desde la playa hasta las piscinas naturales, situadas cerca de la Fundación Devlin Saint.

—Será mejor que tengas cuidado —bromeo al acercarnos—. Es viernes y estás faltando al trabajo. Como alguien te vea...

—Por suerte para los dos, soy el jefe.

—Y tanto que por suerte. —Le cojo una mano y le doy un tirón—. A ver quién llega primero —le digo antes de que ambos salgamos corriendo.

Jake llega en primer lugar, seguido por Devlin; yo acabo derrotada y llego la última.

—Tienes las piernas más largas —protesto.

—Me encantan tus piernas —dice Devlin al tiempo que recorre con un dedo el bajo de mis pantalones cortos, rozándome el muslo con la yema.

—Cuidado.

Levanta las cejas.

—Esa caricia no tiene nada de sensual.

—Contigo, todas las caricias son sensuales. Sobre todo aquí.

«Aquí» es el lugar donde me besó por primera vez, junto a las piscinas naturales formadas por porosas rocas negras.

—Ven —me ordena.

—¿Por qué?

—Porque quiero besarte de nuevo.

—Ah. —Me pego a él—. Gracias por una mañana maravillosa —le digo mientras me da un tironcito de la coleta para que levante la cara.

—¿Qué te parece si lo convertimos en un día maravilloso?

—Me parece...

Me parece perfecto, pero no consigo terminar la frase. En cambio, me derrito con su beso mientras las olas rompen contra nuestros tobillos y *Jake* retoza cerca.

Me dejo llevar, y solo pienso en que no quiero que acabe. Porque, en algún lugar más allá del velo que envuelve esta maravillosa mañana, hay una

persona misteriosa que manda mensajes. Y él, o ella, se ha propuesto pinchar la burbuja de felicidad que tanto me ha costado conseguir.

Como es viernes, pasamos el resto de la tarde con *Jake* en la playa y en el parquecillo que linda con el extremo meridional de la sede de la fundación. Cuando el sol comienza a ponerse, compramos unos cucuruchos en la pequeña heladería cercana a la avenida del Pacífico antes de emprender el paseo de vuelta a casa de Brandy. Da la casualidad de que ella vuelve de Los Ángeles casi al mismo tiempo, así que nos acomodamos para disfrutar de una maratón de películas. La idea es de Brandy; de hecho, es ella quien sugiere que veamos las dos primeras de *Alien*.

—Estábamos viendo *Aliens: el regreso* la noche que os conocisteis —dice al tiempo que se encoge de hombros—. Supongo que me siento nostálgica.

Acepto entusiasmada, ya que el arrebató de nostalgia me parece tan estupendo como el hecho de acurrucarme en el sofá con Devlin para ver dos películas enteras. Él también acepta, y esa actitud tan espontánea y natural me llega al corazón y me emociona. Porque es un hombre que tiene «negocios importantes» con los que lidiar y, sin embargo, aquí está, tomándose un día libre para pasarlo conmigo, con mi mejor amiga y con su perro, sin hacer nada.

Le doy un apretón en la mano con un suspiro y después lo beso con suavidad en la mejilla.

—¿A qué viene esto?

—Me apetecía y ya está. Pero quedan muchos por llegar.

Me pega un repaso de arriba abajo y pone cara de salido para hacerme reír.

—Lo estoy deseando.

Lo golpeo con un cojín.

—Quédate aquí —le ordeno, mientras Brandy y yo sacamos un montón de comida basura para cenar y la colocamos en la mesa del sofá junto con dos botellas de vino tinto y tres copas. Y, por supuesto, un juguete para *Jake*.

Puede decirse que, como noche, es perfecta.

Brandy y yo nos pasamos el día siguiente muy atareadas con las labores domésticas. Hemos planeado que Devlin y Lamar vengan a casa para pasar una velada entre amigos los cuatro. Cuando cae la noche, el delicioso aroma de unos espaguetis con salsa casera flota en el ambiente, haciendo que me ruja el estómago.

Aunque es una receta de la madre de Brandy, yo he hecho la mayor parte del trabajo siguiendo las órdenes de mi amiga.

—Vas a impresionar a Devlin —dice probando la salsa—. Ojito —añade—, o pensará que sabes cocinar. Imagina la sorpresa cuando os vayáis a vivir juntos y solo le sirvas café, *bagels* tostados y queso de untar.

Sonrío.

—En primer lugar, no me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos, solo que me quede en la ciudad. En segundo lugar, tengo varias pizzerías con reparto a domicilio en marcación rápida y soy un genio echando leche a los cereales.

Brandy hace un mohín con la nariz.

—Estoy bastante segura de que lo que consideras «cereales» son puro azúcar.

—Es posible. Pero están ricos. —Me encojo de hombros—. Por eso tengo que seguir viviendo contigo. Por los beneficios nutricionales de que seas mi mejor amiga.

—No entiendo cómo has sobrevivido en Nueva York...

—Entrega a domicilio —lo admito—. Muchos muchos pedidos de comida a domicilio.

Me mira y asiente despacio con la cabeza.

—En fin, esperemos que Devlin sepa cocinar. ¿Crees que lo hará?

—¿Cocinar?

—Pedirte que te vayas a vivir con él.

—¡Ah! —Frunzo el ceño—. Vas un poco rápido, ¿no?

—Es solo una pregunta —me contesta con inocencia.

—Sinceramente, no lo sé.

—Porque te ha dicho que tiene secretos. Y que es peligroso.

Mira el reloj, coge dos tomates, me los da y me pide que los lave y los corte. Mientras, ella termina de cubrir la lasaña con *mozzarella* y la mete en el horno. La verdad, me alegro de que me haya dado un respiro, porque así tengo tiempo para ordenar mis ideas.

—El peligro no me preocupa —replico, concentrada en cortar los tomates en rodajas uniformes—. Pero los secretos... Si le inquieta que averigüe algo, ¿por qué querría tenerme al lado las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana?

—¿Te molesta?

—¿Que haya cosas que no me cuente?

Brandy asiente con la cabeza.

—Un poco —admito.

—¿Solo un poco?

Ladeo la cabeza y luego señalo el reloj.

—Deberíamos cambiarnos de ropa. No tardarán en llegar.

—Ellie... —protesta, y casi puedo oírla fruncir el ceño. Sin embargo, levanto una mano para silenciarla y corro a mi habitación.

La verdad es que no quiero pensar en la posibilidad de mudarme con Devlin. Por una parte, me gustaría estar siempre a su lado. Por otra, estoy acostumbrada a vivir sola.

Claro que esa no es la verdadera razón para no desear vivir con él todavía: quiero lo que nos arrebataron cuando El Lobo obligó a Alex a hacer lo que hizo. Cuando tuvo que huir, y lo nuestro no pasó de ser un amor secreto y trágico.

Quiero citas en la playa y meriendas en el parque. Quiero que me llame por teléfono y que me mande flores. Quiero pasarme por su oficina y llevarlo a almorzar, y que sea todavía más especial porque esa mañana no me ha visto en la cama.

Quiero lo que tienen otras parejas. Hasta ahora, ha habido muy pocas cosas en nuestra relación que entren en la categoría de «normales». Y aunque nunca me he imaginado deseando una relación normal, por lo que a las citas se refiere, por lo que se refiere a Devlin, no es que lo desee. Lo necesito.

Creo que ese es el motivo que me lleva a contener las lágrimas cuando abro la puerta minutos después y me lo encuentro de pie con un ramo de rosas para Brandy y una caja envuelta en papel plateado para mí.

—¿Puedo abrirlo? —pregunto mientras caminamos hacia la cocina para que Brandy pueda poner las rosas en agua—. ¿Qué es?

—La llave de tu corazón —contesta.

—Del mío. No del tuyo. —Sacudo la caja, que es pequeña pero pesa un poco—. Eso significa que no es lencería sexy.

Oigo una risilla en el pasillo y, al volvernos, descubrimos que Lamar ha entrado.

—No sabía que era ese tipo de fiesta; de lo contrario, me habría puesto algo rosa.

—Me parto contigo —le digo, y levanto la caja—. Brandy no ha tenido que jugar a las adivinanzas. Devlin le ha traído flores. Yo intento descubrir que hay en mi caja.

—¿La llave de tu corazón? —repite Lamar, y a continuación extiende un brazo.

Miro a Devlin a los ojos y, al ver que se encoje de hombros, dejo la caja en la mano de mi amigo que, acto seguido y con gestos teatrales, lanza la caja al aire varias veces para comprobar su peso. Después la agita. Por último la huele.

Finalizada la entretenida escena, me la devuelve.

—Es fácil —asegura mientras me mira, tras lo cual fija los ojos en Devlin.

—¿Me estás diciendo que sabes lo que es? —pregunto.

—Como ya te ha dicho él, es la llave de tu corazón.

Los señalo con el dedo índice, primero a uno y luego al otro, al tiempo que frunzo el ceño fingiendo estar mosqueada.

—Justo por eso dejó la policía —le dice Lamar a Devlin—. Sus habilidades detectivescas dejan un poco que desear.

—Ya veo —replica Devlin—. Claro que igual está un poco oxidada después de tantos años... Deberíamos tener eso en cuenta.

—Os la estáis ganando —les advierto, y entonces miro a Lamar—. Bueno, ¿qué es?

—¿No es evidente? ¿A que es café?

Miro a Devlin, pero es imposible saber lo que está pensando, porque a poner cara de póquer no le gana nadie.

—Ábrelo de una vez —dice Brandy.

Deslizo el dedo por debajo del papel, abro la sencilla caja de cartón y descubro un paquetito de café molido Dunkin' Donuts de tueste natural. Nada emocionante, pero mi preferido.

Y sí, me llega al alma.

—Lo has hecho bien, tío —dice Lamar, y le da una palmada amistosa a Devlin en el hombro mientras yo me acerco para abrazarlo.

—¿Lo sabías? —le pregunto. Devlin me rodea con sus brazos—. Que iba a regalarme café.

—¿La llave de tu corazón? Era café o un Pulitzer, y ni el señor Humanitario del Año aquí presente puede conseguirte lo segundo.

—Es la caña como detective —dice Devlin, que hace un saludo militar a Lamar a modo de broma mientras Brandy me grita que acabe la ensalada caprese porque la comida está casi lista.

Sin embargo, no me muevo. Me quedo donde estoy, dejando que el momento me llene. Porque la verdad es que Lamar se equivoca. Puede que el café sea mi debilidad. Pero esta escena, mis amigos riendo juntos, es la verdadera llave de mi corazón.

La avenida del Pacífico está cerrada al tráfico durante el Festival de Otoño y la calzada se llena de coloridos puestecillos. Obras de arte, artesanía, joyas y velas. Aceitunas, salsas, quesos y galletas. Cosas que comprar, cosas que comer e incluso una selección de grupos locales que se turnan para tocar. Es un caos organizado absolutamente maravilloso, aunque un poco abarrotado de gente.

—¿Cómo es que no tienes un puesto? —le pregunto a Brandy mientras miramos una colección de pendientes de plata.

Llevamos en la feria desde mediodía y, aunque ya son más de las cuatro, todavía no hemos visto todos los puestos ni visitado todas las tiendas.

—Yo me estaba preguntando lo mismo —dice Anna, con los ojos de un azul brillantísimo, como si estuviera canalizando el sol de hoy. La melena pelirroja también le brilla, y por primera vez me fijo en que tiene las raíces más oscuras.

Tracy y ella se han reunido con nosotras hace una hora, más o menos cuando Lamar, Christopher y Devlin han decidido plantarse junto al quiosco de música para devorar tacos y churros. Ronan y Reggie también han pasado antes, pero llevo horas sin verlos. Sigo sin saber por qué me suena tanto la cara de Reggie, y empiezo a creer que son imaginaciones mías.

—¿Tienes contrato en exclusiva con The Escape? —pregunta Tracy volviéndose para enseñarnos el bolso en bandolera de Bolsos BB que lleva—. Me lo he comprado hace una hora. Es increíble.

—Eres mi nueva mejor amiga —dice Brandy—. Lo siento, Ellie, ya has durado mucho tiempo.

—Requiere esfuerzo —le explico a Tracy—, pero merece la pena.

—Pues sí. —Brandy se echa a reír—. Y no, no tienen exclusividad. De hecho, se suponía que iba a tener un puesto, pero tuve que renunciar a él hace un mes. —Una mujer sonriente con una copa de vino nos empuja al pasar—.

Estamos bloqueando el acceso. —Nos conduce a la parte trasera, donde hay menos gente.

—Pero ¿por qué tuviste que renunciar al puesto? —quiere saber Anna, que se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

La sonrisa de Brandy podría hacer la competencia a la del gato de Cheshire.

—Porque tuve que enviar todo lo que tenía en inventario a Chicago para cumplir con el nuevo contrato con una de las *boutique* de allí. Totalmente alucinante e inesperado. Y también es el motivo de que me vaya a pasar el resto de la semana cosiendo. Y la semana siguiente entrevistando a gente para contratar a una asistente a tiempo parcial.

—No me lo habías contado. —La abrazo con tanto entusiasmo que casi la derribo y se da contra el puesto de joyas.

Brandy se encoge de hombros y consigue parecer modesta y orgullosa al mismo tiempo.

—Solo son negocios.

—Que se te dan muy bien —interviene Tracy—. Cuando sea mayor, quiero ser como vosotras. —Como sigue en la universidad, es la más joven del grupo.

—Pues vamos a ver si se cumple —dice Anna—. He visto un puesto donde leen las cartas al final de la manzana. ¿Queréis?

Tracy mira el reloj.

—He quedado con Lamar dentro de media hora, pero si no hay cola, estupendo.

—Deberías haberte traído a alguien —le digo a Anna, dado que es la única que ha venido sola.

—No tenía a nadie a quien traer y ahora mismo estoy bien así.

Hago un mohín con la nariz, deseando haberme mordido la lengua.

—¿Una mala ruptura?

Ella le quita hierro a mis palabras.

—No ha sido una ruptura como tal. Ha sido más bien un desastre absoluto. Al final no ha valorado lo que tenía delante de las narices.

—Lo siento.

—Tranquila. Él se lo pierde, ¿no?

Sonríe con tirantez, y, aunque asiento con la cabeza, no digo en voz alta que estoy segura de que la ruptura ha sido peor de lo que está diciendo.

—Vas a dejar que también te lean las cartas, ¿verdad? —le pregunta Tracy—. Tenemos que averiguar si hay otro tío en el horizonte.

—O si mi amor espabilará pronto —replica Anna con sorna—. Claro. Te acompaño. —Me mira—. ¿Y tú qué? ¿Quieres saber lo que las cartas os auguran a Devlin y a ti?

Niego con la cabeza.

—No. Las cosas nos van bien ahora. Si se avecina algo malo, no quiero saberlo.

Tracy frunce el ceño, así que me arrepiento enseguida de mis palabras.

—Devlin y yo estamos genial —le aseguro—. Solo era una broma.

—Ah, claro. Es que estaba pensando en lo del Range Rover. Estás bien, ¿verdad?

Anna me mira con expresión pensativa.

—Tienes suerte de que no te pasara nada.

—Tengo el culo un poco dolorido, nada más.

—Casi me muero del susto —añade Brandy—. A ver, que si alguien lo hizo a propósito...

—¿De verdad crees que el conductor quería atropellarte? —pregunta Tracy.

—No lo sé —contesto—. Tal vez fuera mala suerte. No llevaba matrícula, así que igual era un coche robado y yo estaba en el peor sitio posible.

Anna cruza los brazos por delante del pecho.

—No me vengas con que te crees esa opción.

—No —admito—. Pero no ha pasado nada desde entonces. Tal vez no fuera contra mí. O quizá esté relacionado con el artículo que estoy escribiendo. A lo mejor alguien no quiere que investigue.

—Supongo que son gajes del oficio —dice Anna, y suspira meneando la cabeza—. No sé cómo lo haces. Yo no dejaría de mirar por encima del hombro a cada minuto del día. Y ahora también tienes que lidiar con la prensa.

—No es para tanto —replico, aunque detesto estar expuesta a la opinión pública de esa manera.

—Ellie evita entrar en las redes sociales —comenta Brandy—, pero yo he estado prestando atención. Hubo muchas fotos justo después del incidente con el Range Rover, pero fue hace unos días. Ahora la cosa está bastante tranquila. —Se encoge de hombros—. Teniendo en cuenta que estás saliendo con Devlin, que es rico y está de muy buen ver, hay menos publicaciones de las que me esperaba.

—Menos mal —digo—. Porque no tengo la menor necesidad de ver mi cara en todos los móviles del mundo.

No es mentira. Aunque lo que más me alivia es que no somos tendencia, porque un hombre con una identidad secreta debería evitar el escrutinio público.

Cuando miro a Anna a los ojos, tengo la sensación de que ella piensa lo mismo. Pero claro, no podemos decirlo en voz alta porque estamos con Tracy, que no sabe quién era Devlin.

—¿Qué me dices de ti? —le pregunta Anna a Brandy—. ¿Quieres que te lean las cartas?

Ella niega con la cabeza.

—Quiero comprarle algo a Christopher. —Señala primero a Anna y después a Tracy—. No se lo digáis. Es una sorpresa.

—¿Qué es?

—Todavía no lo tengo claro. Por eso quiero echar un vistazo. —Me mira a los ojos—. ¿Me acompañas?

Accedo y nos despedimos de nuestras amigas para ir a dar una vuelta por los puestecillos.

—Bueno, ¿qué buscas? ¿Tienes algo en mente?

—Es posible. Ya he puesto en marcha parte del regalo. Le he mandado a Tamra un mensaje esta mañana.

—¿A Tamra?

Brandy asiente con la cabeza, al parecer muy complacida consigo misma.

—El *Laguna Leader* va a publicar un artículo sobre el autor de novelas de suspense que está documentándose en nuestra ciudad, aunque, como es una sorpresa, no quiero que entrevisten a Christopher. Así que Tamra va a recopilar algunos datos biográficos sobre él y sobre su carrera para que los usen.

—Es una idea genial. Pero si ya está en marcha, ¿qué buscas en el festival?

—Quizá una estilográfica de madera grabada. He visto un puesto un par de manzanas más adelante. Parece muy indicado para un escritor, ¿no?

—Mucho. Pero ¿a qué se debe? ¿Es su cumpleaños?

Le brillan los ojos mientras meneaba la cabeza.

—No. Solo quiero que sepa que lo aprecio.

Como me detengo y tiro de ella para que se pare a mi lado, la multitud se ve obligada a esquivarnos.

—Habéis tenido la charla.

Sonríe de oreja a oreja.

—Esta mañana. Hablamos de la violación y de que di al bebé en adopción. De todo. Ha reaccionado genial. Pero genial de verdad.

—Me alegro muchísimo —le digo al tiempo que echamos a andar de nuevo—. ¿El regalo es en plan «Gracias por ser genial»?

—Básicamente.

Le pongo una mano en un hombro.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—Sí. —Titubea antes de asentir con la cabeza—. Sí, de maravilla.

La obligo a detenerse de nuevo, pero en esta ocasión la llevo junto a un puesto donde venden miel y velas de cera natural.

—¿Por qué me da la sensación de que hay un pero? ¿Se puso raro?

—No, no. Christopher se ha portado muy bien... —Deja la frase en el aire al tiempo que pierde la sonrisa.

—¿Brandy?

—Vale, vale. Sé que son cosas mías, pero después de contárselo, me pareció ver al tío.

—¿Al tío? ¿A Walt? —Pocas veces usamos su nombre para referirnos a él, pero ahora mismo hay que especificar.

Brandy asiente con la cabeza y se abraza a sí misma.

—Sé que seguramente estoy proyectando. Debe de ser el miedo, ¿verdad? Ya sabes, que me preocupa que me asalte el recuerdo o que me quede paralizada o algo cuando Christopher y yo..., ya me entiendes.

—¿Crees que deberías ver a alguien? No por creer que has visto a Walt —añado a toda prisa—. Me refiero a alguien que pueda ayudarte con la parte del sexo. Te apetece que sea bueno. Especial. Y si te quedas paralizada o te asustas o...

—No. Nada de psicólogos.

—Brandy...

Ladea la cabeza, así que levanto las manos en señal de rendición ante el mensaje implícito: «Ni con toda la mierda que estoy soportando voy a un psicólogo, así que no puedo hablar».

—Vale —me rindo—. Pero asegúrate de que Christopher lo entiende. Y de que sea paciente. Y seguro que lo será. Billy no sabía lo que te había pasado. Christopher sí. Todo saldrá bien.

—Lo sé. —Echa un vistazo a nuestro alrededor, como si estuviera observando entre la multitud—. Porque es imposible que fuera él, ¿no?

—La cabeza te ha jugado una mala pasada. Estabas pensando en él, así que de repente ha aparecido. Es de lo más natural del mundo. No te

preocupes.

—Ya. Claro. —Respira hondo—. Vamos. Nos queda mucho por ver.

Llevamos una hora comprando en los puestos de otra manzana cuando siento la vibración del móvil. Me lo saco del bolsillo y veo una imagen del cartel que hay dos calles más allá. El mensaje de Devlin dice: «El plan es reunirse aquí en diez minutos. OK».

Le mando el emoji del pulgar arriba y luego se lo digo a Brandy, que le envía un mensaje a Christopher para asegurarse de que está al tanto del plan. Resulta que sigue con Devlin, así que no hay problema.

Nos abrimos paso entre la multitud hacia una zona algo menos concurrida en la calle de al lado. Es fácil encontrar el bar, no solo por el cartel, sino porque Lamar está delante y nos hace señas.

—¿Dónde están los demás?

—Devlin y Christopher han entrado con Anna para ocupar una mesa, pero Tracy se ha ido —contesta—. Tenía planeada una videollamada con su madre para esta noche.

—¿Así que te has quedado para recibirnos? —le pregunta Brandy.

Lamar menea la cabeza.

—He estado cotilleando un poco. —Se vuelve hacia mí—. Tengo noticias de la rubia. La que Ortega vio con Peter.

Brandy levanta un dedo para silenciarlo.

—Voy a entrar para que sepan que hemos llegado y así vosotros podréis hablar.

Le decimos lo que queremos beber antes de que Lamar y yo nos alejemos de la puerta.

—Bueno, ¿qué has averiguado?

—Los archivos que querías de la investigación original sobre el asesinato de Peter llegaron esta mañana, así que los he estado hojeando.

El corazón me da un vuelco por la expectación.

—¿Has leído las entrevistas con los testigos?

Asiente con la cabeza.

—La investigación se cerró muy pronto. A ver, en cuanto Mercado confesó...

Deja la frase en el aire mientras yo agito una mano con impaciencia.

—Ya. Pero has encontrado algo. Sobre la rubia. ¿Qué es?

—Tal vez no sea nada —responde—. Pero hablaron con un tal Cyrus Mulroy. Al parecer, Peter y él se conocían.

—¿Drogas?

Menea la cabeza antes de frotarse la frente con una mano, como hace cuando quiere ganar tiempo.

—Lamar, ¿qué es?

—He detenido a Mulroy un par de veces. Ahora tiene casi sesenta años y ha pasado por la cárcel. Se ha trasladado al interior. Creo que a Mission Viejo. Nunca encontré nada relacionado con drogas.

—¿Y qué...?

—Porno —dice Lamar a secas—. Y juró durante un interrogatorio que hizo un trato con Peter.

Retrocedo un paso, con el estómago revuelto.

—No.

Levanta las manos sacudiendo la cabeza y, cuando habla, percibo la emoción de su voz:

—Sé que no es lo que quieres oír... y, la verdad, a lo mejor no es nada. Pero te mereces saber todos los hechos.

—¿Y cuáles son los hechos? —Lo pregunto con voz seca y dura, aunque no quiero que suene así.

Fuera quien fuese Peter, hiciera lo que hiciese, quiero saber la verdad. Y me siento una amiga espantosa por desahogarme con Lamar porque Peter no está aquí para soportar mi dolor y mi desengaño.

Tiene mérito que ni siquiera se inmute, y la ternura que demuestra al comprender mis sentimientos me ayuda a recuperar la compostura. Me enderezo y digo con voz más calmada:

—No pasa nada. Sea lo que sea, lo encajaré.

—Ya te he dicho que a lo mejor no es nada —dice—. Que yo sepa, el departamento nunca ha investigado a Peter por pornografía.

Me encojo de hombros.

—Eso no significa nada. El departamento de policía de esta ciudad no investigó a mi tío por temas de drogas hasta después de su muerte.

—No te lo puedo discutir —admite Lamar—. Pero no hay nada en el interrogatorio de Mulroy que sugiera que fuera un negocio habitual. Dijo que había hecho un trato con él. Textual. Así que igual solo fue una vez.

Asiento con la cabeza mientras intento asimilarlo todo.

—Y crees que la rubia...

Levanta las manos.

—Solo es un pálpito. A lo mejor no debería haberte dicho nada. Al menos, no hasta tener más información.

Me acerco a él y le cojo las manos.

—No, gracias. Me alegro de que me lo hayas contado. No sé lo que significa, pero es un buen pálpito. Aunque dudo que se la llevara a Los Ángeles y se la presentara a su mecánico como su novia, si estaba metida en el porno.

—Bien pensado. De todas maneras, es otra pista. Si quieres averiguar más sobre Peter, sobre lo que se traía entre manos, sobre qué lo llevó a meterse en esos asuntos tan turbios, deberías hablar con Mulroy.

—¿Puedes conseguirme su dirección o su teléfono?

—Lo busco —contesta—. Quizá entre él y la rubia, si es que la encontramos, te formarás una imagen mejor.

—Ojalá —replico.

La verdad es que, cuanto más averiguo sobre mi tío, más me doy cuenta de lo difícil que es conocer a las personas.

Lamar me sujeta la puerta para entrar y reunimos con los demás, pero oigo mi nombre cuando estoy a punto de pasar.

Me vuelvo y veo detrás de nosotros a una chica que me resulta conocida.

—¿Carrie? ¡Ay, por Dios! —Me vuelvo hacia Lamar—. La conozco del instituto. Entra. Voy ahora mismo.

Lamar asiente con la cabeza, y me acerco a Carrie, que corre por la acera hacia mí.

—¡Carrie Bartlett! Estás estupenda.

Con su altura y esa melena rubia ondulada, los vaqueros ajustados y tanto carácter como irradiaba en el instituto, debería estar en una pasarela.

—¿De verdad te lo estás tirando?

Me pongo tensa y me quedo helada por el tono desagradable de su voz.

—¿Cómo?

—A Devlin Saint —añade—. Es un mentiroso y un capullo.

—¿De qué hablas? ¡No me jodas! —Sin pensarlo, extendiendo los brazos y la agarro por los brazos—. ¿Tú eres la de los mensajes? —le espeto, echando humo por las orejas, furiosa—. ¿Nos estás acosando?

Ella se libra de mis manos, y esos ojos azules me miran tan fríos como el hielo.

—¿Qué mensajes? ¿De qué coño hablas? Intento hacerte un favor, idiota. No te fíes de él.

Me quedo plantada como una boba mientras me da vueltas la cabeza, intentando comprender a qué viene esto.

—Espera —digo—. Ya me acuerdo. Saliste con él. En Nueva York, hace unos años. Lo acompañaste a una gala en la que pronunció un discurso.

Por aquel entonces yo no prestaba mucha atención a Devlin Saint, pero *The Spall Monthly* cubrió el elegantísimo evento durante el cual anunció que estaba construyendo una sede permanente para su fundación en Laguna Cortez. Me pareció una coincidencia muy rara que lo acompañara una antigua

amiga del instituto, pero tampoco me sorprendió, claro. Salta a la vista que Carrie tiene la misma pinta que esas modelos que suelen ir del brazo de los multimillonarios.

Podría haber llamado al hotel para intentar quedar con ella y ponernos al día, pero fue el fin de semana del ataque del tío del callejón y, después del susto, cualquier pensamiento sobre el filántropo rico que estaba saliendo con una antigua amiga se me fue de la cabeza.

Ahora me pregunto cuánto tiempo estuvieron saliendo..., y qué sucedió para que lo dejaran.

—Nada de lo que dice es real —sigue antes de que pueda preguntarle—. Tenlo presente, Ellie. Nada de lo que dice es real.

Niego con la cabeza.

—Lo que pasara entre vosotros...

—Qué ingenua eres. Ellie, en serio. No soy una imbécil muerta de celos. Solo intento ayudarte. —Su mirada me atraviesa—. Aléjate de él, ¿vale? Devlin Saint es un puto monstruo.

El corazón me late con tanta fuerza que me retumba en los oídos y apenas oigo mi propia voz.

—No sé de lo que hablas, pero te equivocas.

Carrie no dice nada. Se limita a mirarme de arriba abajo, se encoge de hombros y me suelta:

—Lo he intentado. Ahora depende de ti.

Se da media vuelta y desaparece entre la multitud.

Hago ademán de seguirla, pero un tío muy alto pasa a mi lado para entrar en el bar y durante los escasos segundos que tardo en comprender que estoy bloqueando el paso y necesito apartarme, Carrie desaparece.

—¿Está bien? —me pregunta la jefa de sala.

—Sí —miento, y señalo hacia el rincón del fondo—. Vengo con ellos —añado después de echar a andar.

Devlin me ve acercarme y me mira con una sonrisa deslumbrante mientras se levanta para retirar la silla que tiene al lado. Sin embargo, no me siento. Lo abrazo y entierro la cara en su torso, aspirando su olor. Él me acaricia el pelo con ternura.

—¿Qué ha pasado?

Niego con la cabeza y lo estrecho un poco más antes de retroceder y echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara.

—Nada. Me he encontrado con una antigua amiga. Digamos que no es de tu club de fans.

Devlin frunce el ceño.

—¿Quieres hablar del tema?

—Ahora no. Luego.

Ya tengo dos temas de los que debemos hablar: Carrie y la revelación de que Peter podría haber estado implicado en un caso de porno. Con lo alegre y soleado que ha empezado el día, rápidamente se ha transformado en uno gris y deprimente.

«No», me digo.

Alejo esos pensamientos con furia. Es nuestro día. Un día para disfrutar del mundo con nuestros amigos. Sin preocupaciones, sin demonios, sin responsabilidades.

—Estoy bien —le aseguro con firmeza—. Ahora solo quiero comer, beberme una botella de vino y estar con mis amigos y contigo.

—Creo que podremos conseguirlo —replica antes de darme un beso fugaz.

Sin embargo, soy consciente de que sigue preocupado cuando tomamos asiento. Y veo la misma inquietud en las caras de todos los reunidos en torno a la mesa. ¡Joder con Carrie! Siempre le encantó ser el centro de atención.

—Estoy bien —les aseguro—. En serio. —Miro a Brandy a los ojos—. Acabo de encontrarme con Carrie. Tiene uno de esos días que no hay quien la soporte.

Devlin se tensa a mi lado, y Brandy mira a Christopher de reojo.

—Fuimos juntas al instituto. A veces salíamos las tres, pero no acababa de decidirse entre nosotras y el grupito de las chicas malas.

—No ha pasado nada —añado sin mirar a Devlin por si la cara me traiciona—. Solo ha sido un reencuentro raro.

Anna, que está al otro lado de Christopher, se inclina hacia delante para mirarme mientras apoya una mano en su hombro para mantener el equilibrio.

—Tuve amigas así —le dice a Brandy antes de mirarme—. Nunca me ha gustado reencontrarme con ellas.

Vuelve a acomodarse en la silla, pero me doy cuenta de que ha dejado la mano en el hombro de Christopher. Él, sin embargo, no parece darse cuenta, y me recuerdo que no tiene importancia. Sé que son buenos amigos. Me quedó claro cuando los sorprendí repasando posibles ideas para el argumento de su libro.

—Bueno, ¿y qué te ha dicho para cabrearte? —me pregunta Brandy—. ¿O solo era su habitual simpatía arrolladora?

Agito una mano para restarle importancia.

—Nada, las chorradas de siempre —contesto—. Vamos a dejarlo.

—Brindemos por eso —dice Christopher, que levanta su copa de vino.

Descubro que tengo una copa delante y la levanto para brindar con los demás. Durante más de media hora, disfrutamos de la comida y de la conversación, y hablamos un poco de todo y de nada.

Lamar se pone en pie para ir al baño, y sopeso la idea de ir yo también, pero me siento relajadísima después de haberme bebido una copa entera de vino, y casi una segunda. Así que me quedo en la silla, un poco inclinada hacia la derecha, disfrutando del contacto de la mano que Devlin me ha puesto en la espalda.

Estoy así sentada cuando lo veo levantar la otra mano para saludar a alguien. Sigo la dirección de su mirada y descubro a Ronan y Reggie, que esperan en la fila de las copas de vino para llevar, algo permitido en la ciudad durante las celebraciones festivas en el barrio de las Artes.

Ronan lo ve y levanta su copa a modo de saludo, al tiempo que Reggie se vuelve y nos sonríe.

—¿Están saliendo? —le pregunto a Devlin, sin apartar la mirada de la cara de Reggie e intentando, una vez más, averiguar por qué me resulta tan familiar.

—¿Te refieres a salir como pareja? No que yo sepa. Pero han trabajado bastantes veces juntos como para convertirse en buenos amigos.

—Creo que hace tiempo lo intentaron —dice Anna—. Pero estoy segura de que no pasaron de la primera cita.

Devlin se ríe.

—No me sorprende.

—¿Por qué? —pregunta Brandy.

—Son demasiado cabezotas —contesta Devlin.

Cruzo los brazos por delante del pecho y lo miro con expresión seria.

—¿Y nosotros no?

Me coge de la barbilla para echarme la cabeza hacia atrás y me besa.

—También —dice cuando se aparta, dejándome más que un poco insatisfecha—. La diferencia es que a mí me gusta.

Supongo que a Ronan también le gustan las mujeres con carácter, pero no digo nada porque por fin he descubierto por qué Reggie me resulta tan familiar: tiene los mismos ojos que Bette Davis.

Debe de ser eso, concluyo mientras se despiden los dos con la mano y salen del establecimiento para volver a la feria. Mi tío era un gran aficionado

al cine clásico, y Bette Davis era una de sus actrices favoritas. Me digo que he resuelto el misterio, pero sigo dando vueltas al asunto.

«Es otra cosa —pienso—. La he visto en algún lado».

Estoy segura de que la he visto en algún sitio.

El asunto es ¿dónde?

Estoy a punto de compartir mi frustración con mis compañeros de mesa cuando Brandy chilla y tira la copa de vino.

—Lo siento, lo siento —se disculpa mientras lo limpia, pero me doy cuenta de que le tiembla la mano.

—¿Bran?

Levanta la cabeza y me mira fijamente; en un primer momento solo distingo el miedo en sus ojos. No, miedo no. Terror.

—Brandy —repito, esta vez en voz más baja—. ¿Qué pasa?

Mueve los labios, pero no sale sonido alguno. No importa. He entendido la palabra que trataba de pronunciar gracias al movimiento de sus labios y al miedo de sus ojos: «Él».

Extiendo un brazo por encima de la mesa y le agarro la mano.

—¿Él? —repito—. ¿Walt?

Está temblando, y entrelazo mis dedos con los suyos.

—No puede hacerte daño —le recuerdo—. Estás a salvo.

Somos solo Brandy y yo, porque me he olvidado de todos los demás, así que doy un respingo, sobresaltada al oír la voz de Devlin, baja y seca.

—¿Pelo oscuro, camisa azul y vaso de *whisky* en la mano?

Brandy traga saliva y asiente con la cabeza.

—Es él —afirma Devlin, sin preguntar—. El tío que...

—Sí —susurra Brandy con un hilo de voz.

En cuanto lo dice, Devlin echa la silla hacia atrás arrastrándola por el suelo y se encamina hacia la otra punta del restaurante. En un abrir y cerrar de ojos, agarra a Walt por el cuello de la camisa y lo levanta a pulso, de manera que sus pies no tocan el suelo.

Ni siquiera soy consciente de que me levanto de la silla hasta que estoy junto a ellos y, mientras Walt protesta y el camarero amenaza con llamar a la policía, Devlin lo arrastra hacia la puerta. Walt no para de pedir ayuda a los sorprendidos clientes, que se llevan la mano a la boca o sacan los móviles para grabar la escena.

Corro en esa dirección empujando a la gente a ciegas para intentar seguirlos. Hasta que veo a Lamar salir del baño y decido acercarme a él, al tiempo que grito su nombre y señalo en dirección a Devlin.

—Es Walt —digo y, como no podía ser de otra manera, Lamar evalúa la situación al instante.

Brandy no suele hablar mucho de lo que pasó con ese tío, pero Lamar sabe lo básico. Incluso ha tratado de localizarlo varias veces a lo largo de los años, para intentar que se haga justicia y que Brandy pueda dar carpetazo al tema.

En este momento veo que le cambia la expresión. Enseña la placa y chilla al camarero que llame a la policía, tras lo cual grita a los clientes que abran paso. La gente se aparta al instante, como si Lamar fuera Moisés separando las aguas del mar Rojo.

—Date prisa —grito, mientras lo alcanzo al llegar al exterior—. Nunca he visto a Devlin tan cabreado.

—Pues yo estoy igual —me confiesa Lamar, con la voz ronca por la emoción—. ¿Está segura?

Echa un rápido vistazo por encima del hombro, y asiento con la cabeza.

—Tú también lo estarías si le hubieras visto la cara.

—¿Se puede saber dónde se han metido?

Estamos bajo la marquesina, y desde aquí parece que sea una noche normal. Gente paseando. Riendo. Hablando.

Sin embargo, algo menos de una manzana más adelante veo una pequeña multitud, y muchísimos más teléfonos haciendo fotos de lo que me esperaba. Echo a correr con Lamar pisándome los talones.

—¡Policía! —grita mientras se acerca—. Policía. Despejen la escena. Abran paso.

Devlin y Walt están detrás de un contenedor, y mi primer pensamiento coherente es que Devlin parece ileso. El segundo, que es un alivio, porque, gracias al tamaño del contenedor, dudo que haya muchas fotografías buenas. Lo último que pienso es en Walt, que tiene la cara hinchada y ensangrentada, el labio partido y un ojo casi cerrado de tan inflado.

—Me ha atacado —balbucea Walt al ver a Lamar—. Este cabrón de mierda me ha atacado. Te va a caer una buena, tío —le dice a Devlin—. Mi padre te arruinará la puta vida.

—Creo que es a ti a quien le va a caer una buena, amigo mío —replica Lamar, que se acerca con la placa mientras yo cojo a Devlin del brazo y lo alejo de Walt—. Quizá no lo sepas, pero los delitos de violación no prescriben en California.

—No sé de qué cojones hablas.

—En fin, permíteme que te lo explique. ¿Cómo te llamas?

—Y una mierda te lo voy a decir.

Devlin le saca la cartera del bolsillo trasero y Walt suelta un gruñido.

—William Alexis Tarkington —dice Devlin, tras lo cual tira la cartera al suelo.

Lamar resopla.

—Supongo que por eso no pude encontrar a ningún Walt o Walter en la ciudad que coincidiera con la descripción. —Carraspea—. William Tarkington, tú y yo vamos a tener una pequeña charla. —Y, como si sus palabras fueran una señal, de repente se oye el aullido de las sirenas de la policía.

—¿Qué coño está pasando? ¡Yo no he hecho nada!

De pronto se queda petrificado, con los ojos clavados en el otro extremo de la calle, no en Devlin ni en Lamar. Sigo la dirección de su mirada y veo que Brandy está al lado de Christopher, acompañada por dos policías de uniforme.

—Yo no he hecho nada —repite, pero con menos convicción.

—¿Ah, no? Bueno, vamos a alejarnos de esta multitud para hablar del tema. —Lamar hace un gesto a los agentes de uniforme, que se acercan para trasladar a Walt al coche patrulla—. Me voy con ellos —me dice.

—¿No lo vas a arrestar?

—Todavía no. —Señala a Brandy con la cabeza—. Si lo hacemos, ella tendrá que testificar. Quiero darle tiempo para que se lo piense. Mientras tanto, Walt y yo vamos a charlar un poco. ¿Quién sabe? Tal vez ahora que sé su nombre encontremos más víctimas.

Asiento con la cabeza y después lo abrazo.

—Gracias. —Miro a Devlin—. Muchas gracias a los dos.

Ellos se miran a los ojos, pero no dicen nada. Lamar se limita a estrechar la mano a Devlin y da un abrazo rápido a Brandy. Después le da un beso en la frente y entra en el coche patrulla junto a un esposado Walt.

Brandy corre hasta Devlin, que la abraza.

—Todo saldrá bien —le dice.

Brandy asiente con la cabeza enterrando la cara contra su hombro, de manera que los sollozos quedan ahogados.

Al cabo de un momento, se aparta de él.

—No deberías haberle pegado. Seguro que te denuncia o, no sé, es capaz de crearte problemas. Y eso no es bueno para la fundación.

Devlin niega con la cabeza.

—No merecía otra cosa. Si llamas a la policía primero, no podrás darle su merecido. No del todo. —Endurece la mirada—. Todavía no ha recibido lo que merece de verdad.

Quiero discutir, decirle que así no funciona el sistema, pero no me salen las palabras. No con Brandy mirándolo como si fuera un héroe.

—Gracias —susurra otra vez, y lo besa en la mejilla.

Cuando se separa de él, Devlin la acompaña con delicadeza hasta Christopher.

—Me he quedado petrificado —dice él—. Aun después de comprender quién era, me he quedado petrificado. —Mira a Devlin a la cara con algo semejante a la adoración—. Muchas gracias por defenderla.

—Ha sido un placer —replica Devlin—. Puedes devolverme el favor ayudándome a protegerla.

Me mira de reojo y me las apaña para no poner los ojos en blanco.

Christopher titubea, seguramente porque le parece ridículo asegurarle que me protegerá cuando es evidente que me muero de ganas de gritar que sé protegerme sola. Sin embargo, acaba tendiéndole la mano a Devlin mientras dice con solemnidad:

—Te debo una, Saint. Puedes contar conmigo sin problemas.

Devlin guarda silencio durante el trayecto de regreso a casa. Christopher se ha llevado a Brandy a la suya, y Anna se ha quedado en el bar para pagar la cuenta. Lamar, por supuesto, se ha ido a la comisaría.

Devlin, a mi lado, vibra por la energía contenida, pero no sé si es furia, frustración u otra cosa. Yo también guardo silencio, porque soy consciente de que necesita tiempo.

En cuanto cruzamos la puerta principal, descubro que no puedo contenerme más y, una vez que la cierra y estamos seguros en el interior, me pego a él y lo abrazo por la cintura mientras lo miro a la cara.

—Devlin Saint, eres un buen hombre, bueno de verdad.

Lo oigo gemir por lo bajo.

—¿Tú crees? A veces no estoy seguro. Pero de vez en cuando creo que hago algo bueno. —Me coge de la barbilla y me observa con atención—. Pensaba que no ibas a aprobar el método que he usado esta noche.

Me encojo de hombros sin mirarlo a los ojos.

—Quizá no debería hacerlo —admito—. Quizá deberíamos haber dejado que Lamar lo solucionara. Haberle dicho que Walt estaba en el bar y luego ver el arresto de ese cabrón.

Devlin ladea la cabeza y me mira con los ojos un tanto entrecerrados.

—¿Pero?

Suelto el aire.

—Pero no me arrepiento.

Me cubre la mejilla con una mano y me la acaricia con ternura.

—Porque Brandy te importa.

Asiento con la cabeza.

—A mí también. Porque tú la quieres y porque es una buena chica que no se merece la putada que le hicieron.

—Lo sé —replico—. Significa mucho para mí que aprecies a mis amigos.

Se ríe.

—Aprecio a Brandy desde que era Alex.

—No me extraña. Y significa mucho para mí que aprecies a Lamar.

—Lo tolero —me corrige, pero distingo el brillo burlón de su mirada y sé que está bromeando. Me acaricia el cabello—. Aprecio a Brandy, pero esa no es la única razón por la que esta noche me he abalanzado sobre ese tío. —Me entierra la mano en el pelo, me agarra un mechón y me obliga a echar la cabeza hacia atrás para que lo mire a los ojos—. No dejaba de pensar que podía haberte pasado a ti.

Descubro una intensidad desconocida en su mirada e intento hacer caso omiso a sus palabras.

—Yo no soy Brandy. Puedo cuidarme sola.

—Sí. Hasta que no puedas.

Me suelta y se da media vuelta.

Observo cómo se aleja. Estoy segura de que está pensando en los años que hemos pasado separados y no ha podido cuidarme. Incluso ahora, porque alguien me acosa con mensajes y trata de atropellarme.

—Estoy bien —le recuerdo en voz baja—. El incidente del Range Rover me asustó mucho, pero no puedes estar a mi lado en todo momento. Y te prometo que siempre estaré alerta.

—A veces eso no basta.

—Devlin, yo...

—Sé que estuvieron a punto de rajarte en Nueva York. El asaltante llevaba una navaja. Podría haberte cortado el cuello. O algo peor.

Se me hiela la sangre en las venas.

—¡Eras tú! ¡Por Dios, Devlin! Eras tú.

Me tiemblan las piernas cuando entro en el salón. Me siento paralizada, pesada, como si estuviera atravesando el fango de todos aquellos largos años perdidos. Me apalanco en el sofá y me quito los zapatos con un par de puntapiés, tras lo cual levanto las piernas y me las abrazo contra el pecho.

—Te miré de arriba abajo. Miré a aquel hombre tan corpulento que me rescató... y no te reconocí.

Se sienta en la mesa frente a mí, se inclina hacia delante y me coloca una mano sobre un pie descalzo.

—No quería que lo hicieras.

—¿Con qué frecuencia me vigilabas?

Ya hemos hablado un poco de esto. Del hecho de que me ha estado vigilando a lo largo de los años. Al principio me enfadé, porque me sentía muy sola, sin saber dónde estaba él. Pero al final la ira se transformó en

tristeza e incluso en un poco de lástima. Porque yo acabé viviendo feliz en mi ignorancia, mientras que él sabía en todo momento dónde estaba yo y lo que estaba haciendo. Sabía si estaba a salvo o en peligro.

Sin embargo, no podía hablarme. No si quería mantenerme a salvo.

No si quería guardar su secreto.

—No deberías haber intervenido —le digo—. Podría haberte reconocido. Alguien podría haberme reconocido, atar cabos y descubrir que eras Alex.

Se encoge de hombros.

—Tienes razón. Pero ¿crees que podría quedarme de brazos cruzados viendo que te hacen daño?

Me estaba mirando las manos, pero levanto la cabeza y me pierdo en sus ojos.

—Te fuiste, ¿no?

—Ellie...

Respiro hondo.

—Lo sé. Lo entiendo. De verdad.

Y lo digo en serio. Pero eso no cambia el hecho de que me gustaría que las cosas hubieran sido diferentes. Como poco, me encantaría recuperar los diez años que hemos perdido.

También hemos hablado de esto antes. Lo que hago, o lo que hacía antes de que Devlin volviera a mi vida. Mi afán por perseguir el peligro. Sin embargo, siempre mantuve el control. Como con el tío del BMW la primera noche que volví a Laguna Cortez. Era yo quien llevaba las riendas.

Al menos, hasta que apareció Devlin.

Me aproveché de los hombres hasta que llegué a Laguna Cortez. Ese era mi juego. Mi forma de mandar a la mierda al destino o a la muerte.

—Ansiabas la emoción —dice Devlin, que me entiende lo bastante como para conocer los derroteros de mis pensamientos—. Deseabas el peligro.

—Siempre —confieso, y percibo el tono desafiante de mi voz.

—Pero en realidad no querías morir.

Sigo abrazándome las piernas.

—¿Ah, no? —Se lo pregunto de verdad, porque ya no estoy segura de saberlo.

Ahora no quiero morir, eso lo sé. Pero ¿y entonces? ¿Cuándo estaba tan sola? ¿Cuándo todos mis seres queridos estaban muertos y enterrados o muertos para mí?

—No todos —me corrige Devlin en cuanto lo digo—. Tenías a Brandy. A Lamar. Aunque estuvieras sola en Nueva York, en realidad no lo estabas.

—Pero era demasiado —replico—. Era demasiado para mí. Recuerdo ir a los museos de Manhattan o al zoológico y pensar que mi madre nunca los vería. Recordaba que a mi padre, que era un policía curtido, le encantaba la ópera. Pero nunca fue a The Met. En cuanto a Peter..., conocía la ciudad y siempre me decía que la visitaríamos juntos. Que me enseñaría los lugares más chulos que los turistas no ven. Pero eso tampoco sucedió.

—No —dice Devlin—. No sucedió.

—Pues entonces dime cómo cojones puedes saber lo que pasaba por mi cabeza en aquella época. Estaba y me sentía sola. Me pasaba los días en una especie de neblina, y el único respiro eran mis estudios, la revista y las noches de marcha.

En Nueva York llevé un estilo de vida más arriesgado que en California. Trabajar como policía calmó un poco a la bestia que llevaba dentro, pero una vez que estuve en Manhattan, me quedé conmigo misma, sin malos a los que perseguir. Vivía en una ciudad increíble e imaginaba un estilo de vida que pensaba que me encantaría. Conseguí un apartamento pequeño pero decente gracias a la buena planificación económica de mi tío.

De cara a la galería, mi vida era buena. Pero mi familia estaba muerta.

Y sí, en el fondo quería morir.

—No es cierto —dice Devlin tras oír esa terrible confesión en voz alta—. Ansiabas el peligro, sí. Pero querías ganar. Querías mandar a la muerte a la mierda.

—Eso es ahora —lo corrijo—. Por aquel entonces... —Dejo la frase en el aire y me encojo de hombros—. No creo.

—Yo lo tengo claro.

Frunzo el ceño cuando me da un apretón en el pie, como si quisiera usar el contacto a modo de amortiguador para contener una emoción demasiado intensa como para darle rienda suelta.

—¿Se te ha olvidado que te vigilaba? Ansiabas el peligro. El típico sentimiento de culpa del superviviente, ¿verdad? Y yo tenía muy claro lo que te lo había provocado —añade—. Pero jamás te pasaste de la raya. Nunca te rendiste hasta el punto de llegar a lo peor. Nunca deseaste perder totalmente el control. Querías acercarte a alguien y mandarlo a la mierda después. Pero nunca pretendiste ser una víctima. No era tu objetivo. ¿Que te apuñalaran? ¿Que te violaran? No lo buscaste en ningún momento.

Trago saliva.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Ya te lo he dicho. Te conozco. Y te estaba vigilando.

—Devlin...

Toma una honda bocanada de aire.

—Aquella noche, en aquel callejón de Manhattan, te vi luchar por tu vida. Vi el miedo en tus ojos antes de que salieras corriendo y yo...

—¿Qué?

—Lo maté, El.

Espero mi reacción. La protesta que pronunciarán mis labios. El horror que me provoca que le quitara la vida a una persona.

Aunque no llega. Solo experimento un cierto alivio.

Devlin frunce el ceño.

—¿No lo sabías?

Niego con la cabeza.

—Aquella semana no fui a trabajar a la revista. Teníamos tutorías con los orientadores en la universidad. No estuve pendiente de las noticias. Estaba liada con temas académicos.

Es mentira. O lo es en parte. La verdad es que siempre leo las noticias, por ocupada que esté. Pero aquella semana no lo hice. Y ahora estoy segura de que fue porque sabía lo que iba a encontrarme y a que no quería sentirme obligada a contarle a la policía lo que sabía.

—Merecía morir —sigue Devlin—. Y te parecía bien que su asesino no sufriera el menor castigo.

—Deja de leerme el pensamiento.

Le tiemblan los labios.

—No lo hago. Es que te conozco.

Suelto un resoplido burlón, pero no se lo puedo discutir. Desde luego que me entiende. Es la única persona que me ha entendido siempre.

—No lo sabes todo —protesto—. No sabes por qué me enrollé con él. Con Max —añado—. Así se llamaba.

—Dímelo.

Respiro hondo y después doy voz a una verdad en la que no he pensado desde hace más de cinco años.

—Fue por ti.

Me da un apretón en una rodilla.

—Te refieres a Alex.

Lo dice a modo de afirmación, no de pregunta, pero niego con la cabeza.

—No. Me refiero a Devlin Saint. Al filántropo multimillonario que acababa de aparecer en escena.

Me muevo y cambio la postura de las piernas para sentarme sobre los pies, tras lo cual le aferro una mano entre las mías. Le acaricio el pulgar mientras hablo, con la vista clavada en esa manicura tan perfecta para no mirarlo a la cara.

—Seguramente no me habría fijado en ti si no hubieras estado en Nueva York para asistir a un evento con Carrie de pareja. Pero vi una foto vuestra y leí el artículo. ¿Recuerdas lo que anunciaste durante tu estancia en la ciudad?

—Por supuesto. Acabábamos de elegir el emplazamiento para la sede de la fundación.

—Eso fue lo que me llamó la atención. Porque era nuestro sitio. «El sitio de El y Alex».

Oigo el gemido ronco que brota de su garganta.

—El solar. Por supuesto, construí la sede en aquel solar baldío y abandonado. ¿Dónde, si no? —Levanta nuestras manos unidas y me besa los dedos—. ¿Sabes lo que hice después de que pusieran los cimientos?

Niego con la cabeza.

—Con un clavo, escribí «El sitio de El y Alex» en el hormigón. Ahora está escondido bajo las baldosas de algún lugar del vestíbulo, claro, pero quería que siguiera allí siempre, aunque la frase original que escribiste con tiza se hubiera borrado hacía mucho tiempo.

Me doy cuenta de que estoy llorando cuando veo su cara borrosa. Me seco las lágrimas con un gesto brusco y consigo sonreír.

—No me puedo creer que hayas hecho eso.

—Pues créetelo.

Asiento con la cabeza. Ahora que sé hasta qué punto lo destrozó nuestra separación, lo creo.

—Sigue —dice—. Te fijaste en mí en Nueva York porque fui el idiota que te robó el solar que Alex y tú bautizasteis.

—Y a una de mis amigas —añado—. Carrie te acompañaba. Aunque, si tengo que ser sincera, nunca fuimos amigas íntimas y habíamos perdido el contacto años antes. De todas formas, ella era un vínculo. Dejé atrás Laguna Cortez y, de repente, fue como si me diera un bofetón en la cara.

—Así que aquella noche saliste con la idea de mandar el pasado a la mierda.

—Básicamente.

Dejo que los recuerdos afloren en mi mente.

Empecé visitando algunos bares, pero luego me decidí por las discotecas más sórdidas. En concreto, por los locales clandestinos de clientela

indeseable. Esos de cuya existencia solo te enteras si conoces a alguien que esté en el mundillo.

En mi caso, no conocía a nadie, la verdad. Pero empiezas a hablar con un tío en un bar y te cuenta cosas. Y hasta te lleva a un sitio donde puedes soltarte la melena antes de que te acompañe a casa.

No es que acostumbrara a dejar que me acompañaran a casa. Me gustaban más los callejones oscuros o la parte trasera de los taxis, dependiendo del subidón que tuviera cada noche.

Aquella en concreto recordé un garito al que me había llevado un abogado al que me tiré. Puse rumbo a la discoteca, decidida a descargar mi exceso de energía bailando y terminar la noche con el tío más rudo que pudiera ligarme.

Lo encontré merodeando fuera del club. Max. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camisa blanca. Tenía pinta de contable con ínfulas de tío duro y estuve a punto de pasar de él cuando me llamó. Pero su voz me interesó por algo. Me resultó dominante.

Un tanto peligrosa.

Así que me acerqué a él.

—¿No te dejan entrar?

Le dio una larga calada al cigarro y lo tiró a la acera.

—No conseguirán que me quede fuera. Pero tú no quieres estar ahí dentro.

Me percaté del deje cortante de su voz y sentí que se me aceleraba el corazón. En aquella época era yo la que llevaba la voz cantante, aunque en casi todos los casos eran los tíos los que pensaban que tenían la sartén por el mango. Aquel, sin embargo... En fin, el peligro que destilaba parecía prometedor.

—¿Y dónde quiero estar?

—Conmigo —contestó—. Soy Max. Y tú eres Elsa.

Recuerdo que tragué saliva. Usaba mi nombre de pila para entrar en las discotecas, pero en aquella todavía no había enseñado mi carnet. Eso significaba que ese tío ya me había visto antes. Me había estado vigilando.

—Pareces una chica que sabe pasárselo bien —añadió antes de que pudiera preguntarle cómo sabía mi nombre—. Creo que tú y yo tenemos gustos similares.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Como por ejemplo que no nos gusta este sitio. —Hizo un gesto con la cabeza—. Ven conmigo.

Le dije que no iría a su casa y que él no pisaría la mía, y me aseguró que tenía otra idea en mente.

—¿Te gustan las discotecas? Hazme caso. Las hay mejores que esta.

Caminamos por la manzana con su mano en la base de mi espalda, como si fuera mi dueño. Se lo permití por el peligro que percibía en él, pero no acababa de gustarme. De todas formas, el juego era ese, de manera que me dejé llevar.

La calle estaba oscura, y recuerdo pasar junto a algunos transeúntes, incluido uno cuya forma de andar me resultó conocida. Una silueta que me resultaba familiar.

Me estremecí al darme cuenta de que, otra noche más, mi mente estaba conjurando a Alex.

—¿Tienes frío? —me preguntó Max.

Negué con la cabeza. Era septiembre, pero la noche era cálida, y me obligué a no pensar en Alex y a concentrarme en el hombre que tenía al lado. Un hombre al que apenas conocía, pero que me deseaba. Un hombre al que le echaría un polvo antes de largarme, consciente de nuevo de que yo tomaba la decisión.

Sería yo quien se marchara.

Terminamos más o menos a un kilómetro de la discoteca. Una zona más abandonada, con callejones oscuros y malolientes.

—Allí abajo. —Señaló con la cabeza una puerta metálica iluminada por una solitaria bombilla de luz tenue—. Música alta, bebidas fuertes y rincones oscuros. —Me detuvo y me tocó un pecho mientras decía eso último, al tiempo que se pegaba a mí para que sintiera su erección—. Creo que nos lo vamos a pasar muy bien.

—Ya lo averiguaremos —repliqué—. Pero tendrás que mejorar lo que has hecho hasta ahora.

Lo empujé y seguí hacia la puerta, porque quería recuperar parte del control. Necesitaba ese tira y afloja. Lo quería desesperado por mí. Quería ser yo quien dijera cuándo y cómo. Y, sobre todo, quería ser yo quien dijera «hasta aquí hemos llegado».

Quizá Max era lo mejor que podía encontrar esa noche. O tal vez había alguien mejor esperando en aquel antro oscuro del sótano.

Aferré el pomo de la puerta y di un tirón, pero no se movió.

—Putas de mierda.

Estaba justo detrás de mí, y, al oír esas palabras, sentí la afilada hoja en la garganta.

—¿Crees que no sé lo que eres, zorra? ¿Crees que no te he visto? No te preocupes. Te follaré como tú quieras. Eres mía, puta.

Ejerció más presión con la hoja e intenté no tragar, porque no quería mover la garganta. Podía defenderme, pero él era más grande y sabía lo que hacía. Un movimiento en falso y me rebanaría el cuello.

Por supuesto, era lo que planeaba hacer de todos modos. Estaba segurísima.

El recuerdo me provoca una sensación gélida y respiro de forma entrecortada mirando a Devlin.

—Sí —digo—. Estaba aterrorizada. Y cabreada —añado al tiempo que meneo la cabeza—. Estaba muy cabreada. —Suelto un hipido y me doy cuenta de que estoy llorando—. Y, de repente, se alejó de mí.

Lo detuvo el otro hombre que había en el callejón. Aquel en el que me había fijado antes y que me recordaba a Alex. Un hombre alto, vestido de negro, incluida una gorra de béisbol con la visera muy baja, de manera que la sombra le ocultaba la cara. Se había tapado la nariz y la boca con un pañuelo, pero le vi los ojos verdes y el pelo oscuro, que brillaba bajo la triste luz de la solitaria bombilla.

Un hombre que ahora sé que era Devlin.

Sostuvo a Max contra su cuerpo, con la navaja pegada al cuello.

—Vete —me dijo, con voz baja y ronca. Pero incluso aquel susurro me pareció conocido—. Corre —añadió—. Eres fuerte, joder. Lárgate de aquí.

«Eres fuerte». Las palabras que había pronunciado Alex. Sabía que era una coincidencia, pero dejé que su dulzura me envolviera.

Y sí, corrí. Y sí, en el fondo sabía lo que aquel desconocido iba a hacerle a Max. Y no me importó una mierda.

En este momento siento que las lágrimas se deslizan por mis mejillas mientras miro a Devlin.

—Estabas allí. Allí mismo.

—¿Crees que para mí fue fácil? ¿Estar tan cerca sin poder decirte nada? ¿Crees que salí ileso después de aquello?

Me paso los dedos por el pelo.

—No. Creo que lo nuestro es como una puñetera tragedia de Shakespeare.

—No es una tragedia —me corrige—. Es una historia de amor épica. De las que tienen final feliz.

—¿Hay alguna historia de amor épica con final feliz?

—La nuestra —contesta con firmeza. Se pone en pie y me tiende una mano—. Ven a la cama, El. Te necesito.

Sus palabras revolotean en mi corazón.

—Sí —le digo al tiempo que entrelazo nuestros dedos—. Yo también te necesito.

Tengo el cuerpo dolorido después de hacer el amor y, con un suspiro satisfecho, ruedo hasta tumbarme de lado y paso una pierna desnuda por encima de Devlin.

—Todavía no me has contado lo de Carrie. Estabas con ella en aquella gala en Nueva York, y ahora dice que eres el mismísimo diablo.

Su semblante se endurece.

—Creo que es justo decir que Carrie entra en la categoría de cosas de las que me arrepiento.

Le aparto la pierna y me incorporo para sentarme contra el cabecero mientras me cubro con la sábana.

Él cambia de postura para verme mejor y después menea la cabeza despacio.

—No —dice en voz baja—. No hubo nada entre nosotros, no en ese aspecto. Ya te lo he dicho. Solo he ido en serio con una mujer.

—No estoy celosa —le aseguro, aunque lo estoy un poquito y sé que él lo sabe—. Solo me siento incómoda. Carrie es Carrie, y nunca hemos sido íntimas. Pero era mi amiga, y...

—Lo sé. Entonces también lo sabía. Te lo creas o no, en parte por eso le pedí que me acompañase a Nueva York.

Ladeo la cabeza.

—Ahora me he perdido.

—Era amiga de un amigo mío que vivía en Manhattan. Jon. Él sabía que yo iría ese fin de semana. Era una conferencia con varias organizaciones sin ánimo de lucro, y me invitaron para pronunciar un discurso. Había una cena formal, y se esperaba que llevara acompañante. Carrie quería visitar a Jon, y Anna estaba ocupada con los últimos detalles de la construcción. En aquel momento me pareció una buena idea.

—¿No te preocupaba que pudiera reconocerte?

Aunque ninguna de mis amigas, salvo Brandy, sabía que Alex y yo manteníamos una relación cuando yo estaba en el instituto, venían a la casa donde trabajaba Alex. Y eso quería decir que lo veían y a menudo comentaban lo bueno que estaba.

—No me preocupaba que tú lo hicieras, ¿no? —replica—. Y si había alguien capaz de ver a Alex bajo la máscara de Devlin, serías tú.

—No es una máscara —lo contradigo, al tiempo que extendiendo un brazo y le acaricio la mejilla.

Me coge la mano y me la sujeta contra la barba y el duro ángulo de su mentón.

—Ahora no —reconoce—. Pero por aquel entonces...

Asiento con la cabeza. Por aquel entonces él llevaría unos tres años en el mundo desde la desaparición de Alex y la aparición de Devlin, surgido del oscuro pasado que le crearon sus amigos del ejército y la inteligencia militar.

—¿Y Carrie estaba conforme con que fuera un viaje entre amigos? Siempre le pareció que Alex estaba buenísimo. Habría pensado que se sentiría más atraída por Devlin.

—Así era —me contesta.

—¿A qué te refieres? —No estoy segura de si se refiere a que estaba conforme con el plan o a que se sentía atraída por él.

—A ambas cosas —responde, y nos echamos a reír.

—En fin, debería habérmelo esperado.

Cambia de postura para apoyar la espalda en el cabecero de la cama y me coloco a horcajadas sobre él dejando que la sábana caiga. Me cubre los pechos con las manos. Me muerdo el labio inferior y muevo las caderas para incitarnos a los dos. Y para dejar bien claro que solo estamos tomándonos un descanso, que la noche no ha terminado, ni mucho menos.

Me acaricia los pezones mientras dice:

—Veo que no te interesa mucho la historia.

—Al contrario. —Me siento con su polla entre las piernas y luego me inclino hacia delante para apoyarme en su torso, con la cabeza ladeada a fin de mirarlo a la cara—. Cuéntame el resto.

Me pone las manos en la cintura y empieza a acariciarme el culo mientras continúa.

—La primera noche estuvo bien. Cenamos y tomamos algo con Jon. Ella se fue a su habitación y yo me fui a la mía. Había una puerta que las comunicaba, pero estaba cerrada. Me pasé el día siguiente de seminario en seminario, y ella estuvo de compras. Esa noche se tomó algo con una amiga

de la universidad. Mientras ella estaba fuera, hice algo que no debería haber hecho. Algo que siempre hacía cuando iba a Nueva York, aunque, cada vez que lo hacía, sabía que era un error muy peligroso.

Me mira a los ojos, y me quedo sin aliento. «Fue a verme». La certeza me golpea al tiempo que él sigue hablando.

—Era una obsesión. Era imposible que no te buscara de la misma manera que era imposible obligarme a no respirar.

—¿Cada vez que ibas a Nueva York? —El corazón me late con tanta fuerza que temo que no pueda oír mis palabras. Lo veo asentir con la cabeza—. Y nunca te vi. O, si te vi, supongo que nunca supe que eras tú.

Le tiemblan los labios, pero no sé si intenta contener una sonrisa o es una mueca.

—Nunca quise que me vieras. Pero te observé. Cada vez que iba a la ciudad, encontraba la manera de observarte. —Me mira fijamente a los ojos—. Aquella noche, con Max, me viste, pero de hecho, no veías nada.

—Pero te percibí —le digo—. Cómo te movías. Cómo andabas. No sé. Me fijé en ti antes de llegar al callejón, y estaba pensando en Alex. Creí que me estaba volviendo loca, la verdad, pero... —Dejo la frase en el aire, ya que mi mente vuelve a centrarse en el espantoso recuerdo de Max y en lo que intentó hacer. Respiro hondo para olvidar el recuerdo y continuar—. Después... —Tengo que hacer una pausa antes de seguir—. Después me pareció que el chico que había visto era un ángel de la guarda. Tenía sentido, ¿no? Al fin y al cabo, y que yo supiera, Alex estaba muerto.

Da un respingo al oírme.

—No pasa nada —le aseguro—. Aquello fue entonces, pero ahora te he recuperado. —Lo miro con una sonrisa coqueta—. Mientras la historia no desvaríe mucho, te perdono. —Me arrepiento de esas palabras nada más ver la dureza que brilla en su mirada—. Devlin, cuéntamelo. Ya sé que te considera el mismísimo diablo. Quiero saber por qué.

Por un instante, creo que se va a quedar callado. Pero prosigue al cabo de nada.

—Esa noche, después de verte, después de pararle los pies a Max, volví al hotel. Iba a tope. Acababa de matar a aquel tío. Al cabrón que quería hacerte daño. Pero no bastaba. Ni por asomo. Fui a mi habitación y me tomé un par de copas. Me las tomé de un trago, una tras otra, para calmar los nervios. Después me di una ducha, porque quería borrar todo aquello. La sangre. Los recuerdos.

Me tenso, temerosa de adónde va la historia, pero sin querer que se calle.

—Te he dicho que había una puerta entre las habitaciones, pero que de noche estaba cerrada. Sin embargo, esa tarde estuvimos hablando y seguía abierta. Yo tenía una toalla alrededor de la cintura cuando ella pasó por delante de la puerta. También había bebido, y mucho. Sé controlarme cuando bebo alcohol, pero esa noche no quería hacerlo. Quería emborracharme como una cuba. Quería acabar ciego perdido. Quería olvidar.

Siento que me caen las lágrimas por las mejillas, pero no me las seco. Me quedo inmóvil mientras deseo que las cosas hubieran sido distintas, como tantas otras veces en mi vida.

—No sé qué buscaba ella, además de sexo. Y después de varias copas más, estuve encantado de complacerla.

Trago saliva, ya que no quiero oírlo, pero al mismo tiempo estoy pendiente de todas y cada una de sus palabras.

—Fui... rudo. Y le gustó. Tenía... muchas cosas en la cabeza, y el alcohol facilitaba la tarea de perderme. —Se pasa los dedos por el pelo antes de pegarme a él y apoyar la frente en la mía, de modo que nos tocamos, pero no puedo verle la cara—. La perdí —continuó—. Pero conseguí recuperarla. Me di cuenta de que no deseaba aquello. No la deseaba a ella. Así que la noche siguiente, cuando quiso meterse en mi cama, la eché.

—A mí me has atado —susurro—. Y también me gusta rudo.

Se aparta un poco para echarme la cabeza hacia atrás, y en esta ocasión su mirada me llega al alma.

—Porque te deseo. Deseo reclamarte. Poseerte. Y porque sé lo que te gusta: la posibilidad del peligro, aunque solo sea a través de una fantasía, porque sabes que yo nunca te haría daño.

—Sí. —Trago saliva, sin saber qué va a decir a continuación.

—Con ella solo pensaba en ti. La estaba castigando, y me estaba castigando, porque te había perdido. La estaba usando igual que mi padre usaba a la gente. Igual que le hacía daño a la gente.

Doy un respingo.

—¿Le hiciste daño? Fue un accidente. Ella sabía que tú...

—No. —Casi se echa a reír—. No le hice daño. —Toma una honda bocanada de aire—. Quería que se lo hiciera. Quería que repitiera lo que habíamos hecho la noche anterior e ir más allá. Y cuando me negué a estar con ella, se enfadó. Estalló. Dijo que la había engañado. Que la había usado. Y tenía razón.

Me inclino para darle un beso fugaz.

—Eso no te convierte en un monstruo, y no le debías nada después. —Le acaricio una mejilla con una mano y la dejó allí mientras lo miro a los ojos—. Pero a mí puedes usarme. Quiero que lo hagas. Sabes que no puedes hacer nada que me aleje de ti. Que no hay nada que no me puedas pedir. Tierno, rudo. Lo que necesites —le digo mirándolo fijamente a los ojos—. Cuando lo necesites.

Sonríe al reconocer las palabras que me dijo.

—Nena, lo sé. —Me pega a él y me abraza con fuerza hasta que, al final, me tumba de espaldas, pone un brazo a cada lado de mi cuerpo para sostenerse por encima de mí y se queda así, observándome con esos ojos verdes que ya me resultan tan familiares.

—¿Qué? —Siento que se me escapa una sonrisilla, ya que espero un comentario travieso o un beso largo y apasionado.

Así que no estoy preparada cuando dice en voz baja:

—Te quiero, El. Siempre te he querido.

Parpadeo para contener las lágrimas y, pese al nudo que siento en la garganta consigo decir:

—Lo sé.

—Debería haberlo dicho antes. Tú lo hiciste, y cada vez que oía esas palabras, la felicidad me inundaba el corazón y me sentía el hombre más afortunado del mundo.

—Las has dicho miles de veces —le aseguro—. Es posible hablar sin palabras.

—Pero de todas formas te gusta oírlas.

Me echo a reír mientras me abraza.

—Sí —admito—. Muchísimo.

Nos quedamos así, abrazados, respirando al unísono durante lo que me parece una eternidad.

—Podría ser un problema —dice al rato Devlin.

Tardo un momento en centrarme y darme cuenta de que vuelve a hablar de Carrie.

—¿A qué te refieres?

—No me esperaba que todavía estuviera tan furiosa.

Asiento con la cabeza.

—Cuando me lo dijo, le pregunté si estaba enviando ella los mensajes. No me lo confirmó, pero tampoco lo desmintió.

—¿Crees que es ella?

—La verdad, no lo sé. —Me incorporo y pego las rodillas al pecho—. Hay algo más que debo preguntarte.

Él también cambia de postura y frunce el ceño.

—Menuda nohecita —dice, y me echo a reír, agradecida de que quiera aligerar el ambiente.

—¿Sabías algo de que Peter estuviera metido en el porno?

Sé que no tenía ni idea antes de que me conteste.

—¿Estás segura?

—No —respondo, y después le cuento lo que me dijo Lamar.

—El hecho de que Mulroy estuviera metido en el porno no quiere decir que Peter también lo estuviera. Eso no le pega al hombre al que yo conocía.

—Lo mismo digo.

Pero lo que no digo es que trabajar en el crimen organizado y en el tráfico de drogas tampoco era propio del Peter que yo creía conocer.

Siempre he sabido que todos tenemos secretos, pero al volver a Laguna Cortez, por fin lo he entendido de verdad.

Estoy en la cocina observando a Devlin mientras prepara unos *scones* de arándanos de una caja que contenía la mezcla ya preparada. No son ni las ocho de la mañana, pero se ha levantado justo después de dar las seis.

Lo sé porque enseguida eché de menos su calor corporal y, al darme cuenta de que ya se había puesto en marcha, no pude dormirme de nuevo. Así que me puse una de sus camisetas y salí a buscarlo. Lo oí antes de encontrarlo, y me pasé unos veinte minutos muy agradables viendo cómo le daba una paliza a un saco de boxeo en el patio trasero. Se había envuelto las manos, algo que agradecí. Recuerdo demasiado bien haber visto sus dedos en carne viva, enrojecidos, y manchas de sangre en la suave piel de color tostado de la pobre bolsa de cuero.

Anoche tenía los nudillos rojos, pero no magullados ni sangrando. Se había contenido con Walt, claro. Y esa es la razón por la que ese canalla no está muerto.

—¿Ya estás mejor? —le pregunté cuando se volvió hacia mí, con el sudor cayéndole por los ojos.

Solo llevaba unos pantalones cortos, y todo su cuerpo relucía como el retrato de un dios antiguo iluminado por los focos de un museo.

—Estoy en ello —me contestó antes de cogerme una mano—. Hablar anoche me ayudó. Y darme una ducha contigo ahora seguro que remata la

faena.

—Tienes una mente obsesiva.

—Si la obsesión eres tú, sí —me contestó.

Ahora ya estamos duchados y vestidos para afrontar el día, y pronto nos comeremos unos *scones* juntos. Después él se irá a la fundación y yo volveré a casa para ver cómo está Brandy antes de continuar mi investigación sobre Peter, o sea, que mi prioridad es ponerme en contacto con Cyrus Mulroy.

—Trece minutos —dice Devlin al tiempo que mete la bandeja en el horno—. ¿Qué podríamos hacer durante trece minutos?

Me mira con fingida lujuria, y me echo a reír.

—Quieto, guapo. Estoy vestida e incluso me he maquillado. Y usted, caballero, lo estropearía.

—Se me ocurren un montón de cosas que podríamos hacer para divertirnos sin estropearte el maquillaje. —Rodea la isla, me baja del taburete y me estrecha entre sus brazos—. ¿Te lo demuestro?

Estoy a punto de retarlo a que lo haga cuando nos interrumpe el estridente timbre de la puerta.

Frunce el ceño y saca el móvil para comprobar la cámara.

—Brandy —anuncia, y de repente siento un nudo en el estómago.

Corro hacia la puerta, seguida de cerca por Devlin, y la abro de un tirón en cuanto él desconecta la alarma.

—¿Estás bien? —le pregunto—. ¿Ha pasado algo? Joder, tendría que haberme quedado contigo.

Lo digo todo de forma atropellada cuando entra.

Brandy menea la cabeza.

—No, no, estoy bien. De verdad. Christopher me acompañó a casa anoche. Estoy bien. De verdad que sí.

—¿Y qué pasa? —le pregunto al tiempo que Devlin la invita a entrar y le pregunta si quiere una taza de té verde.

—Me vendría fenomenal —contesta ella, y lo seguimos mientras intento no hacerle más preguntas.

Devlin tiene razón. Sin importar lo que la haya traído hasta aquí esta mañana, nos lo contará a su debido tiempo.

Él le pone una taza delante.

—¿Quieres que me vaya para que puedas hablar con Ellie?

—No. Gracias. La verdad es que he venido a hablar contigo.

—Ah —digo—. ¿Quieres que me vaya yo?

Se le escapa una trémula carcajada.

—No. Os podéis quedar los dos. —Toma una honda bocanada de aire y la suelta con un sonoro suspiro—. Es que me siento fatal por todas las fotos. ¿No las has visto? —añade cuando me ve fruncir el ceño por el desconcierto.

—Del callejón —deduzco—. De Devlin con Walt. ¿Son muy tremendas?

—Algunas son muy ilustrativas —comenta Devlin.

Por primera vez me doy cuenta de que esto no lo pilla por sorpresa. Y, para ser sincera, tampoco debería pillarme a mí. Pero he estado tan ensimismada en el mundo que creamos los dos, que he dejado que el real se me vaya de la cabeza.

«El saco de boxeo», pienso. No era por Carrie, ni por Max, ni por Walt, ni por nada de eso, al menos no solo por eso. Ha visto las fotos y estaba asimilándolo como mejor sabe hacerlo.

—Tamra te las envió esta mañana —digo.

Lo veo asentir con la cabeza.

—Para eso le pago. Iré a la fundación en cuanto comamos.

—Casi todos los comentarios son tonterías —asegura Brandy—. Dicen que eres un buen samaritano con mala leche. Tamra también me ha llamado. Me ha dicho que no me preocupe por el tema y que la fundación es más que capaz de responder a las desafortunadas tormentas que se desatan en las redes sociales.

—Tamra es lista —replica él—. Te ha dicho justo lo mismo que te voy a decir yo ahora. —La mira fijamente—. No te preocupes por eso. Y no te preocupes por mí.

La veo tragar saliva.

—Pero me preocupo —asegura ella al tiempo que endereza la espalda—. Por eso he venido. Voy a hacerlo público. Voy a denunciar y voy a decir a los periodistas lo que me pasó. Quiero que comprendan por qué fuiste a por él —le dice a Devlin—. Haces un trabajo maravilloso, y algo como esto, que parezca que le estás dando una paliza a un tío cualquiera porque sí... Este tipo de publicidad podría hacerte mucho daño.

Observo a Devlin, que no deja de mirar a Brandy con expresión impasible.

—Brandy —digo en voz baja—, ¿estás segura?

—No puede irse de rositas —contesta.

—A lo mejor no lo hace —replico—. Lamar ya sabe cómo se llama. Puede empezar una investigación. Averiguar si ha drogado y violado a más mujeres. —Me acerco a ella para tomarla de las manos—. No tienes que ser tú.

—Sí, tengo que ser yo. Tal vez no para procesarlo, pero para esto sí. Por los periodistas. Por Devlin. Porque, de lo contrario, publicarán que él...

—Publicarán que William Alexis Tarkington y yo tuvimos una discusión privada que seguirá siéndolo, que es justo lo que dice el comunicado de prensa que le pedí a Tamra que enviara esta mañana. —Devlin se acerca a Brandy—. Denuncia si quieres, si te ayuda a dormir por las noches y te da paz. Pero no tienes que decidirlo ahora. Conoces su nombre. Lamar no le va a perder la pista. Y quizá no tengas que enfrentarte a él sola.

—Pero en las redes sociales seguirán hablando de ti por algo que no has hecho. Y con todos tus secretos...

—Sí lo hice, Brandy —la corrige—. Y llevo mucho tiempo protegiendo mis secretos. Pero —añade— la decisión es tuya. —Nos mira un momento justo cuando pita el temporizador del horno—. Voy a sacar los *scones* para que se enfríen y luego me vestiré. Tengo que hacer unas cuantas cosas en la oficina. —Le acaricia el hombro a Brandy antes de volverse hacia mí y cogerme una mano—. ¿Te quedarás aquí?

Niego con la cabeza.

—Trabajo mejor desde casa y tengo que ponerme a escribir. ¿Vendrás en cuanto termines?

—Como un rayo.

Me da un beso fugaz en los labios y después apaga el horno, saca los *scones* y echa a andar hacia el dormitorio.

Brandy suspira.

—Lo sé —le digo—. Es de los buenos.

Se echa a reír, y me sirvo otra taza de café. Luego me apoyo en la encimera para observarla con detenimiento.

—¿Quieres un *scone*?

—Sí, claro, pero deja que se enfríen.

—Bueno, ¿qué me dices?

Ahora entiende que no me refiero al desayuno. Respira hondo y suelta el aire.

—Creo que tiene razón en lo de esperar, pero al final hablaré con Lamar para que lo arreste.

—¿Estás segura?

—Sí. No. No lo sé. —Se enrosca un mechón de pelo en un dedo antes de sentarse en la encimera, delante de mí—. No quiero testificar. A ver, no me apetece hacerlo. No quiero revivir un solo segundo de lo que pasó. —Hace una mueca irónica—. Aunque no me acuerde de casi nada.

—Brandy... —Dejo la frase en el aire, incapaz de encontrar las palabras que mejoren la situación.

Se encoge de hombros y suspira.

—No quiero hacerlo —repite—. Pero tampoco quiero que Walt se vaya de rositas. Así que espero que Lamar encuentre a otras víctimas más valientes que yo. Pero es una idea espantosa, porque eso querría decir que no solo me lo hizo a mí.

—Bran...

—Estoy jodida, ¿eh?

—La situación lo es. Pero tú no lo estás. Y ahora tienes tiempo.

—No es justo que Devlin...

—Eso es cosa suya —le recuerdo—. No tenía por qué machacar a ese tío. Reconócele al menos que es capaz de tomar sus propias decisiones.

Asiente con la cabeza.

—Ya, tienes razón. —Toma aire y lo suelta despacio—. Es un buen hombre de verdad.

Siento que me tiemblan los labios, que quieren sonreír, y miro por encima del hombro hacia la puerta cerrada del dormitorio.

—Sí, lo es.

Brandy se baja de la encimera de un salto y coge una servilleta. Después se hace con un *scone* y se va al patio. Yo también cojo uno y la sigo al exterior. Las dos clavamos la vista en las colinas y en los tejados que hay por debajo hasta que Brandy se vuelve lo justo para mirarme a la cara.

—Christopher se disculpó conmigo. Dijo que debería haber adivinado quién era Walt solo por mi reacción. Y que debería haberlo hecho él, no Devlin.

Me quedo callada. Si estuviera en el lugar de Christopher, pensaría lo mismo.

—Creo que idolatra un poco a Devlin. Incluso me dijo que no creía que él hubiera tenido los cojones de plantarse en la línea de fuego de esa manera. Por un segundo creí que se refería a quién era Devlin en realidad... Ya sabes, que cuanto más se exponga públicamente, más probabilidades habrá de que alguien de su pasado lo reconozca y vea que es Alex.

Hago ademán de hablar, pero Brandy se me adelanta:

—Casi me fui de la lengua, casi metí la pata con lo de Devlin porque estaba demasiado alterada para pensar con claridad.

El miedo me abruma, pero pongo una mano sobre la suya y consigo decir con voz serena:

—Pero no lo hiciste.

Lo digo de manera que parezca una afirmación, aunque me muero por qué me lo confirme.

—No —me asegura—, no lo hice. Me di cuenta, antes de decir nada, de que se refería a que lo pondría nervioso meterse de lleno en una situación tan explosiva.

—Ya, en fin, no sabe la vida que ha llevado Devlin. Entre su padre y el ejército, las situaciones explosivas tienen que ser normales para él.

Es la primera vez que se me ocurre eso, y frunzo el ceño mientras me pregunto qué ha hecho Devlin a lo largo de los años. A juzgar por lo que ha dejado caer, y por su confesión de que guarda secretos peligrosos, lo de anoche no fue nada explosivo.

—Estoy casi convencida de que, todo este tiempo, Christopher ha visto a Devlin como un ricachón al que le gusta interpretar el papel de salvador benévolo —comenta Brandy—. Pero ahora ve que es un buen tipo.

—Pues eso que nos llevamos —replico, y las dos nos echamos a reír—. Pero ahora en serio, Christopher me cae bien. Ojalá que no se sienta mal por no haber sido tu caballero de brillante armadura.

—Un poquito mal sí. Pero creo que eso es hasta bueno. Porque hemos hablado, ¿sabes? A ver, hablado de verdad. En otro nivel de intimidad. Como si hubiéramos pasado de la superficie.

Esboza una sonrisa tímida. La mía es tan ancha que me duelen las mejillas.

—Brandy Bradshaw, ¿habéis...?

—Creo que esta noche. Vamos a cenar. En Los Ángeles. Tengo un almuerzo de negocios en Beverly Hills mañana y, como puede escribir en su portátil desde cualquier parte, parece una buena idea.

—Me alegro por ti —le digo.

—Yo también me alegro por mí. Aunque estoy nerviosa. Dime que eso se pasa.

—¿Por el sexo? Pues claro. ¿En cuanto a la relación...? —Dejo la frase en el aire y me encojo de hombros—. Se lo preguntas a la persona equivocada. Sigo sin saber qué haré si vuelvo a perderlo.

—No lo perderás —me asegura con firmeza.

—Me lo ha dicho —le digo—. Me ha dicho que me quiere. Ha dicho las palabras.

—¡Ay, Ellie! —Se le quiebra la voz por la emoción, y quiero derretirme de placer—. ¿Lo ves? No se va a ir a ningún sitio.

Sonrío, porque deseo creerlo con desesperación. Pero sé mejor que nadie que el amor no es un escudo mágico y que da igual la fe con la que te aferres a él: el destino es un hijo de puta que te arrancará de los brazos a las personas que quieres sin previo aviso.

—¿Tienes una casa en la ciudad? —me pregunta Anna—. ¿Dónde?

Estoy sentada en el banco que hay frente a la mesa de Anna, a la espera de que Devlin termine de hablar por teléfono. Todavía no es mediodía, así que sé que está ocupado, pero he venido con la esperanza de tomarme un café rapidito con él. He estado en las oficinas de Administradores y Servicios Inmobiliarios Sunset, a unas manzanas por la autopista de la Costa del Pacífico, para liberarlos del contrato de administración que firmó Peter.

—Cerca de Sunset Canyon —contesto—. Al norte de la autopista, al otro lado de donde está la de Brandy.

—¿Creciste allí? —pregunta Tamra. Estaba charlando con Anna cuando he llegado yo, algo relacionado con las filtraciones de seguridad de Las Vegas.

—Solo hasta los trece años —le explico—. Entonces me mudé a la casa de la playa de mi tío. Y, la verdad, dado que me quedaba en casa de Peter después de clase, la casa de la playa era casi mi hogar desde que mi madre murió.

Tamra me da un apretón en la mano para demostrarme su comprensión.

—Aun así, es bonito recuperar el recuerdo.

Asiento con la cabeza.

—Y también inesperado. Ha estado ocupada por el mismo inquilino desde que el tío Peter la puso en alquiler.

No conozco al hombre, pero al parecer se va a mudar a Virginia para cuidar de un familiar mayor. Técnicamente, ha avisado con treinta días de antelación, pero le dijo a la administración de fincas que se marcharía en diez. Entonces podré entrar y echar un vistazo. Y luego empezaré a buscar empresas de reformas para poner al día la casa antes de mudarme. Echaré de menos vivir con Brandy, pero me emociona la idea de tener casa propia de nuevo.

Veó que la luz se apaga en el teléfono de Anna, indicando que Devlin ha cortado la llamada. Me pongo de pie, pero veo que se vuelve a encender enseguida. Suspiro antes de mirarlas a las dos.

—Bueno, ¿qué pasa en Las Vegas?

Las veo intercambiar una miradita y Tamra toma la palabra:

—Sabes que la fundación ayuda a financiar a grupos paramilitares para los rescates cuando hay redes de tráfico de personas y demás.

Asiento con la cabeza, aunque no ha sido una pregunta. Gracias a Devlin y a mi investigación, he descubierto el verdadero alcance del trabajo de la fundación. Incluye desde ayuda a las víctimas para prepararse para un trabajo hasta rescates, pasando por cortar la cabeza al monstruo instigador de los horrores.

—Es evidente que gran parte de ese trabajo se planea en secreto. Aun así, en al menos tres ocasiones, las operaciones y las víctimas se han trasladado antes de que llegaran los equipos de rescate.

—Alguien está filtrando información.

Tamra asiente con la cabeza.

—Es posible que la filtración sea de alguien ajeno a la fundación. De alguno de los grupos con quienes trabajamos. O quizá alguien nos ha hackeado los sistemas o ha conseguido la información a través del espionaje.

Resoplo con desdén.

—No me creo que una de las operaciones de Devlin tenga semejante punto débil.

—Razón por la que creemos que es una persona —señala Anna—. Alguien que recaba información y la vende.

Asiento con la cabeza.

—El tal Blackstone.

Anna frunce el ceño.

—No tenemos pruebas. Pero sí. Devlin cree que está vendiendo información antes de las operaciones.

—Gana dinero avisándolos —digo.

—Lo conozco desde hace años —añade Anna—. No me sorprendería, pero tampoco me dio la impresión de que le fuera ese rollo. —Se encoge de hombros—. Claro que nadie es capaz de saber qué piensa Joseph Blackstone. —Tuerce el gesto—. O Devlin Saint, ya puestos. —Frunce el ceño antes de mirarme fijamente.

—¿Qué?

—Lo siento. —Menea la cabeza, apoya los codos en la mesa y se inclina hacia delante—. ¿Cómo vais? Me refiero con lo de la tormenta mediática.

Es miércoles, y la paliza que Devlin le dio a Tarkington fue el domingo. Devlin y yo hemos trabajado mucho y hemos pasado juntos el tiempo libre. Y ninguno se ha metido mucho en las redes sociales.

De todas formas, hemos recibido informes, sobre todo de Brandy y de Tamra. Al parecer, Devlin fue tendencia el lunes; había quienes lo ponían fatal en internet mientras que otros lo alababan como si fuera el protector de los demás.

—Vamos bien —contesto—. No entiendo por qué a la gente le interesa lo más mínimo la vida de otras personas a las que ni siquiera conoce. Pero allá cada cual.

—Y la fama es muy voluble —comenta Tamra mientras mira algo en su móvil—. Ayer la cosa estuvo más tranquila y de momento hoy casi no hay publicaciones sobre vosotros.

—Devlin ha terminado. Entra antes de que reciba otra llamada.

Anna pulsa el botón para abrir la puerta, que ya se está abriendo, y poco después sale Devlin dando grandes zancadas.

Por más veces que lo vea, me sigo quedando sin aliento. Va muy erguido, y el traje a medida de seda gris con la corbata verde que combina con sus ojos le sienta como un guante. Es la personificación de la riqueza y el poder, sí, pero tiene algo más. El fuego de su mirada. La rebeldía de su pelo. Es un guerrero, y no me queda duda de que acabará encontrando a quienquiera que esté jugando con él. Y lo destruirá sin contemplaciones.

Ha hecho prácticamente eso por Brandy con Walt. ¿Qué no haría para salvar su fundación y a todas las personas que esta protege?

Me estremezco al pensar en el asesino que mató a Myers. Recuerdo que Devlin dijo que aplaudía a quien lo hubiera matado porque había hecho justicia allí donde había fallado el sistema. Seguramente, el asesino fuera un mercenario.

Y ahora mismo estoy segura de que, si tuviera la oportunidad, Devlin pagaría con gusto a varios hombres para que pusieran fin a las filtraciones y protegieran la fundación.

—Me alegro de que pudieras salir del despacho —digo una hora después mientras paseamos descalzos por la playa, compartiendo la tarrina de helado que hemos decidido comprar en vez de los cafés.

—Eres una interrupción que agradezco muchísimo. Créeme.

Se ha remangado los pantalones y, aunque ese detalle haría que cualquier otro hombre pasara de ser un empresario guerrero a un vago playero, Devlin sigue conservando el mismo aspecto poderoso mientras las olas bañan sus pies.

—Por lo que Anna y Tamra me han dicho, no es el mejor momento.

—Salvo dar órdenes y hablar por teléfono, poco puedo hacer ahora mismo —confiesa—. Razón por la que eres una placentera interrupción en mitad de la frustración.

Me echo a reír.

—Me alegro de servir de algo.

Se detiene antes de ofrecerme una cucharada de helado de menta con trocitos de chocolate. La acepto y saboreo la ácida frialdad en la lengua.

—¿Cómo está Brandy?

—No la he visto desde el lunes por la mañana —respondo. Estamos a miércoles, y siento cómo me tiemblan los labios hasta formar una sonrisilla—. Christopher la acompañó a Los Ángeles porque ella tenía varias reuniones, y me dijo que iban a cenar allí y que se quedarían en un hotel. Creo que han decidido quedarse dos noches. Eso o están atrincherados en el apartamento que Christopher alquila en Airbnb.

Devlin suelta una risilla.

—Me preguntaba por qué no lo vi ayer en la sala de investigación. Pasa tanto tiempo allí que casi le he pedido a Tamra que movilizara a las tropas cuando no apareció.

—Hacen buena pareja.

Se produce una pausa minúscula antes de que Devlin asienta con la cabeza.

—Pues sí.

—¿Qué pasa? Has dudado —añado cuando él frunce el ceño con gesto interrogante.

—Estaba pensando que apenas conozco a Christopher.

—Es escritor. Búscalo en Google. O ve a su página web. Es bastante normal. Ni que fueras a meterlo en nómina o algo.

—Cierto. Pero me gusta mantener un nivel aceptable de paranoia con respecto a los demás. Sobre todo cuando se acercan a mis seres queridos.

Lo cojo de la mano y le doy un apretón, agradecida de que él también vele por Brandy.

—¿La última cucharada? —me dice, y meneo la cabeza.

—Toda tuya. Un regalo antes de que vuelvas al trabajo.

Hemos regresado a la fundación, y no quiero dejarlo marchar.

—No me apetece trabajar hoy —dice él, haciéndose eco de lo que pienso.

—Tienes mucho que hacer —replico—. Y yo también. Lamar por fin tiene una dirección y un teléfono para Cyrus Mulroy. Le he dejado un mensaje, y quiero estar preparada para cuando me devuelva la llamada.

—Si te la devuelve...

—Si no lo hace, me pasaré por su casa. Soy intrépida —bromeo. Suelta una carcajada—. Es que estoy apurando hasta el último momento en busca de una conexión entre Peter y él para estar preparada. —Suelto el aire—. Espero que me diga que la explotación sexual de mujeres en el porno no era uno de los vicios de Peter, pero también me estoy preparando para lo peor.

—En ese caso, ¿qué te parece si quedamos para cenar? Iremos a un lugar bonito con vistas al océano.

—¿Y si vamos a un bareto de mala muerte con unas hamburguesas estupendas y patatas fritas? Y también con vistas.

Me rodea con un brazo mientras se ríe.

—Creo que podemos arreglarlo. Me cambiaré de ropa después del trabajo e iré a buscarte.

—Me gusta el plan —digo al tiempo que echo la cabeza hacia atrás para recibir un beso mucho menos casto de lo que me esperaba, teniendo en cuenta que estamos a plena vista de Paul y de cualquiera que se encuentre en el vestíbulo de la fundación.

—Eres mía —susurra, leyéndome la mente de nuevo—. Y por lo que a mí respecta, todo el mundo debería saberlo.

Acabo de entrar en casa de Brandy cuando me llaman por teléfono y saco el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros, pensando que es Devlin.

Sin embargo, es Corbin.

Por regla general, me habría llevado una gran decepción. No obstante, hoy estoy ansiosa por contestar, y activo el micrófono para usar el manos libres.

—¿Está preparado?

—Sí. ¿Tienes el portátil delante?

—Dame dos minutos —contesto mientras me quito los zapatos en el pasillo con un par de puntapiés y corro hasta mi habitación.

El portátil está donde lo he dejado esta mañana: encima de la cama sin hacer. Sigue encendido, y el salvapantallas me recuerda: «¡Siéntate y trabaja, joder!». Me tiro en la cama, desbloqueo la pantalla y le digo que ya estoy lista.

—Mira el correo electrónico. Voy a enviarte un enlace a un servidor para compartir archivos. Te lo descargas, lo descomprimes y luego lo instalas. Y después espera a que yo vuelva antes de hacer nada. Voy al vestíbulo a por un café.

—¿Ahora?

—Tardará unos cinco minutos en descargarse y otros dos en instalarse. Y no te lo tomes a mal, pero dudo que consigamos pasar siete minutos hablando de forma civilizada.

Casi me río. En contra de mi voluntad, Corbin empieza a caerme bien.

—Bien visto —le digo, y decido prepararme yo también un café mientras se descarga el archivo.

Diecisiete minutos y quince segundos después no paro de dar golpecitos al portátil con un dedo mientras espero con impaciencia a que vuelva Corbin. El archivo ya está descargado e instalado, y tengo delante una ventana que dice: «Bienvenida, Elsa. La paciencia es una virtud».

Debajo hay un gif animado de un dedo amonestante que se mueve mientras se oye «No, no y no».

Como este programa sea un fracaso, juro que mi misión en la vida será bajarle los humos a Corbin.

—Bueno, ¿preparada para despegar? —dice de repente.

—Estoy preparada desde hace más de diez minutos —contesto—. ¿Te has perdido mientras volvías del vestíbulo? Sé que puede ser complicado. El ascensor tiene tantos botones para elegir...

—No es tu mejor pulla —replica y, muy a mi pesar, le doy la razón en silencio—. Vale, una vez le pilles el truco es sencillo. ¿Tienes el archivo que intentas limpiar guardado en el disco duro?

—Sí. ¿Tú también verás lo que yo esté viendo?

—No.

Me humedezco los labios.

—¿Cómo puedo estar segura?

—No puedes —me responde—. Pero por si se te ha olvidado, yo también soy periodista. No voy a joderte las fuentes ni la información que te ha llegado, Ellie. A ti no me importaría lo más mínimo ponerte la zancadilla. Pero no en un asunto de trabajo.

—Vale. Lo siento. Sé que no lo harás. —Sitúo los dedos en el teclado—. Bueno, ¿qué hago ahora?

Me guía a través de los pasos necesarios para subir el archivo al programa y después me va dando instrucciones para controlar el proceso.

—En resumen, lo que hace el ordenador es buscar información en los píxeles y tú lo guías. Así que solo funciona si sabes lo que se supone que es la imagen. Estamos hablando del edificio del banco con dos personas descendiendo por la fachada, ¿verdad? Por tanto, esperas ver un edificio y dos formas humanas. Seguramente habrá coches en el aparcamiento, dependiendo del ángulo de la imagen. Tal vez también aparezcan las torres de refrigeración del edificio en la azotea. Es una imagen tomada con un dron, ¿verdad?

—Sí.

—Vale. Vamos a intentarlo.

Me da una serie de comandos que debo usar para que el programa se centre en el edificio y los hombres, en vez de hacerlo en el fondo. Luego me explica cómo aislar las figuras humanas y qué instrucciones dar al ordenador para que aclare sus rasgos físicos.

—Tardará unas horas como poco. Incluso días. Pero dale tiempo antes de empezar a hacer ajustes. Si crees reconocer a una de las personas de la

imagen, puedes subir su foto y dejar que el ordenador decida si coincide. Pero si vas a ciegas, lo mejor es decirle al programa que es una persona. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Vale. Llámame si necesitas ayuda.

—¿En serio?

—No te estoy diciendo que me llames para contarme cómo te ha ido el día. Pero si te quedas bloqueada, llámame. Me interesa tanto como a ti que mi programa funcione. Y ninguno de los dos tenemos un horario, ¿verdad?

—Gracias —digo, y admito a regañadientes que, aunque Corbin sea un capullo, a lo mejor no es el más capullo del universo.

Me desea suerte y, en cuanto colgamos, llamo a Roger para decirle que estoy lista, que el programa está funcionando y que, en cuanto descubra algo, se lo diré.

Acto seguido, me siento en la cama para ver cómo los píxeles se reorganizan en mi pantalla. Al principio es fascinante, pero no tardo en aburrirme. Después de diez minutos, decido limpiar la casa. De esta forma, además de mantener la mente alejada del progreso del ordenador, podré agradecerle a Brandy que me haya dejado quedarme con ella, aunque estamos infringiendo las reglas del dueño de la casa.

Me tiro horas limpiando los cuartos de baño y doblando la ropa limpia, sin pensar en nada. Después paso la aspiradora y la mopa por las baldosas del suelo. Entre tarea y tarea, echo un vistazo al portátil y, aunque la imagen sigue sin ser nítida, la barra de progreso anuncia que está sucediendo algo. Espero que sea una imagen reconocible.

Lo siguiente de la lista es la cocina, y como puedo ver la televisión por encima de la isla, pongo un canal de películas clásicas mientras trabajo. Sonríó al darme cuenta de que están poniendo *Eva al desnudo*, una de mis películas preferidas de Bette Davis, y de que solo me he perdido los diez primeros minutos o así.

Divido mi atención entre la película y colocar los platos. Justo el otro día estuve pensando en Bette Davis, al caer en la cuenta de que Reggie me recuerda a ella. Pero también había otra persona que me recordaba a la actriz. Alguien con sus mismos ojos.

Sacudo la cabeza y frunzo el ceño mientras intento seguir el hilo de un esquivo recuerdo. Qué frustrante resulta tratar de aferrarse a un recuerdo que siempre acaba escurriéndose entre los dedos. Está justo ahí, pero es imposible...

«La prostituta», pienso.

Eso es. La prostituta de Las Vegas. La de la foto del periódico. Tenía los ojos de Bette Davis. Y esa es la imagen que estaba escondida en el fondo de mi mente cuando conocí a Reggie.

La prostituta que estaba con Lorenzo Bell en el momento en que lo asesinaron. El conocido capo de una red de tráfico de personas a las que dispararon a quemarropa mientras yo estaba en Las Vegas con Devlin.

¿Cómo no me he dado cuenta antes?

¿Y cómo puedo estar tan segura ahora?

Dejo el lavavajillas abierto y los vasos en la encimera y corro al dormitorio. El portátil sigue trabajando, y la barra muestra que ya lleva un ochenta por ciento de la reconstrucción inicial. A pesar de que podría ser suficiente, no quiero detener el programa. Así que uso la tableta para buscar en el navegador el artículo del periódico que informaba del asesinato de Bell.

Encuentro la imagen sin problemas. La publicaron bastantes agencias de noticias. La imagen es en blanco y negro, pero resulta obvio que es rubia con el pelo rizado. Reggie tiene el pelo oscuro y liso. Pero son sus mismos ojos. Y, aunque la foto no es muy nítida, el tono de piel de la prostituta parece coincidir con el de Reggie, que es algo más oscuro de lo habitual para una rubia natural, aunque en blanco y negro es difícil saberlo. Pero esos pómulos. La boca ancha. Las pestañas. Y el hoyuelo de la barbilla.

Reggie.

Estoy segura.

Arrojo la tableta a la cama y empiezo a pasearme de un lado para otro intentando averiguar qué significa esto. Asesinaron a Bell y ella estaba a su lado. ¿Se acercó y apretó el gatillo? ¿O fue una distracción para que se acercara otra persona? Alguien como Ronan, que parece ser amigo de Reggie. Y que también estoy segura de que estaba en Las Vegas, aunque usara la coartada de Victorville.

Se supone que Reggie es la encargada de un hotel, pero esa es una excelente tapadera para cualquier tipo de operación criminal, sobre todo para el blanqueo de dinero.

¿Y Ronan? En fin, ¿qué hace exactamente un asesor de seguridad autónomo? ¿Asesino a sueldo, quizá?

Esa es la suposición ganadora. Y la segunda es que él y Reggie no solo estaban trabajando juntos, sino que lo planearon todo delante de las narices de Devlin y usaron los recursos de la fundación para acercarse.

Me paso los dedos por el pelo mientras las ideas vuelan con tal rapidez por mi mente que apenas logro ahondar en alguna. Lorenzo Bell era un despojo humano. Y aunque no soporto la idea de que esos dos decidieran cargárselo por su cuenta, tampoco puedo negar que el mundo está mejor sin él. Pero eso no justifica lo que hicieron ni cómo eludieron la ley. Además, ¿quién sabe si solo van detrás de los malos? Si Ronan y Reggie son asesinos a sueldo, cualquiera podría estar en su punto de mira.

Me abrazo, asqueada ante las implicaciones de lo que he descubierto. Porque en el fondo eso significa que Devlin se equivoca. Durante años ha creído en Ronan, pero ese hijo de puta ha estado usando su amistad y su fundación para llevar a cabo sus negocios criminales con Reggie.

Y, joder, tengo que decírselo.

Marco su número en el móvil con torpeza y me contesta al primer tono.

—Estaba pensando en ti —me asegura—. Claro que me paso el día pensando en ti.

Abro la boca, pero no me sale nada. ¿Cómo voy a decirle algo así sobre su mejor amigo por teléfono? Debería haber esperado. Debería...

—¿El? ¿Estás bien?

—Es Ronan. —Mi voz es tan áspera como el papel de lija—. Él y Reggie. No son trigo limpio. Te están usando.

Se produce un largo silencio, tan largo que me aparto el móvil de la oreja y miro la pantalla para asegurarme de que la llamada no se ha cortado. Y oigo que Devlin dice, muy despacio:

—¿De qué hablas?

Trago saliva y se lo explico paso a paso. Todo, desde la prostituta que acompañaba a Bell, hasta Ronan y Reggie, que parecían tan compenetrados durante el Festival de Otoño.

—Estoy segura —le digo cuando llego al final—. Me lo dice el instinto.

—No. —Solo es una palabra, pero suena rotunda.

—Devlin, no puedes mirar a otro lado sin más. Piénsalo. Sabes que tengo razón.

—No —insiste—. Ellie, tienes que confiar en mí cuando te digo esto. Conozco a Ronan. Conozco a Reggie. Confío en los dos, y no me están usando.

Cierro los ojos, asqueada por obligarlo a ver a sus amigos de otra forma. Y más asqueada aún por el hecho de que sus amigos lo hayan traicionado.

—Sé que no quieres verlo —digo despacio—. Sé cómo te han traicionado las personas de tu entorno. ¿Crees que me gusta contarte esto? ¿Crees que me

hace gracia? Pero tienes que abrir los ojos, Devlin. Tengo ante mis ojos un montón de hechos. Como mínimo, tú también deberías analizarlos.

—Estoy al tanto de los hechos. Y sé que te equivocas.

Suspiro. No quería que la conversación fuera por estos derroteros y me arrepiento cada vez más de no haber esperado a verlo.

—Ven a verme —le digo—. Lo hablaremos en persona. La verdad, puede que tenga más pruebas cuando llegues.

—¿A qué te refieres?

—Al programa informático de Corbin. Lo tengo aquí, en el portátil. Supongo que es muy probable que Ronan sea una de las figuras del edificio del banco. Y, en ese caso, es muy probable que esté con Reggie.

—Joder, Ellie. ¿Qué has...? —Deja la pregunta en el aire y lo oigo respirar hondo—. ¿Me estás diciendo que el programa casi tiene una imagen clara de esas personas?

—No te puedo asegurar que sea muy nítida, pero casi ha terminado con el primer renderizado. El edificio del banco ya está limpio. —Es cierto. La estructura se ve más nítida y clara. El bloque no me importa mucho, pero tengo la esperanza de que el programa consiga lo mismo con las personas—. Si la barra de progreso no se equivoca, podría ser dentro de veinte minutos.

Espero a que diga algo, pero guarda silencio. Esta vez, cuando miro el teléfono, veo que la llamada se ha interrumpido.

Marco de nuevo el número de Devlin, pero salta el buzón de voz. Frunzo el ceño y compruebo la cobertura, pero es buena. Así que me dedico a ver cómo avanza el programa mientras espero a que Devlin me llame.

Sin embargo, no me llama.

Diez minutos después, oigo el pitido del teclado numérico de la puerta de entrada.

—¿Brandy?

—Soy yo. —Al cabo de un segundo, Devlin entra en el dormitorio—. Apágalo —me dice—. Cancela el programa.

Sus palabras me sorprenden casi tanto como si me hubiera abofeteado. Sigo sentada en la cama con las piernas cruzadas y lo miro fijamente, con la boca abierta, porque no sé qué decirle.

—Apágalo —repite mientras se acerca a mí.

—¿Estás loco? No. A lo mejor tú tienes razón, o a lo mejor la tengo yo. O quizá los dos nos equivocamos. Pero lo importante es que voy a escribir un artículo sobre el asesinato de Myers y revelaré quién lo hizo. Y lo siento si el asesino es tu amigo, pero eso no cambia...

—Ronan no lo hizo —dice, pronunciando muy despacio cada palabra. De forma deliberada.

Echo la cabeza hacia atrás, frustrada.

—¡Joder, Devlin! ¿Podemos dejar ya el jueguecito? Lo sabremos muy pronto.

—Yo ya lo sé —me asegura al tiempo que extiende el brazo por delante de mí para pausar el programa.

Le doy un guantazo para que aparte la mano, pero me quedo helada al oír lo que dice a continuación:

—Lo sé, porque lo maté yo.

—No. —Niego con la cabeza, deseando tener la capacidad de lograr que sus palabras desaparezcan—. No. No es cierto.

Siento náuseas y, cuando extiende los brazos hacia mí —apenas consigue rozarme un hombro con los dedos—, estoy a punto de caer al suelo por el otro lado de la cama en mi afán por alejarme.

—No —repito, y se me forma un nudo en la garganta por culpa de las lágrimas, al ver el dolor que aparece en sus ojos. El dolor que le he provocado con esa solitaria y pequeña palabra. Niego con la cabeza, haciendo acopio de valor para no retractarme—. No puedo. Ahora no. Necesito pensar. Y si me tocas... —Se me quiebra la voz y lo intento de nuevo—: Si me tocas, ambos sabemos que seré incapaz de pensar con claridad.

—Déjame que te lo explique.

—¿Que me lo expliques? —suelto con brusquedad, en un intento por cabrearlo.

Quiero una discusión. Una pelea. Sin embargo, sus gestos son tan suaves como sus palabras y eso me priva de encontrar algo contra lo que abalanzarme. Respiro hondo.

—¿Que me lo expliques? —repito mientras me arrastran el dolor y la confusión—. ¿Crees que no lo entiendo? —A medida que hablo, cada vez lo veo más claro—. El equipo de escalada. El ensayo. No fue una decisión tomada a la ligera porque pensaste que el tribunal se equivocó al fallar a favor de la apelación. Te dedicas a esto. —Me abrazo—. Es otra faceta de tu persona.

Tengo la boca seca y me abrazo mientras paseo de un lado para otro de la habitación. Me detengo en la ventana, me vuelvo y lo miro.

—Sí.

Nada más. Eso es lo único que dice.

—¿Fue un asesinato gubernamental? ¿Te contrató alguna agencia para quitar a Myers de en medio?

Lo veo titubear y atisbo un destello de emoción en su cara, que identifico como esperanza. Una esperanza que siento florecer en mi interior. Si aún mantiene ese vínculo con el ejército... Si se limitó a llevar a cabo una misión del Gobierno...

Sin embargo, ese rayito de esperanza se quiebra como el cristal cuando le oigo decir:

—No.

Con el corazón en un puño, soy consciente de que las piezas del rompecabezas van encajando poco a poco en mi mente, ofreciéndome respuestas. Me siento como si estuviera en la universidad, frustrada en mitad de un examen y, de repente, hubiera analizado la pregunta desde otra perspectiva y las respuestas acudiesen en tropel a mi cabeza.

—Tú mataste a Myers —digo despacio—. Pero yo estaba en lo cierto sobre el vídeo. Sales tú, sí. Pero también Ronan.

Su silencio es la única confirmación que necesito.

—Y en Las Vegas. Siempre he tenido razón. Ronan mató a Bell.

—No. También fui yo. Ya te lo he dicho. Ronan estaba en Victorville.

—Pero es de tu equipo. Es la otra persona que desciende por la fachada del edificio. Hicisteis una prueba para ver quién era más rápido. Y ganaste tú.

Asiente con la cabeza.

La tensión puede palparse en el silencio que nos rodea.

—En Las Vegas, la Glock que encontré en tu cajón... No la tenías solo como protección. Era un arma de reserva. Mataste a Bell a quemarropa, con una sola bala del calibre 22 y después te deshiciste de esa pistola. No estaba registrada ni tenía huellas dactilares. Pero por si no lograbas alejarte lo bastante rápido, llevabas la Glock.

—¿Necesito responder? —me pregunta—. Lo estás haciendo bien tú sola.

—¡No bromees sobre esto!

—No. Lo siento.

Me paso las manos por el pelo y sigo paseando de un lado para otro de la habitación, mientras una parte de mi mente me dice que es imposible que estemos manteniendo esta conversación y otra parte me grita que debería haberlo visto desde el primer momento. Que tal vez había preferido hacer la vista gorda porque no quería enfrentarme a la verdad que acaba de abofetearme.

Respiro hondo de nuevo.

—¿Y Reggie?

—Lleva años en el equipo.

—El equipo —repito.

Por un lado, alucino. Por el otro, todo esto me asquea.

Pero por encima de todo, me siento abrumada. Y la cercanía de Devlin no me facilita la tarea de asimilarlo todo. ¿Cómo va a hacerlo cuando me da vueltas la cabeza y lo único que quiero es que el hombre que amo me abrace mientras mi mente procesa todo esto? Sin embargo, ese hombre es el que me ha noqueado, y ahora voy completamente a la deriva.

—Bueno... ¿y a qué se dedica el equipo? ¿Sois asesinos a sueldo?

—A veces —contesta—. Pero ese no fue el caso de Myers.

—Vale. Por supuesto. —Esas respuestas tan cortas y directas están empezando a cabrearme. Sé que es su forma de permitirme que le sonsaque la verdad a mi ritmo, pero lo que quiero es una discusión. Una pelea—. Ya me lo dijiste, ¿verdad? Lo dejaron en libertad, y no te pareció bien. De manera que el gran Devlin Saint decidió tomarse la justicia por su mano.

—Y sabes por qué —replica—. Conociste a Sue. Sabes lo que sufrió esa niña. Y su madre. Hablaste con Laura. Sabes que eso destrozó a la familia. Están destrozadas, pero tienen la oportunidad de recuperarse. ¿A cuántas otras familias les arrebató esa oportunidad?

—Eso no justifica lo que hiciste.

—¿Ah, no?

—No eres un dios. Ni siquiera un santo. Solo un hombre, y no puedes jugar a ser juez, jurado y verdugo.

—No siempre, no. Pero en algunos casos...

—No —digo con firmeza.

Me mira a los ojos.

—Tendremos que aceptar que no estamos de acuerdo en esto.

—Que te jodan, Devlin. —Mi voz suena brusca y tensa, como el restallido de un látigo. Quiero golpearlo. Hacerle daño—. Lo has destrozado todo. Todo.

Lo que no le digo es que me ha destrozado a mí por encima de todo lo demás. Porque no es el secreto del vídeo lo que me ha hecho polvo, ni tampoco la terrible verdad sobre lo que hace él o el equipo de vengadores con el que trabaja.

Todo eso es muy fuerte, pero lo peor es el engaño. Porque, aunque me reveló quién era en las piscinas naturales, aunque me ha dicho que me quiere, Devlin Saint nunca ha llegado a hacerme partícipe de sus secretos.

«Siempre habrá secretos entre nosotros —me dijo. Me estremezco al recordarlo, y se me parte el corazón—. Cosas de las que no estoy dispuesto a

hablar. Jamás. Deberías haberte mantenido lejos de mí —me advirtió—. Es peligroso apostar por mí».

Me sumerjo en el recuerdo y me quedo helada, como si estuviera mirando mi propia tumba y por primera vez fuera consciente de la inevitable oscuridad que me espera. Acto seguido, lo miro a los ojos.

—Tenías razón —le digo levantando la barbilla—. Apostar por ti era peligroso. Y parece que he perdido.

Él niega con la cabeza.

—Esto no ha terminado. Necesitas tiempo para pensar. Lo entiendo. Quieres más respuestas. También lo entiendo. Pero sé que lo nuestro no ha terminado.

—¿Qué vas a saber?

Ladea la cabeza y me mira a los ojos.

—Sé que en una ocasión me dijiste que solo podría perderte si era yo quien me iba. Pero no voy a irme a ningún sitio.

Siento una opresión en el pecho, pero no digo nada.

—Sé que todavía confías en mí —sigue—. Y sé que eso es un comienzo.

—Ya no —replico.

Se da media vuelta y echa a andar hacia la puerta del dormitorio, pero se detiene en el vano para mirarme.

—Míenteme todo lo que quieras, pero no te mientas a ti misma.

Se va y me quedo aquí plantada, poniéndolo de vuelta y media porque tiene razón: confío en él.

Sin embargo, eso no significa que tenga claro lo que voy a hacer.

—Y te fuiste sin más —dijo Ronan mientras se paseaba de un lado para otro por delante de la mesa de Devlin—. ¿Te fuiste y la dejaste allí?

Devlin se frotó las sienes y miró a su amigo. Había llamado a Ronan y a Reggie al salir de casa de Brandy. Estaba seguro de que Ellie no iba a hacer nada —ni se enfrentaría a ellos ni se lo contaría a Lamar o a otro policía que pudiera complicarles la vida—, pero merecían saber que se había descubierto el pastel.

Al menos, eso creía al hacer las llamadas. En ese momento, mientras la atronadora voz de Ronan empeoraba su palpitante dolor de cabeza, se preguntó si no habría sido mejor esperar un día. De todas formas, habría vuelto al despacho para mantener la mente ocupada y dejar de ver en bucle la expresión estupefacta y furiosa de El como si fuera un puñetero gif animado.

Sin embargo, con Ronan delante, solo podía pensar en su traición.

Porque la había traicionado.

No por lo que era o por lo que hacía. No, en ese sentido tenía la conciencia muy tranquila. No iba a perder el sueño por cargarse a hombres como Lorenzo Bell o Terrance Myers.

No, su traición consistía en no haber confiado en ella desde el principio. En guardar con celo sus secretos por temor a perderla justo después de recuperarla. Por temor a que la brecha entre ellos se convirtiera en un abismo insalvable.

Y tal vez lo fuera.

Se pasó los dedos por el pelo y se pellizcó el puente de la nariz. «Tal vez lo sea».

Había tomado la decisión de no contarle a Ellie toda la verdad, y se había equivocado.

Ella merecía saberla, se lo debía. La historia de amor de su juventud se había construido sobre una mentira y, después de que ella regresara a su vida, había hecho exactamente lo mismo porque era un puto cobarde. Tenía

demasiado miedo de perderla si le contaba la verdad desde el principio. Había sido avaricioso, había querido pasar tiempo con ella. Había creído que la fuerza de su relación se sobrepondría a su engaño.

Sin embargo, ¿hasta qué punto es fuerte una relación si se levanta sobre castillos de arena?

La había cagado. Lo sabía.

Había cometido un error garrafal.

Y en ese momento estaba haciendo lo posible por recuperarla. Por convencerla.

Ganaría —tenía que ganar, porque no soportaba la idea de perderla— y, a partir de ese momento, continuarían a plena luz, dejarían de vivir envueltos en las tenues sombras de los secretos que había estado guardando.

No la perdería. ¡No podía!

Se negaba en redondo a admitir siquiera la posibilidad de fracasar.

Tal vez ella creyera que la brecha entre ellos era tan abismal como un océano, pero se equivocaba. Solo era un arroyo, y Ellie cruzaría a su lado. Solo tenía que darle tiempo.

—Joder, Devlin —dijo Ronan, volviendo a interrumpir sus pensamientos—, tiene el vídeo. Con nuestras caras. El puto FBI podría asaltar la fundación en cualquier momento.

Devlin miró la expresión seria de su amigo.

—Eso no va a pasar.

—¿En serio? ¿Estás seguro?

—Sí. —Las palabras quedaron suspendidas entre ellos—. La conozco. Sé quién es y en lo que cree.

—Fue policía. La crio un policía. Es evidente en qué lado de la línea está.

—En nuestro lado —le aseguró Devlin—. En el lado de la justicia.

—En teoría, quizá. Pero no es de las que rompen las reglas. Por si no te has dado cuenta, romper las reglas es más o menos nuestro manual de instrucciones.

—¿Confías en mí?

Ronan frunció el ceño.

—¿Cómo?

Devlin se puso de pie.

—Ya me has oído. ¿Cuántos años llevamos trabajando juntos? ¿En cuántas misiones hemos participado? Con una sola palabra mía, te pasarías la vida entre rejas. Con una sola palabra tuya, una celda sería mi nuevo hogar. Así que te lo vuelvo a preguntar: ¿confías en mí?

—Sabes que sí. Dejaría mi vida en tus manos. Esa no es la cuestión.

—Sí que lo es. Porque yo confío en ella.

—Uno de sus mejores amigos es policía. Tiene pruebas que podrían joderlos vivos. ¿Por qué no atas cabos?

—Confío en ella —repitió Devlin—. Y sabes que tengo razón.

—¿Ah, sí? Tienes demasiada fe en ella.

—Sí —reconoció él—, es verdad. No va a delatarnos.

—¿En plural? Puede que no te delate a ti, pero...

—A ninguno —insistió Devlin.

Ronan apoyó las manos en la mesa antes de inclinarse hacia delante para mirarlo a los ojos.

—Digamos que tienes razón. Nos guarda el secreto. ¿Dónde os deja eso?

—¿Ahora mismo? No lo sé —respondió Devlin—. Puede que Ellie me aleje de ella. Joder, hasta puede darme un buen empujón, con las dos manos. Pero no será el final. Me aparté de ella cuando era Alex, y eso me destrozó. Y cuando regresó, intenté alejarla de nuevo. Fracasé.

Ronan resopló.

—Podrías haberte esforzado un poquito más.

—Pero esa es la cuestión, ¿no? La deseo. No, la necesito. Y puede alejarme todo lo que le apetezca, pero no la dejaré marchar sin pelear. Ellie es mi corazón, Ronan. Siempre lo ha sido.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no te envidio a diario por haberla encontrado? Pero no estamos en una película. El amor no puede con todo. Ellie es como es.

—Tienes razón —convino Devlin—. Y, aunque tal vez todavía no se haya dado cuenta, piensa como nosotros.

Ronan resopló de nuevo.

—Sí, claro, para tragarme eso necesito mucha fe.

—Acabarás viéndolo.

Su amigo asintió con la cabeza.

—Confío en ti, ya te lo he dicho. Y ella me cae bien. Tiene agallas. Pero joder, ojalá tengas razón. Porque, si nos equivocamos, nos darán por todos lados.

Devlin pulsó el botón del teléfono para llamar a Anna y soltó un taco porque no le contestó. Tampoco estaba en su mesa cuando llegó. Al parecer, aún no había aparecido.

La irritación lo asaltó —era su puñetera ayudante, ¿por qué no estaba allí para ayudarlo?—, pero se controló y se sintió como un imbécil por desahogar su frustración con ella, cuando ni siquiera estaba presente para recibir su furia.

El problema era suyo, el sentimiento de pérdida también, y no iba a desahogarse con Anna.

Aun así, necesitaba contarle lo sucedido. Ronan tenía razón: Ellie tenía pruebas que podían destruirlos a ambos.

No creía que fuera a usarlas, pero él no habría llegado hasta donde estaba sin cubrirse las espaldas. Y, por más que le doliera, tenía que poner a Anna al corriente. Si sucedía lo peor y el detective Gage entraba en su despacho con una orden de detención, las cosas podían irse a la mierda muy deprisa. Necesitaba que Anna y Tamra estuvieran atentas, porque, si eso sucedía, ellas estarían en primera línea para garantizar que la operación era segura, los archivos estaban protegidos y el resto del equipo estaba a salvo.

Tamra estaba de nuevo en Las Vegas. Y en cuanto a Anna...

Llamó a recepción. Paul contestó de inmediato.

—¿Sí, señor?

—Anna no está en su mesa.

—Así es, señor. Me ha transferido sus llamadas. ¿Puedo ayudarle en algo?

—¿Ha salido del edificio?

—Está en investigación. ¿Le digo que vaya a verle?

—No, no pasa nada. Gracias.

Hizo ademán de llamar a la sala de investigación, pero decidió ir en persona. Le vendría bien el paseo. Estaba demasiado tenso, y moverse un poco lo calmaría. Bajó la escalinata hasta la tercera planta y abrió la puerta, pero se detuvo al oír la carcajada de Anna.

Entró en la sala, dejando atrás los estantes llenos de cajas con la documentación de los aspirantes a becas de la fundación. Dobló la esquina hasta ver la enorme mesa de roble que empezaba a considerar propiedad de Christopher. Y allí estaba ella, inclinada sobre el escritor mientras se reía por algo que veía en la pantalla.

—Anna.

Ella alzó la cabeza y un mechón de pelo rojo le cayó sobre su inexpresiva cara. Después la vio sonreír.

—Devlin, ¿me necesitas? Christopher me estaba enseñando la escena que acaba de escribir.

—Me sorprende verte, Christopher —dijo él—. Se rumorea que has estado en Los Ángeles los últimos dos días.

El aludido se puso como un tomate.

—Sí. Bueno, nos habríamos quedado un día más, pero a Brandy le han propuesto que presente algunas muestras en una *boutique* de San Diego. Así que va para allá. Creo que se quedará con sus padres un par de días.

—Bien por ella. Y suerte con tu libro. Anna —añadió—, te necesito en el despacho.

—Claro —repuso ella mientras él salía de la sala para volver a su oficina.

Tuvo la decencia de no hacerlo esperar demasiado, y, cuando entró, él estaba en el balcón, con las puertas abiertas a su espalda y la vista clavada en las piscinas naturales. Respiró hondo antes de volverse hacia Anna.

—¿Qué coño estás haciendo? —le preguntó, aunque le costó mantener la voz serena.

—¿A qué te...?

—No juegues, Anna. Ni conmigo ni con él. Sale con Brandy.

Ella puso los ojos como platos.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que me interesa Christopher? Devlin, no. Brandy y él hacen una pareja estupenda. Solo estábamos hablando de la trama. Es fascinante. Todos los giros que hay. Un camino lleva a un sitio, otro va en la dirección contraria. Y todo converge al final.

—Hablando de la trama...

—Escribe novelas de suspense. Con asesinos a sueldo. Espías encubiertos.

—Se encogió de hombros—. Cree que mis ideas son muy creativas.

Muy a su pesar, Devlin se echó a reír al oírla.

—Ya, me imagino que serás de gran ayuda.

—Pero no has venido a buscarme por eso. ¿Qué necesitas?

Devlin entró de nuevo en el despacho y señaló el sofá antes de sentarse en el sillón frente a ella.

—Ellie lo sabe.

Se quedó boquiabierta.

—Ah. ¿Se lo has dicho?

—Debería haberlo hecho hace mucho. En realidad, estaba a punto de descubrir más ella por su cuenta: el vídeo del dron con el ensayo de lo de Myers. A sus ojos, he confesado para salvar el culo.

—Crees que va a entregarnos.

Era una afirmación, y la certeza de su voz, lo mucho que revelaba su deslealtad hacia la mujer que amaba, lo atravesó.

—No —la contradijo, y vio la sorpresa en su mirada—. No, no lo creo. Pero tenemos que prepararnos, por si me equivoco. Y quiero redoblar nuestros esfuerzos para averiguar de dónde ha salido el vídeo. ¿Quién coño manejaba el dron?

—El equipo está en ello —le aseguró Anna—. Aunque todavía no hay pistas.

Devlin asintió con la cabeza. En cuanto Ellie le habló del vídeo, le dijo a Anna que lo pusiera todo en marcha. De momento no había pistas, aunque, si hubiera que apostar, diría que estaba relacionado con las filtraciones de seguridad. Alguien estaba vigilando no solo a la Fundación Devlin Saint, sino también el resto de sus operaciones.

—¿Quién más del equipo sabe que Ellie está al tanto? —quiso saber Anna.

—Ronan y Reggie. Hoy se lo diré a Tamra. Los demás están fuera de la ciudad. Mientras hagas tu trabajo, nadie los descubrirá, aunque pase lo peor.

Anna asintió con la cabeza, y eso lo satisfizo. Habían ensayado suficientes veces cómo actuar en el peor de los casos. Confiaba en ella para que mantuviera la mano en la mecha, para que no la encendiera hasta que fuera absolutamente necesario.

—Puedes contar conmigo —dijo Anna.

—Lo sé —respondió Devlin—. Siempre lo he sabido.

—Claro. En fin. —Se levantó del sofá—. Pasaré a ver a Paul antes de volver a mi mesa.

—Otra cosa —le dijo al tiempo que se ponía de pie—. ¿Has oído hablar alguna vez de un hombre llamado Cyrus Mulroy? Ya veo que sí —añadió, ya que tenía la respuesta escrita en la expresión sorprendida de sus ojos.

—¿Se puede saber por qué te interesa ese desgraciado?

—¿Qué sabes sobre él?

—Se puso en contacto con Peter y le ofreció su negocio para mover la droga.

—¿Y lo sabes porque trabajabas con Peter?

Annaladeó la cabeza y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Me enteré porque me lo estaba tirando, algo que ya sabes. Pero nunca trabajé con él. Ya me la estaba jugando con tu padre al acostarme con él, pero llegado el caso, podía justificarlo. Confesiones de almohada y tal. Pero ¿liarme con Peter hasta ese punto? El Lobo me habría hecho trizas.

Era cierto. Y por primera vez se preguntó si Anna se había estado acostando con Peter por orden de su padre o porque deseaba sentir la emoción

de acostarse con un hombre mayor y poderoso que ocupaba un puesto importante en la organización de El Lobo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Cyrus habló con la policía.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Tras la muerte de Peter. Uno de los interrogatorios que hicieron al principio. Dijo que habían hecho un trato. ¿Qué sabes sobre eso?

—Nada —contestó ella—. Él estaba metido en el porno. Que yo sepa, Peter no tenía nada que ver con eso.

—¿Eso quiere decir que mintió?

—No lo sé, Devlin. Es la primera noticia. Pero Mulroy de vez en cuando le compraba drogas a Peter.

—La información que tengo es que no usaba ni distribuía mercancía.

Anna se encogió de hombros.

—A lo mejor era para las chicas a las que grababa. Quizá ese era el trato que habían hecho.

—Ellie está intentando entrevistarse con Mulroy, y quiero saber qué va a contarle.

—Solo lo de las drogas, supongo. ¿Qué más hay?

—Esa es la pregunta clave, ¿no? —Sin embargo, era una pregunta retórica, así que zanjó el tema con un gesto de la mano—. Eso es todo. Ya hemos terminado.

Ella asintió con la cabeza e hizo ademán de dirigirse a la puerta, pero se detuvo tras avanzar unos pasos y se volvió para mirarlo.

—Sé que no quieres oírlo, pero tal vez sea lo mejor. Lo tuyo con Ellie, digo. Nunca verá el mundo como tú. Como lo vemos todos los que creemos en ti.

Después de eso, se dio media vuelta y salió del despacho. Él se quedó observando mientras las puertas se cerraban tras ella.

Sabía que quizá tuviera razón, pero eso no significaba que fuera a renunciar a Ellie. Ni a lo que había entre ellos. No lo haría.

Sin embargo, tal vez debería ver el mundo de un modo distinto. Tal vez, en el fondo, Ellie y él necesitaban encontrar una perspectiva común para ver el mundo.

«No creía que fuera a acabar así».

Es a lo que no dejo de dar vueltas mientras me paseo de un lado para otro por toda la casa con un montón de galletas Oreo en la mano, como si fueran fichas de póquer. Casi me he terminado la bolsa, pero no me siento mejor. Aunque tampoco peor.

La verdad, estoy bloqueada.

Y eso me cabrea. Lo teníamos todo de cara. Todo. Incluso con un pirado enviándome mensajes chungos —joder, incluso con el Range Rover que intentó atropellarme—, no recuerdo haber sido tan feliz en la vida.

«Desde la última vez que vi a Devlin, aunque entonces fuera Alex», me digo.

Tenemos un vínculo, él y yo, y después de la cruenta batalla para volver a estar juntos, no tenía derecho a ocultarme algo tan gordo.

Muerdo una Oreo y luego lanzo el trozo que tengo en la mano al otro lado de la cocina; al caer golpea el fregadero de acero inoxidable.

Una parte de mí desea que Brandy esté a mi lado, pero está pasando unos días con sus padres en San Diego. Seguro que su madre está encantada, pero desde la violación, su padre se muestra distante. Le dije que me llamara si quería hablar, y ni de coña voy a soltarle mis problemas ahora mismo.

Además, tengo que pensármelo muy bien antes de contarle lo más mínimo sobre la última revelación de Devlin.

Suspiro y cojo otra galleta. La verdad es que no sé si reír o llorar. Sobre todo porque no sé lo que siento. ¿Estoy furiosa porque es la clase de hombre capaz de arrebatarme una vida? ¿Un hombre lo bastante arrogante como para asumir la responsabilidad de ser juez, jurado y verdugo, con confianza absoluta en la moralidad de su decisión? ¿O estoy furiosa porque ha mantenido el secreto, porque no se fiaba de que yo lo entendiera o me callara?

O tal vez estoy frustrada por mi hipocresía. Sabía que Max moriría en aquel callejón de Nueva York hace tiempo, y solo experimenté dos

emociones: gratitud hacia el hombre que me había protegido y miedo de que quedara alguna prueba que pudiera implicarnos a mi salvador o a mí. Hace unos días vi a Devlin darle una paliza a Walt, y la única emoción que me asaltó fue el miedo a que la prensa lo crucificara o a que Walt lo denunciara por agresión.

¿La paliza en sí? En fin, ese tío se la merecía.

Sin embargo, a diferencia de Max y de los demás a los que Devlin ha asesinado, Walt sigue vivo.

Joder.

La cabeza me da vueltas a una velocidad vertiginosa. Pero justo en el centro, en el ojo de la tormenta, está Devlin. Siempre Devlin.

Lo amo. De verdad. Y, aun sabiendo lo que sé, eso no cambia.

Así que la pregunta es: ¿puedo vivir con lo que ha hecho? ¿Con el secreto que me ha ocultado? ¿Con la vida que esconde tras la fachada?

No conozco la respuesta, pero sé que solo hay una forma de averiguarla.

Tengo que ir a hablar con el hombre que amo.

No llamo ni le mando un mensaje. Me limito a ir a su casa. Imagino que tendré que esperar un rato, y me sorprende cuando oigo el ruido de la puerta del garaje menos de media hora después, seguido del sonido de la puerta que conduce a la casa cuando se abre y se cierra, y de la voz de Devlin.

—¿Ellie?

Me quedo sin aliento mientras me levanto del sofá y de inmediato me siento como una idiota. Por supuesto, le llega una notificación cuando alguien introduce el código. Y, por supuesto, tiene cámaras en el perímetro de la casa.

Miro hacia el pasillo que conduce al garaje, y el corazón se me detiene un segundo al verlo. Él se queda paralizado, mirándome a los ojos con expresión esperanzada. Da un paso indeciso hacia mí y se queda allí plantado.

—¿Por qué has venido? ¿Seguimos...?

—No me preguntes eso —lo interrumpo—. Todavía no.

Por un instante, creo que va a protestar, pero asiente con la cabeza y me hace un gesto para que vuelva a sentarme.

Lo hago y luego le señalo las Oreos que he traído conmigo.

—Por si tú también necesitas chocolate.

Una trémula sonrisa asoma a sus labios mientras se sienta enfrente de mí y coge una galleta.

—Muy bien —dice, y luego toma una honda bocanada de aire—. Dime lo que quieras decir.

Una vez más, me siento idiota.

—No es eso. —Me apresuro a tranquilizarlo—. No he venido para mandarte a la mierda. No he venido para decirte que voy a llamar a las autoridades o a escribir un artículo para delatarte.

Aprieta los dientes.

—Es bueno saberlo. ¿Por qué has venido?

—Tengo preguntas. Antes... no pensaba con claridad. Ahora sí. —Alzo la barbilla—. Cuéntame los detalles. Cómo funciona. Cómo te financias. Quién está en tu lista.

Esboza una sonrisa torcida.

—Mi lista.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé. —Señala las galletas con la cabeza—. Necesito algo de beber. Algo más fuerte que la leche. ¿Y tú?

—Lo mismo que tú.

Se levanta y vuelve con dos vasos y una botella de *bourbon*. Sirve el licor, me ofrece uno de los vasos y luego suelta la botella con un golpe seco.

—Me da la sensación de que necesitaremos otra ronda.

Intento contener la risa.

—No lo dudo. Va, sigue.

—Sabes que recibí formación como tirador de precisión después de alistarme en el ejército. Era bueno. Mi padre me había adiestrado bien.

—Entonces eras Alex.

—Alejandro, sí. Eso. Luego él desapareció.

—Y te convertiste en Devlin. Y supongo que usaste un montón de sociedades para lavar la herencia de Alejandro para que Devlin pudiera acceder a ella.

Asiente con la cabeza.

—Vale. —Afirmo también con la cabeza pensando—. Dijiste que no trabajabas para el Gobierno. Entonces ¿qué haces?

—Dije que Myers y Bell no eran operaciones gubernamentales, y no lo eran. Pero empecé en inteligencia. Como Ronan. Éramos fantasmas, nos enviaban para ocuparnos de problemas que necesitaban de una mano experta.

Me humedezco los labios.

—Sigue.

—Después de que mi padre muriera...

—Después de que lo mataras —lo interrumpo, diciendo en voz alta lo que no me ha contado, pero que estoy segura de que es la verdad.

—¿Me culpas?

Dudo.

—No.

—¿Me delatarías por eso? ¿Deberían juzgarme por matar a ese cabrón?

—No. —La respuesta brota enseguida de mis labios, y alzo la barbilla desafiándolo, para que me diga que acabo de dar con el argumento definitivo a su favor.

—Después de eso creé la fundación. Esa parte también la sabes.

Asiento de nuevo con la cabeza.

—Pero usas la fundación para algo más que obras benéficas.

—No. Te conté la verdad al respecto. Al principio, financié personalmente los Ángeles de Saint. Ahora se autofinancian.

—Los Ángeles de Saint. —Se me escapa una sonrisa—. ¿Así lo llamas?

—La modestia no es lo mío —responde, y estallo en carcajadas.

Nos miramos sonriendo y con un gesto le indico que continúe.

—Pero sí que uso la fundación. Para encontrar a personas que hay que eliminar.

—Personas como Myers o Bell —deduzco.

—Eso es.

—O Adrian Kohl.

Se le endurece el semblante.

—No. Mi gente no tuvo nada que ver con su asesinato.

—Ah. —Me sorprende, pero tampoco pueden eliminar él y su equipo a todos los malos—. Vale. Dime una cosa: cuando has dicho que se autofinancia... —Dejo la frase en el aire mientras ordeno mis ideas—. Creía que no erais asesinos a sueldo.

—Y no lo somos. Entramos en acción cuando es necesario. Como en el caso de Bell. O en el de Myers. Pero no nos publicitamos ni pedimos trabajo. No nos encontrarás en Yelp.

Bebo un sorbo de *bourbon* y pongo los ojos en blanco.

—En ese caso, ¿de dónde sale el dinero?

—Esos trabajos no estaban sancionados, pero de vez en cuando aceptamos encargos del Gobierno. A veces también de particulares a los que nos han recomendado. Y nos pagan bien cuando lo hacemos, dado que parte del precio incluye el riesgo.

—¿Riesgo?

Levanta el vaso y hace girar el licor.

—Los trabajos gubernamentales conllevan la absoluta falta de reconocimiento.

—Si os pillan, os echan a los leones.

—Por eso no nos pillan.

—¿Cuántos? ¿Cada cuánto?

—Unas doce operaciones al año. En algunas participo activamente. En otras no. —Me mira a los ojos—. La mayoría de las veces soy lo que aparento: un hombre rico que dirige una organización benéfica.

Tengo la boca seca y las palmas de las manos sudorosas. Me las seco en los vaqueros y respiro hondo mientras lo miro.

—Y el resto del tiempo eres un asesino.

—Prefiero el término «francotirador». Aunque «justiciero» también tiene su punto.

—No bromees con esto.

Se pone muy serio.

—Nunca. —Se inclina hacia delante—. Te dije que tenía secretos, Ellie. Lo dejé claro.

—Sí, ya lo sé —digo dándole la razón—. Y me dijiste que me querías.

—Y te quiero —me asegura—. Probablemente más de lo que te imaginas.

—Cuando me mostraste a Devlin, me dijiste que me confiabas la verdad de quién eras. Pero no lo hiciste. En el fondo no.

—No.

—Te quedaste callado —sigo—. Me camelaste con la promesa de un futuro juntos, cuando sabías que un día se descubriría el pastel.

Toma una honda bocanada de aire antes de asentir con la cabeza.

—Sí.

Por un instante me quedo ahí sentada, asimilando todo lo que implica ese monosílabo. Después me levanto.

—Gracias por sincerarte ahora.

Él me imita.

—Ellie. —Estira el brazo hacia mí, pero me quedo inmóvil, así que aparta la mano y la mete en un bolsillo—. No quiero perderte.

Bajo la mirada y la fijo en las vetas de la madera del suelo. Solo cuando estoy segura de que he borrado toda expresión de la cara, vuelvo a levantar la cabeza. Pero no replico.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta.

—No te delataré por lo que has hecho —le contesto—. Entiendo tus principios, pero no son los míos.

—Por lo que he hecho —repite él—. No por lo que haré.

Vuelvo a quedarme callada, porque, la verdad, no sé qué decir ni qué sentir. Ahora mismo me cuesta la vida no echarme a llorar. O visualizar el futuro inmediato y contemplar lo que va a pasar dentro de un minuto o de dos, hasta que consiga estar al otro lado de la puerta y pueda respirar con normalidad. Soy incapaz de pensar a largo plazo.

—¿Y qué me dices de nosotros?

Me lo pregunta con voz serena, pero capto la emoción que ocultan sus palabras y me obligo a no llorar cuando lo miro a los ojos.

—Como ya te he dicho, tus principios no son los míos.

Da un respingo, como si mis palabras lo hubieran golpeado.

—¿Y a partir de ahora qué?

—No lo sé —le digo—. Si te soy sincera, no sé si podemos continuar.

—¿Sigues viva? —le pregunto a Brandy cuando me llama al día siguiente.

—Me encanta ir a ver a mi madre. Te manda saludos, por cierto. Pero mi padre... —Deja la frase a medias, y me la imagino encogiéndose de hombros—. Es mi padre.

—Lo siento. Sé que no es fácil estar cerca de él.

—Sí, en fin.

Brandy fue el ojito derecho del señor Bradshaw desde pequeña, pero después de la violación, después de quedarse embarazada, fue como si algo se rompiera en su interior. Su madre, Sally, le dijo a Brandy que ella no tenía la culpa. Que su padre se despreciaba y se arrepentía por no haber sido capaz de proteger a su niña.

Quizá fuera cierto o quizá no. Lo único que sé es que su padre se alejó de ella y, de momento, que yo sepa, no ha intentado arreglar las cosas.

—¿Qué tal han ido los negocios? —le pregunto.

—Muy bien —me contesta, y se pone a describirme con todo lujo de detalles las reuniones que ha mantenido y los encargos que ha aceptado.

—Me alegro muchísimo por ti —le digo—. Y para que conste, quiero señalar que solo te he preguntado por el trabajo. Supongo que ya me contarás los detalles personales cuando te apetezca.

—No me había dado cuenta de que tienes una mente tan sucia.

Me río.

—¿Eso quiere decir que has hecho guarrerías?

—De guarrerías nada. Ha sido maravilloso —dice con voz cantarina, y puedo imaginarme su sonrisa.

Yo también sonrío.

—Me alegro muchísimo por ti.

—Lo traeré pronto por aquí. Quiero que al menos conozca a mi madre. Tal vez organice un almuerzo o algo así. Pero hasta entonces...

—Hasta entonces, Christopher pasará mucho más tiempo en casa.

—Creo que es una apuesta segura.

—Me aseguraré de usar solo los pijamas sin agujeros —le prometo, haciéndola reír—. ¿Cuándo publican el artículo sobre Christopher?

—Espero que dentro de un par de semanas. Ayer hablé con Tamra y me dijo que había estado muy liada con unos problemas de trabajo, pero que hoy sacaría tiempo. Así que, cruzo los dedos. ¿Cómo va la historia de amor del siglo? —me pregunta cambiando de tema.

—Bien —le digo, aunque no consigo evitar que la voz me salga rara.

—¡Oh, oh! Cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Nada —miento—. Una discusión absurda. Lo arreglaremos antes de que vuelvas.

De inmediato, me arrepiento de haberle dicho una mentira. Seguramente Devlin le ha contado a Anna lo que ha pasado. Y Anna ahora es muy amiga de Christopher. Si le dice que hay problemas en el paraíso y él se lo cuenta a Brandy...

Niego con la cabeza y me obligo a guardar silencio. Si Christopher revela mis secretos, lo confesaré. Pero Brandy está a muchas horas de distancia y ahora tiene que lidiar con las consecuencias de estar tan cerca de su padre. No necesita preocuparse por mis problemas.

—He conseguido más información sobre Peter —le digo, cambiando de tema de forma muy poco sutil. Le hablo de Cyrus Mulroy—. Lo he llamado dos veces, pero aún no me ha devuelto las llamadas.

—Porno —dice Brandy después de contárselo—. ¡Ay, madre! No me lo habría imaginado de Peter, pero en aquella época éramos unas niñas, así que tal vez sea cierto. De hecho, a lo mejor no solo salía con una rubia. Quizá fueron varias. Puede que las grabara y luego vendiera las cintas a ese tal Cyrus.

Abro la boca para burlarme de la nueva faceta cínica de Brandy, pero de repente me doy cuenta de que quizá tenga razón. No me gusta la idea, pero eso es lo que pasa con los secretos: la mayoría te pillan por sorpresa. Y casi siempre son desagradables.

Terminamos la llamada con la promesa por parte de Brandy de compartir una botella de vino conmigo mientras me cuenta todos los detalles en cuanto regrese. Acto seguido, y como vuelvo a tenerlo rondando por la cabeza, llamo otra vez a Cyrus Mulroy. Sin embargo, esta vez ni siquiera puedo dejarle un mensaje porque tiene el buzón de voz lleno.

Me paso el resto del día evitando escribir en el portátil o mirar la imagen. Aunque Devlin detuvo el proceso, después de que se fuera lo reinicié por

despecho, por impotencia o por regodearme en el escarmiento.

A estas alturas, el proceso de renderizado se ha completado y veo una imagen un tanto borrosa pero perfectamente reconocible de Devlin en el lateral del edificio. La imagen de Ronan es menos clara, pero también lo identifiqué. Por un instante, me quedo de pie mirándolos a los dos, pensando que Corbin es un programador cojonudo a pesar de ser un idiota y deseando saber qué se supone que debo sentir.

De repente, y sin pensarlo, me siento en la cama y me pongo el portátil en la falda. Cierro el programa y le envío un breve correo electrónico a Roger.

Renderizado completo. Dile a Corbin que como periodista es un desastre, pero que sabe manejar un ordenador. Es una pena que la foto no nos ayude. Las figuras están de espaldas. Imposible identificarlas.
Sin embargo, ha valido la pena intentarlo.

Lo envío antes de convencerme de no hacerlo. Claro que no es del todo cierto. Aunque me pasara días reflexionando y debatiendo conmigo misma, el resultado seguiría siendo el mismo: no traicionaría a Devlin. No así.

Probablemente, jamás lo haría.

Me pongo de lado, agarro un cojín y me acurruco con él mientras me pregunto en qué tipo de persona me convierte eso.

Más aún, me pregunto qué implicará a la larga, para Devlin y para mí, este pequeño cable que acabo de echarles tanto a Ronan como a él. ¿Estoy cayendo otra vez en sus brazos? ¿O solo estoy haciendo lo que está en mi mano para despejar el camino y así poder marcharme dejando las cosas como están y punto?

Cuando me despierto, el sol entra a raudales por las ventanas, el portátil se ha quedado sin batería y sigo vestida encima de la colcha.

Me siento, aún adormilada, y doy un respingo cuando oigo que me llaman por teléfono, momento en el que comprendo que eso es lo que me ha despertado. Cojo el móvil, que está en el extremo más alejado de la cama porque seguro que lo he apartado mientras dormía, e intento aceptar la llamada al ver, aunque a medias, que es Tamra.

—Estooo... ¿Hola?

—¡Ay, cariño! ¿Cómo estás?

Enderezo la espalda al instante y pongo el altavoz mientras me froto la cara con las manos, a ver si me espabilo.

—Devlin te lo ha contado —le digo.

—Pues sí.

Asiento con la cabeza, esperando que añada algo más. Por supuesto que le ha dicho a Tamra que lo sé. Porque lo que he descubierto también le afecta a ella y a Anna. Pero sobre todo, porque Devlin sabe que Tamra me tiene cariño y que el sentimiento es mutuo. Lo ha hecho para que yo pueda hablar con ella.

Esbozo una sonrisilla, agradecida por el hecho de que sea tan considerado aun después de haberlo alejado.

—¿Quieres hablar del tema?

—¿Sinceramente? No lo sé.

—Lo entiendo. A veces empiezas a hablar de un tema sin parar. Otras, lo importante no son las palabras, sino los sentimientos.

—Creo que los sentimientos siempre están ahí —replico—. Pero ahora solo intento descubrir lo que siento.

—Y después intentarás encontrar las palabras que lo describan —añade con una carcajada—. Y volvemos al principio.

—Es posible. Pero no encuentro las palabras, y eso que me dedico a escribir.

—No me sorprende. Debes de tener la cabeza llena de emociones, información y dilemas morales.

—Bastante.

—Perdóname por echar más leña al fuego, pero me he dado cuenta de que no te he contado nunca cómo llegué a unirme a los Ángeles de Saint. Y creo que la historia podría interesarte.

—Pues sí —reconozco, y me acerco al cabecero de la cama para apoyarme y ponerme más cómoda.

—Sabía de la existencia de Devlin desde que era pequeño. Pero él no me conoció hasta que huyó de su padre. Ya te lo conté, claro.

Asiento con la cabeza, pero como no puede verme, digo:

—Sí.

—Mi marido dirigió una misión de rescate militar. Su equipo, todos, quedaron atrapados. —Se le quiebra la voz, y doblo las rodillas para abrazármelas, anticipando lo que viene a continuación—: Los capturaron. Los retuvieron como rehenes. Pidieron un rescate. Y los torturaron. Lo sabemos porque sus captores mandaron fotografías. —La oigo tragar saliva—. Sin embargo, no enviaron a nadie para que los rescatara. Ningún equipo. Ningún tipo de apoyo.

—¿El equipo de Devlin se ocupó de rescatarlos? —pregunto con un deje esperanzado en la voz.

—No. Devlin no tenía equipo. No por aquel entonces. Y yo me quedé viuda. —Hace una pausa—. Devlin vino a verme un año después. Me contó lo que estaba haciendo con la fundación. Me dijo que era una organización real y también una tapadera. Me habló de los Ángeles de Saint. Del trabajo que hacían a ambos lados. De la ayuda que prestaba la fundación a las víctimas de la red de su padre. Y del equipo invisible que ayudaba a quitar de en medio a hombres como El Lobo.

Cierro los ojos y me lo imagino. Cómo empezó. Lo que Devlin quiso construir y por qué lo hizo.

—Me uní en el acto —sigue Tamra.

—Tu marido no encaja en ninguna de esas categorías.

—No, pero si los Ángeles hubieran existido en ese momento, mi marido y su equipo seguirían vivos. No me cabe la menor duda. De forma oficial o no, los Ángeles habrían intervenido. Por eso hago este trabajo, pese a los riesgos.

Capto la angustia en su voz y desearía cogerla de la mano.

—Porque es importante —añade—. Porque ayudamos a personas que de otro modo no recibirían ayuda. Y porque impartimos justicia allí donde el mal campa a sus anchas.

—Una exageración demasiado teatral viniendo de ti —le digo.

—No —replica ella—. No lo es. Piénsatelo. Es lo único que te pido. No renuncies a Devlin ni rechaces lo que hace, aquello en lo que cree, sin reflexionar.

—No lo haré —le aseguro—. Ahora mismo no puedo pensar en otra cosa. Lo amo —confieso, diciéndole a mi amiga lo que ni siquiera le dije ayer a Devlin—. Pero ¿el amor es suficiente para superar la brecha que nos separa?

—A lo mejor te estás planteando la pregunta incorrecta.

—¿A qué te refieres?

—La pregunta no es si el amor es suficiente. La pregunta es si la brecha que os separa es muy ancha. Si lo piensas, creo que descubrirás que es más estrecha de lo que imaginas.

Diez minutos después sigo sentada en la cama. Tamra tiene razón. A Devlin y a mí nos separa una brecha, pero ahora no sé si es una grieta en la acera o el Gran Cañón del Colorado.

Y no tengo ni idea de cómo averiguarlo.

Sigo pensando en la dichosa brecha mientras paseo de un lado a otro de la cocina a la espera de que hierva el agua y pueda tomarme un café. Ojalá me despeje la cabeza y pueda pensar con claridad en los secretos y en Devlin. En lo que quiero y en lo que creo. En lo que está bien y en lo que está mal, y en cómo encontrar la delgada línea que separa lo uno de lo otro.

Cinco tazas después, estoy despejadísima, pero sigo sin respuestas.

Se me ocurre dar un paseo por la playa, pero *Jake* está en San Diego con Brandy, y sé que si paseo sola iré derecha a las piscinas naturales.

Así que opto por retomar la investigación sobre el tío Peter. He perdido parte del entusiasmo por escribir el artículo. La pregunta de cómo pasó de ser un chico de clase media a trabajar con El Lobo primero para traicionarlo después me resultó interesante en algún momento. Pero ahora me parece una historia aburrida y ñoña si la comparo con la vida y obra de Devlin Saint.

Claro que es una historia que jamás revelaré, por más que mi sangre de periodista me grite que es buenísima.

—Escribe —me ordeno—. Cuatro párrafos, y si te atascas después, paras.

Es algo a lo que juego y solo funciona la mitad del tiempo. Claro que hoy el trabajo se convierte en un refugio y, a la hora del almuerzo, ya he escrito tres párrafos y estoy repasando mis notas, con la intención de averiguar quién más puede seguir por aquí que haya formado parte de la vida de Peter. ¿A quién más puedo entrevistar para encontrar a la novia misteriosa?

«¡Anna!».

Quiero darme un palmetazo en la frente. Devlin me contó que, hasta que consiguió salir de la organización de El Lobo y mudarse a Chicago para ir a la universidad, Anna solía ser la encargada de entregar mensajes a sus lugartenientes, que estaban repartidos por todo el país.

Incluso fue ella la que le dio a Devlin el mensaje que le ordenaba matar a Peter.

Estuvo aquí por aquella época. Conocía a Peter. Y, si alguien vio a la mujer con la que salía, fijo que fue Anna.

Cojo el teléfono y marco la extensión para hablar con ella. Suena dos veces antes de oír un clic seguido de:

—Despacho de Devlin Saint.

De repente, me quedo sin aliento y corto la llamada. Me siento una completa imbécil por no haberme dado cuenta antes.

Pues claro que Anna sabía quién estaba saliendo con Peter.

Era ella.

Me apuesto lo que sea. Tal vez no sea rubia, pero tampoco es pelirroja natural. Le he visto las raíces. Así que, si se ha teñido el pelo de rojo, tal vez también se lo aclaró y se lo puso rubio.

Aunque ¿por qué no confesarlo? Sabe que he estado buscando a la antigua novia de Peter. O cree que no tiene información relevante para mi artículo, o se siente avergonzada. Somos más o menos de la misma edad, y tiene sentido que no quiera que me entere de que se estuvo acostando con mi tío.

Ya que estamos, tal vez no quiera que Devlin lo sepa. Es evidente que no se lo contó entonces. ¿Creía que él no lo aprobaría? ¿O estaba pasando algo más siniestro? ¿Estaba Peter implicado en el porno? ¿Había involucrado a Anna de alguna manera?

Extiendo la mano para coger el móvil de nuevo, pero la aparto al darme cuenta de que voy con el piloto automático puesto, de que mi intención es llamar a Devlin para contarle lo que pienso.

Ya no tengo derecho a hacerlo. Todavía no.

Tal vez nunca lo recupere.

La idea vuelve a romperme por dentro. Cierro el portátil y me bajo del taburete. He estado trabajando en la isla de la cocina, así que abro el frigorífico y miro un rato en su interior por si encuentro respuestas, además de algo para picar.

Al final, ni una cosa ni la otra.

Solo sé que ya no quiero pensar en Peter. Hoy no.

No estoy segura de cuándo tomo la decisión, pero me pongo a andar de un lado para otro de la estancia con los auriculares puestos, a la espera de que me conteste la persona que está al otro lado del teléfono. Después de cinco tonos, lo hace.

—¿Diga?

—Hola, ¿Laura? Soy Ellie Holmes.

—Ellie —dice ella—. El artículo que escribiste es precioso. Fue muy bonito leer sobre el rescate y todo lo demás. Me quitó un peso de encima saber que alguien comprendería, aunque fuera un poquito, lo que mi niña tuvo que soportar.

La hija de Laura, Sue, estuvo secuestrada en la mansión de un monstruo, Terrance Myers. Fue de las pocas afortunadas, ya que sobrevivió para que la pudieran rescatar.

Sé que la fundación ofreció apoyo al rescate. Y sé que Devlin disparó a Myers después de que un tribunal fallara a favor de la apelación y ordenase su puesta en libertad por un tecnicismo.

—Si el artículo consiguió ofrecerte aunque fuera un poco de paz, me alegro.

—Pero me voy por las ramas —dice ella—. No creo que me hayas llamado por eso.

—No —admito—. Me preguntaba si sabes por casualidad quién mató a Myers.

Resopla con desdén.

—No. Y ojalá lo supiera. Le otorgaría una medalla.

Sin darme cuenta, esbozo una sonrisa.

—¿Cómo está Sue?

—Va mejor. Tiene menos pesadillas. Juega más. Se ríe más. Es como si tuviera un ángel de la guarda que vela por ella.

—Creo que lo tiene —le digo, pero nada más pronunciar esas palabras, me engulle el arrepentimiento.

La verdad es que ese ángel de la guarda llegó demasiado tarde. Porque Myers mató a muchos niños y, una vez libre, sin duda lo habría vuelto a hacer de no ser porque Devlin lo eliminó.

¿Un ángel de la guarda? Sí, es la descripción más adecuada.

No sé si alguna vez me sentiré del todo cómoda con lo que hace, pero confío en su corazón. Y lo más importante: lo amo. Y lucharé por él.

No nos separa el Gran Cañón del Colorado. Es un pequeño arroyo que borbotea, y algo así se cruza con facilidad.

De hecho, eso es lo que quiero hacer ahora mismo. Cruzarlo.

Cruzarlo y encontrarme en brazos de Devlin.

Le pido disculpas a Laura y le digo que me ha surgido algo y que tengo que colgar.

Después me doy una ducha rápida y me visto, todo en tiempo récord.

Anoche no metí a Shelby en el garaje, así que salgo por la puerta principal y recorro el camino de entrada. Puedo ver toda la calle al acercarme al coche, de modo que me fijo en el Tesla negro aparcado al final de la manzana.

Sonrío. No lleva matrícula delantera, o sea que no puedo estar segura, pero apostaría lo que fuera a que Devlin está en ese coche. Y ha estado esperando ahí a que me dé cuenta por fin de lo que él sabe: que, ya tengamos que cruzar el Gran Cañón o un arroyito, nuestro destino es estar juntos.

Y cuanto antes llegue a su lado, mejor.

Al pasar junto a la puerta de Shelby vacilo un instante y paso de largo en dirección al Tesla. Está anocheciendo, de modo que el sol brilla muy bajo sobre el Pacífico y proyecta largas sombras a los pies de las laderas y cañones.

Entorno los párpados mientras me acerco en un intento por identificar al conductor, pero es imposible. Solo veo el cegador reflejo del sol poniente en el parabrisas, y cuando estoy a pocos pasos, el coche arranca en silencio y retrocede para entrar en una calle cercana y marcharse en dirección contraria.

«No es Devlin», pienso.

Siento que la decepción me oprime el pecho, y eso confirma lo que ya sé: hago lo correcto al ir a buscarlo. Al darle una oportunidad a nuestra relación.

Claro que ahora estoy más ansiosa que antes por decírselo, de modo que corro de vuelta a Shelby, arranco el motor y salgo disparada marcha atrás por el camino de la entrada.

La certeza de mi decisión me domina, así que piso a fondo, ansiosa por verlo y decirle que nunca debería haberme marchado. Sus revelaciones me sorprendieron y me bloquearon, sí, pero nada de eso cambió lo que es él ni lo que somos los dos juntos.

Estaba muerta por dentro hasta que volví a encontrar a Devlin, y sé que a él le pasaba lo mismo. Es el amor de mi vida, la luz de mi mundo. Y, si bien hay «negocios importantes» de los que tenemos que hablar, sé que los superaremos.

Y cuanto antes llegue a su lado para decírselo, mejor.

Bajo a toda velocidad por la carretera antes de enfilar el altiplano que conduce hacia las colinas. Llevo a Shelby al límite y dejo que el viento me alborote el pelo y me azote la cara mientras piso a fondo el acelerador. Su velocidad y potencia reflejan mi anhelo.

La carretera se va estrechando conforme me acerco al cruce que lleva a casa de Devlin, y, en vez de atravesar la zona residencial, escojo las carreteras secundarias del cañón que son mi camino habitual hasta su casa, aislada en un promontorio, en una parcela de ocho mil metros cuadrados. Una de las carreteras del cañón parte desde la esquina suroriental de su propiedad hacia la zona de las colinas que no está urbanizada y hacia una red de carreteras secundarias que van a parar a Sunset Canyon, la carretera principal que cruza las colinas.

Esa es la que tomo ahora, ya que no solo sé que habrá menos tráfico, sino que podré dar rienda suelta a Shelby. No porque ansíe el peligro, no es el momento. No, ahora quiero la alegría. La alegría de la velocidad, la potencia y la emoción de estar pronto en brazos de Devlin.

Giro a la izquierda dejando atrás Sunset Canyon para tomar Sunrise Canyon. Justo antes veo algo oscuro a mi espalda. Miro por el retrovisor y, sí, es el Tesla negro.

Ahora estoy segura de que es Devlin. Sonrío y el cuerpo me vibra por la tierna certeza de que no solo viene detrás de mí, sino que sabe muy bien adónde me dirijo.

Se me pasa por la cabeza acelerar y echarle una carrera hasta su casa, pero ya sobrepaso con creces la velocidad recomendada para una carretera tan estrecha. No hay quitamiedos y las curvas son cerradas. He recorrido esta ruta cientos de veces y, sí, incluso he ido más rápido.

Sin embargo, por aquel entonces asumía riesgos. Le decía «¡Que te den!» a la muerte y al peligro.

Hoy ese ha dejado de ser mi mantra, así que, en vez de acelerar, aminoro la marcha y permito que se ponga a mi altura.

Lo hace, y su silencioso motor no me deja calcular su velocidad ni su aceleración hasta que casi es demasiado tarde y lo tengo encima.

—¡Joder, Devlin! ¿A qué coño viene eso?

No sé si ha medido mal la distancia o si está jugando, pero miro por el retrovisor con el ceño fruncido y acelero para crear cierta distancia entre los coches.

La siguiente curva es muy cerrada, de modo que reduzco la velocidad para tomarla. Pero joder, lo sigo teniendo encima. Estoy poniendo verde a mi novio cuando se abre paso en mi mente la horrible verdad: no es Devlin.

Casi no tengo tiempo de asimilarlo cuando el Tesla golpea a Shelby por detrás y me envía al arcén derecho justo cuando la curva se cierra hacia la izquierda. Giro el volante, pero no tengo tracción, y el cabrón me golpea de

nuevo en el parachoques, de modo que solo tengo media rueda delantera derecha en el suelo.

Pego un grito cuando el capó se inclina hacia abajo y me doy cuenta de que parte del arcén ha cedido. ¡Mierda! Meto marcha atrás e intento retroceder, pero el Tesla está haciendo lo mismo, solo que es mucho más rápido.

Acto seguido, observo con espanto que se abalanza de nuevo sobre mí.

No quiero abandonar a Shelby, pero no me queda otra. Abro la puerta de golpe con una mano al tiempo que intento soltarme el cinturón de seguridad con la otra.

Aunque ya es demasiado tarde. El Tesla nos golpea de nuevo y todo el morro de Shelby se inclina sobre el barranco. Nos quedamos en equilibrio un instante, y después caemos al vacío mientras me aferro a la puerta, con medio cuerpo fuera del coche y la absoluta certeza de que, en esta ocasión, seguro que voy a morir.

¡Devlin! ¡Gracias a Dios que te encuentro!

Devlin frunció el ceño mientras se detenía en el aparcamiento de la fundación, a unos metros de su Land Rover. Captó el deje preocupado de la voz de Tamra, y, aunque Ellie fue lo primero que le pasó por la cabeza, sabía que solo era su mente paranoica. Lo más probable era que hubiese sucedido algo que requiriera la ayuda de la fundación.

Eso, o acababa de conseguir un encargo nuevo y urgente para los Ángeles de Saint.

—¿Qué pasa? —le preguntó mientras se acercaba a ella, y la preocupación fue en aumento al ver el miedo en sus ojos oscuros.

—Es Ellie —contestó Tamra, y lo cogió del brazo al ver que se tambaleaba hacia atrás y se machacaba por no haber hecho caso a su instinto—. Y Christopher.

—¿De qué hablas?

—Ellie no coge el teléfono, y creo que está en peligro. He estado investigando a...

—Sube al coche —la interrumpió—. Cuéntamelo por el camino.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Tamra mientras se abrochaba el cinturón de seguridad y él arrancaba el motor y le lanzaba el móvil.

—A encontrarla.

Tras decirle la contraseña, Devlin le ordenó que rastreara la ubicación de Ellie. No sabía adónde iba, pero si había tenido un accidente, seguramente estaría en los cañones. Maldita sea, eso le pasa por conducir demasiado rápido en esas carreteras. Era muy hábil, pero eso no siempre bastaba y... Frunció el ceño al recordar lo que había dicho Tamra.

—¿Qué pasa con Christopher?

—La señal aparece y desaparece, pero creo que está en Winding Hill Road.

—La cobertura allí es pésima. Será difícil de precisar. Pero la encontraremos. Espera —añadió mientras enfilaba la autopista de la Costa del Pacífico como un cohete, sorteando los coches hasta empezar a subir por las carreteras del cañón—. Christopher —repitió con una voz dura como el acero—. Cuéntame.

—He estado investigando porque Brandy me lo ha pedido. Quería que el *Laguna Leader* publicara un artículo sobre el escritor que se está documentando en nuestra pequeña ciudad para su nuevo libro.

Devlin sentía que le latía el pulso en el cuello.

—Sigue.

No tenía ni idea de adónde quería llegar Tamra, pero si Christopher iba detrás de Ellie, ese cabrón era hombre muerto.

—Christopher Doyle es un seudónimo. En realidad se llama Christopher Morelli Blackstone.

Devlin frenó de golpe en un cruce de cuatro carreteras.

—Repítelo.

—Es el hermanastro de Joseph Blackstone. Y quizá no sea importante, pero entre esos mensajes amenazadores y ahora que Ellie no conteste el teléfono, yo...

—No —la interrumpió Devlin—. Es muy importante.

Devlin no supo cómo llegaron a Winding Hills Road sin sufrir un accidente. Condujo a ciegas, empujado por el miedo y la furia, cogiendo las curvas a una velocidad vertiginosa, y más en el Land Rover. Solo redujo la velocidad cuando Tamra le recordó que no podrían ayudar a Ellie si sufrían un accidente.

Sus palabras seguían flotando en el aire cuando dobló la curva más cerrada, y se quedó sin aliento al ver lo que había en el asfalto: huellas de una frenada que se salían de la carretera. Y llegaban justo al borde del barranco.

Sintió el regusto amargo de la bilis en la garganta, y el miedo se apoderó de él. No podía estar muerta. No, no podía estar muerta.

No recordaba haber pisado los frenos ni apagado el motor. No recordaba haber corrido hacia el borde del barranco.

No pasó nada por su cabeza hasta que llegó al borde. Hasta que se obligó a mirar y sintió que le flaqueaban las rodillas cuando el alivio se transformó en terror.

Podía verla, pero estaba en una posición muy peligrosa, completamente inmóvil, con medio cuerpo fuera del coche, apoyado en la puerta abierta que había quedado atrapada en las retorcidas ramas de un árbol.

Era imposible saber si estaba viva, aunque se negaba a creer que hubiera muerto. El coche había salido despedido y ella debió de intentar abandonarlo antes de que cayera por el barranco.

Ese intento le había salvado la vida. «A ella y a su coche», pensó. La puerta abierta se había enganchado en un árbol bien enraizado que crecía torcido y parecía salir directamente de una roca. Debía de tener unas raíces grandes y profundas para que el peso del coche no lo hubiera arrancado.

De todas formas, estaría sufriendo la presión, el peso del coche y la fuerza de la gravedad. La precaria sujeción podía fallar en cualquier momento y Shelby acabaría despeñándose... con Ellie.

—¡Joder, no! —Tamra se había acercado al barranco detrás de él y susurró—: Es un milagro. Si el coche se hubiera despeñado del todo. Si se precipita ahora...

—Ya lo sé.

La caída hasta el fondo del barranco era mortal. Y cualquier temblor podría hacer que el coche acabara cayéndose y Ellie muriera.

—Ven —le dijo a Tamra, que lo siguió de regreso al Land Rover.

Abrió la parte trasera y examinó los objetos que llevaba. Un gato. Una palanca. Un trozo de cadena y otro de cuerda. Cogió la cuerda y corrió hasta el barranco, aunque aminoró la velocidad, aterrado al pensar que el temblor de sus pasos pudiera hacer caer a Shelby.

Llegó al borde, rezó una oración en silencio y miró hacia abajo.

No tenía mucho tiempo.

—No te muevas, nena —gritó—. Voy a por ti.

«Voy a por ti».

Quiero echarme a llorar al oír las palabras de Devlin. Es más, quiero gritar para que venga a buscarme. Para decirle que lo deseo. Que lo necesito. Y que tengo que salir de este marrón para demostrarle lo mucho que lo quiero.

Pero no puedo decir nada de eso. Oigo el chasquido de las ramas al romperse, y sé que son lo único que nos mantiene a Shelby y a mí en el sitio. Cuando miro hacia abajo, solo veo una caída mortal sobre los tejados que hay al fondo, lejísimos. Si hablo, me muevo. Y si me muevo, podría morir.

—Voy a bajar —dice Devlin, y contengo un gemido—. No te muevas. No mires abajo. Tengo una cuerda. Está bien sujeta. Voy a bajar y a sacarte de ahí, y luego subiremos los dos juntos.

Tengo que contener una carcajada irónica. Devlin está descendiendo por el barranco con una cuerda para rescatarme. ¿No es superromántico?

—Vale. Ya voy —anuncia—. Lo único que te pido es que no hagas absolutamente nada.

Cierro los ojos deseando poder decirle que no estoy herida. Solo aterrada. Se mueve llevado por la fe. Es imposible que sepa si estoy consciente, ya no digamos viva. Pero viene a por mí.

No me sorprende. Conozco lo bastante a Devlin para saber que siempre vendrá a buscarme.

Oigo sus pies al descender por la ladera del barranco, y también su agitada respiración mientras se acerca con cuidado.

Y después, a lo lejos, oigo una sirena que se acerca cada vez más al tiempo que lo hace Devlin.

—Estoy aquí, nena. —Está tan cerca que noto su respiración en la nuca—. Muévete despacio para que pueda rodearte con esto.

Trago saliva antes de moverme a cámara lenta hasta que lo miro. Me sujeto al volante con una mano y a la puerta con la otra, y mi cuerpo queda suspendido en el vacío. Tengo que agarrarme con fuerza para enderezarme; al

hacerlo, siento que el coche se mueve y oigo el brusco crujido del árbol que me mantiene donde estoy.

—Mierda —masculla Devlin al tiempo que el suelo desaparece bajo mis pies.

Oigo un chasquido metálico y, a la vez, Devlin me rodea con los brazos, de modo que me sujeta por debajo de las axilas.

Tira de mí contra su cuerpo, y se me liberan las piernas cuando Shelby cae. Solo tengo tiempo de soltar un grito ahogado, de llorar por lo que pronto será un amasijo de metal, pero de repente Shelby se detiene con violencia, ya que la gruesa cadena de acero que tiene enganchada al parachoques ha detenido la caída.

Suspiro aliviada, aunque Devlin y yo seguimos suspendidos sobre el abismo. Shelby está a salvo. Yo estoy en brazos de Devlin.

Y ahora sé que todo saldrá bien.

—¡Joder, Ellie! —exclama Lamar al tiempo que me estrecha entre sus brazos. Sigo atada a Devlin, así que a él también lo acerca y se las apaña para abrazarnos a los dos—. Tienes que dejar de hacer estas locuras, de conducir demasiado rápido, de tomar curvas volando bajo. ¿Cuántas veces te he dicho que...?

—No ha sido culpa mía —lo interrumpo, y me aparto lo justo para mirarlos a los dos. Me concentro en Devlin—. Conducía con cuidado porque iba a verte.

Capto el momento en el que comprende el significado de mis palabras, y se lleva a los labios la mano que me sujeta con fuerza para besármela.

—Entonces ¿qué? ¿Has perdido el control sin más? —me pregunta Lamar justo cuando Tamra se reúne con nosotros, con la cara aún desencajada por la preocupación—. ¿Ha sido un accidente y ya está?

—Está diciendo que alguien ha intentado matarla —contesta Devlin.

Lamar me mira, y asiento con la cabeza para confirmárselo.

—¿Quién? —pregunta él con una voz tan dura como la cadena que enrolla el motor que está subiendo mi coche.

—No lo sé. —Miro a uno y a otro—. Ha sido un Tesla negro. Creía que eras tú hasta... Bueno, hasta que me empujó al barranco —añado sin apartar la mirada de Devlin. Respiro hondo—. Ahora me juego el cuello a que es Joseph Blackstone. Si estás cerca de demostrar que es el responsable de las filtraciones de seguridad, matarme sería una distracción increíble.

—Cierto —confirma Devlin mientras Lamar teclea algo en el móvil—. Da la casualidad de que sé que Blackstone está ahora mismo en Utah.

—Sí, pero...

Devlin le pone una mano a Tamra en el hombro para interrumpirla.

—Tienes razón, claro. Él no lo habría hecho en persona. Uno de sus sicarios.

—Eso es —dice Tamra, aunque tengo la sensación de que no era lo que iba a decir.

—Viene de camino un equipo de la científica —anuncia Lamar—. Llévala a casa —le pide a Devlin—. Os mantendré informados.

—Gracias —contesto al tiempo que le doy otro abrazo—. Y gracias por llamar a Lamar —le digo a Tamra, que me abraza con fuerza y me acaricia el pelo.

Cuando me suelta, Devlin me besa en la frente y un sanitario de expresión amable me lleva aparte, donde insiste en examinarme. Dado que estoy segura de que Devlin quiere hablar con Tamra a solas, no le pido que me acompañe. En poco rato, el enfermero me dice que puedo marcharme. Echo a andar hacia Devlin, pero lo veo hablando por teléfono. De modo que cambio de dirección y me dirijo hacia el Land Rover para sentarme en el asiento del acompañante. Subo los pies al asiento y me abrazo las piernas. Me doy una palmadita por no temblar, pero no me cabe la menor duda de que, si mi coqueteo con el peligro era la expresión de mi deseo de morir, se me ha pasado por completo.

«Estoy viva. Estoy viva porque Devlin me ha encontrado».

Poco después Devlin se reúne conmigo, y, en cuanto estamos encerrados en el coche, golpea el volante con tanta fuerza que todo el vehículo se sacude.

—Podría haberte perdido, El. Podrías haber caído por el barranco y te habría perdido para siempre. —Se vuelve y su ardiente mirada se clava en la mía—. Dime que no te he perdido de todas formas.

—Jamás —susurro mientras las lágrimas que he estado conteniendo me caen por las mejillas—. Por eso iba a verte. Quería...

No consigo terminar. Tira de mí, de modo que acabo sobre la guantera, y me sujeta la cara entre las manos para besarme con pasión. Le devuelvo el beso con la misma ferocidad, ya que ambos estamos reaccionando al pánico de lo que podría haber pasado y calmando nuestros miedos en brazos del otro.

—A casa —le digo cuando por fin nos separamos.

Asiente con la cabeza y enfila la colina hacia su casa, sin preguntar a qué lugar me refiero.

—¿Y Tamra? —le digo al entrar en el garaje.

Me siento culpable por no haber caído en la cuenta hasta ese momento. Prácticamente, la hemos dejado tirada en la carretera.

—Lamar la llevará a casa. Y le dije que no comentara nada sobre quién está ayudando a Blackstone.

—¿Qué? ¿Quién?

—Christopher —me contesta, y el nombre me provoca otra oleada de pánico.

—¡Brandy! —exclamo buscando el bolso, pero me doy cuenta de que sigue en el interior de Shelby.

—Le he pedido a Ronan que supervise el rescate de Shelby —dice él—. Te traerá tu bolso y se asegurará de que la tratan bien.

—¿Ronan? ¿Cuándo has hablado con él?

—He hecho algunas llamadas mientras te examinaba el sanitario.

—Ah, claro. Dile que la mande al señor Ortega —le digo—. Hará un buen trabajo con ella.

—Hecho —me asegura.

—Pero tengo que llamar a Brandy. Debo ponerla sobre aviso. Christopher... —repito moviendo la cabeza e intentando coger su móvil, que está en la guantera.

—No —protesta—, no quiero alertarlo.

—Pero si descubre que estoy bien, podría pagarlo con ella.

—He mandado a Reggie a San Diego. Está vigilando a Brandy. Si se da el caso, le contará el motivo. Pero no creo que haga falta. Christopher sabe que está con sus padres. No tiene por qué ir allí.

Apaga el motor y me vuelvo para mirarlo de frente.

—¿Por qué? —le pregunto—. ¿Por qué iba Christopher a ayudar a Joseph Blackstone?

—Porque son hermanos —me contesta—. Y ese cabrón ha conseguido colarse en mi organización y en mi vida. Ha intentado matarte. Te juro por mi vida que haré que ese hijo de puta lo pague.

Aunque quiero estar a solas con Devlin, Ronan llega pisándonos los talones.

—Tenemos que hablar —le digo a Devlin en un aparte en el momento en que Ronan entra en la cocina para llamar por teléfono—. Hay cosas que quiero decirte.

—¿Cosas que quiero oír? —me pregunta con la cabeza ladeada, observándome.

—Sí —le prometo—. Y hay cosas que quiero saber.

—Te lo contaré todo —me asegura—. Y quiero oír todo lo que has estado pensando. Pero ahora prefiero centrarme en mantenerte a salvo. Así que solo tengo una pregunta. —Me levanta la barbilla y me roza los labios con los suyos—. ¿Eres mía?

—Tanto como tú eres mío —susurro, y suspiro mientras me estrecha entre sus brazos.

—En ese caso, eres mía por completo.

Nos separamos lo justo para besarnos con avidez y frenesí. Con esa pasión que en otras circunstancias nos llevaría a arrancarnos la ropa para echar un polvo salvaje en la mesa de la cocina.

Por desgracia, tenemos compañía. Por no mencionar que debemos trazar un plan.

Nos reunimos en el salón con Ronan, que asiente despacio con la cabeza mientras mira a su alrededor.

—Hay una razón por la que vives aquí. Este lugar es como Fort Knox. Eso es bueno. Creo que servirá —concluye antes de exponer su plan.

Devlin le hace algunas preguntas y luego asiente con la cabeza.

—Debería funcionar.

—Preferiría tener a Reggie con nosotros, pero no quiero dejar sola a Brandy.

—Y somos tres —le recuerda Devlin mirándome—. Tú también irás armada.

—No lo sabes tú bien —le suelto—. ¿Estás seguro de que es mejor no involucrar a Anna y a Tamra?

Devlin asiente con la cabeza.

—Es el protocolo estándar de los Ángeles. Las especificaciones de la misión solo las conocen los implicados y ninguna de las dos participa activamente en ella. No necesitan estar al tanto de los detalles. Además, Anna y Tamra conocen al sujeto en persona y ese es un detalle con el que nunca hemos lidiado. No están entrenadas para este tipo de engaño. Si Christopher habla con cualquiera de ellas y descubre que sospechamos de él...

—Ya, claro —digo asintiendo.

—Con suerte, esta noche quedará todo zanjado —dice Ronan—. ¿Lista para hacer la llamada?

Respiro hondo y le indico que sí. Saco el móvil y llamo a Christopher, tras lo cual suelto un taco porque me salta el buzón de voz.

—Hola, Christopher. Soy Ellie. ¿Podrías devolverme la llamada? Gracias. Cuelgo, miro a Ronan y a Devlin, y me encojo de hombros.

Ellos intercambian una mirada antes de que Devlin saque el móvil y marque un número.

—Hola, Anna. ¿Sigues en la oficina? ¿Cómo? No, era para comentarte una cosa. Necesito volar a Las Vegas. ¿Puedes llamar y avisar para que preparen el avión? Gracias. Ah, y otra cosa más. He estado intentando localizar a Christopher. He pensado que tal vez esté trabajando hasta tarde en la sala de investigación. —Me mira a los ojos y después observa a Ronan. Acto seguido, sonrío—. Estupendo. Perfecto. Dale un mensaje de mi parte. Necesito comprobar algo. Sí. Vale. —Otra pausa. Y después, con sus ojos aún clavados en los míos y un deje incisivo en la voz, añade—: Alguien ha intentado sacar a Ellie de la carretera y no quiero dejarla sola. Pero tengo una hipótesis que quiero examinar. Sí, por eso me voy a Las Vegas. Escúchame, he intentado hablar con Brandy, pero no me coge el teléfono. ¿Puedes pedirle a Christopher que se ponga en contacto con ella y le diga que vuelva esta noche? Sí. Está en mi casa. Dale el código de la alarma para que se lo diga a Brandy. Sí. Asegúrate de indicarle que el código abre la puerta y apaga la alarma. Ese detalle puede ser algo confuso. Y dile que es posible que Ellie esté dormida. Le he dado algo para que se relaje. ¿El qué? Sí, sí, ya lo hemos solucionado y estamos bien.

Me mira a los ojos y esboza una sonrisa lenta y tierna.

«Te quiero», me dice gesticulando las palabras con los labios.

«Lo sé», replico del mismo modo, y la felicidad me inunda.

El buen humor se refleja en su expresión hasta que empieza a hablar de nuevo.

—Ah, sí. Sí, de tu parte. Gracias, Anna. Sabía que podía contar contigo. Te llamo mañana. —Corta la llamada y se sienta a mi lado—. Quiere que te diga que lo siente y que espera que estés bien.

—¿Vas a ordenar que preparen el avión?

—Tenemos que conseguir que la treta parezca real. —Escribe un mensaje—. Marci se asegurará de falsificar el registro para que conste que he viajado en el avión. Además, estoy seguro de que ella y la tripulación pasarán una noche maravillosa en Las Vegas.

Estoy a punto de comentar que falsificar el registro del avión es ilegal, pero me contengo. Es irrelevante.

—¿Y ahora qué?

—Ahora esperaremos —contesta Ronan, que me mira con una expresión tan preocupada que no sé cómo he podido pensar que me la tenía jurada—. ¿Estás bien?

—Os tengo a los dos conmigo —señalo—. Estoy bien. Y gracias —añado—. Lo que ha pasado hasta ahora me parece una pesadilla. Si aún no te he dado las gracias por venir a ayudarme y por encargarte de Shelby, te las doy ahora.

—Ya me las has dado —me asegura—. Y te repito que de nada.

Sonrío, y miro a Devlin porque de repente se me ha ocurrido algo.

—¿Y si Brandy llama para saber cómo estoy? ¿Y si aparece en la puerta dentro de hora y media, desesperada por verme?

—Entonces sabremos que Christopher no es la persona a la que buscamos. Me abrazo.

—No, creo que tienes razón. Su vínculo con Blackstone. Además, lo oí hablar sobre formas de matar a alguien, supuestamente para el libro, y un atropello era una de ellas.

Devlin se pasa los dedos por el pelo.

—Debería haberlo visto.

Niego con la cabeza.

—A todos se nos ha pasado. Joder, si hasta me cae bien.

—Es bueno —señala Ronan—. Es bueno en lo que hace. Pero nosotros también.

Trago saliva.

—¿Debería intentarlo de nuevo?

—No hace falta —contesta Devlin—. Ya le he dado el mensaje a Anna. Ella sabe que es urgente y nunca me ha defraudado. —Se pone en pie y me tiende una mano—. Vamos, necesitas asearte.

Asiento con la cabeza. Llevo la ropa manchada y el pelo lleno de tierra. Dejo que Devlin me guíe hasta el cuarto de baño. Una vez allí, abre el grifo de la bañera y me ayuda a desvestirme y a meterme en el agua tibia. Es una sensación maravillosa sobre la piel magullada. Milagrosamente, no tengo muchas heridas, pero estoy dolorida después de los tumbos que he dado, y el agua tibia es el paraíso.

Oigo que me llega un mensaje al móvil, que está en la encimera del lavabo, pero paso. Devlin está conmigo, y ahora es lo único que me importa. Cierro los ojos y suspiro mientras él me quita la tierra que tengo pegada en la cara y me lava el pelo.

Está sentado en un taburete al lado de la bañera, y mientras me echo hacia atrás para recostarme, abro los ojos y le cojo una mano.

—Gracias por rescatarme. Y por cuidarme.

—Lo haré siempre —dice—. Te quiero, El. Siempre te protegeré. Siempre te cuidaré. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —le aseguro con el corazón henchido por el amor que veo en sus ojos—. Por supuesto que sí.

Llegamos a casa de Devlin poco después de ponerse el sol y llamamos a Anna para que le pasara el mensaje a Christopher más o menos media hora después.

Ahora son casi las nueve. La hora H, ya que suponemos que Christopher intentará llegar cuando supuestamente lo haría Brandy.

Estoy en el salón con la tele encendida y una Glock de 9 milímetros bajo el cojín que tengo al lado. Devlin está detrás de mí, vigilando la entrada desde la puerta lateral del garaje y la puerta principal. Ronan está en el lado opuesto, en el lavadero, lo que le ofrece una visión completa de cualquiera que pase por delante de Devlin y del lavadero, que cuenta con una puerta lateral que da al patio.

Esas son las únicas entradas de la casa, y todas están vigiladas.

—También se puede acceder al patio —había señalado Devlin—. Hay una escalera de caracol que sube desde el cañón. Pero tienes que cruzar el jardín y bajar las rocas con agilidad para llegar. Y nadie sabe de su existencia, a menos que esté familiarizado con la casa.

Estoy viendo *El Imperio contraataca*, aunque en realidad no presto mucha atención. En cambio, estoy atenta por si oigo el pitido de la cerradura electrónica que indica que alguien usa el teclado para desactivar el sistema de seguridad. Esta función solo es silenciosa cuando se realiza desde la app, opción que Christopher, por supuesto, no tiene.

Al cabo de unos minutos, los nervios pueden conmigo y me levanto para pasearme de un lado para otro, y al rato me siento e intento volver a ver la película, aunque en vano. Camino hasta el centro de la estancia, dando la espalda a la tele y a las cristaleras para hablar hacia donde están escondidos.

—Chicos, no creo que esto sea...

Suelto un grito ahogado, y luego me maldigo porque mi pistola sigue en el sofá y tengo delante a Ronan, que me apunta directamente con su arma.

«Voy a morir».

No me cabe la menor duda. Estoy segurísima, y me odio por haber bajado la guardia. He llegado a confiar en este hombre, y él no solo me la ha jugado a mí, también se la ha metido doblada a Devlin.

—¿Cómo has podido? —susurro, pero mis palabras quedan ahogadas por el disparo de su arma y el grito de dolor que se oye a mi espalda.

Me doy la vuelta justo cuando Devlin entra en el salón.

«Anna», pienso.

Al caer, Anna ha arrancado uno de los paneles de las cortinas transparentes y el vaporoso blanco se está volviendo rojo por la herida del hombro.

—Lo siento —me dice Ronan—. Estaba a punto de dispararte.

Asiento en silencio mientras Devlin corre para abrazarme.

Sin embargo, me suelta al instante y se acerca a Anna.

—¿Por qué? —le pregunta apartando su arma de un puntapié. Está acurrucada contra la pared, y las cortinas que aún siguen colgadas flotan entre la brisa—. ¿Por qué? —le pregunta de nuevo, y me estremezco por ese deje tan dolido a causa de la traición. Coge la cortina para enrollarla y tratar de detener la hemorragia con ella—. ¡Joder, Anna! Necesito que me digas por qué.

Ella lo mira y después me mira a mí.

—Podríamos haber sido amigas —me dice con la voz quebrada—. Pero te quedaste con cosas que no te pertenecían.

—Devlin no es una cosa. —Hago ademán de acercarme a ellos, pero Ronan me detiene agarrándome un hombro con mano firme—. Y esto no es cuestión de celos.

Devlin me mira.

—¿Qué quieres decir?

—Hace un rato eché un vistazo a los mensajes que he recibido. Cyrus Mulroy está muerto. Por eso no me devolvió la llamada. Anna lo mató, ¿verdad? Porque él tenía grabaciones en las que salía ella.

El odio que aflora en sus ojos es respuesta suficiente.

—¿Sabías que Peter te estaba grabando? ¿O tenía cámaras ocultas?

Veo que se le mueve la garganta al tragar saliva. Acto seguido, aparta la mirada de mí y pone ojos de cordero degollado mientras mira a Devlin.

—Él las vendió —dice ella con un hilo de voz, hablando de forma entrecortada—. Le gustaba grabarme, pero luego vendió las cintas a Cyrus y me dijo que lo nuestro había terminado. ¡Qué había terminado!

—Devlin, debemos llamar a emergencias. —Tengo un nudo en la garganta por la furia y la angustia—. Está perdiendo mucha sangre.

—Iba a..., a sacar las grabaciones —sigue Anna con voz ronca. Devlin se pone en pie y coge su móvil—. El tío de tu puta novia... Hice que lo mataras..., por eso te lo dije... Por eso te dije que lo mataras. Y fingí que la orden venía de él..., de tu padre. —Mueve los labios en silencio e intenta pronunciar las palabras—. Tuve que... Tuve que castigar a Peter porque él... —Abre los ojos como platos, muy tensa, como si de repente se hubiera dado cuenta de que se ha ido de la lengua.

Me quedo helada. La realidad de sus palabras cristaliza frente a mí hasta formar una imagen que no quiero ver. El Lobo nunca ordenó la ejecución de Peter. Anna engañó a Devlin para que asesinara a su amante con el fin de vengarse por haber vendido las grabaciones. Y durante todo ese tiempo ha sido Anna quien me ha acosado, quien ha intentado deshacerse de mí. Hasta que, al final, decidió matarme.

—Ella es veneno —sigue, desviando la mirada hacia mí, y tuerce el gesto como si de repente sintiera un chute de energía.

Extiende la mano hacia atrás y me tiro al suelo, segura de lo que va a pasar. La veo sacar un arma. Oigo el disparo y después la veo desplomarse en el suelo, mientras el arma de reserva se le cae de los dedos, ya exánimes.

Me vuelvo hacia Ronan, pero esta vez no ha sido él quien ha apretado el gatillo.

Ha sido Devlin.

Ha matado a la mujer que había creído que era su amiga para salvarme.

Jadeo y corro a sus brazos. En esta ocasión, Ronan no me detiene. Nos dejamos caer al suelo, abrazados, mientras Ronan marca el número de

emergencias.

—Lo siento —digo, segura de que debe de tener el corazón destrozado, porque la realidad que conocía acaba de cambiar—. Lo siento muchísimo.

—Ya te lo dije —susurra—. Siempre te protegeré. Cueste lo que cueste. Caiga quien caiga.

Epílogo

—Ni se te ocurra —salto cuando la mano de Devlin me sube por el muslo, aprovechando la raja del vestido de noche—. Ni de coña vas a estropearme el modelito antes de aceptar el premio.

—¿Y después? —me pregunta.

—Después se da por hecho —contesto—. ¿Cuántas pueden decir que se han follado al galardonado con el Premio del Consejo Mundial por Servicios Humanitarios en la parte trasera de una limusina?

—Detestaría que no pudieras presumir de eso —me asegura.

—Genial, porque estoy decidida a hacerlo. De todas formas —añado al tiempo que le cojo la mano y me la subo por la pierna—, esto es un avance.

Le guío los dedos más arriba, hasta que queda clarísima, deliciosa y frustrantemente patente que no llevo nada bajo el vestido.

Protesta con un gruñido cuando le aparto la mano.

—Daremos un rodeo de vuelta al hotel —le prometo.

—Sí. Un buen rodeo.

Nos miramos con una sonrisa y recorremos las siguientes manzanas en silencio. Casi hemos llegado al teatro de Manhattan donde se va a celebrar la gala de entrega de premios.

—¿Estás bien?

Desde que Anna murió, hablamos mucho de lo sucedido. Tuvimos que aguantar que Lamar nos echara la bronca por no haber contado con él desde el principio. Por pasar de la ley y arriesgar nuestra vida.

Y observamos la cara estupefacta de Brandy cuando se lo contamos todo, incluidas nuestras sospechas sobre Christopher. Lamar lo interrogó, pero no había nada que insinuara que estuviera trabajando con Anna en su afán por librarse de mí. En cambio, las piezas del rompecabezas parecían indicar que mi investigación sobre Peter fue el detonante de todo. Tarde o temprano habría descubierto lo del porno. Y eso me habría llevado a Cyrus y a las grabaciones de Anna. Unas grabaciones que ella quería mantener ocultas.

Todo porque estaba enamorada de Devlin. En su retorcida mente, creía que podría conseguirlo si se libraba de mí y limpiaba su pasado.

En cuanto a si Christopher trabajaba con Joseph Blackstone en las filtraciones de información, tampoco se encontraron pruebas. Aunque Lamar desconoce todo ese asunto, Devlin, Ronan y el resto del equipo están atentos a la situación. ¿En cuanto a mí? Solo espero que esto no haga daño a Brandy.

Sobre todo, me alegro de seguir viva y de estar con Devlin. Tenemos trabajo por delante, claro. ¿Qué pareja no lo tiene? Pero lo amo, y eso hace que merezca la pena.

—¿Devlin?

—Estoy bien —me asegura—. Es que...

—¿Qué pasa?

—Este premio. ¿Qué te parece?

Oigo la pregunta implícita en sus palabras. Le han concedido el premio por la vida que lleva al frente de la fundación. Pero tiene más facetas. Unas que se valen de actos crueles para solucionar problemas aterradoros. Métodos que a las organizaciones benéficas de todo el mundo podrían parecer problemáticos, por decirlo suavemente.

—Creo que es maravilloso —le digo con sinceridad—. Te lo mereces. Este premio y mucho más.

Me abraza y me besa.

—Gracias.

—No dudes de ti.

Se echa a reír.

—Rara vez lo hago. —Me acaricia la mejilla con ternura—. Y si te muestro mis debilidades, quiere decir que te amo.

—Pues sí. Pero no eres débil. —Ladeo la cabeza y sonrío mientras le recito las palabras que me dejó en una nota a modo de talismán—: «Recuerda que eres fuerte».

—Teniéndote a mi lado, no puedo dejar de serlo. Ahora dame un beso rápido. Ya hemos llegado.

Nuestros labios se rozan, y el beso se alarga mientras esperamos a que abran la puerta. Hay una alfombra roja y un montón de gente a cada lado, tras los cordones de terciopelo.

En cuanto la puerta se abre, el ruido y las luces de los *flashes* nos asaltan, mientras la multitud grita su nombre y lo acribilla a preguntas. Casi me echo a reír, porque nunca he paseado delante de fotógrafos, y, aunque evito las redes sociales, mañana fijo que buscaré las fotos.

Entonces presto atención a las palabras que oigo y en ese momento se me congela la sonrisa y se me hiela la sangre.

—¿Es verdad?

Devlin me aprieta la mano con más fuerza.

—¿De verdad es Alejandro López?

—¿Cómo ha conseguido mantener oculta su identidad tanto tiempo?

—¿A qué viene el engaño, señor Saint?

—¿Hizo trabajos sucios para su padre?

—¿Cómo tiene el descaro de aceptar el Premio del Consejo Mundial por Servicios Humanitarios con un nombre falso?

—¿Es verdad que su padre es Daniel López?

—¿De verdad creció con El Lobo?

—Devlin, ¿mataste a tu padre?

Apretamos el paso, y, aunque parece que la alfombra es infinita, sé que solo han pasado unos segundos desde que hemos salido de la limusina y hemos llegado al teatro. En el interior, ya sin tanto ruido ni tantas luces, nos encontramos con el comité que otorga los premios, y me duele la mano, como si se me estuvieran rompiendo los huesos.

Bajo la mirada y me doy cuenta de que él me la está apretando.

—Devlin —digo con ternura, con el corazón tan magullado como la mano por el dolor que veo en sus ojos—. Devlin, me estás haciendo daño.

Por un instante no sucede nada. Después me suelta tan deprisa que cualquiera diría que lo estaba quemando. Su respiración es agitada y tiene una expresión pétrea.

—Señor Saint —dice un hombre ataviado con esmoquin que se nos acerca—. Soy Arthur Packard, presidente del comité. ¿Le parece que hablemos un momento?

—Por supuesto. Me gustaría que la señorita Holmes nos acompañase.

Packard asiente con la cabeza antes de conducirnos a una estancia situada en la parte posterior.

—Si me disculpan un momento.

Se marcha, y Devlin me mira a los ojos.

—Van a retirarme el premio. Se centrarán en los otros galardonados y me darán la patada.

—Sí —digo, porque es justo lo que va a pasar.

—Joder. —Se golpea el muslo con un puño—. ¡Joder!

Quiero tocarlo. Curarlo. Pero sé que no puedo hacer nada, y el pánico me invade de repente. Me apartó de su lado porque creía que era peligroso para

mí. Ahora, cuando su mundo se desmorona a su alrededor, es imposible negar que todo va a cambiar. Solo Dios sabe qué secretos saldrán a la luz y a qué tendremos que enfrentarnos.

Y sí, me aterra la idea de que me vuelva a apartar de su lado.

Sin embargo, Devlin abre los ojos y me mira fijamente con una expresión feroz y apasionada. Pero sobre todo veo amor.

Despacio, sin mediar palabra, me tiende la mano. La acepto y después se la aprieto. No sé contra qué tendremos que luchar ahora.

Lo que sí sé es que lo superaremos. Porque, juntos, Devlin y yo podemos superarlo todo.



JULIE KENNER (Mountain View, EE. UU.). Estudió Radio y Televisión en la Universidad de Texas, en Austin, antes de terminar sus estudios de Derecho.

Tras varios años ejerciendo la abogacía, decide en el 2004 abandonar su profesión para dedicarse por entero a escribir. Sus primeras novelas fueron de tipo romántico con grandes dosis de fantasía y elementos paranormales.

Ha publicado varias novelas de éxito con las que logró quedar en más de una ocasión como finalista del premio RITA. Con *El código Givenchy* ganó en el 2005 el premio Best ChickLit/Women's Fict, dentro de la categoría de Novelas Románticas.

Índice de contenido

Cubierta

Pecado inolvidable

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Epílogo

Sobre la autora

PECADO IN@VIDABLE

J. KENNER

TRILOGÍA TENTACIÓN II

